

intervalo

ALBUM

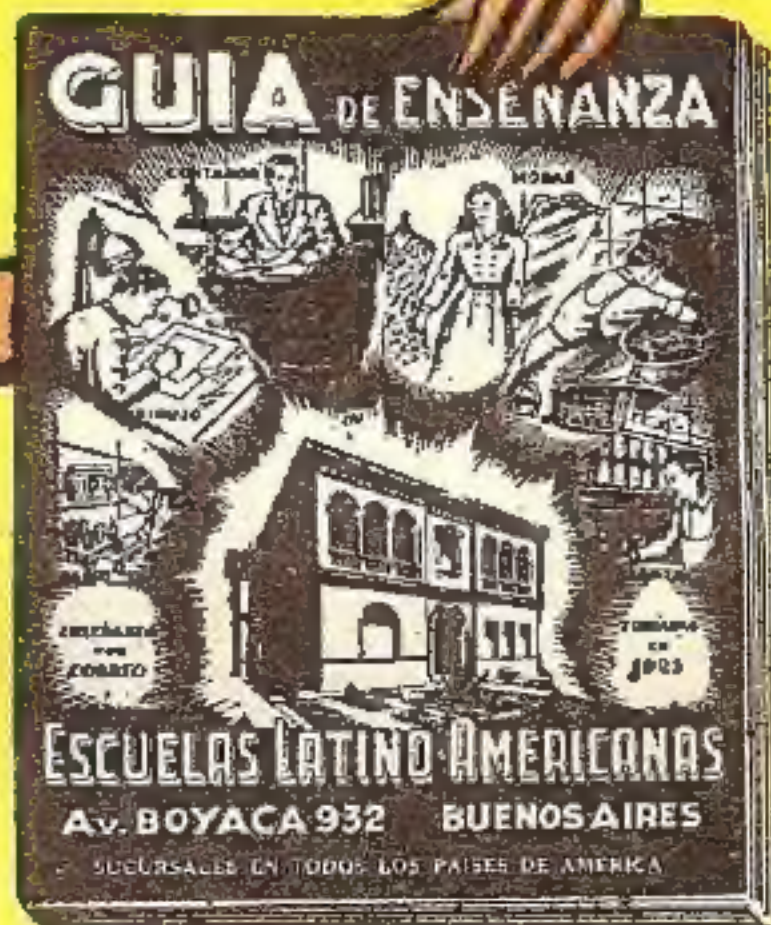


10 OBRAS COMPLETAS

de Lope de Vega • C. M. Paz
L. Torres Ríos • Edward Goodman
Henry Greville • E. Spencer
Neal Adams • H. Mac Dougall
T. Rattigan • H. Feans

GRATIS

este LIBRO **¡PIDALO!**



Envíenos su nombre y dirección y recibirá GRATIS nuestro libro "GUÍA DE ENSEÑANZA", de 68 páginas, con los detalles de nuestra moderna organización y los programas de los cursos que enseñamos por correo desde 1923.

Aproveche sus ratos libres estudiando en su casa uno de nuestros fáciles cursos hasta obtener su DIPLOMA.



CURSOS QUE ENSEÑAMOS

POR CORREO

SECCION COMERCIAL:

Tenedor de Libros
Perito en Contabilidad
Secretario Comercial
Administrador de Estancia
Cajero
Empleado de Banco
Empleado de Comercio
Corresponsal Comercial
Vendedor
Gerente Comercial

SECCION TECNICA:

Mecánica de Autos
Técnico Mecánico

Motores a Explosión
Técnico Electricista
Instalador Electricista
Carpintería y Ebanistería

Técnico Terreno
Motores Diesel
Construcciones
Bobinajes
Fotografía Artística
Téc. Helad. Eléct.

SECCION RADIO:

Técnico en Radio
Técnico en Televisión

SECCION INDUSTRIAL:

Técnico Químico
Téc. Dibujo Textil
Técnico Tintorería
Textil
Técnico Curtidor
Técnico Jabonero
Técnico Industrial
Zachera
Técnico Avicultor

Técnico Apicultor
Perito Enólogo
Químico Industrial

SECCION FEMENINA:

Profesora de Corte y Confección

SECCION DIBUJO:

Dibujo Artístico
Dibujo Arquitectónico

Comercial
Mecánico
Lineal
Letras

SECCION ESPECIAL:

Inglés
Periodismo
Taquigrafía
Dactilografía
Caligrafía
Aritmética
Aritmética Comercial
Velocigrafía

ENVIE EL CUPON HOY MISMO



SUCURSALES:
ENTRE RIOS 1458, Rosario,
Santa Fe, Arg. URUGUAY -
CHILE - PERU - COLOMBIA -
VENEZUELA - BRASIL -
BOLIVIA Y ECUADOR

OBSEQUIOS:
1) Diccionario Castellano
2) Carnet de Estudiante
3) Banderín de Estudiante

ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORREO
AV. BOYACA 932 - Buenos Aires

Si desea enviarnos GRATIS el libro "GUÍA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE.....
DOMICILIO.....
LOCALIDAD.....
CURSO QUE LE INTERESA.....

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
AV. BOYACA 932 - BUENOS AIRES

Orbé

SUMARIO

FUENTE OVEJUNA, por Lope de Vega.

Halagos y engaños no habían dado resultado en la Corte, y el rey falló con magnánima justicia..... Pág. 4

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz.

Un joven maestro regresó a su destruido pueblo, llevando en sus manos un enorme deseo de cumplir con sus sueños de hacer el bien para todos..... Pág. 20

EL CULPABLE ESTA ENTRE NOSOTROS, por E. Goodman.

El odio, semilla de maldad, había penetrado en el alma de una desventurada mujer..... Pág. 28

EL ANGEL DE BRONCE, por H. Mc. Dougall.

"El lirio de la Patagonia", es ya el ángel de bronce para las legiones indias, raza de valientes guerreros, convertidos luego en pacíficos siervos del Señor..... Pág. 39

LA CONDESA KUMIASINE, por Henry Gréville.

Los jóvenes cambiaron entre sí una mirada que fue como una caricia inefable. Acababa, así, de sellarse el compromiso de dos almas..... Pág. 50

HOTEL INTERNACIONAL, por Terence Rattigan.

Ellos habían aprendido la dura y justa lección de la vida, y la aprovecharían definitivamente..... Pág. 67

BEN CASEY, por Neal Adams.

Largos pasillos pintados de blanco donde reina el silencio y el dolor humano, mientras que médicos y enfermeras, aunados sus esfuerzos, luchan por mitigar tanto dolor..... Pág. 78

UNA LUZ EN LA PLAZA, por E. Spencer.

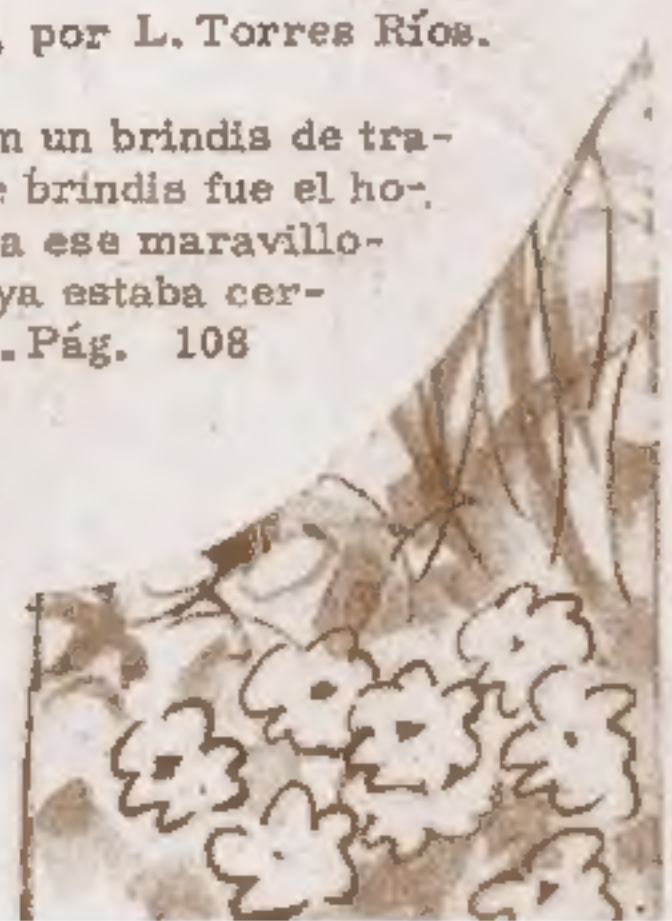
...y fue una extraña luz que los unió para siempre una luz de esperanza para el mundo, cuyo sinónimo es: amor..... Pág. 87

AUSENCIA, por Horacio Feans.

Algo como un murmullo de felicidad trajo la brisa desde la casita de las rosas blancas Pág. 107

SANTOS VEGA VUELVE, por L. Torres Ríos.

Las copas se alzaron en un brindis de tradición pueblera. Y ese brindis fue el homenaje póstumo para ese maravilloso ser, cuya alma ya estaba cerca de Dios..... Pág. 108



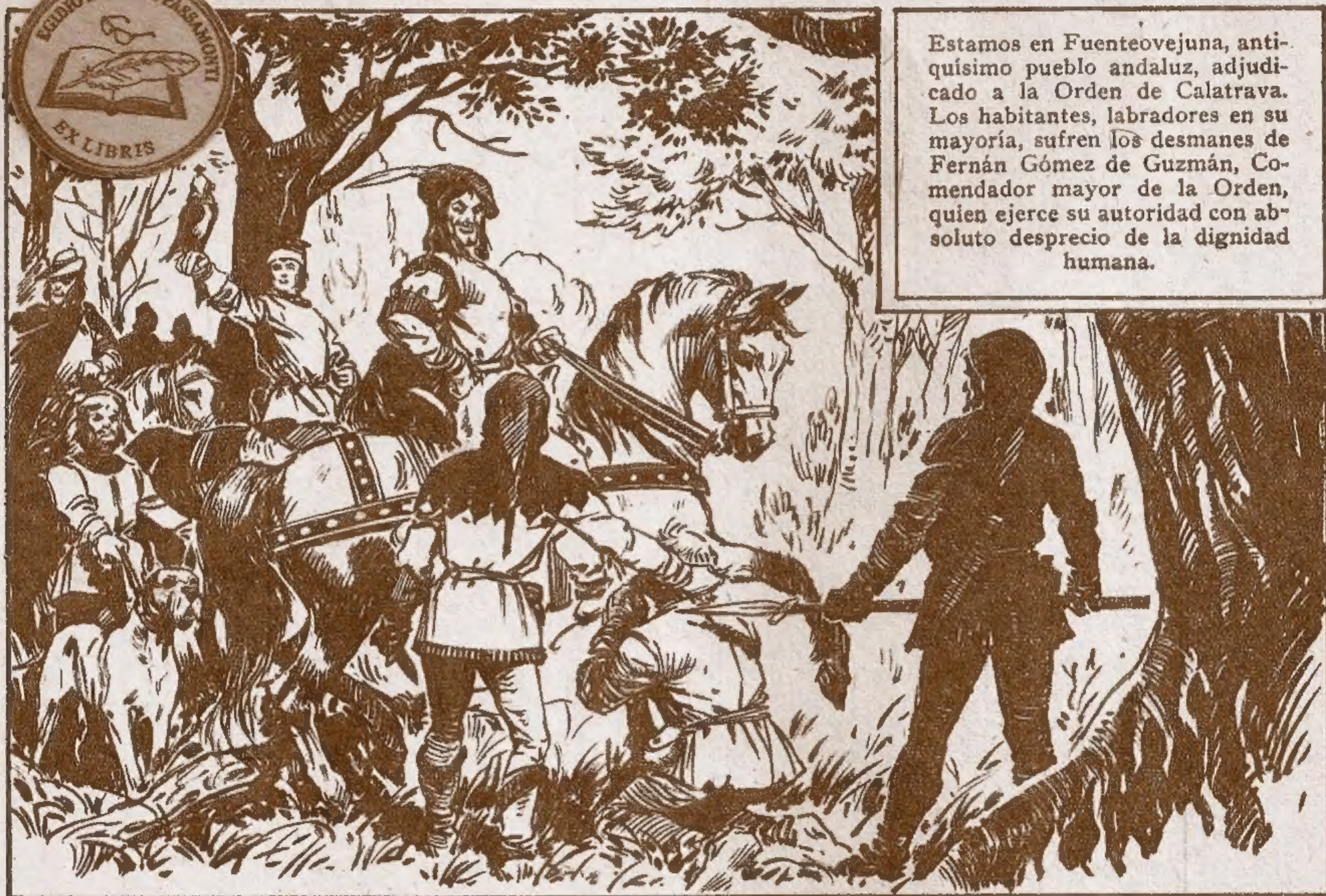
FUENTE OVEJUNA

Por LOPE de VEGA

ADAPTACIÓN

Dibujos de ALBERTO SALINAS

Lope de Vega, el "Fénix de los ingenios", "Monstruo de la naturaleza", como lo llamó Cervantes, es autor de una obra dramática que, por la cantidad y calidad, no ofrece comparación en la literatura. Se calcula que escribió alrededor de mil piezas teatrales. Fuenteovejuna figura entre sus comedias históricas, según la clasificación de Menéndez y Pelayo. Su asunto está tomado de un hecho verídico, ocurrido en 1476, en el famoso reinado de los Reyes Católicos. Menéndez y Pelayo llama a esta pieza —de temprana esencia democrática, en la que un pueblo entero aparece elevado a la categoría de protagonista— "drama épico de sencilla e imponente grandeza".



Estamos en Fuenteovejuna, antiquísimo pueblo andaluz, adjudicado a la Orden de Calatrava. Los habitantes, labradores en su mayoría, sufren los desmanes de Fernán Gómez de Guzmán, Comendador mayor de la Orden, quien ejerce su autoridad con absoluto desprecio de la dignidad humana.

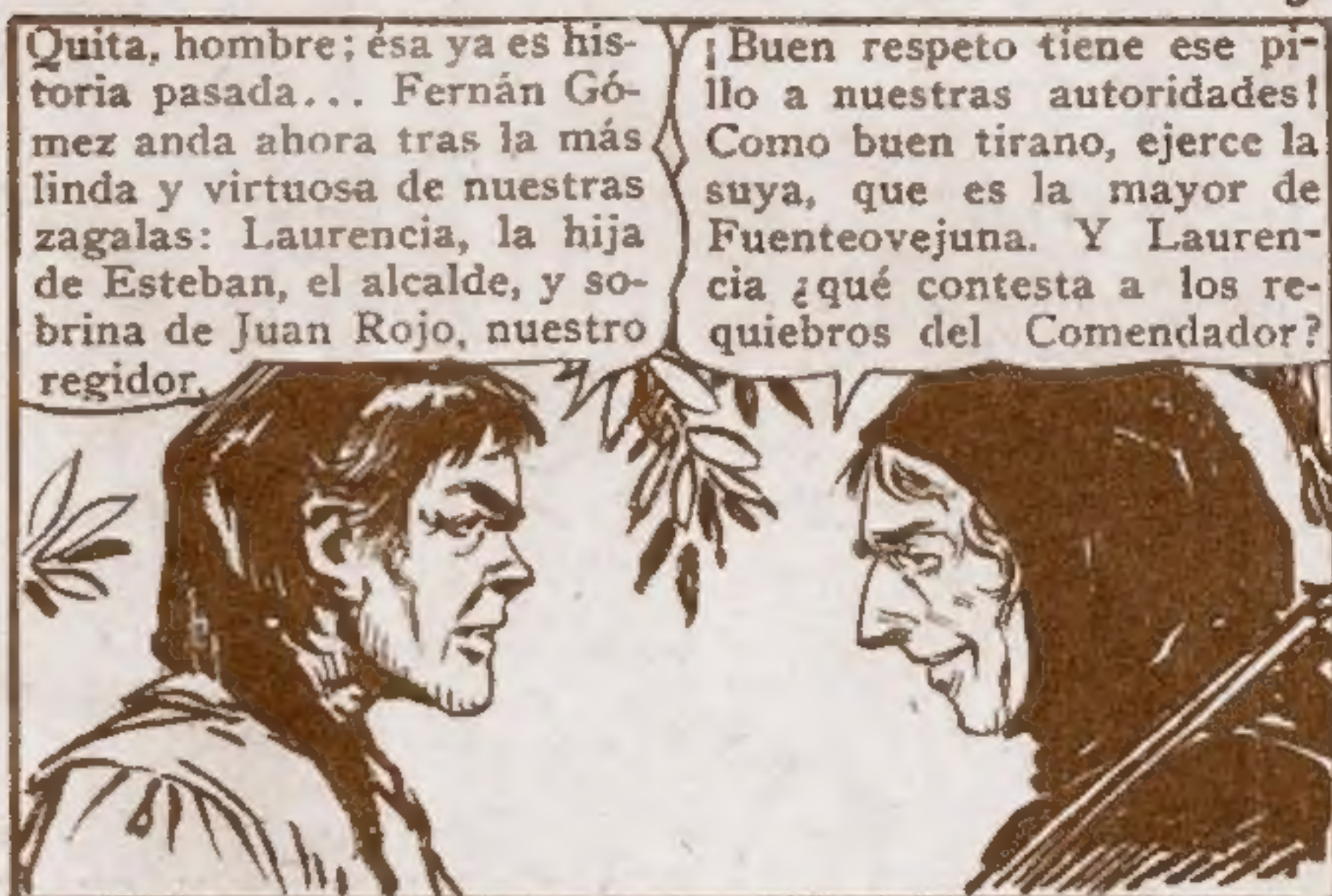
El pueblo está harto de él, pero se siente impotente en sus demandas de justicia, ya que la anarquía reina en España, y la Corte sólo atiende a la defensa de sus propios derechos, amenazados.

Ya verás que, si triunfan Fernando e Isabel, seremos escuchados.

A propósito, ¿qué sabes de la guerra?

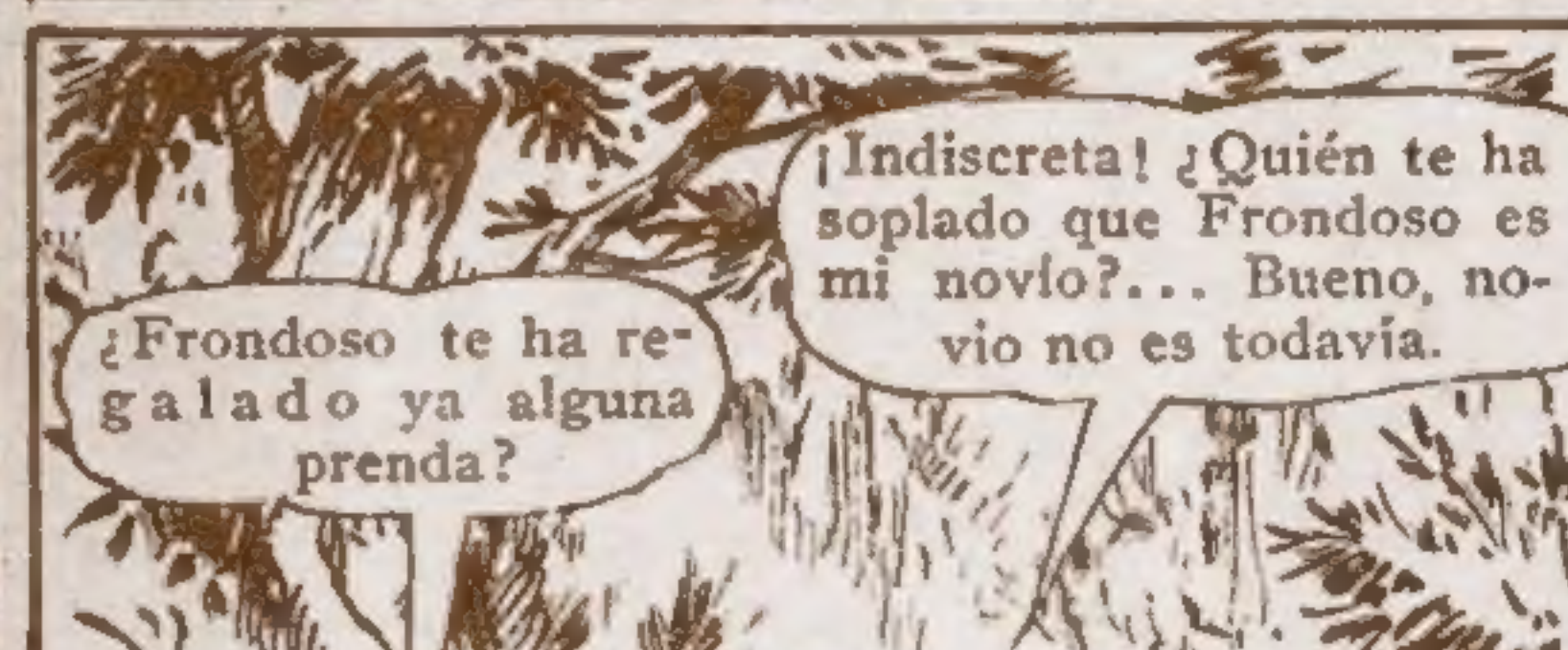


El interrogado tiene algunas noticias de la lucha civil que ensangrienta a España en aquellos comienzos del 1476. Doña Juana, hija del finado Rey Enrique IV, sustenta derechos a la corona de Castilla, contra su tía doña Isabel. Tiene aquella el apoyo de su primo y esposo don Alonso, Rey de Portugal, y por Isabel batalla su marido, don Fernando de Aragón. Se combate en Ciudad Real, a unas treinta leguas al noreste de Fuenteovejuna.



La respuesta a esta pregunta la oiremos de boca de la propia Laurencia, quien, mientras lava en el río, conversa con su amiga Pascuala.

Hablo porque dos veces lo he visto seguirte.



Pero te gusta, y le gustas; lo que quiere decir que no tardaréis en juntar pico con pico, como palomos.



¡Dios te oiga, amiga! Que ya tengo edad de casarme, y con un maridito como Frondoso, vengan hijos, y el hogar y la felicidad están asegurados.

¿Crees que él te declarará pronto su amor y te pedirá el sí? Cuéntame.



Te contaré, pero no has de decir nada. Esta tarde, cuando vuelva de aquí al pueblo, me esperará en el camino y... bueno, estoy casi segura de que me va a pedir eso que tú dices.

No se equivocó Laurencia. Frondoso, hijo de labradores como ella, joven honrado y bueno, le declara su amor. Ella se muestra un tanto coqueta y le da el "sí".

¿De modo que me quieres mucho, mucho, más que a nadie en el mundo?

Te contesto que tú eres el único hombre en el mundo a quien he querido y quiero más que a mi alma... Si no fueras tan tímido, hace tiempo que me habrías dicho lo que sólo te has atrevido a decirme hoy.



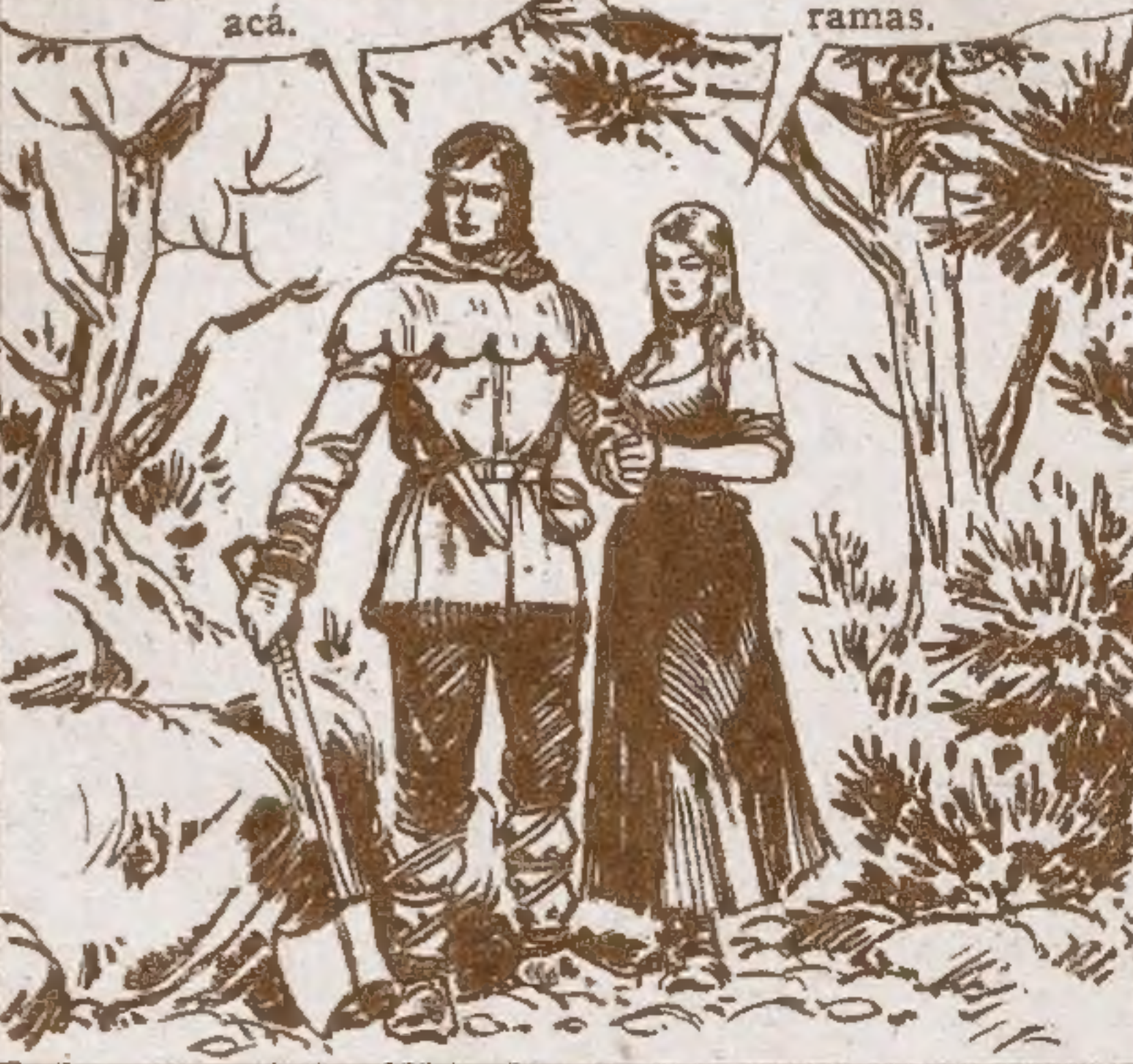
¿Tanto lo deseabas?

Lo deseaba, sí, pero no te lo digo por eso, sino porque la gente nos ve a menudo juntos en los bailes y, como no se divisa la boda, comienza a murmurar.



Separémonos, entonces. Porque te quiero de verdad, no deseo exponerte al comentario de las malas lenguas... Pero escucha: alguien viene hacia acá.

Parece mi tío Juan Rojo. ¿No lo habrá mandado a buscarme mi padre, viendo que tardo? Será mejor, Frondoso, que te escondas en esas ramas.



Pues si murmuran viéndonos en los bailes de la plaza juntos, ¿qué no dirían si nos viesan aquí, en estos campos!

Se diría de mí lo que se dice de esas mujeres a quienes burla nuestro Comendador.



Frondoso, creyendo que es prudente por el momento hacer lo que su novia indica, se oculta en el follaje de un árbol. El que llega no es Juan Rojo, sino Fernán Gómez, el disipado Comendador.

¿Tú aquí, Laurencia? No es malo ir persiguiendo a un ciervo y encontrarse con una bella gama.



Seguid vuestra caza, señor, que yo tengo prisa.

Me dirás antes de dónde vienes.



Laurencia le explica que viene de lavar ropa en el río y va a marcharse. Gómez le cierra el paso, diciéndole: — Tus toscos desdenes, Laurencia, no conciben con la belleza y las gracias que el Cielo te dió, de tal suerte que, más que una gentil zagala, pareces un monstruo.

¿Llamáis monstruo a la virtud, señor?



—Basta. Si otras veces pudiste huir de mis ruegos amorosos, ahora no podrás, porque estás en el campo, y tú sola no has de ser tan soberbia que rechaces a tu señor.

A mi señor le debo obediencia y respeto, no otra cosa.



Fernán Gómez, sin desanimarse, le cita ejemplos de otras mujeres del lugar. —No me comparéis, señor, con mozas livianas. Seguid, pues, tras vuestro ciervo, y yo volveré a mi casa, que, a no veros la cruz de Calatrava, os tendría por el diablo mismo...



El Comendador, herido en su amor propio de tirano y Don Juan, intenta apoderarse de Laurencia por la fuerza.

No te defiendas. Vamos, ríndete, y te irá mejor.



Saliendo del escondite, Frondoso toma la ballesta que Fernán Gómez ha dejado en el suelo y se enfrenta con él. Consciente de su situación, sus palabras no encierran más que respetuosa prudencia.

¡Comendador, sed generoso! Dejad a esa moza, a la que quizá habéis confundido con alguna de vuestras zagalas!



A vos ¿quién os manda entremeteros? ¿Cómo os habéis atrevido a tomar mi ballesta? ¡Soltadla!

La dejaré cuando vos deis paso a la hija del señor alcalde Esteban... Huye, Laurencia.



Ella obedece. Gómez se pone furioso y se lanza contra Frondoso, profiriendo insultos. El mozo lo contiene amenazándolo con el arma.

¡Perro! ¡Suelta!

No hay perros.



Por tu culpa he perdido a esa mujer. ¡Suelta mi ballesta y vete, infame traidor!

No hay traición, sino defensa de lo que es mío por los derechos del verdadero amor... Me voy, sí, pero con vuestra arma, porque, si os la devuelvo, me quitaréis con ella la vida.



Diciendo esto, el mozo se va llevándose la ballesta del Comendador, quien, abochornado de verse desobedecido por un labrador, jura vengarse.

¡No irás muy lejos, atrevido villano, que yo sabré cobrarme este agravio!



Al seguir su camino, el Comendador se encuentra con un grupo de labriegos, quienes están comentando, precisamente, los desmanes del hombre que representa la máxima autoridad de Fuenteovejuna. Gómez llega agitado y de muy mal talante. Un labrador, que días antes le ha regalado un hermoso galgo, le pregunta por él.

Bueno es tu galgo, pero no sirve para alcanzar a una liebre que vengo persiguiendo.



Don Esteban, el alcalde, padre de Laurencia, le pregunta: —¿Dónde está la liebre de que habláis, señor? Por parte alguna la veo.

Allá va. Es tu hija Laurencia.

¿Mi hija? ¡Pues buena liebre para dejarse alcanzar de vos!



Ella no es más que una villana, y yo soy el Comendador, un señor. ¿Qué pretende tu hija?

Un villano, de la misma clase que ella y honrado. Nada más ni nada menos. Y vos, señor, hacéis mal en hablar tan libremente de cosas que no son bien oídas por la gente de Fuenteovejuna. Nosotros tenemos nuestro honor.



¿Vosotros tenéis honor?... ¿Puede haberlo mayor para vuestras mujeres que la preferencia con que yo las distinga?

Eso será para las que carezcan de toda honra. Entretanto, vos, señor, perdéis nuestra estima.



El diálogo sigue en estos términos, hasta que el Comendador, sintiéndose ofendido y menoscabado en su autoridad, echa a los labradores del sitio en que están, diciéndoles que se reúnen allí para conspirar contra él. Los labradores se retiran cruzándose miradas de protesta. Esteban y Juan Rojo son los últimos en salir.

Este hombre se torna cada día más intolerable.

Pienso como tú.



En los días que siguen, Fernán Gómez se afana por dar con el paradero de Frondoso, pero en vano. El mozo, querido en toda la aldea, se esconde en las casas de labradores amigos, quienes burlan a los representantes de la autoridad. La rabia del Comendador crece.

¿De modo que tampoco hoy lo habéis encontrado? ¿Recogisteis alguna noticia de ese perro?

Dicen que anda de un lado a otro, como pez en el agua; pero no tardará en morder nuestro anzuelo.



—Esos malditos villanos lo deben de ocultar. No sé cómo me contengo y no los paso a todos a cuchillo.



Y pasemos a otra cosa. ¿Qué sabes de Pascuala, Orduño?



Está por casarse, señor, pero aceptó los obsequios que le mandasteis.

Esperaremos..., sin olvidar que desprecio las empresas fáciles. En muy poco se estima lo que cuesta corto esfuerzo alcanzar. ¿No opinas así tú?

Igual que vos, señor. ¿Por eso os trae enloquecido la Laurencia?

¿Qué bien me conoces, Orduño! Pero yo te juro que he de salir con la mía antes de un mes.

Secundaré vuestros planes como de costumbre, señor.

En los días subsiguientes, Laurencia advierte que la persecución de que la hace objeto Fernán Gómez es más tenaz que nunca. Sin embargo, los planes de aquél se ven frustrados por una circunstancia inesperada: el Maestre de Calatrava, que lucha en Ciudad Real, le manda que arme a una pequeña tropa que se ha replegado hacia Fuenteovejuna, se ponga al frente de ella y marche a unirse con él.

Saldremos mañana, pero antes tengo algo que acabar aquí.

Por la tarde, estando en la plaza, Laurencia se ve asediada por los servidores del Comendador, que le ordenan seguirlos.

Pues decidle a mi padre que venga por mí.

Si no obedeces, te llevaremos a la fuerza. Ven acá.

¿Que os siga? ¿Adónde?

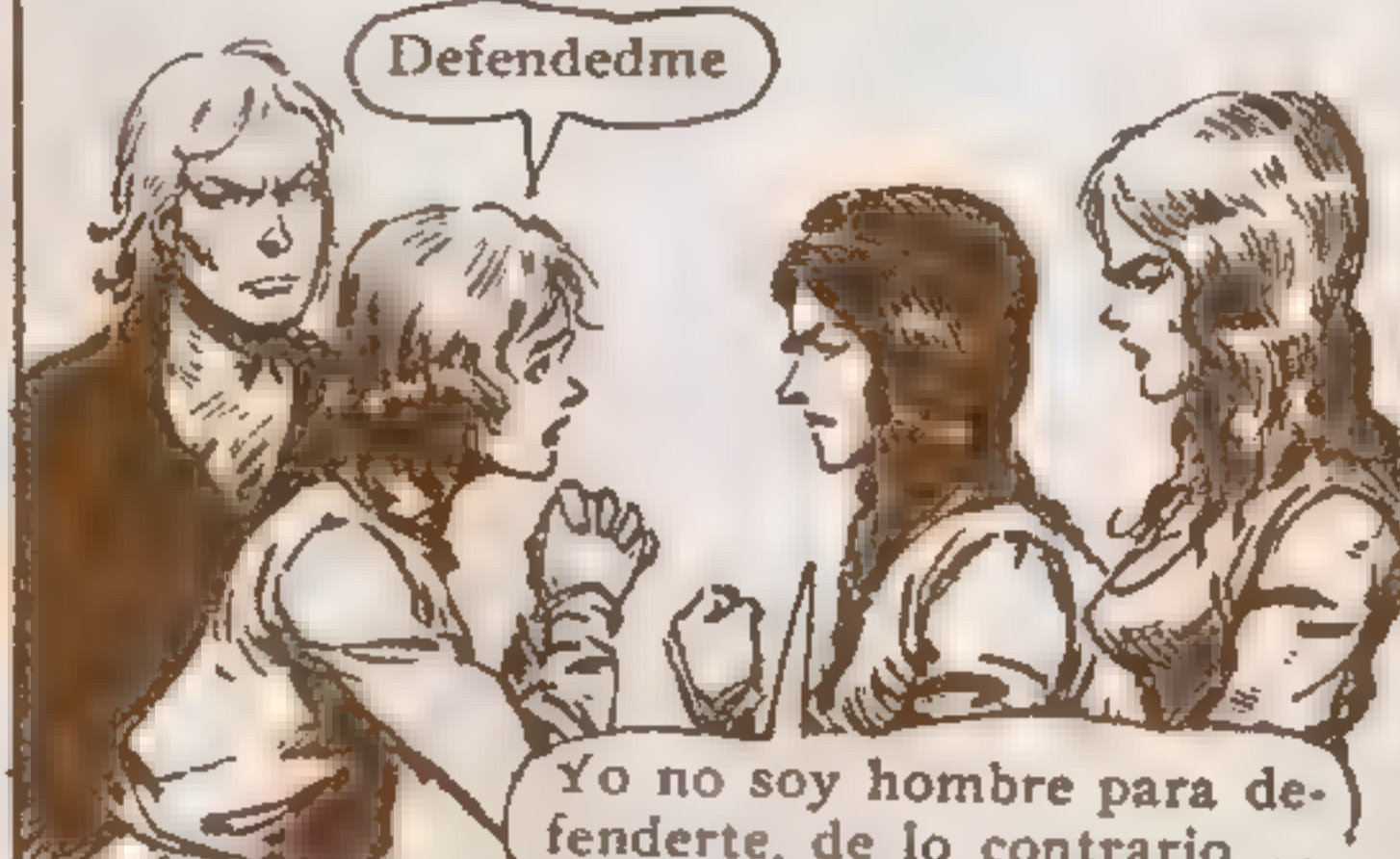
A casa del Comendador. Vuestro padre está allí y os llama.

Laurencia logra eludir a los que quieren apoderarse de ella y huye, junto con Pascuala, que la acompañaba. Van ambas a buscar refugio en un sitio donde hay reunidos un grupo de mozos y mozas. Hace unos minutos que están allí, cuando...

...oyen los gritos de una mujer que viene hacia la plaza y acaba de escapar de la casa del Comendador. Esta mujer se llama Jacinta y es hija de un honrado labriego.

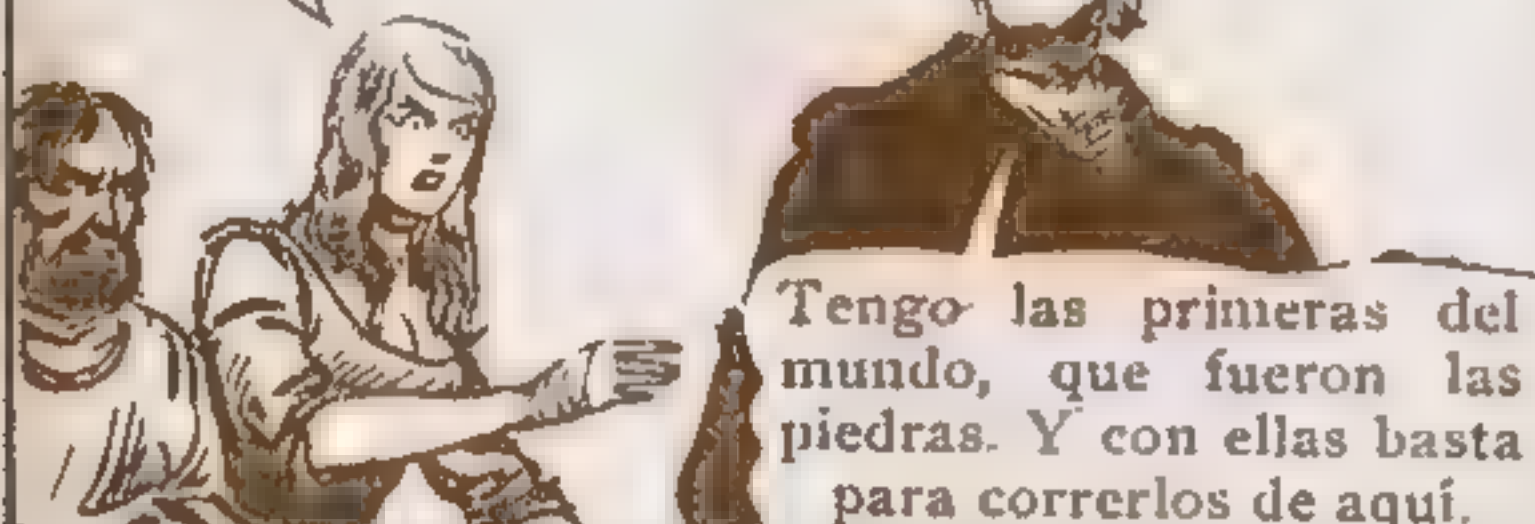


Laurencia, Pascuala y el joven Mengo corren hacia ella, quien, con voz entrecortada, les explica que unos servidores del Comendador se la han querido llevar.



Mengo se adelanta hacia dos servidores de Gómez que acaban de llegar persiguiendo a Jacinta. — Pero yo sí soy hombre — expresa con animosa dignidad —, aunque mis años sean pocos. ¡Ea, deteneos, cobardes!

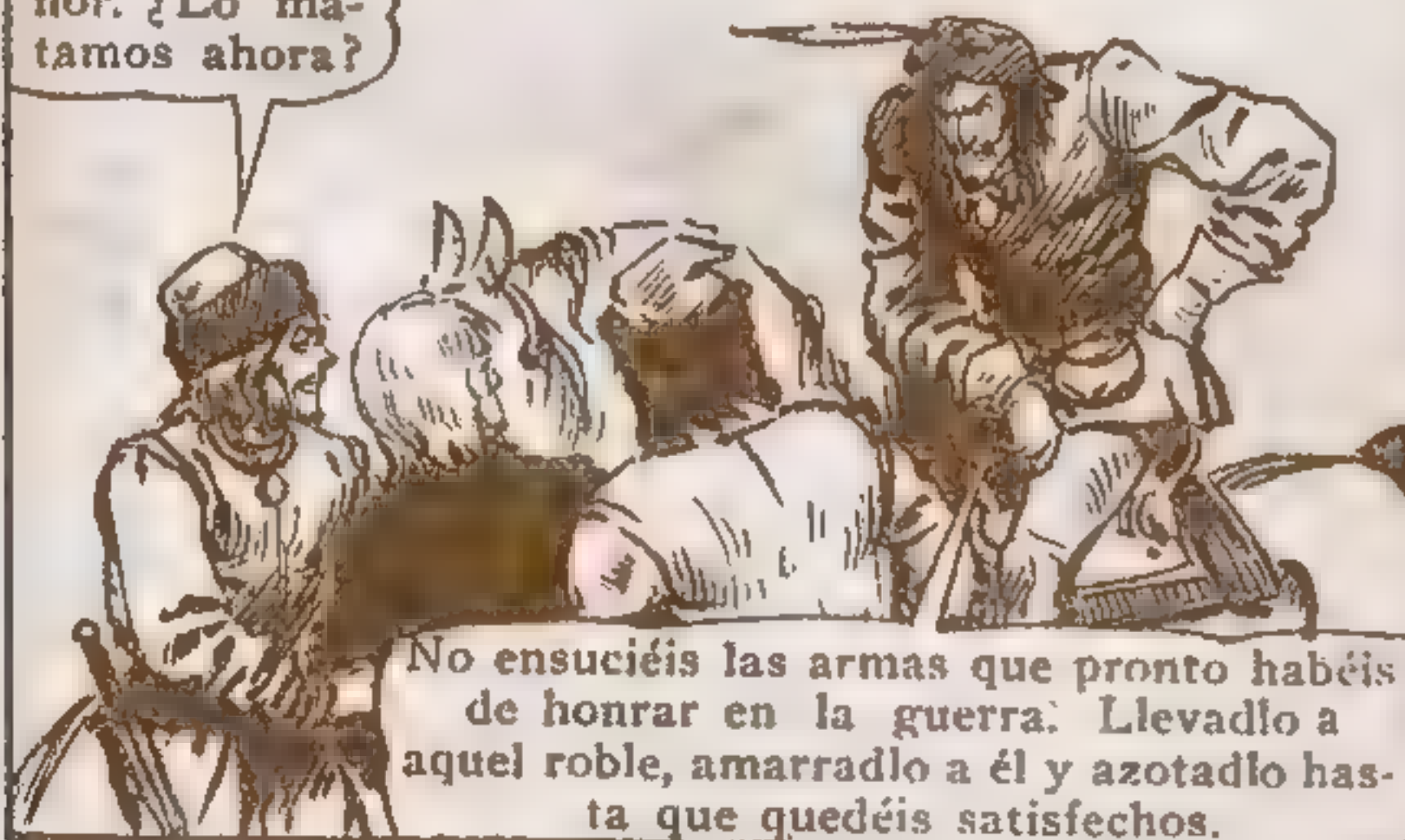
Pero si no tienes armas, Mengo.



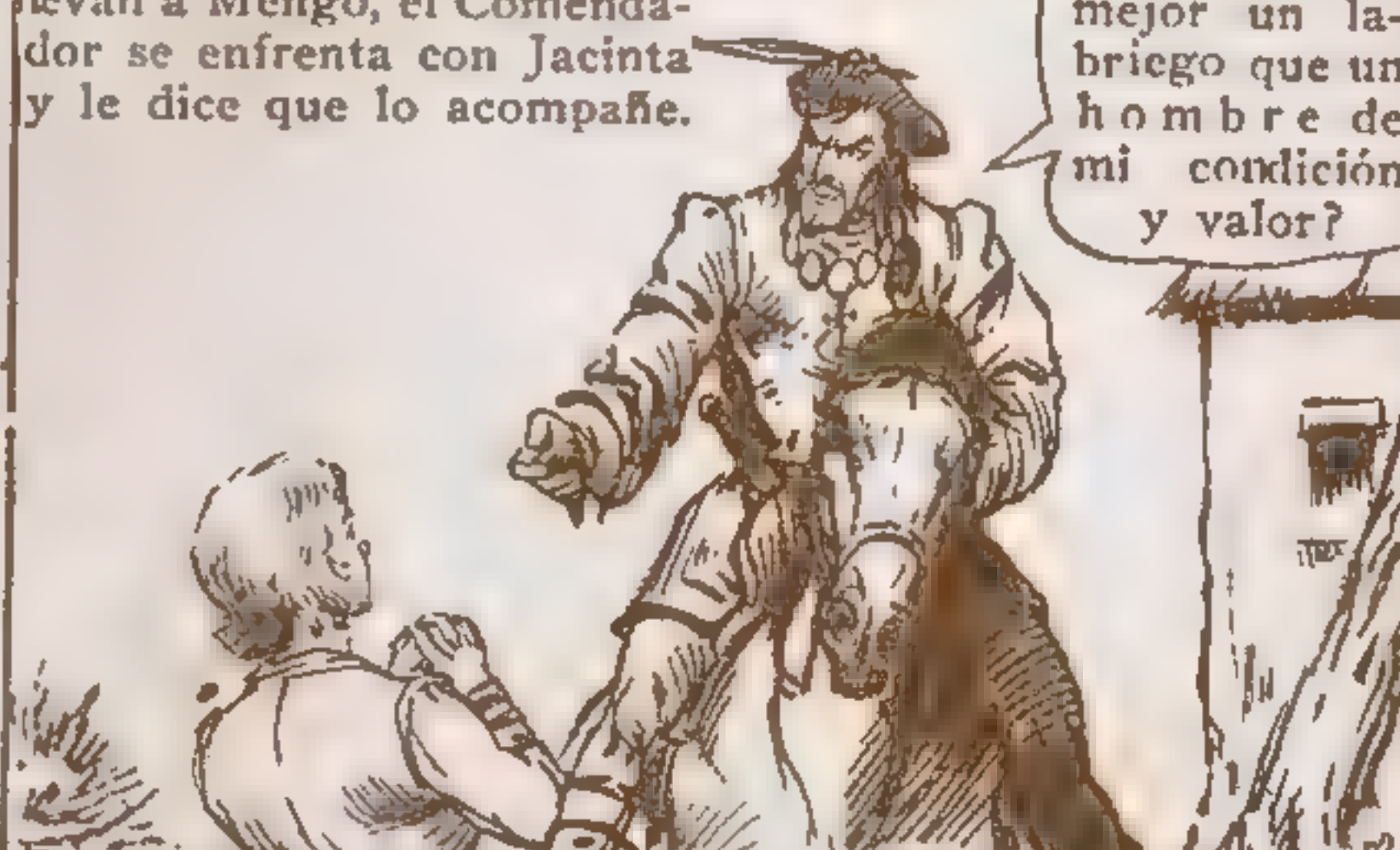
En el momento en que Mengo va a hacer uso de su primitiva arma, llega el Comendador. — Señor — le dice Mengo, bajando la mano —, si piedad tenéis, castigad a vuestros soldados por el injusto atropello que han cometido. Usurpando vuestro nombre, han robado una labradora a sus honrados padres, y es seguro que alguna bajeza intentan con ella. Dadme licencia para que yo me lleve a la desdichada Jacinta.



Ya está, señor. ¿Lo matamos ahora?



Mientras los servidores se llevan a Mengo, el Comendador se enfrenta con Jacinta y le dice que lo acompañe.



Sí, es mejor. Porque tengo un padre honrado, que si en nacimiento no te vence, te vence en costumbres.



— ¡Piedad, señor! — implora Jacinta, a lo que Fernán responde: — No hay piedad.

Pero hay Dios. Apelo de tu cobardía a la justicia divina.



Fernán Gómez se la lleva con ayuda de los servidores, que han vuelto de azotar a Mengo. Cuando ya se alejan, Frondoso, el novio de Laurencia, va hacia ésta saliendo de una puerta.

¿Te ha ocurrido algo, amor mío?

No, porque me escondí detrás de Pascuala para que no me viese ese endemoniado Comendador.



Enterado de los hechos, Frondoso quiere ir a rescatar a Jacinta, pero los demás lo disuaden, convenciéndolo de que nada conseguirá contra la fuerza de Fernán Gómez y su gente.

Pues vayamos a socorrer al pobre Mengo.

Si, vayamos.



Estos acontecimientos llenan de consternación a los habitantes de Fuenteovejuna. Fernán Gómez parte al día siguiente para Ciudad Real. Su ausencia devuelve temporariamente la paz a la villa. Los labriegos aprovechan para concertar sus negocios —sin darle buena parte de ellos a la primera autoridad—, para comprar, canjear o vender sus tierras.

Frondoso, disfrutando de libertad, ha pedido a Esteban la mano de Laurencia. Llega el día de la boda, y la natural alegría de los convidados se ve...



...aumentada por un acontecimiento grato a los habitantes de Fuenteovejuna: las armas de los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, han conseguido la victoria definitiva.

¡Vivan Fernando e Isabel!

¡Vivan los Reyes!



Los vítores a los Reyes Católicos se confunden con los vítores a los novios, quienes, ya casados, dan rienda suelta a su felicidad.



Después comienza el baile.

Dejadlos solos.

Pues mirad y aprended.

¡Olé!



—Ya son marido y mujer... ¡Que se besen!—dice uno.

Pues nada de hacerse rogar. Nos besamos.

¡Sí, sí, nos besamos! En los besos veréis cuánto nos queremos.



Los convidados cantan: "¡Vivan muchos años — los desposados! — ¡Vivan muchos años!" Después, los músicos entonan la bonita letra de un romance malicioso: "Al val de Fuenteovejuna, — la niña en cabellos baja; — el caballero la sigue — de la Cruz de Calatrava. — Entre las ramas se esconde, — de vergonzosa y turbada; — fingiendo que no le ha visto, — pone delante las ramas. — ¿Para qué te escondes, — niña gallarda? — Que mis linceos deseos — paredes pasan. — Acercóse el caballero, — y ella, confusa y turbada, — hacer quiso celosías — de las intrincadas ramas, — mas como quien tiene amor — los mares y las montañas — atraviesa fácilmente, — le dice tales palabras: — ¿Para qué te...

...escondes, — niña gallarda? — Que mis linceos deseos — paredes pasan." Ha terminado, hace unos instantes, el canto, cuando aparece en la puerta el Comendador, con sus servidores, y manda detener la boda. — Calle la música, y nadie se alborote.



Juan Rojo, el tío de Laurencia, se adelanta para preguntar: — ¿Tenéis algún anuncio que hacer a la población, señor?

Vengo en nombre de la justicia y traigo soldados para prender al novio.

¡Huye, Frondoso!



Pero éste se niega. Por el contrario, se enfrenta con el Comendador y le dice: — Os vengáis por lo de la ballesta, ¿no es eso?

Os detengo por desobediencia a la autoridad. He presentado mi denuncia al Maestre, y me ha dado esta orden de arresto por escrito. Leed.



Esteban protesta con estas palabras: — Señor, mirad que acaba de casarse. Pero Fernán Gómez no escucha y manda a sus hombres, que han prendido a Frondoso, que lo conduzcan a la cárcel. — Pronto, sacadlo de aquí. Como el padre de Laurencia insiste en rogar al Comendador que suelte a su yerno, Gómez se fastidia y, mandándole quitar la vara de alcalde, lo castiga con ella.

Por señor mío os sufro. Dadme.



Laurencia se enfrenta con el soberbio Comendador y le grita: — ¡Cobardel! ¿A castigar a un viejo te atreves? ¿Qué vengas en él de mí? Por supuesto, Gómez manda que la prendan.

Llevala y haced que guarden su persona diez soldados.



Cuando ya se alejan con ella, Pascuala mira a todos, que permanecen como espantados, y dice:

¿Qué? ¿No hay aquí un hombre que hable?

¡La justicia baje del Cielo!



Han pasado las horas. Los vecinos, consternados, han organizado una junta que comienza a reunirse con el mayor sigilo tras unas rocas, al río. Ya están allí Juan Rojo, Mengo, don Esteban y otros.

¿Qué hay?

Que si no nos damos prisa en ponernos de acuerdo, no habrá para qué reunirnos ya. Frondoso sufre en la prisión, y mi hija, si la piedad de Dios no la socorre...



Deliberan. Unos hablan de enviar una embajada al Maestre; otros opinan que sería mejor ir directamente a presentar quejas a los Reyes Católicos.

Es necesario terminar con esta tiranía. Yo...

Dejad los discursos, señores, para otro día. La honra de mi sobrina no se arreglará con ellos, si la pierde.



Pues no sois vos de los que habláis menos!..



En medio de tanta indecisión, se ve aparecer a Laurencia, que llega desmelenada, roto el vestido, sucias las manos y el rostro.

Dejadme entrar en este consejo de hombres, que bien puede una mujer, si no dar voto, dar voces. ¿Qué? ¿No me conocéis?



¡Cielos! ¡Si es mi hija!

¡Sí, Laurencia es!



El desconcierto que os produce mi vista os dirá de dónde vengo y cómo.

¡Hija mía! ¿Qué te ha ocurrido?



No me nombres tu hija.

¿Por qué, mis ojos? ¿Por qué?



—Porque

permities que me robe un tirano y no me vengas. Llevóme de vuestros ojos a su casa Fernán Gómez: la oveja al lobo dejáis como cobardes pastores. ¿Qué daga no vi en mi pecho? ¿Qué desatinos enormes, qué palabras, qué amenazas y qué delitos atroces, por rendir mi castidad a sus apetitos torpes! Mis cabellos ¿no lo dicen? ¿No se ven en mi cuello señales ignominiosas?



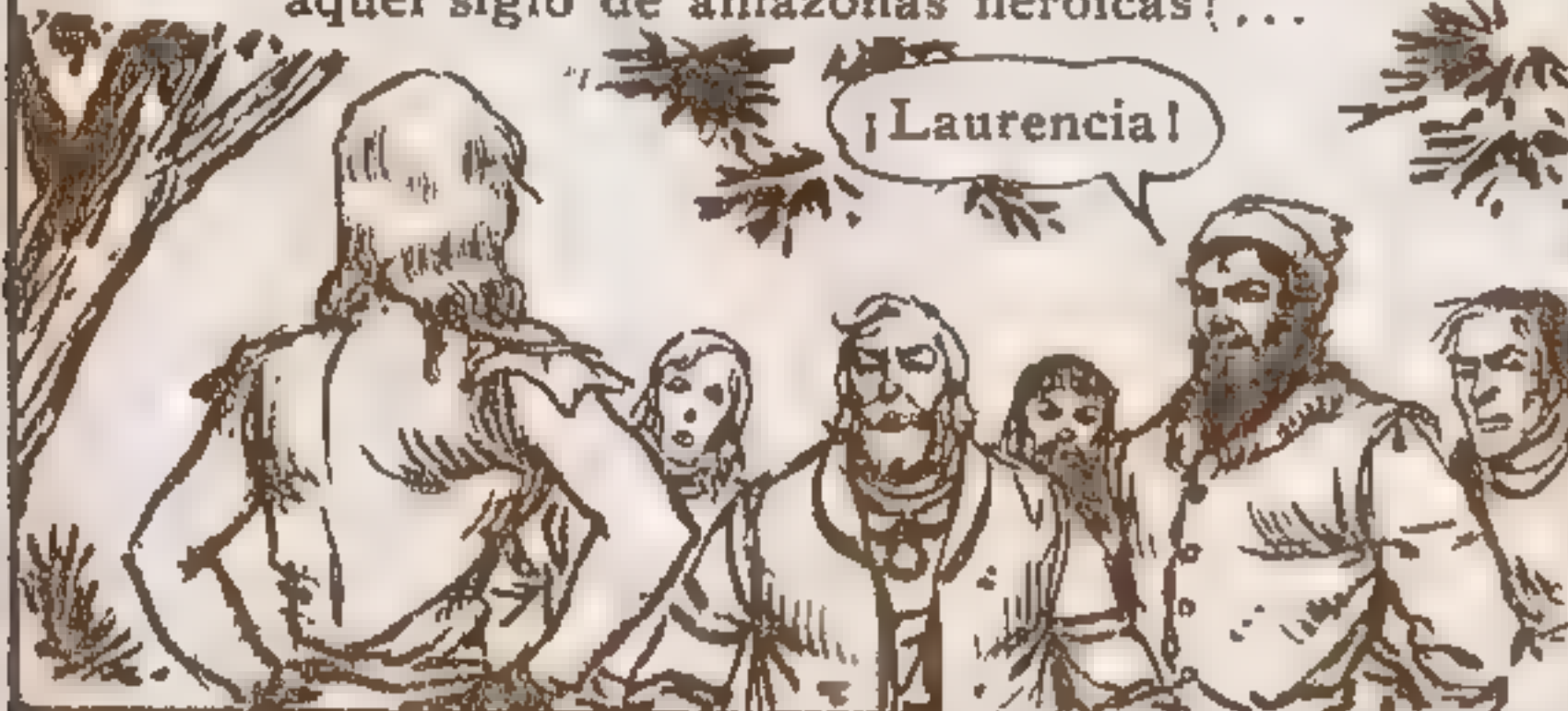
¿Vosotros sois hombres nobles? ¿Vosotros sois padres y deudos? ¿Vosotros, a quienes no se os rompen las entrañas de dolor al verme en tantos dolores? Ovejas sois, bien lo dice de Fuenteovejuna el nombre.



"Dadme armas a mí —continúa la muchacha—, pues vosotros no sois dignos de ellas. Liebres cobardes nacisteis; bárbaros sois, no españoles. Gallinas, que sufrís que otros os quiten a vuestras mujeres. Poneos rucas en el cinto. ¿Para qué os ceñís estoques?"



Y prosigue con idéntica energía: —¿Qué esperáis? A Frondoso va a colgar el Comendador de lo alto de una torre, sin sentencias ni pregones, y con vosotros hará lo mismo; y de ello me alegro, ¡medio hombres, zánganos, porque no queden más que mujeres en esta villa y torne aquel siglo de Amazonas heroicas!...



¡Vive Dios, que he de tentar que las mujeres cobren la honra que les quitaron esos tiranos, y, después que lo hagamos, os hemos de tirar piedras! Hilanderas, maricones, amujerados, cobardes!... ¡Id a que os adornen con tocas y cintas!



Yo, hija, no soy de aquellos que permiten que se los acuse de amujerados ni de viles. Si otros no quieren acompañarme, iré solo.



A esa primera adhesión de Juan Rojo, sigue la de los otros vecinos. La rebelión se contagia a todos los presentes.



¡Vamos!... ¡Muramos todos, si es preciso!

¡Matad antes de morir!... ¡Armaos de espadas, lanzas, ballestas, chuzos, palos!

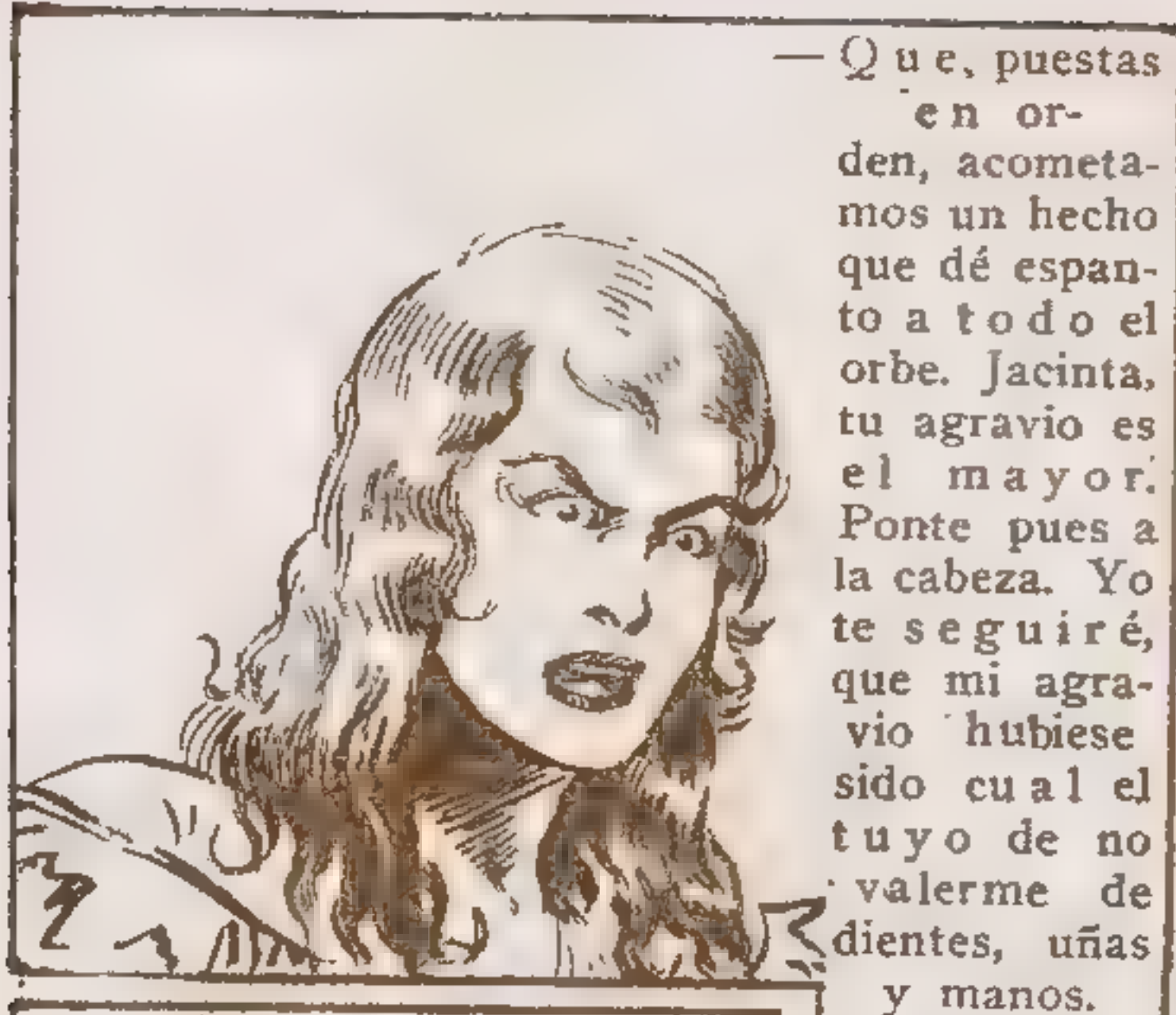
Laurencia se enfrenta con Pascuala y otras mujeres que hay allí y les dice: —Y vosotras, amigas, id en busca de las demás mujeres de la villa. Yo iré también, por otro lado.

Poco después, las mujeres de la aldea se han reunido. Laurencia, viendo que los hombres avanzan ya hacia la casa del Comendador, les grita a sus compañeras: — ¡Daos prisa!



¿No veis cómo todos van a matar a Fernán Gómez? ¿Será bien que sólo ellos de esta hazaña el honor recojan? ¿No son acaso las mujeres las más agraviadas?





Los hombres, con Esteban y Juan Rojo a la cabeza, se acercan a la casa del Comendador. Como éste, al comprender el peligro, se encierra, rompen, derriban, hunden, queman.



Las mujeres azotan a los servidores y cómplices del Comendador; los hombres hieren, matan. Al fin...



La cabeza de Fernán Gómez es sacada en la punta de una lanza. El pueblo canta, enardecido y jubiloso: —¡Muchos años vivan — Isabel y Fernando; — los tiranos mueran!



Entre los catorce hombres del Comendador muertos en aquel trágico 23 de abril, no figura Flores, uno de sus más allegados. Aunque herido, ha logrado escapar del furor justiciero y llega a Toro, donde por entonces se encuentran los Reyes Católicos, ante quienes expone su denuncia: —De Fuenteovejuna vengo.

Los vecinos, con pecho inelmente, dieron muerte a su señor, Fernán Gómez de Guzmán, Comendador mayor de Calatrava.

Y Flores añade, entre otras cosas: —No sólo no le escuchan, sino que con furia impaciente le atraviesan el pecho cien espadas, casi al mismo tiempo. Muerto, lo arrojan por la ventana a la calle, donde lo recogen con las picas los mismos que le dieron muerte.

Y así su cuerpo llevan en triunfo, cual estandarte arrebatado al enemigo.



El prudente Rey Fernando desea conocer las cosas en toda su verdad y, mientras él llega a Fuenteovejuna, manda un pesquisidor —algo así como un inspector de policía—, acompañado de un capitán de artillería, para que investigue lo ocurrido.



Mientras tanto, hombres y mujeres en Fuenteovejuna se han concertado para no denunciar a quien dió el golpe mortal al Comendador. Y así, cuando el pesquisidor los interroga: —¿Quién dió muerte al Comendador? Todos responden: —Fuenteovejuna, señor.

Y ¿quién es Fuenteovejuna?

Todos a una.



Viendo que no logra averiguar lo que quiere, el pesquisidor somete a tortura a una buena cantidad de ciudadanos, a los cuales, cuando les pide que confiesen el nombre del asesino, sólo les oye decir: —Fuenteovejuna, señor.



Tras el pesquisidor, y visto su fracaso, va un juez, quien, cumplida la misión que se le ha encomendado, alcanza a los Reyes en Tordesillas y les informa: —Fui a Fuenteovejuna, como mandaron Vuestras Majestades.

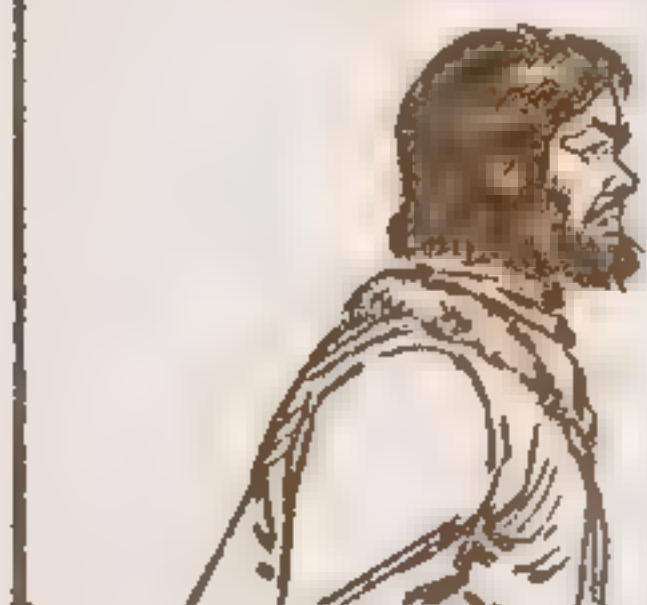
Todas mis averiguaciones han sido inútiles.



“Al preguntar por el autor de la muerte del Comendador, una sola respuesta obtuve: FUENTE-OVEJUNA. Apliqué el tormento a trescientos habitantes de la villa: viejos y mujeres, hombres y hasta niños de diez años, puestos en el potro, contestaron lo mismo: FUENTE-OVEJUNA. Halagos y engaños no han dado otro resultado. Traje, pues, conmigo, a los principales, para que hablen en la Corte.”

Permítome decir a Vuestras Majestades que sólo veo posible perdonarlos a todos o matar a toda Fuenteovejuna.

Di a esos que trajistes que entren. Queremos oírles.



Son Esteban, Juan Rojo, Laurencia, y con ellos los regidores y labriegos más antiguos de la villa andaluza, los que entran en la cámara real.

Bendiga Dios a los Reyes, nuestros señores.



Llegamos ahora, humildemente dispuestos a servirlos.

No podíamos sufrir más la tiranía del Comendador, Majestades.

A Laurencia, esta zagala que el Cielo me concede, pretendió ultrajar.



"¡Señores; vuestros queremos ser!", han dicho reiteradamente los vecinos de Fuenteovejuna, en medio de sus quejas de las tropelías que sufrieron. Los Reyes desarrollan una política de ir ganando pueblos y tierras a expensas de los señorios. He aquí una oportunidad. Y el Rey Fernando falla: —Como no hay prueba de quién sea culpable, queda perdonado el delito, y la villa pasará a ser propiedad de la Corona.



FIN

ALBERTO SALINAS
54

Y ahora..?



ahora... y siempre.

CIRULAXIA

CIRULAXIA es el laxante suave, de acción eficaz, ideal para niños, jóvenes y adultos. Al comprar CIRULAXIA, recuerde que viene en dos tipos, CIRULAXIA Jarabe y CIRULAXIA Grageas para que usted pueda tomarlo en la forma que prefiera. Y si compra CIRULAXIA para toda la familia, pruebe el Envase Familiar, que es mucho más económico.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS DEL PAIS

GRAGEAS AHORA EN
SU NUEVO ENVASE Y
CON NUEVA FORMULA



CIRULAXIA

ES UN PRODUCTO DE **LAICH Y Cía.** BELGRANO 2544, BS. AS.

Historia de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

AMOR HUMILDE

DIBUJOS DE EUGENIO COLONNESE

Primer día del mes de septiembre de 1894, en los bosques orientales del estado de Minnesota. La sirena del inmenso aserradero de Hinckley, pueblo cabecera de la comarca, anunciaba que eran las siete de la mañana.



Cubría la tierra un denso manto de humo gris azulado, impenetrable a los rayos del sol. Los vecinos del pueblo no sentían alarma alguna. Para ellos, aquel era otro de los tantos días humosos que solían vivir.



Los meses de julio y agosto habían sido mucho más secos que de ordinario, y en los cortes que rodeaban al pueblo habían estado ardiendo lentamente millares de troncos de pinos. Aquellos rescos en las talas eran cosa común y corriente.



En la mañana del primero de septiembre las sierras empezaron a zumbir y a rechinar a la hora de costumbre. A medida que el día avanzaba, el humo fue espesándose.



Stewart Lawler, el joven maestro que tenía a su cargo la pequeña escuela rural, se asomó a una de las ventanas del edificio. Le preocupaba la densidad del humo.



Stewart alcanzó a ver entonces a Carlota Holbrook. Caminaba rápidamente, seguida de dos criadas. Iban en dirección de la iglesia de San Judas, seguramente a disponer los últimos detalles para las ceremonias que se realizarían el próximo sábado.



Carlota se iba a casar con el ingeniero Ralph Wallace, joven heredero de una incalculable fortuna dedicada a explotaciones forestales.



El maestro la saludó tímidamente. Carlota lo miró con cierto desdén sin responder a aquel saludo, y sin agradecer tampoco a la sonrisa buena que se dibujó en la boca firme de Stewart Lawler.



Todos sabían en Hinckley la historia de Stewart y de Carlota. Conocían el silencioso amor del maestro por la hermosa y orgullosa muchacha, volcado muchas veces y muy claramente en los poemas que publicaba éste en la página literaria del único diario del distrito.

Era un amor vivido en un permanente silencio. En los dos años en que Stewart estaba en el pueblo, eran pocas las veces que habían cruzado breves y circunstanciales palabras.



Carlota parecía gozar con el amor simple del humilde maestro. Se dejaba amar. Se envenecía con esa devoción inmerecida. Un mes atrás la joven había concretado públicamente su compromiso con el ingeniero Wallace, después de varios años de borrascoso noviazgo.

Eran muy populares en el pueblo los vaivenes de aquel romance, muchas veces suspendido y otras tantas reiniciado. Carlota Holbroock tenía un carácter muy especial y Ralph Wallace no admitía ninguna opinión que no fuera la suya.



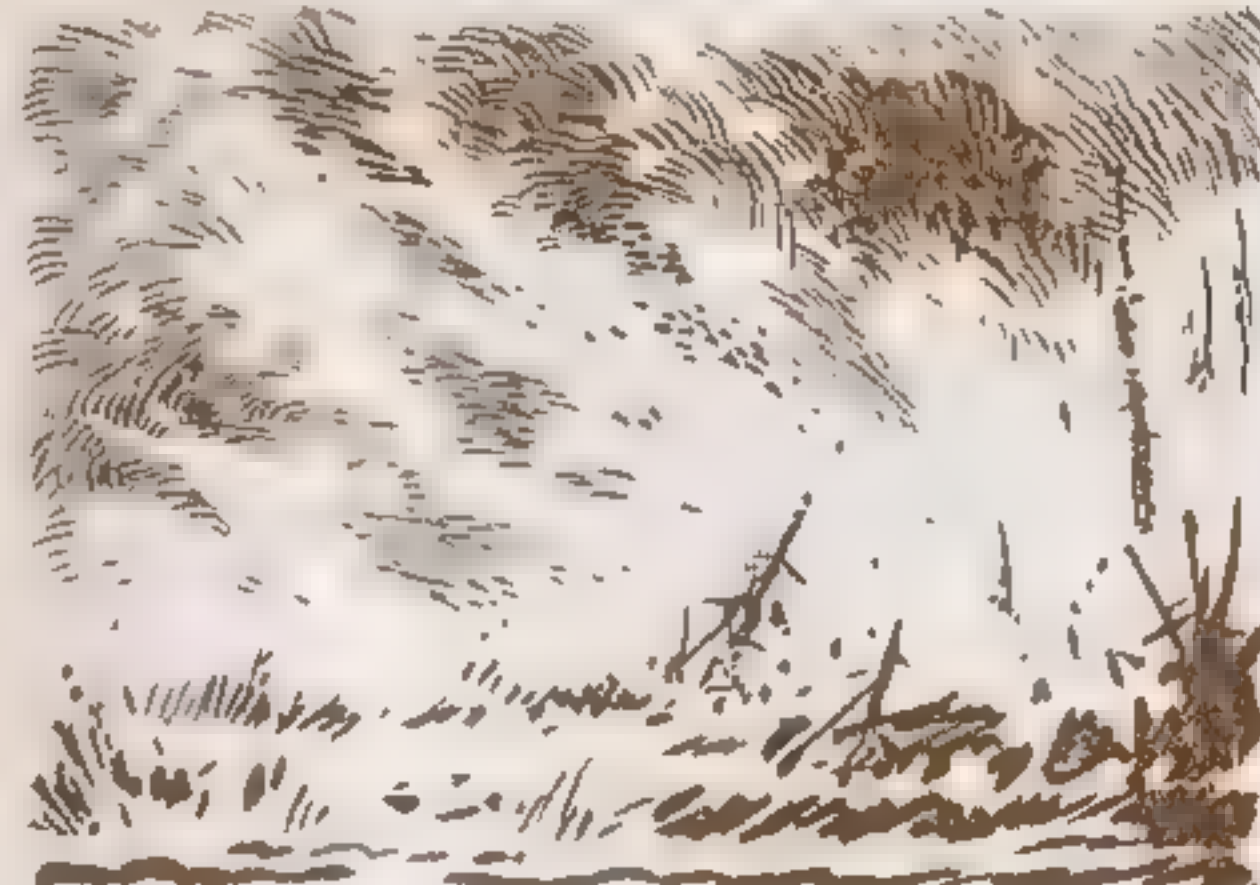
Stewart regresó hacia el centro del aula y ordenó que se encendiera la lámpara. El humo anulaba poco a poco toda la escasa claridad de aquel primero de setiembre.



En las afueras, el fuego llegó hasta los cercos de las chacras.



Poco después de la una, comenzó a soplar un fuerte viento del sudoeste. Llamóse a los bomberos voluntarios ya que el fuego comenzaba a avanzar sobre el centro de la villa.



Vi con agua ni con tierra, lograron apagar las llamas. El viento traía muchas brasas que caían ardiendo en los edificios y en las calles literalmente cubiertas de aserrín.

En el horizonte, por el sur, apareció una nube negra como la noche. A lo lejos se oía un estruendo sordo y continuo semejante al de una gran cascata.



Stewart, que había dejado momentáneamente la escuela para ayudar a los bomberos voluntarios, echó a correr por toda la calle principal dando la alarma.



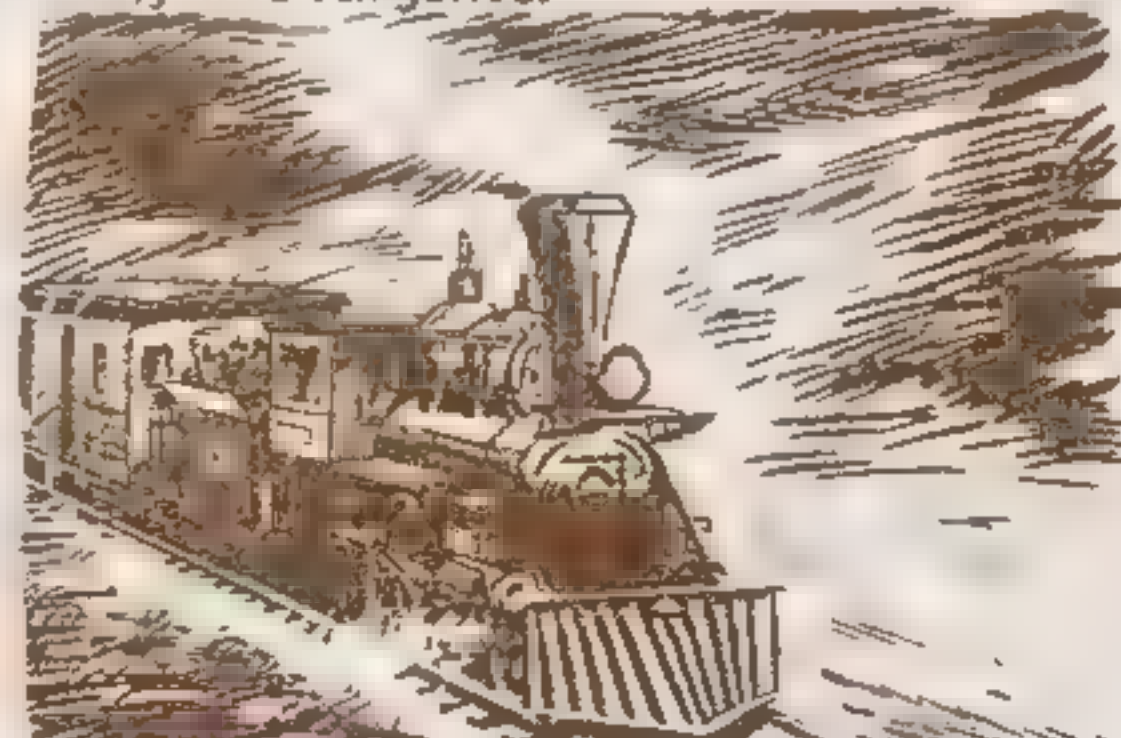
¡Sálvese quien pueda! ¡Al río! ¡A la cantera! ¡Huya todo el mundo!



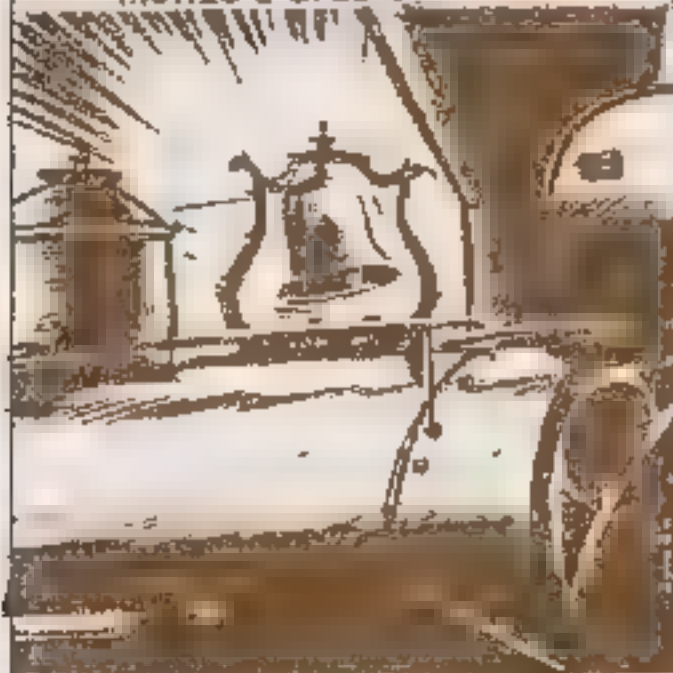
El maestro no se había equivocado. Un espantoso huracán arrastraba hacia Hinckley una tremenda lluvia de fuego.



La avenida central se convirtió entonces en una doble hilera de hogueras. Muchas personas corrieron a la estación de ferrocarril, donde se armó a la carrera un tren con dos locomotoras, cinco coches de viajeros, y tres furgones.



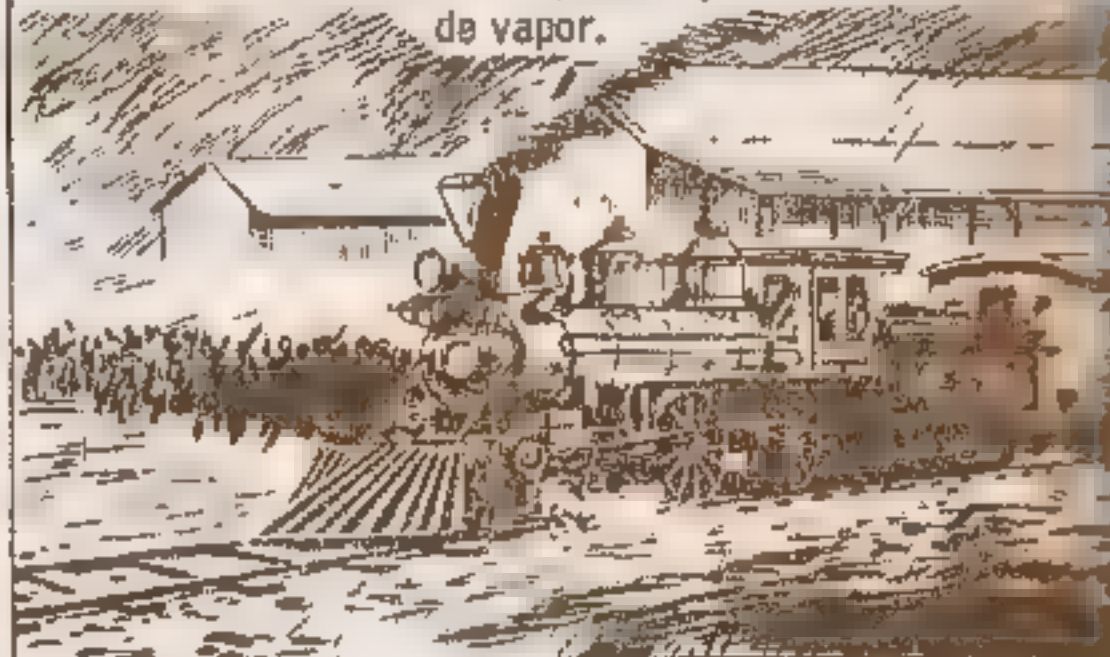
La campana del tren sonaba de continuo llamando a los vecinos. Pronto la estación misma comenzó a arder.



Stewart llegó hasta el tren con sus alumnos, que aterrados, gritaban sin cesar.



La pintura de los coches se cuarteaba ya, formando vientos burbujas. Pensado en el puente de madera tendrían que cruzar para salir del pueblo, los maquinistas dieron los últimos pitazos y abrieron la válvula de vapor.



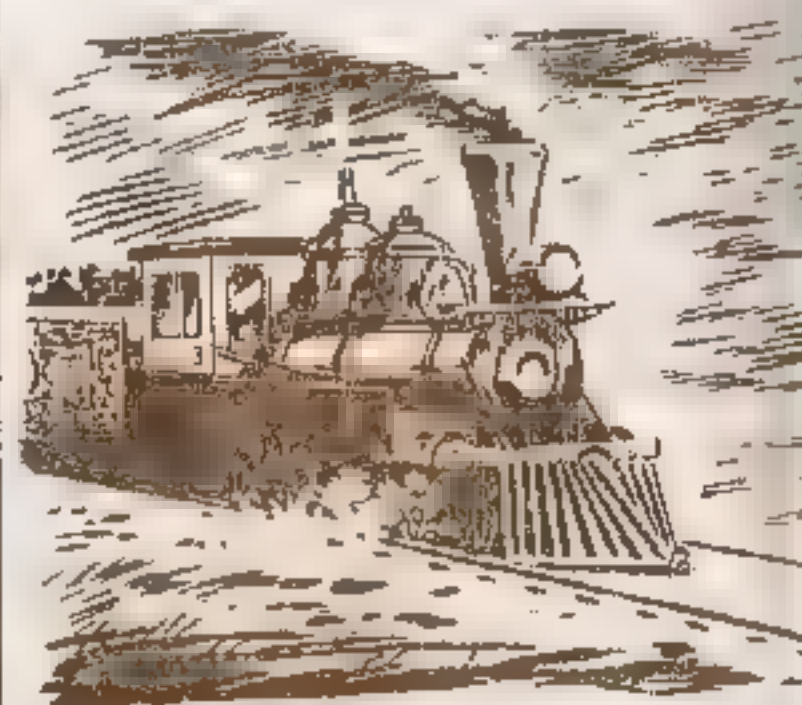
Cuando el tren arrancó, un torbellino de viento y fuego se desprendió sobre el pueblo. Mil espadas flameantes cortaron el aire gris y se hundieron en la áspera tierra seca.



En las calles, caballos y vacas, se tambaleaban y caían para no levantarse más o trataban inútilmente de huir convertidos en teas vivas.



El tren rodaba en tinieblas, envuelto en una densa nube de humo.



El convoy había logrado avanzar unos pocos kilómetros cuando un griterío infernal obligó al maquinista a detenerlo. Estaban cruzando los extensos bosques de los Holbrook y los Wallace.



Entonces ascendieron al tren Carlota, su novio, y las familias de ambos, seguidos de una legión de sirvientes que cargaban baúles y valijas.



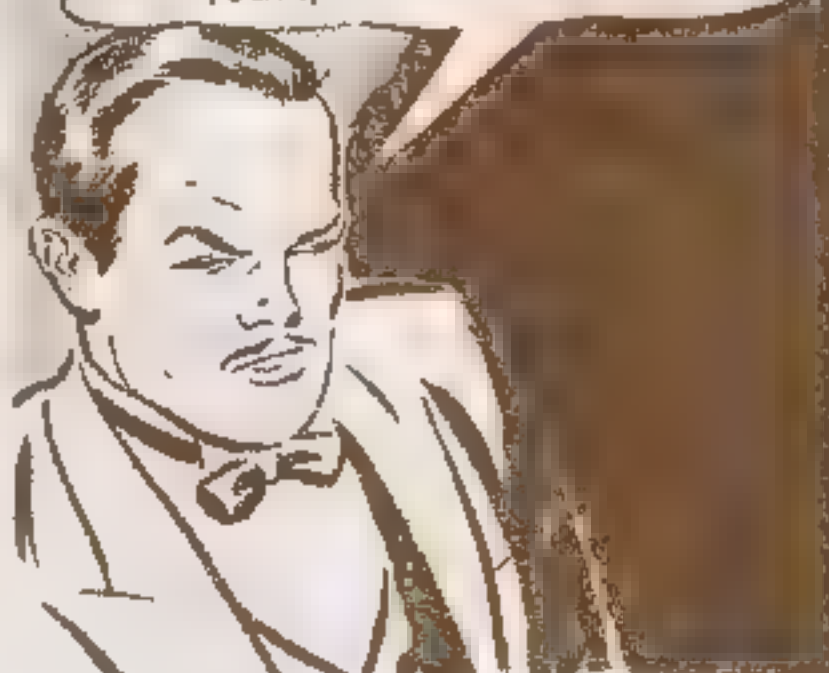
Stewart los miró con un mal disimulado reproche. Les dolía su ostentación. La casualidad los reunía en el mismo vagón atravesando un largo corredor de fuego y de espanto. Un silencio angustioso y triste recibió a los recién llegados.

¡Rápido! Esos baúles acomódenlos ahí...

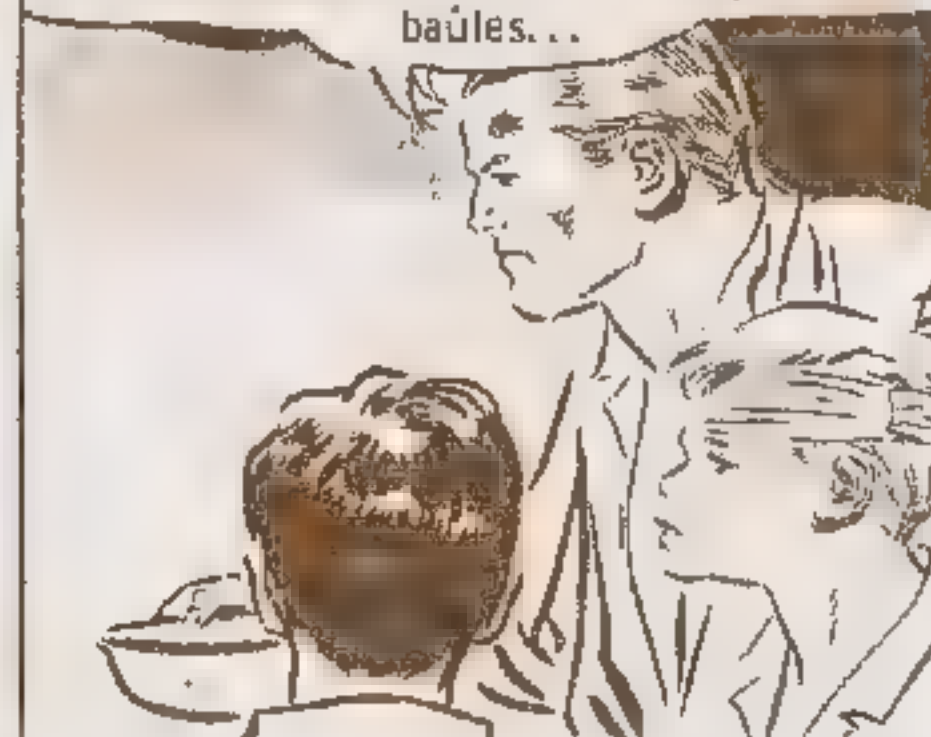


Ya casi no había lugar para los hombres y las mujeres, menos quedaba entonces para los bultos.

La señorita les ha dado una orden, ¡cúmplala de inmediato!



Un momento. Ese lugar lo tengo reservado para estos dos niños que están heridos. No bien acabe de curar a los, los acostaré ahí. Saquen esos baúles...



Mi padre es el vicepresidente de la compañía ferroviaria. Nos corresponde cualquier prioridad.

Aquí y en este momento no valen los cargos de su papá. Sáquen esos baúles de ahí, en seguida...



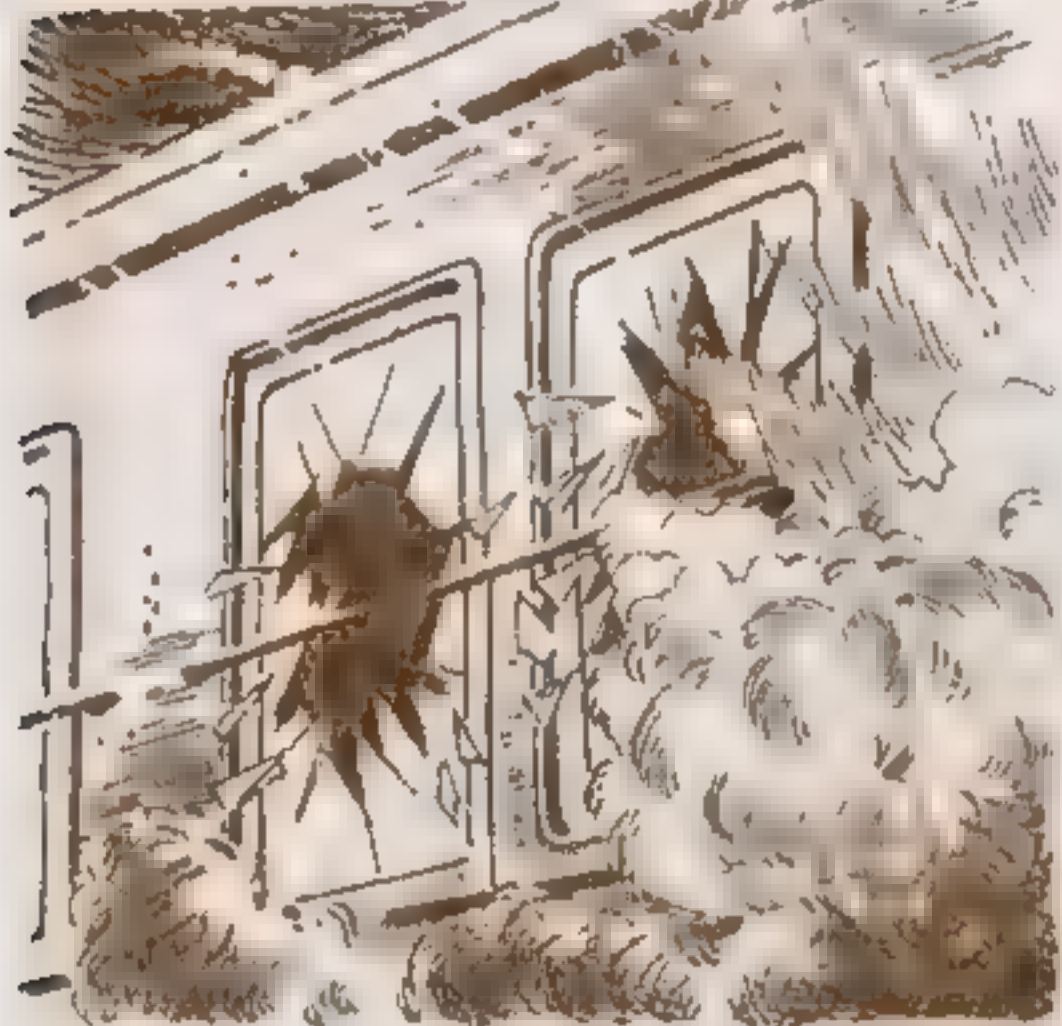
¡Cuidado! He dado una orden y estoy acostumbrada a que se cumplan. Que acuesten a los niños en otro rincón, si quieren...



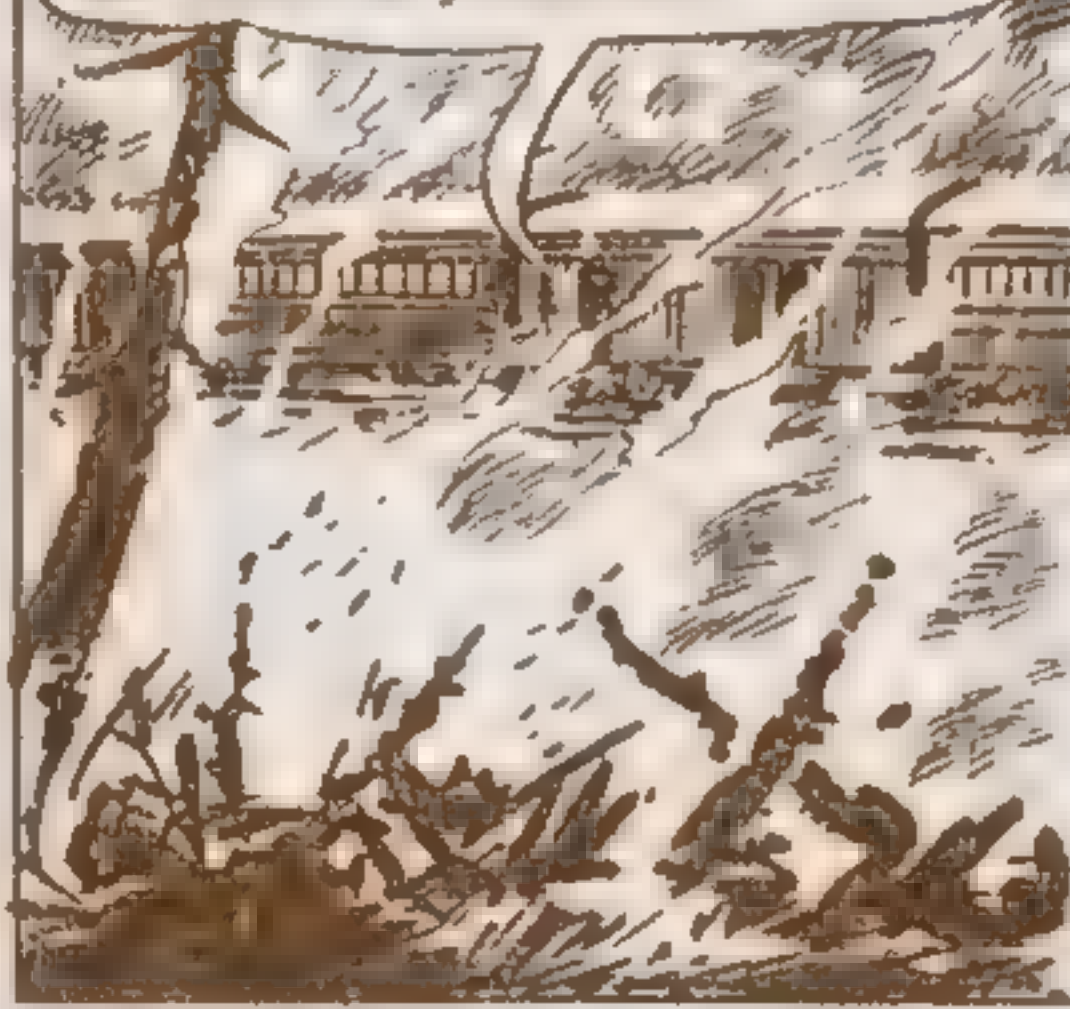
El joven maestro no estaba dispuesto a discutir. En esos instantes de terrible peligro cualquier conversación estaba de más. Stewart abrió la pesada puerta del coche-furgón en que viajaban.



Sorpresivamente, el calor intenso hizo estallar en un solo estampido todos los vidrios del tren.

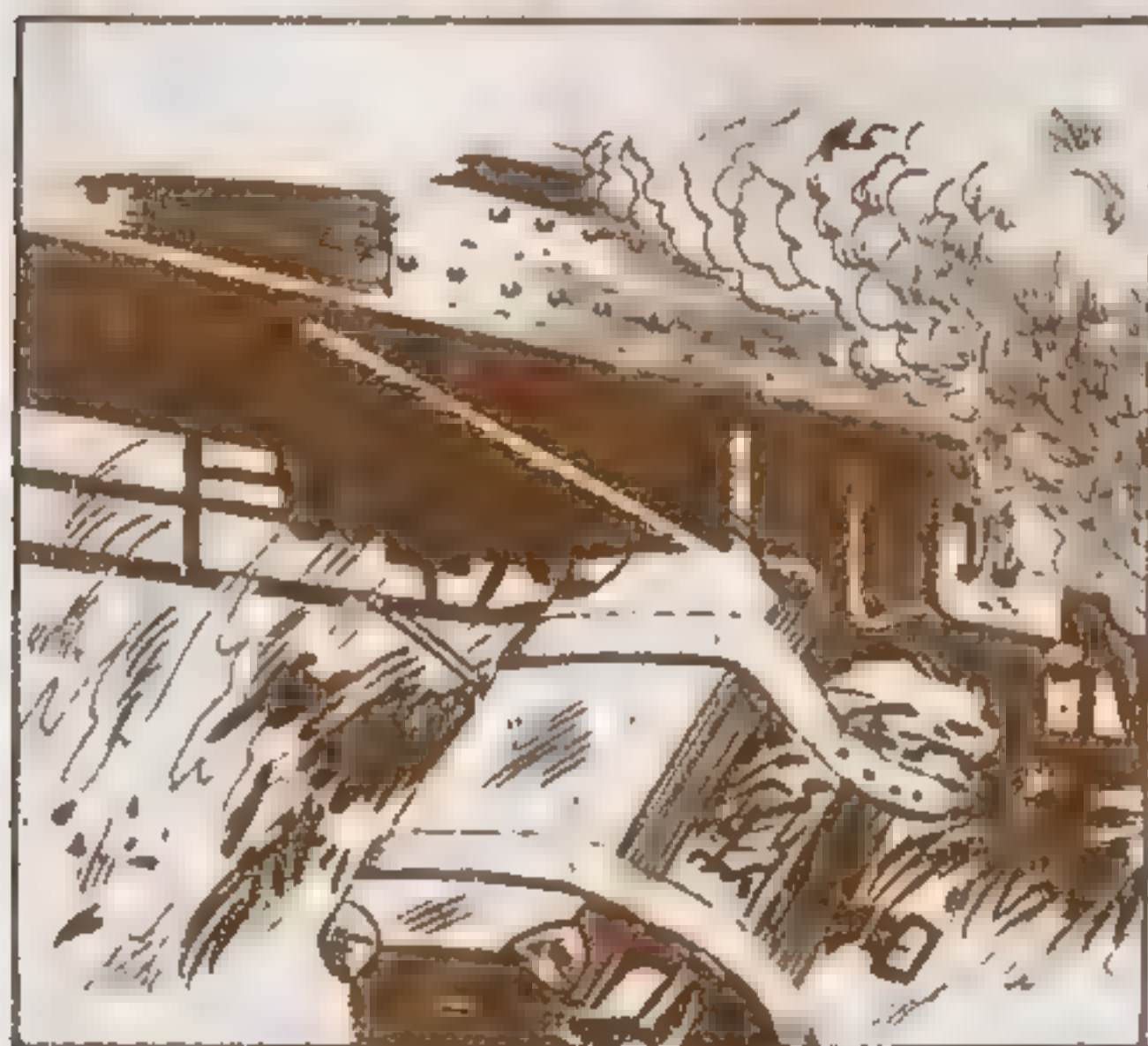
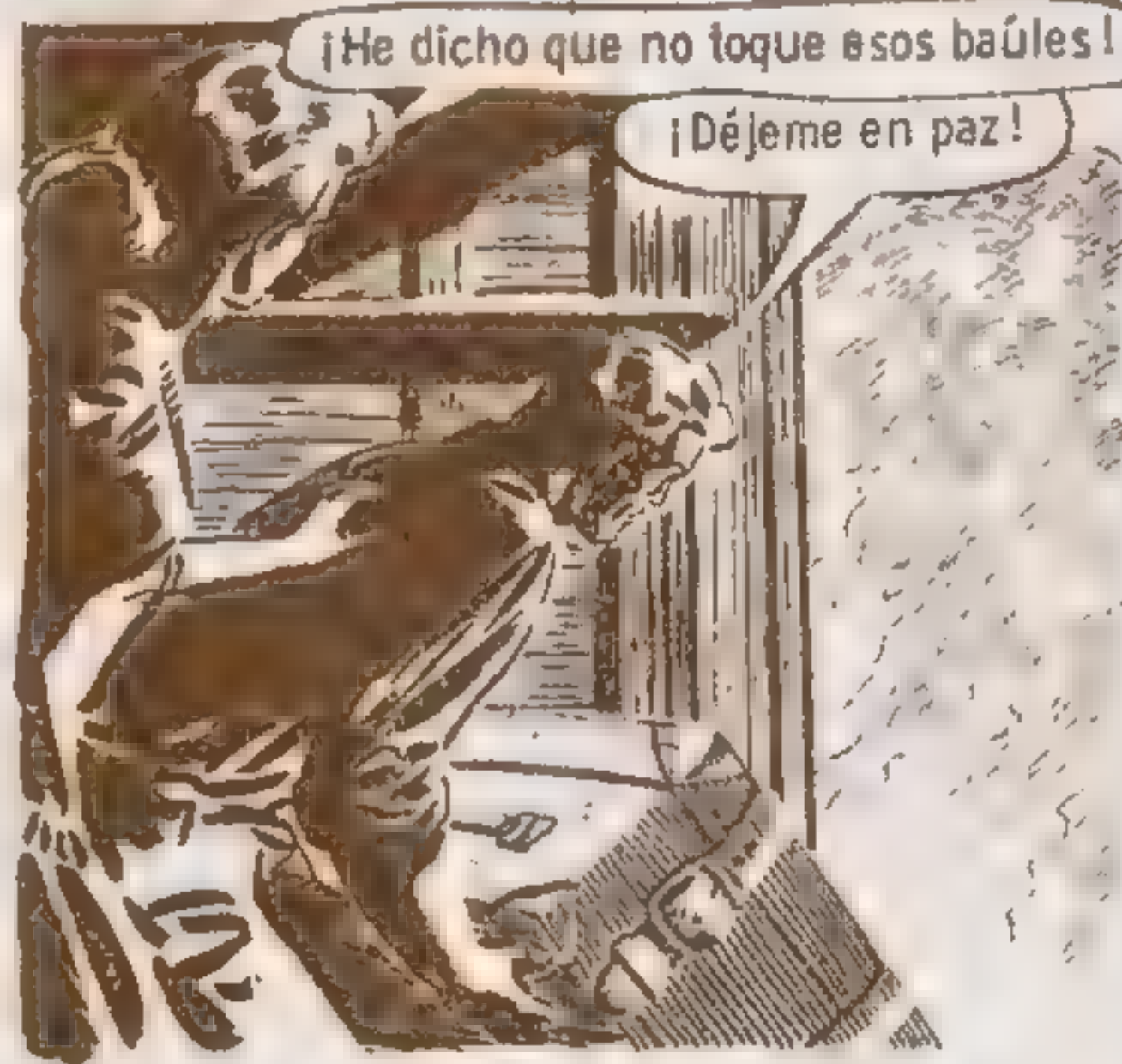


¡No lloren, mis muchachos! Me prometieron ser valientes. Ya van a poder acostarse y descansar.



¡He dicho que no toque esos baúles!

¡Déjeme en paz!



¡Salvaje!



¡Basta de hacer barbaridades!

¡Le conviene quedarse en su rincón!



No puedo permitir que lleve adelante este atropello. Está arrojando nuestra fortuna a las llamas.

¡Lo siento y le vuelvo a repetir que no trate de meterse en el medio!



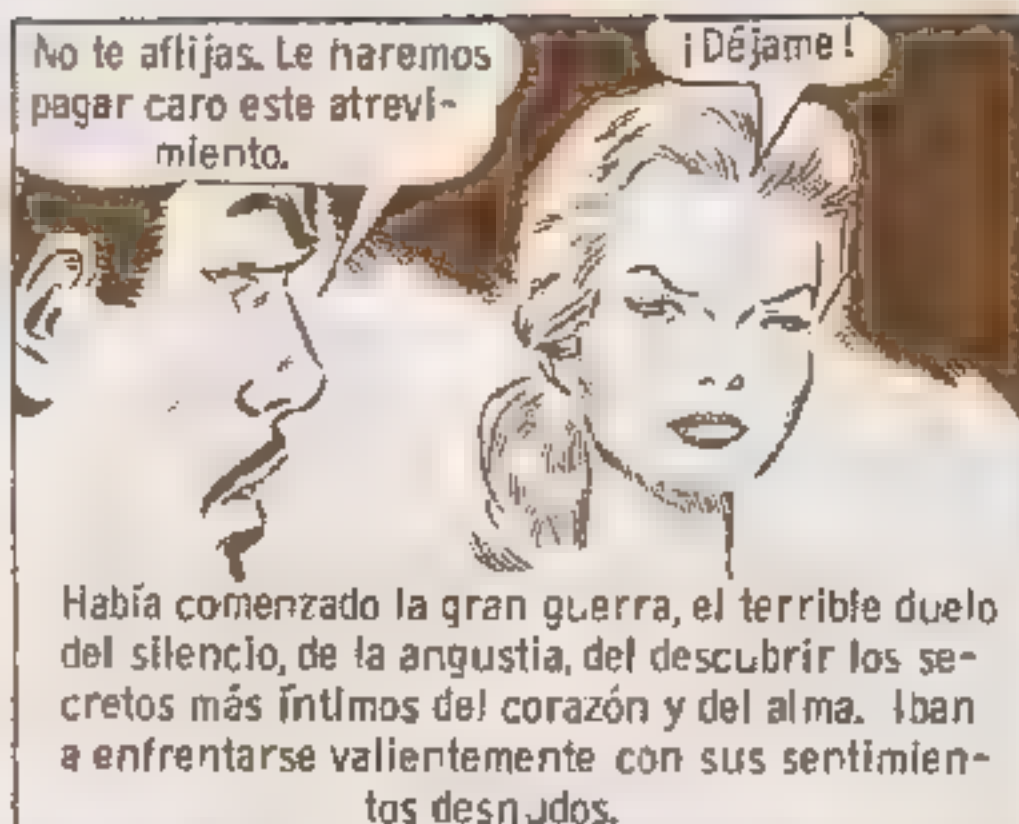
Wallace insistió.

¡Se lo previne!



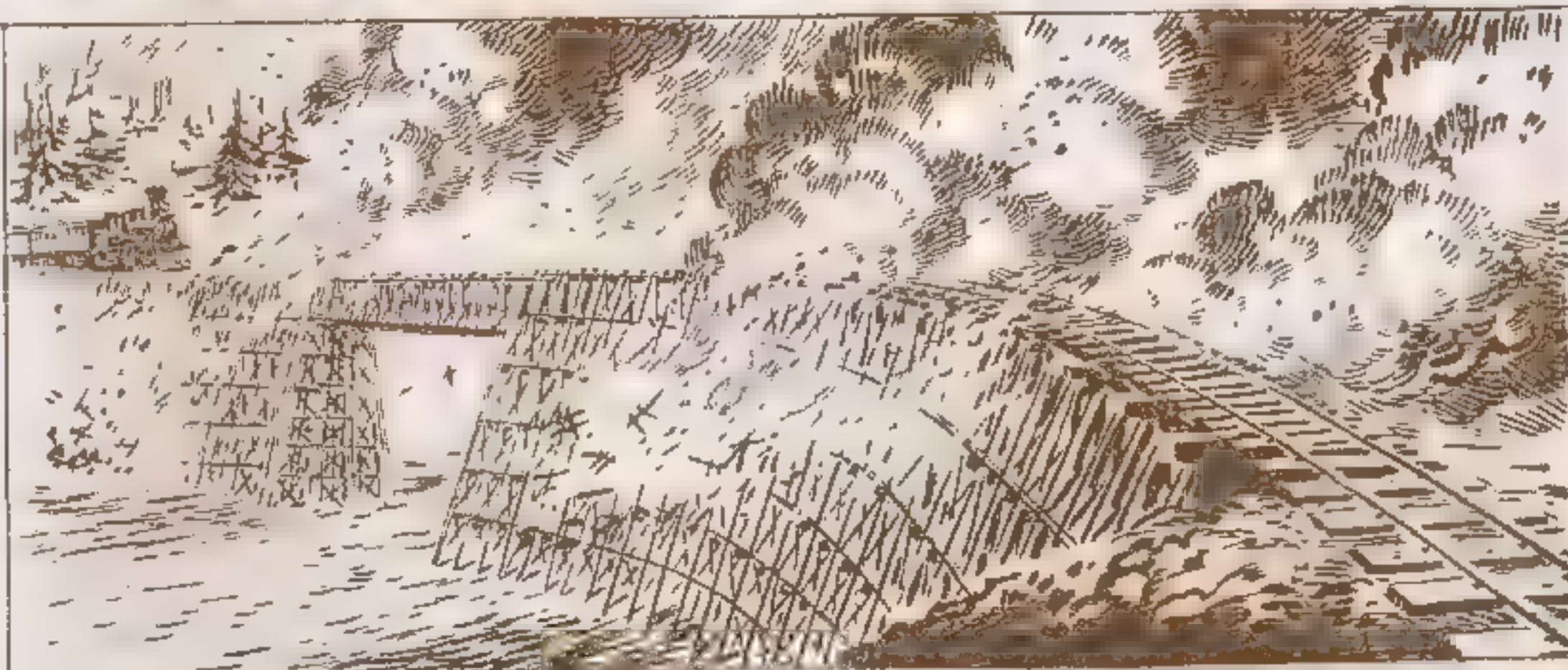


Pero Stewart no se volvía atrás cuando se trataba de ayudar a sus niños.

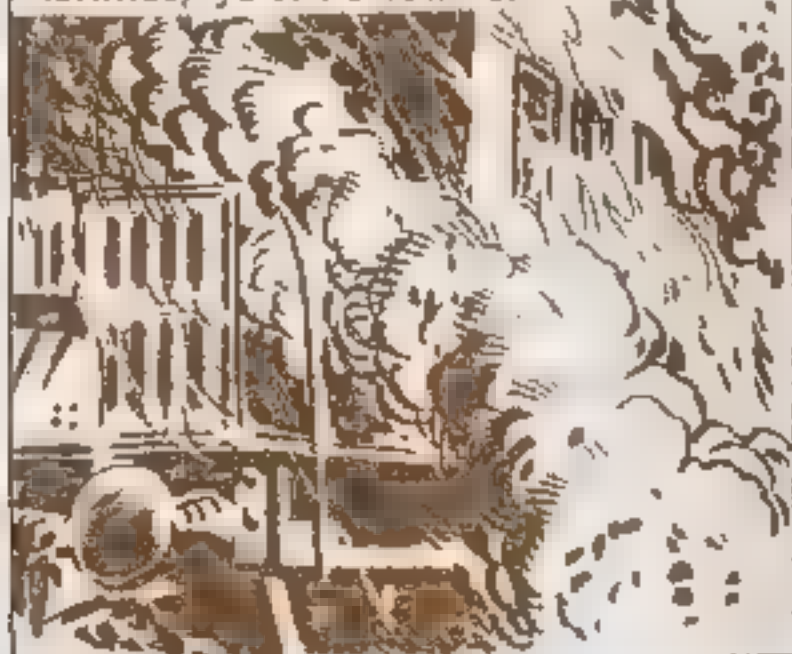


Había comenzado la gran guerra, el terrible duelo del silencio, de la angustia, del descubrir los secretos más íntimos del corazón y del alma. Iban a enfrentarse valientemente con sus sentimientos desnudos.

Cuando el tren llegó cerca del puente del río Keltie, a 6 kilómetros de Hinkley, hacia el norte, vieron con terror que éste ya estaba ardiendo. Tenían que atravesarlo a costa de cualquier riesgo.



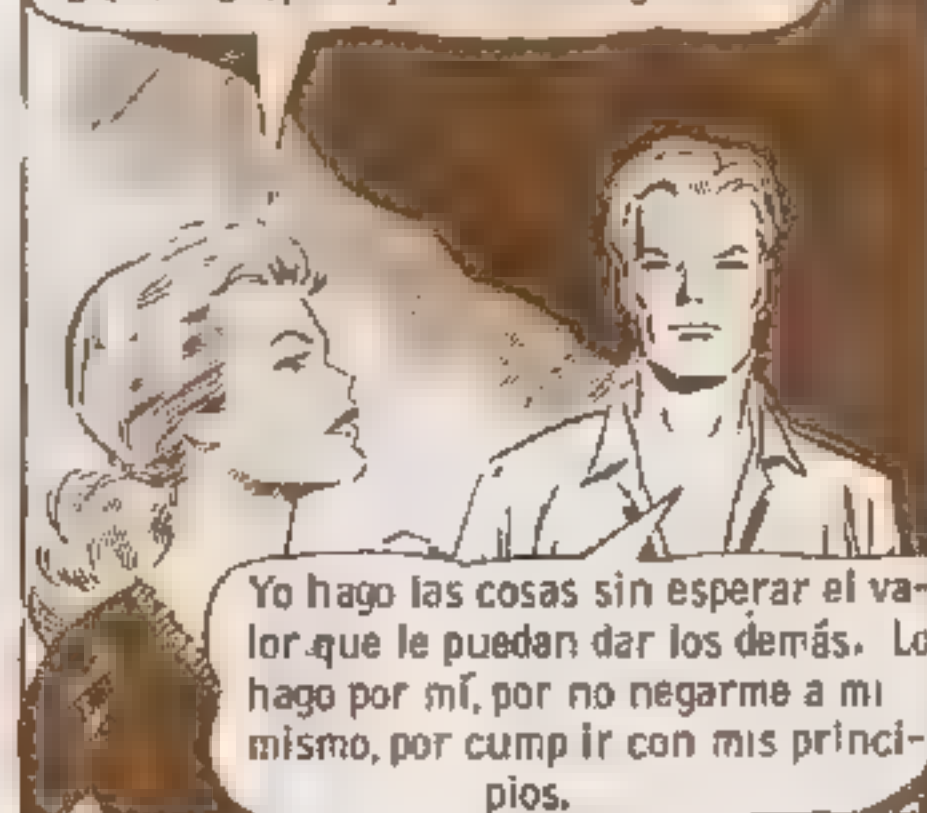
Despacio, con gran cuidado, el maquinista condujo el convoy. Las llamas penetraban en los coches por las ventanillas, ya sin cristales.



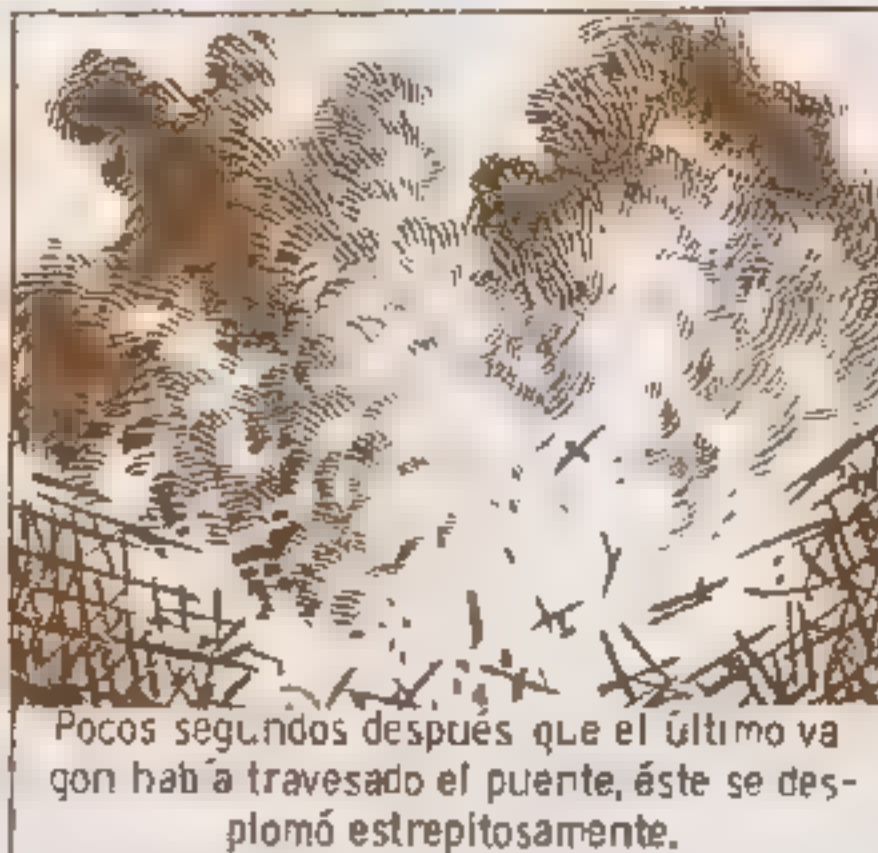
¡Cuidado!



¿Qué? ¿Espera que le de las gracias?



A pesar de ser usted quién es, tengo que considerarla un prójimo. Jesús nos enseñó a amarnos los unos a los otros. Lo hice por eso, señorita Holbrook. No pude elegir...



Pocos segundos después que el último vagón había travesado el puente, éste se desplomó estrepitosamente.

Stewart siguió atendiendo a sus aterrados niños. El incendio se hacía cada vez más intenso. Carlota y Wallace medían la dureza del silencio que los separaba. Ninguno de los dos se atrevía a ser el primero en hablar. El maestro los estaba derrotando. No querían mostrar sus heridas. Siempre el orgullo.

Carlota, tranquilízate...

¿Por qué? ¿Quién te dice que estoy nerviosa?

¡No me contestes de esa forma! No me gusta ese tono que usas...

No me angusties más. Ya tengo bastante con el llanto de esos niños...

Te quiero, Carlota. Nadie puede comprenderte mejor que yo...

¡Míralo! Se ríe de nosotros...

Carlota había detenido sus ojos en Stewart, que volcado sobre sus muchachos, trataba de calmarlos.

¿Qué te importa su risa? ¡Deja de mirarlo!

¡Se ríe! ¡Se burló de nosotros y ahora se ríe! Dices que me ama, pero no se rinde...

Todos esclavos tuyos, pretendes que todos sean esclavos tuyos; todos menos yo. Yo voy a obligarte a que me ames más de lo que me amas. Vas a amarme porque yo soy yo y nada más...

Era la lucha del orgullo. El orgullo de los Wallace y también el orgullo de los Holbrook. El gran orgullo de los débiles, de los vacíos y de los cobardes. El orgullo de los que imponen amor. El orgullo que no tienen los que crean amor.

Terminen de discutir. Los niños se ponen más nerviosos con vuestros gritos. Esta no es una sala de alguna de las mansiones en que viven, y no están solos.

Stewart había remarcado el hecho. Carlota recibió la afrenta; Stewart comenzaba a dominarla.

El tren se detuvo. Había llegado a los pantanos de Smirth. Una gran cerco de fuego rodeaba aquella larga llanura de barro líquido y frío.

Las llamas se precipitaron sobre el tren. Un tropel desesperado de pasajeros se arrojó hacia el pantano. Ya estaban a salvo.

(¡Gracias, Dios mío!)

¡No me mira! ¡Ni siquiera me mira!
Estás delirando, Carlota Holbrook.

El cielo volvió a oscurecerse. Un aire afiebrado de tormenta descendió hacia ellos. Pronto llegaría la inesperada gracia del agua salvadora.

¡Llueve! ¡Llueve, Stewart! ¡Llueve!

¡Carlota! ¡Ven aquí!
Carlota!

Pero Carlota no escuchó el grito de su prometido. Corrió desesperada hacia Stewart dispuesta a rendirse a silencio del hombre que había logrado vencerla. Llovía sobre ellos. Moría el fuego.

Impulsada por aquel arrebató, Carlota besó al maestro. Fue un beso desesperado, angustioso. Era la búsqueda enloquecida del buen amor, del amor verdadero. Era el miedo tremendo a morir sin haber conocido la dicha suprema del amor único.

Es tarde, Carlota. Usted es la prometida de Wallace...

Una promesa que no tiene valor. ¡Se puede romper! El no es el amor que yo esperaba.

Usted nunca conocerá el amor verdadero, porque le falta sencillez de corazón. Sólo los sencillos de alma, los que postergan su orgullo, aman verdaderamente. Sólo el amor simple es el amor verdadero.

¡Muchachos! Se apaga el gran incendio. Es el momento de regresar. Tenemos que reconstruir nuestro pueblo lo antes posible. Los que puedan hacerlo, que me sigan. ¡Volvemos a Hinckley!

El joven maestro, seguido de un grupo de valientes leñadores, regresaba a su destruido pueblo. Llevaba en sus manos el enorme deseo de hacer, de construir, de cumplir con sus sueños de hacer el bien para todos.

Carlota Holbrook cayó de rodillas sobre el barroso suelo del pantano. Ralph Wallace se aproximó a ella.

¿Lloras?

Lloro y rezo.

¿Le estás dando gracias a Dios por habernos salvado?

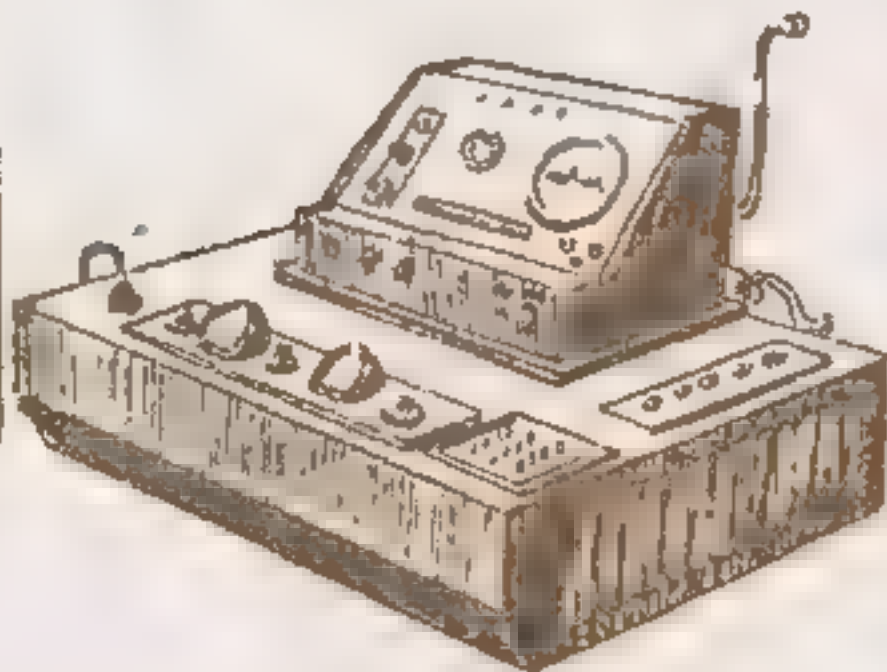
No. Le estoy pidiendo que me llene el corazón de humildad.

¡Regreso a Hinckley! ¡Yo también quiero reconstruir el pueblo!

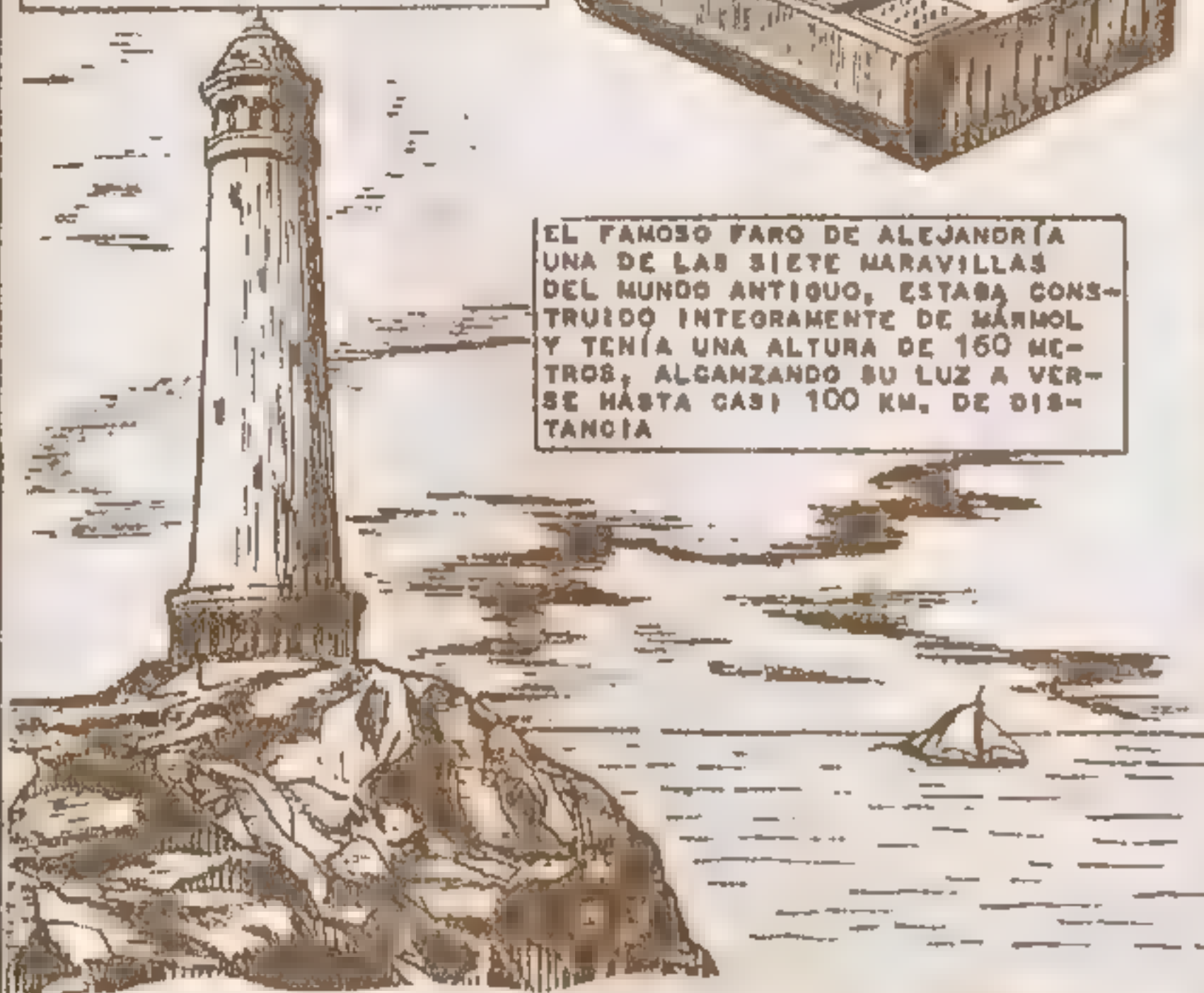
FIN

¿SABE USTED...?

LOS CIENTÍFICOS DEDICADOS A LA INVESTIGACIÓN NUCLEAR CUENTAN AHORA CON LA AYUDA DE UN CRONÓMETRO ELECTRÓNICO CAPAZ DE REGISTRAR REACCIONES, CUYA DURACIÓN ES DE MILLONESIMAS DE SEGUNDO.



EL FAMOSO FARO DE ALEJANDRIA UNA DE LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO ANTIGUO, ESTABA CONSTRUÍDO INTEGRAMENTE DE MÁRMOL Y TENÍA UNA ALTURA DE 160 METROS, ALCANZANDO SU LUZ A VERSE HASTA CASI 100 KM. DE DISTANCIA.

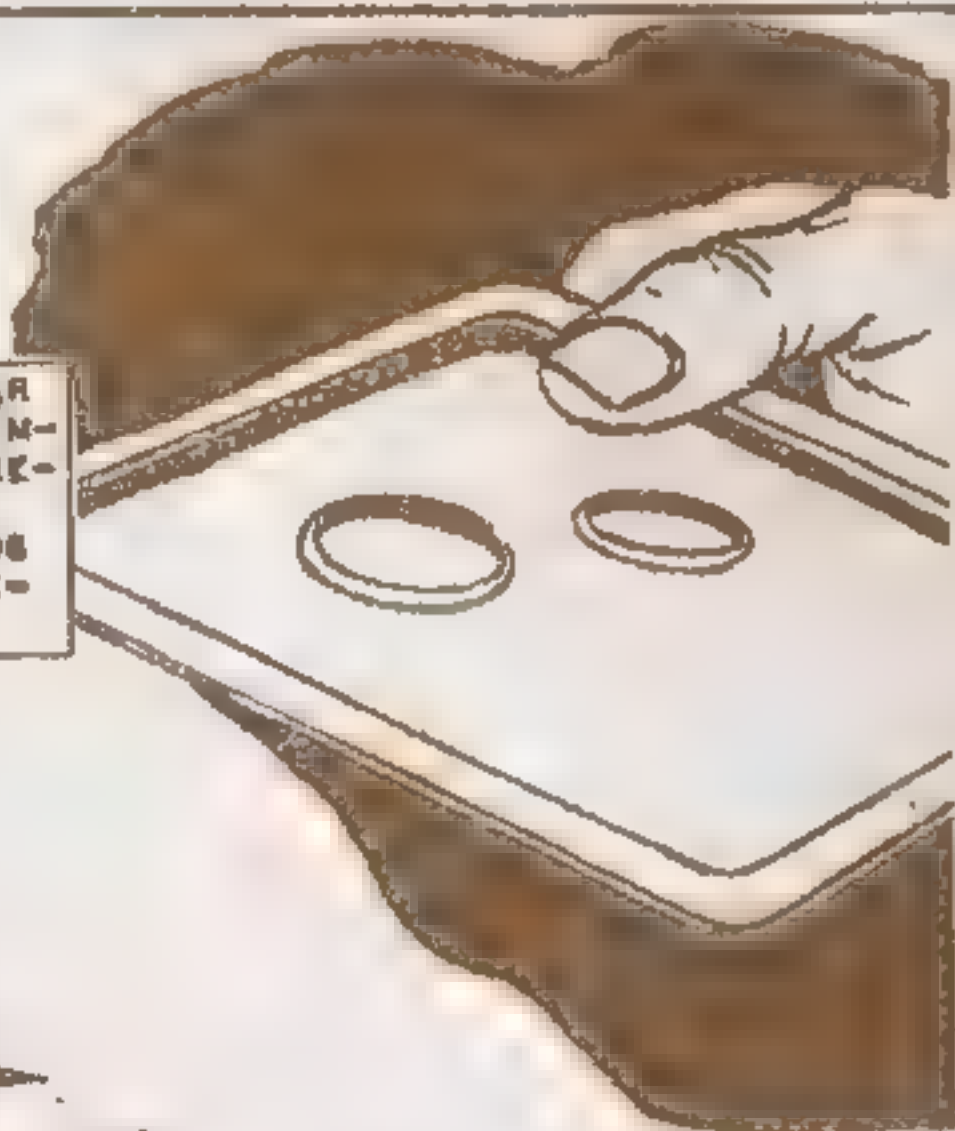


LOS EMPERADORES AUSTRIACOS SIEMPRE GUSTARON DE TENER CAUTIVOS VARIOS EJEMPLARES DE ÁGUILA IMPERIAL EN SU CASTILLO DE SCHOENBRUNN, UNA DE ESTAS AVES LLEGÓ A VIVIR 114 AÑOS LO QUE PRUEBA LA GRAN LONGEVIDAD DE LAS MISMAS.

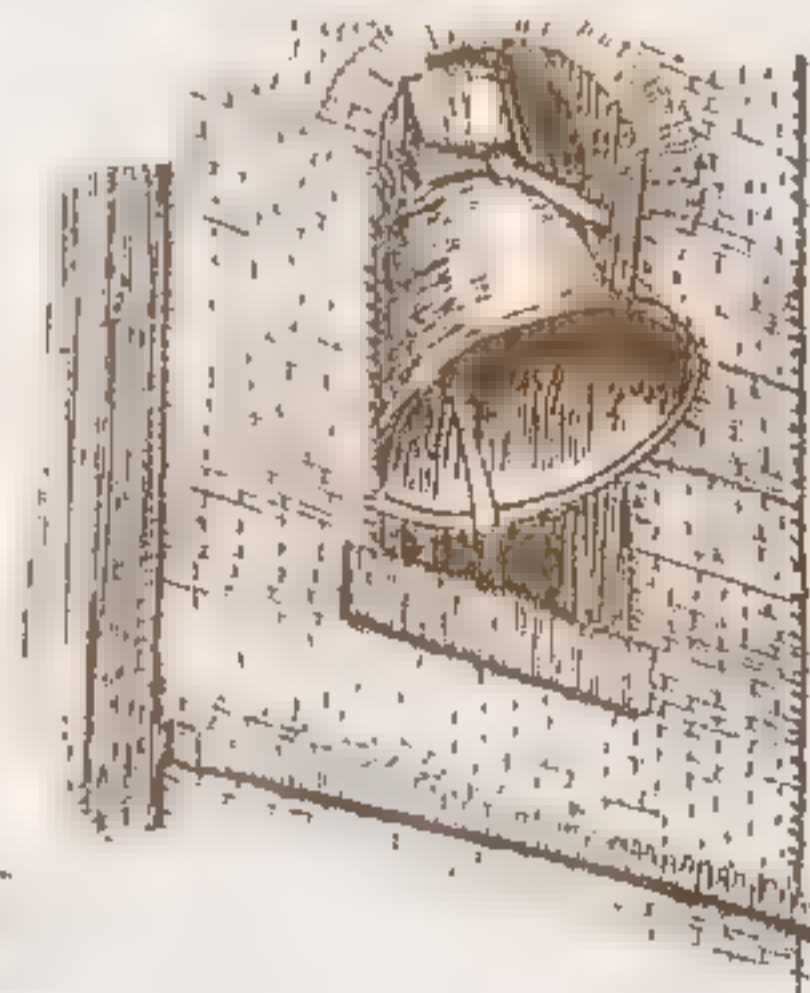


LA UNIDAD MARINA DE VELOCIDAD ES EL NUDO QUE EQUIVALE A 30,86 METROS POR MINUTO, O 51 METROS POR SEGUNDO, O UNA MILLA POR HORA.

LA COSTUMBRE DE INTERCAMBIAR ANILLOS LOS NOVIOS, COMO SÍMBOLO DE SU COMPROMISO, SE REMONTA AL SIGLO II ANTES DE J.C. ENCONTRÁNDOSE EN TEXTOS DE PLINIO Y TERTULIANO REFERENCIAS DE ESTE HECHO.



LA CAMPANA MAYOR DEL MUNDO SE ENCUENTRA EN MOSCÚ, TIENE 21 METROS DE CIRCUNFERENCIA Y 7 DE ALTURA.



UNA DE LAS MÁS AUDACES OBRAS DE INGENIERÍA REALIZADA HASTA LA FECHA, ES EL FERROCARRIL DE FLORIDA A CAYO HUESO (EE.UU.) SITUADO SOBRE UNA CADENA DE CIENTOS DE ISLOTES, EL ÚLTIMO DE LOS CUALES ES CAYO HUESO.



SI SUMERGIMOS EN EL MAR UNA PIEZA DE CORCHO A 60 METROS DE PROFUNDIDAD, LA PRESIÓN DEL AGUA NO LA DEJARÍA SUBIR A LA SUPERFICIE.



El culpable está entre nosotros

Por EDWARD GOODMAN

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE TACCINO

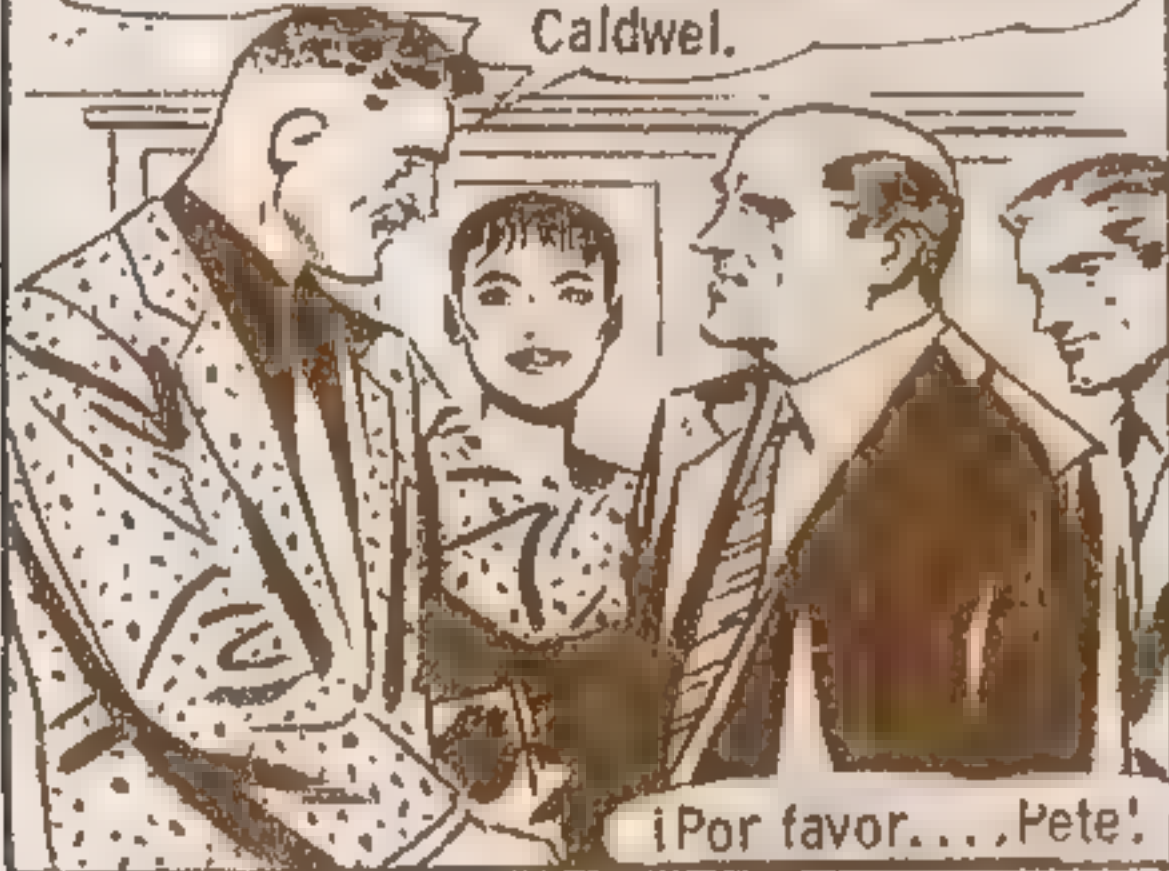
El presidente del jurado se puso de pie y el silencio en la sala hizo más profundo. Iba a darse a conocer el veredicto por los miembros que componían el tribunal.



Ante la falta de pruebas, consideramos que el acusado Caveman Pete, no es culpable.

Caveman Pete, ex luchador de catch, estrechó con efusión la mano de su abogado defensor.

Eres el mejor defensor que he conocido, Caldwell.



¡Por favor... Pete!

Helen Heinlein, la novia del absuelto, corrió hacia él y le abrazó. Mientras tanto, Alex Dolstrum, inspector detective, se retiraba completamente disgustado por aquel fallo, al que consideraba injusto. Estaba seguro de que Pete había sido el secuestrador del pequeño Bob Pollock.



Alex llegó preocupado a su casa, pero de pronto una llamada telefónica le sacó de sus meditaciones. La llamada era de Virginia Marcy, la secretaria de la conocida mujer de negocios, Margaret Goldberg.



Nos enteramos de la absolución de Pete... El señor Pollock está deshecho... La señora Goldberg desea que venga a animarle.

Estamos en el Lakeside Hotel, inspector. Había que sacar al abuelo de Bob de su casa... Allí se mortificaba con tristes recuerdos.



Comprendo... Iré sin falta.

Cuando el inspector se enfrentó con mister Pollock, trató de animarlo. La absolución de Caveman, no significaba que todo estuviese perdido.



Estoy seguro de que un día u otro encontraremos pruebas precisas para lograr que los culpables sean castigados.

Transcurrieron dos semanas de aquel acontecimiento y el mismo Dolstrum, atareado en la investigación de otros sucesos, relegó a segundo plano cuanto se relacionaba con aquel suceso.



(No visité más a Pollock en el Lakeside Hotel... Llamé por teléfono... Debo saber cómo se encuentra)

Así lo hizo y se comunicó con Virginia.

Supongo que mister Pollock prosigue en el hotel y que gracias a la compañía suya y de mister Goldberg, estará más repuesto.



Sí... pero por desgracia... ayer... vino a hospedarse aquí Gove Caldwell, el defensor del secuestrador de su nieto.

Aquello era un verdadero escarnio al dolor del anciano. El inspector volvió a visitar al señor Pollock, quien le manifestó su disgusto por la presencia de aquel individuo en el hotel.



¡Es increíble!... Para mayor afrenta aún... su tocadiscos funciona continuamente. Le aseguro que lo...

Estaban ambos hombres entregados a esa conversación con mister Goldberg, cuando más alto y más fuerte que el ruido de la música, proveniente de la "suite" que ocupaba el abogado, llegó a sus oídos una voz agitada, que solicitaba auxilio.



De pronto se escuchó el estrépito de unas detonaciones. Fueron cuatro disparos hechos con toda rapidez.

¡Ha sido en el quinto piso. ...! Era Caldwell el que gritaba!



Todos corrieron hacia allí. La puerta era resistente, pero la cerradura saltó al fin bajo los empujones de Alex y de un par de alarmados huéspedes.

¡Quédense atrás!... El criminal está armado y puede recibirnos a balazos.



Dolstrum penetró solo, pistola en mano, dispuesto a rechazar en forma adecuada el menor conato de agresión. Una ojeada le bastó para comprobar que Caldwell estaba tendido boca arriba completamente inmóvil, y que quien lo había herido no estaba a la vista.



Recorrió todos los ambientes, comprobando que la ventana del cuarto de baño estaba abierta. Se asomó y comprobó que junto a ella pasaba la escalera de incendios.

(Ha huído por ahí... Le ha sido fácil...)

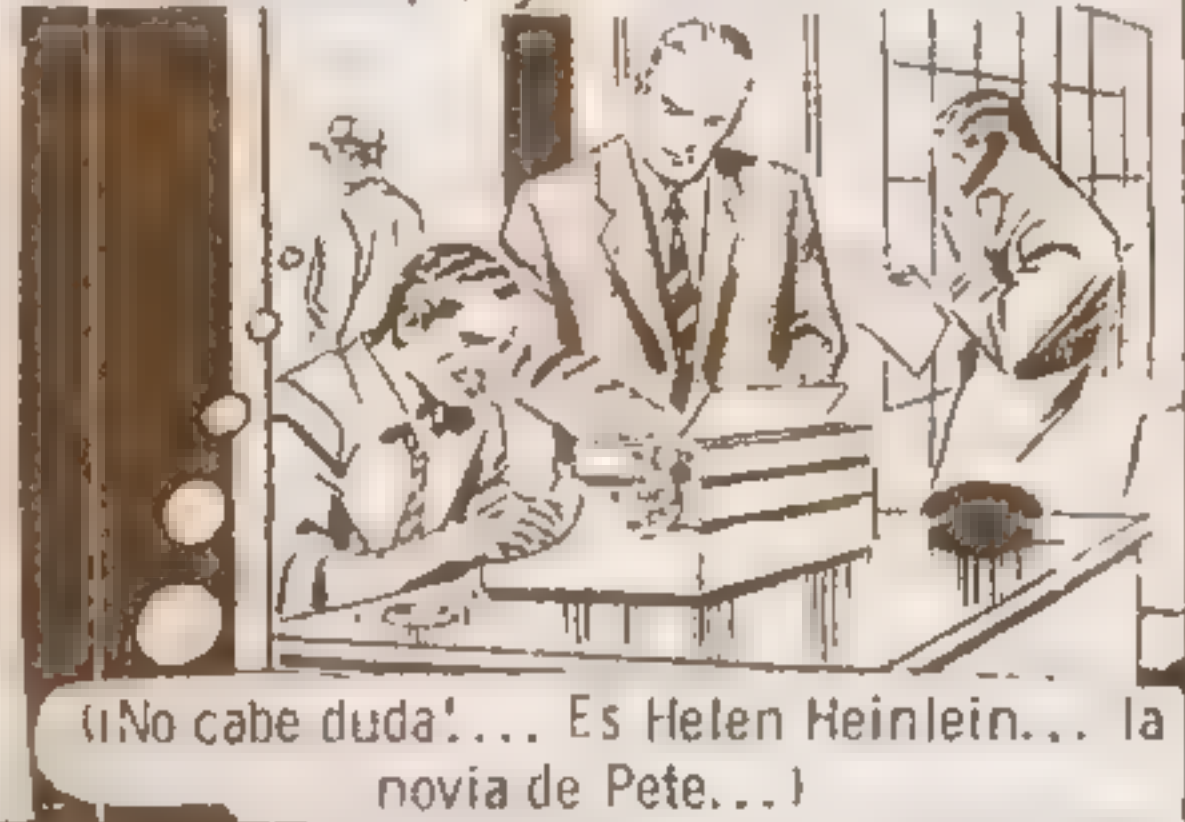


Inmediatamente llamó al Departamento de Policía, reportando la novedad.

Nadie debe tocar al muerto ni cambiar ningún objeto de la habitación. No debemos dificultar la tarea de los expertos en huellas.



Acto seguido, comenzó a interrogar a los camareros del piso. Eran tres, una mujer y dos hombres. Todos coincidieron en que por la mañana, el abogado había recibido la visita de una dama, cuyas señas facilitaron.

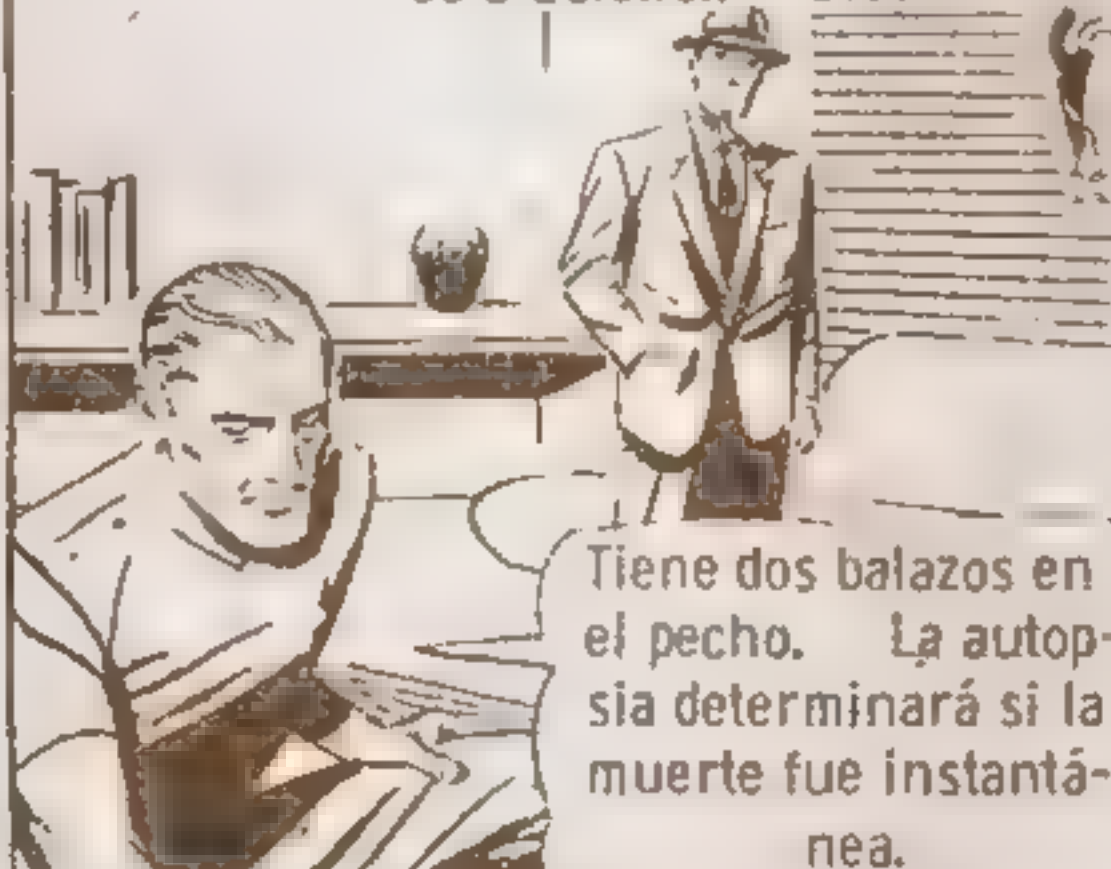


(¡No cabe duda!... Es Helen Heinlein... la novia de Pete...)

Luego, uno de los camareros recordó que en el día de la víspera, había tenido otro visitante: mister Wendy Mc Cloy. El citado era un caballero de accidentada historia. Llevaba siete años de concejal, ocupando un sitial en la City Administration, procurando que todos olvidasen su pasado tormentoso; sin embargo, Dolstrum sospechaba que su cambio no era tan profundo.



El interrogatorio que el Inspector estaba formulando al personal, fue interrumpido por la llegada de la ambulancia y de varios coches policíacos. El médico revisó a Caldwell.



Tiene dos balazos en el pecho. La autopsia determinará si la muerte fue instantánea.

El sargento Harlan Burns secundó a Alex en su tarea. Se encargó de interrogar a un ascensorista, mientras Dolstrum preguntaba al otro.



¡Escuche, inspector... creo que éste sabe algo de lo que le interesa!

El chico del ascensor manifestó que sobre las nueve de aquella noche, había subido hasta la quinta planta un individuo que le llamó la atención por su corpulencia y sus orejas retorcidas y aplastadas.

El retrato es inconfundible...

Cuanto antes visite al amigo Pete, mejor.



El Inspector sabía dónde encontrarle. Burns detuvo su coche cerca de la esquina del domicilio de Helen. Dolstrum descendió y se dirigió al apartamento de aquella y llamó con energía. Oyó el repiqueteo de unos pasos femeninos y la puerta se entreabrió. La mujer reconoció a su visitante e intentó cerrarla.



Dolstrum, que esperaba esa reacción, la empujó con todas sus fuerzas y entró, decidido.

Si busca a Pete, le diré que no está aquí.



No sé si me miente... Por si acaso le advierto de que estoy armado.

Helen lo miró desdeñosamente. Luego le volvió la espalda y echó a andar. El inspector fue tras ella, recorriendo así las cuatro habitaciones que componían el piso.

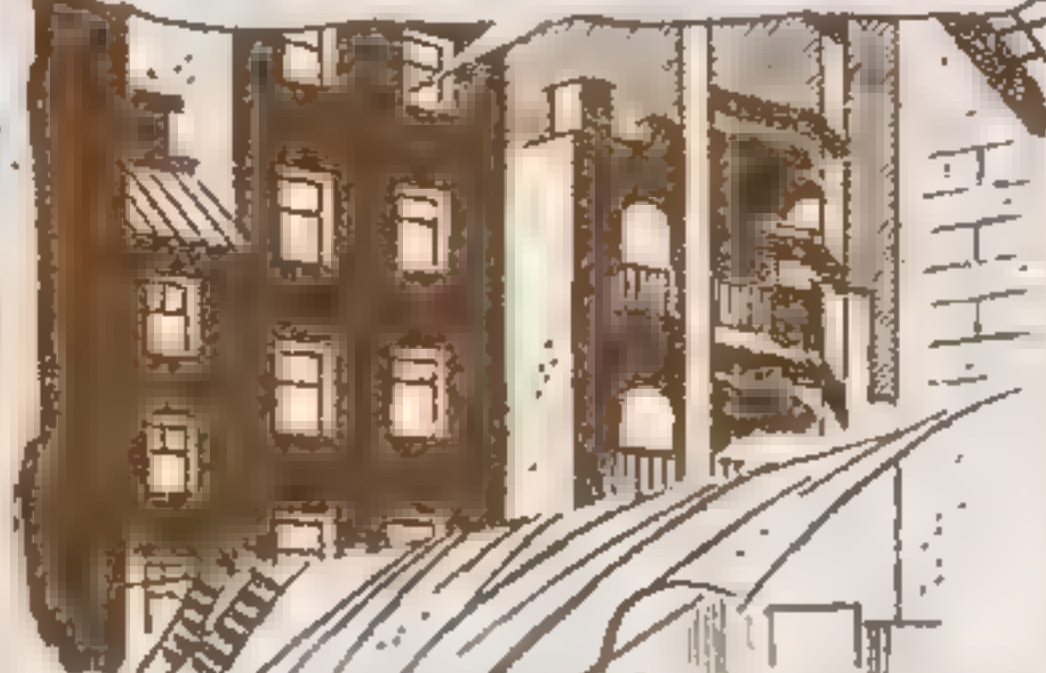
¿Cuándo vendrá?...



¡No lo sé!... Hoy no lo hará... Salió de viaje...

Alex no dio crédito a las palabras de la muchacha. Estaba seguro que Caveman no tardaría en llegar y acercándose a la ventana, se puso a vigilar la calle.

¡Cuidado con hacerme una mala pasada! ¡Quieta!... Le esperaré toda la noche si es necesario.



De pronto, el inspector divisó que Caveman descendía de su coche, frente al edificio. En el silencio de la noche, se oyeron sus pasos ascendiendo la escalera. Un instante después abrió la puerta y entraba. Dolstrum le puso la pistola sobre el pecho, anulando así toda resistencia de su parte.



Pero pronto el ex luchador se recuperó; estaba habituado a peores pruebas.

¿Qué le pasa, inspector?

¿Qué quiere de mí?



Bien lo sabes... Has liquidado a tu amigo y compañero de fechorías, Gore Caldwell.

Dolstrum, sin creerle una sola palabra, le invitó a salir a la calle con las manos en alto. En ese momento, Helen que estaba detrás del inspector, se le aproximó y le golpeó con una botella. Alex cayó desmayado.



¡Larguémonos de aquí antes que despierte!

¡Habla de una vez, Pete... no disimules... te conozco bien!... ¿Reconoces que lo has liquidado?... ¿Dónde estabas a las diez y media de la noche?



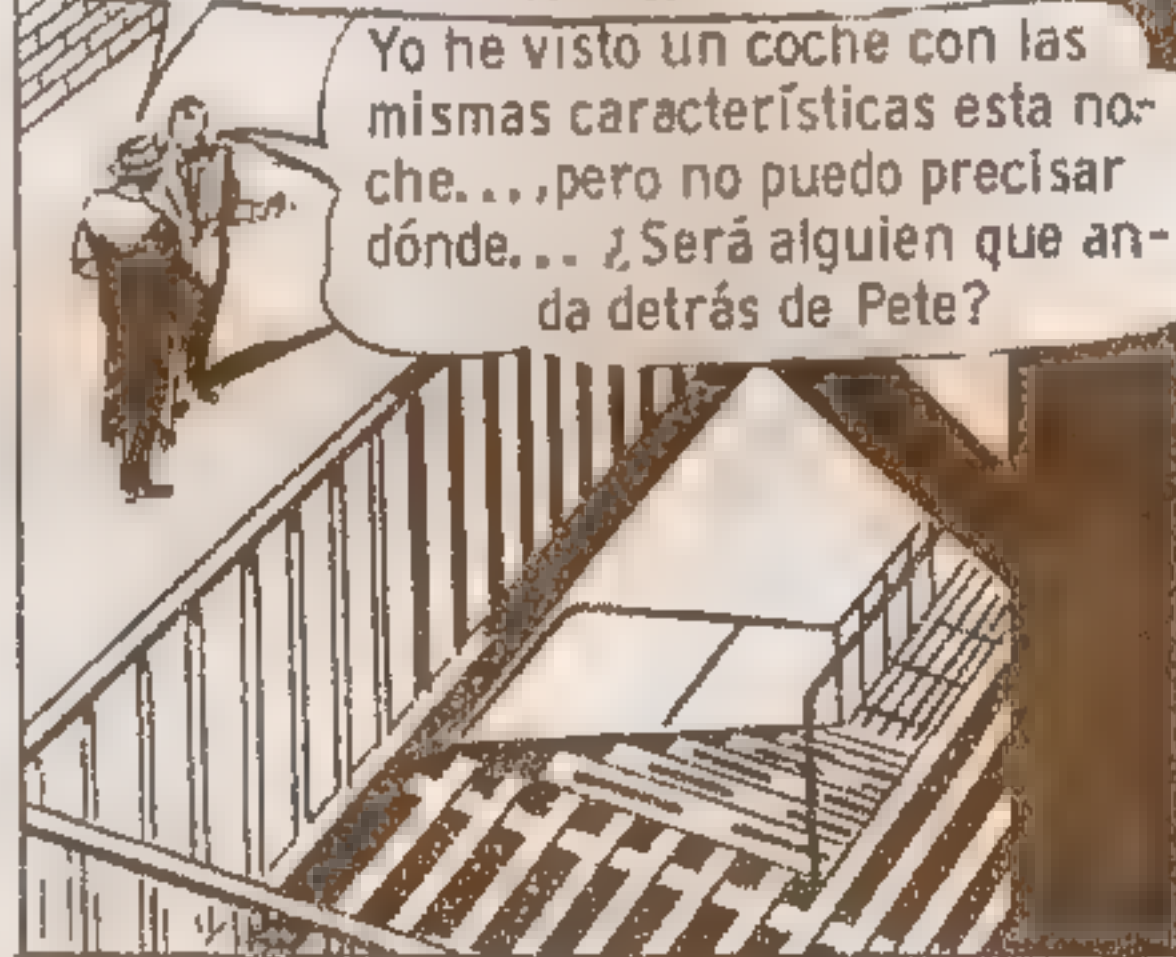
No lo hice... aunque no puedo probar dónde estaba a la hora que lo mataron.

Cuando Alex reaccionó, le dolía la cabeza. Revisó la casa pero Pete y Helen habían desaparecido. Salió del apartamento y se dirigió hacia el lugar donde el sargento Burns le esperaba. -Me golpearon y huyeron... El auto de Pete no está en la calle.-



Ví a un Ford que se alejaba... Iba una pareja... No me figuré que...

Ahora que recuerdo, siguiendo al Ford, iba un espléndido Lincoln color azul... último modelo.



Yo he visto un coche con las mismas características esta noche... pero no puedo precisar dónde... ¿Será alguien que anda detrás de Pete?

Pasadas las tres de la madrugada, un patrullero telefoneaba al Departamento de Policía desde Cicero. El automóvil Ford, cuya búsqueda se había ordenado a todos los coches policíacos, acababa de ser descubierto aparcado a la entrada del "Gambling Club".



Lo conducía un individuo cuyas señas coinciden con las de Caveman Pete... ¿Deberíamos detenerle?



¡No!... Límitese a vigilar el coche para impedir que pueda largarse antes que llegue Dolstrum.

Mientras tanto, en el interior del "Gambling" Ken Gardiner tuvo un sobresalto cuando la puerta de su despacho se abrió y entró Pete esgrimiendo un revólver.

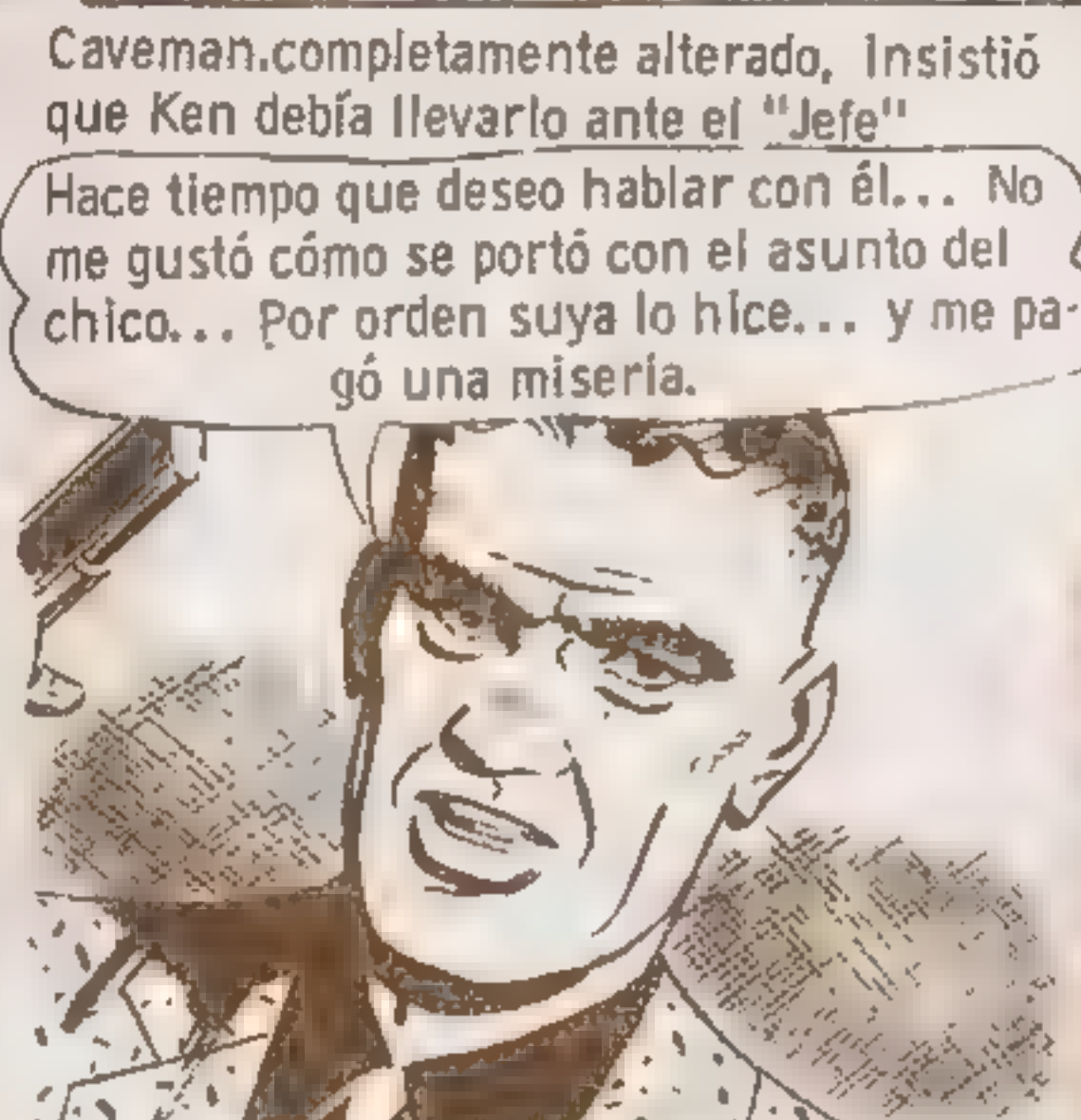
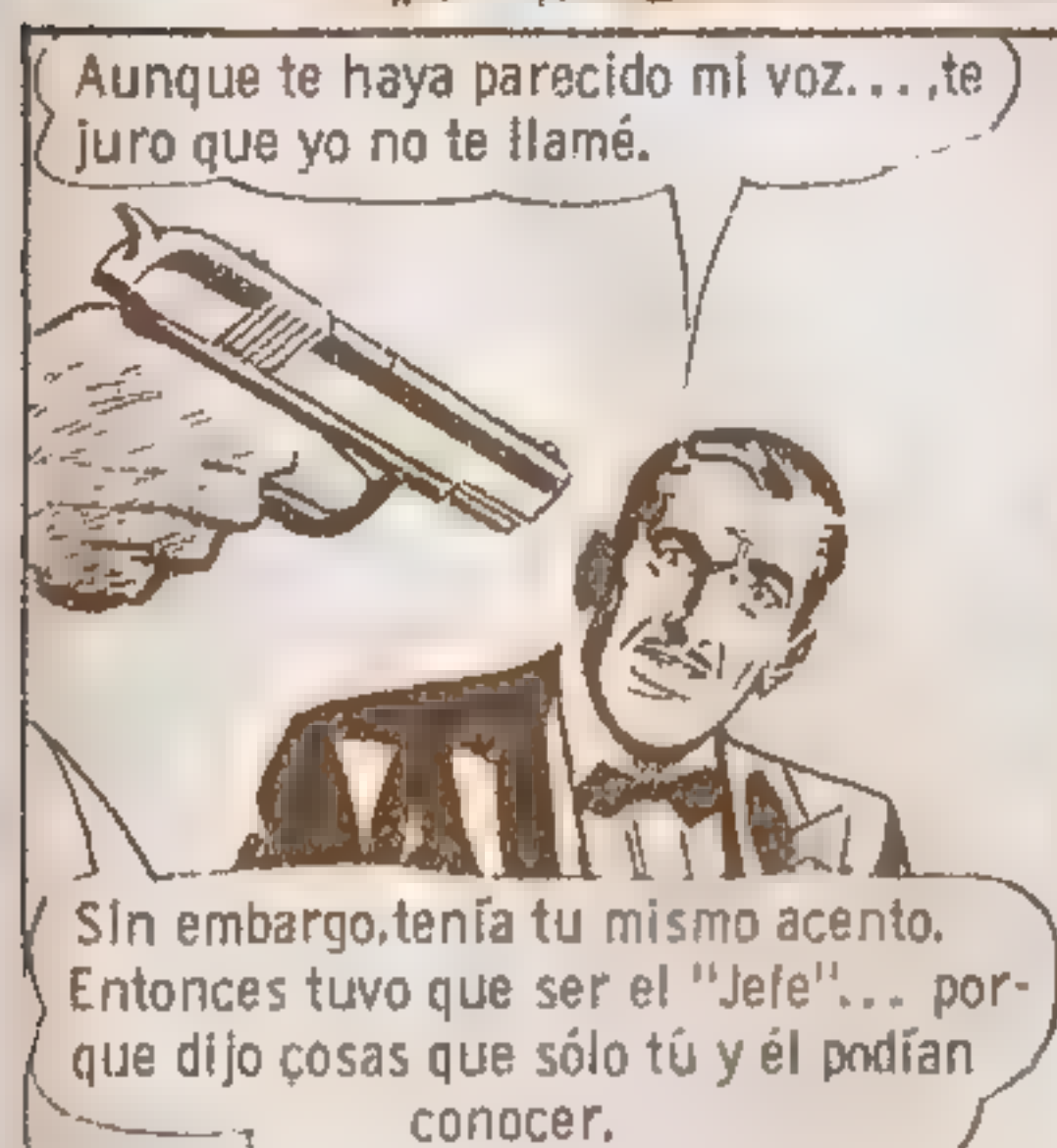


¿Qué significa esto, Pete?

Necesito saber por qué me citaste en el Oak Park, a las diez y media de la noche, diciéndome que Mc Cloy deseaba verme.



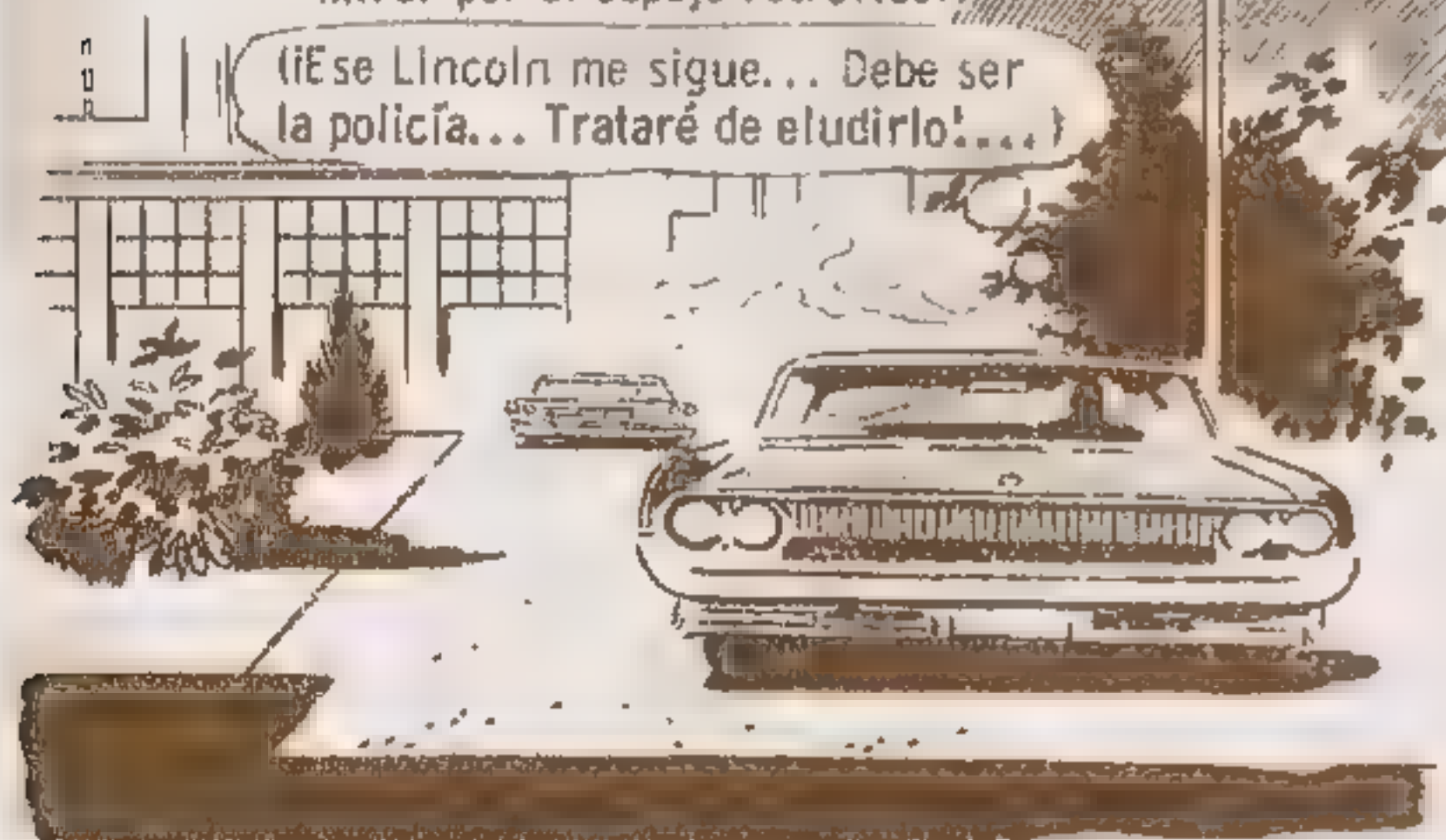
Caveman Pete contó luego todo lo sucedido. A las ocho y media, alguien le había llamado para que llevase un recado a Gore. A las nueve y cuarto, estando con él, tornaron a llamarle, ordenando que a las diez y media estuviese en Oak Park. Allí había esperado inútilmente a Wendy Mc Cloy hasta medianoche, hasta que, cansado, regresó a su casa.



De improviso, Gardiner alcanzó a manotear la pistola que estaba en el cajón del escritorio. Caveman que lo vio, fue el primero en disparar. Ken cayó herido y repelió la agresión, descargando sobre Pete todas las balas de su arma, quien rodó herido de muerte. A pesar del dolor, Ken se puso de pie y corrió hacia la puerta trasera del edificio.



Salió a la calle haciendo esos y se dirigió hacia su coche. Al ponerlo en marcha se sintió aliviado. De pronto se estremeció al mirar por el espejo retrovisor.



Cuando Dolstrum y Burns llegaron al "Gambling", un enjambre de curiosos cubría la calle. Ambos hombres se dirigieron al despacho de Gardiner.

El muerto es Caveman Pete... El asesino ha escapado... pero está herido... Hay un reguero de sangre hasta la puerta posterior.



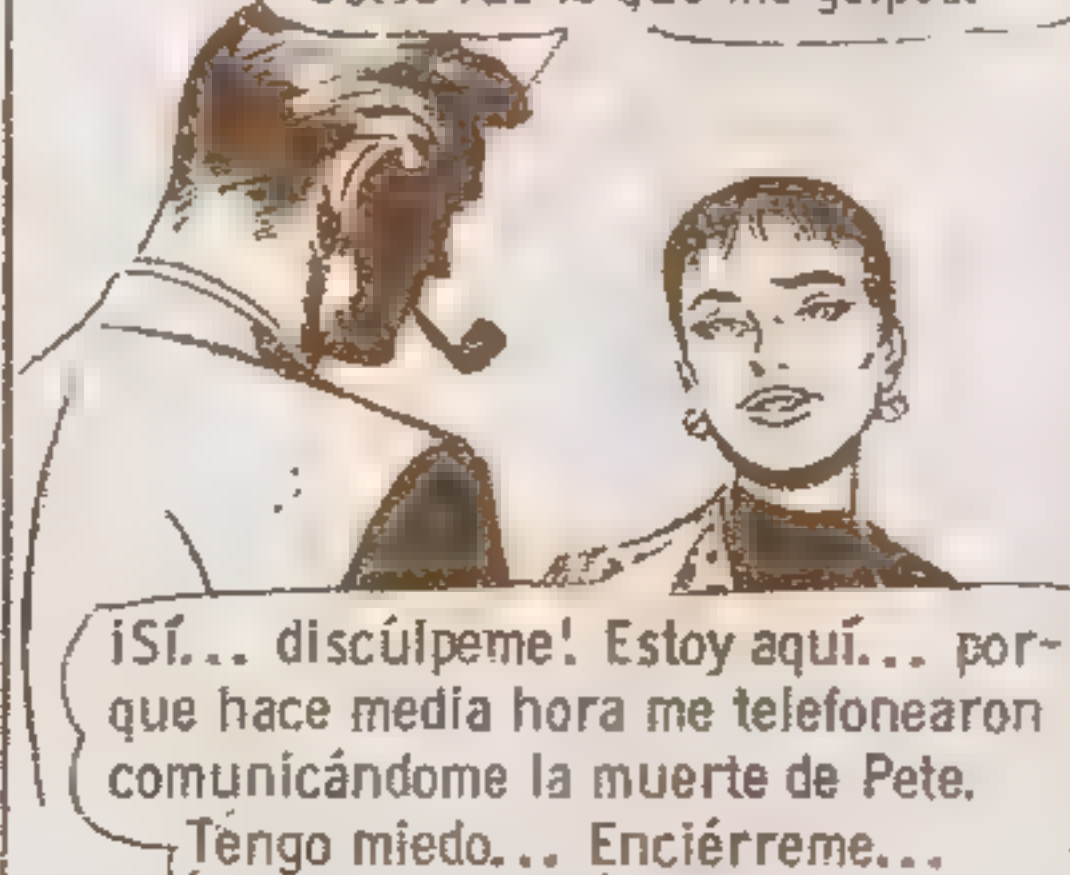
Cuando el inspector salió a la calle, se encontró con un sujeto que recordaba haber visto pasar al fugitivo.

Se tambaleaba... creí que estaba borracho... subió a un Buick... Observé que tras él, marchaba un Lincoln.



Cuando regresó a la jefatura, el inspector tuvo la sorpresa que Helen Heinlein lo estaba esperando.

Usted fue la que me golpeó.



La muchacha estaba en realidad sumamente aterrada.

Si continuo unas horas en la calle... me liquidarán lo mismo que a Pete... Sé demasiado de ellos.



Helen, completamente excitada, reveló a Dolstrum, que antes había sido la novia de Wendy Mc Cloy, pero que al conocer a Pete había terminado sus relaciones con aquél.

¡Jamás me lo perdonó!... Hizo lo posible por destrozar a Caveman... Estoy segura que él mató a Caldwell... quería que las sospechas recayeran sobre Pete.

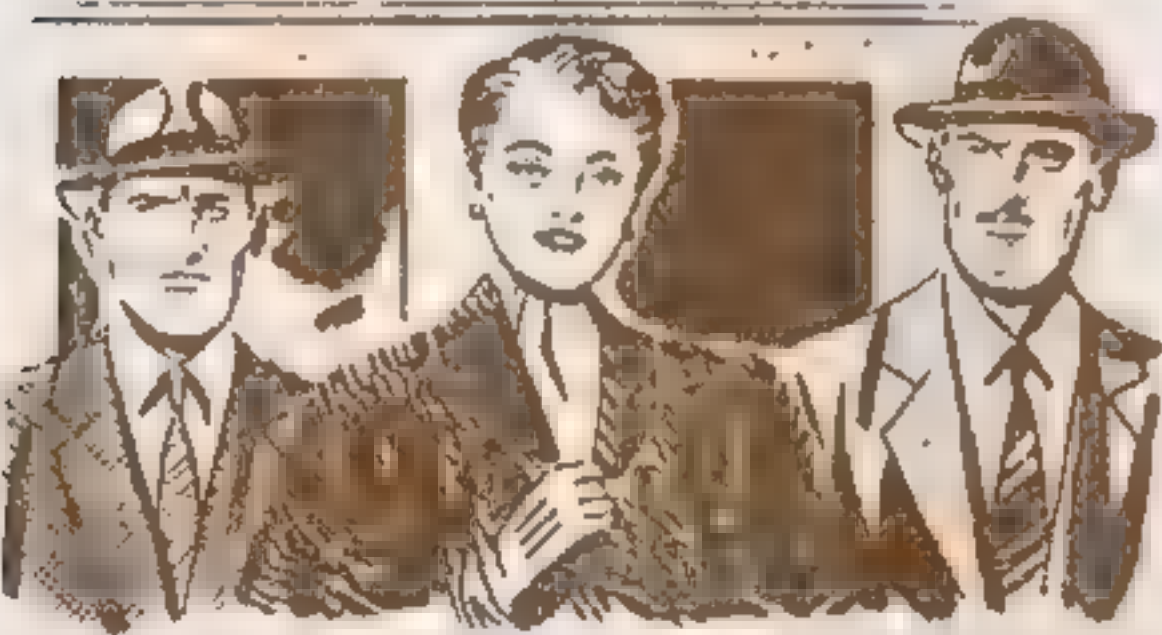


Como medida rutinaria, ya que mistres Goldberg estaba por encima de toda sospecha, la policía se informó discretamente de todos sus movimientos en el hotel.

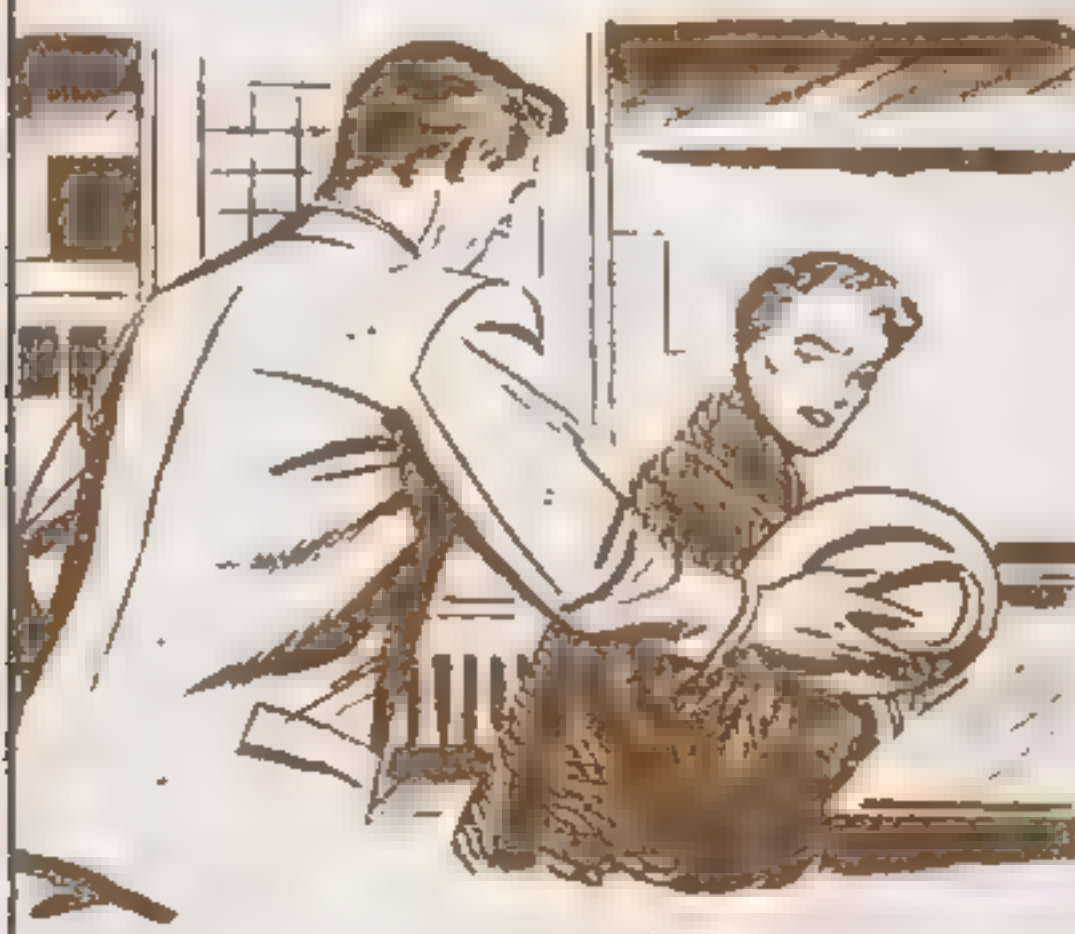
Yo salió... Hasta las dos de la madrugada habló por teléfono con miembros del "Crime Commision"... Yo hice las comunicaciones.



Alex resolvió volver al Lakeside Hotel para desentrañar aquel misterio. Detenía su coche en la puerta, cuando apareció la viuda de Goldberg, acompañada por dos caballeros de aire respetable, que Dolstrum reconoció como miembros prominentes de la "Illinois Crime Commision", Institución que luchaba contra el vicio y el crimen.



Volviéndose, quiso alejarse hacia el auto que la aguardaba, pero Dolstrum trató de alcanzarla.



Helen quedó alojada en el Departamento de Policía, para su seguridad. Luego un patrullero entró al despacho del inspector.

Fue hallado el Lincoln. Estaba abandonado cerca del palacete del consejal Mc Clay.



Por lógica asociación de ideas, el nombre de Margaret Goldberg hizo que el inspector pensase en su secretaria.



(Haciendo memoria, Virginia no estaba con nosotros cuando sonaron los disparos... Apareció luego...)

El inspector, amable y sonriente, se acercó dispuesto a saludar a la presidenta de aquella admirable institución; ésta lo enfrentó sin demora.

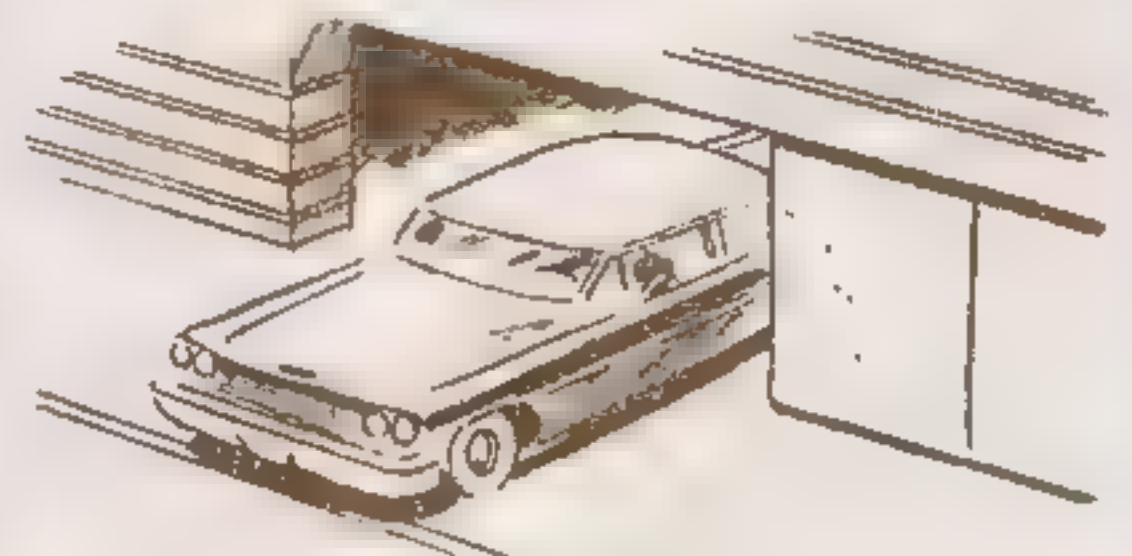
Si viene por el robo del Lincoln... no se preocupe... La policía no tardará en devolvérmelo... Puedo esperar...



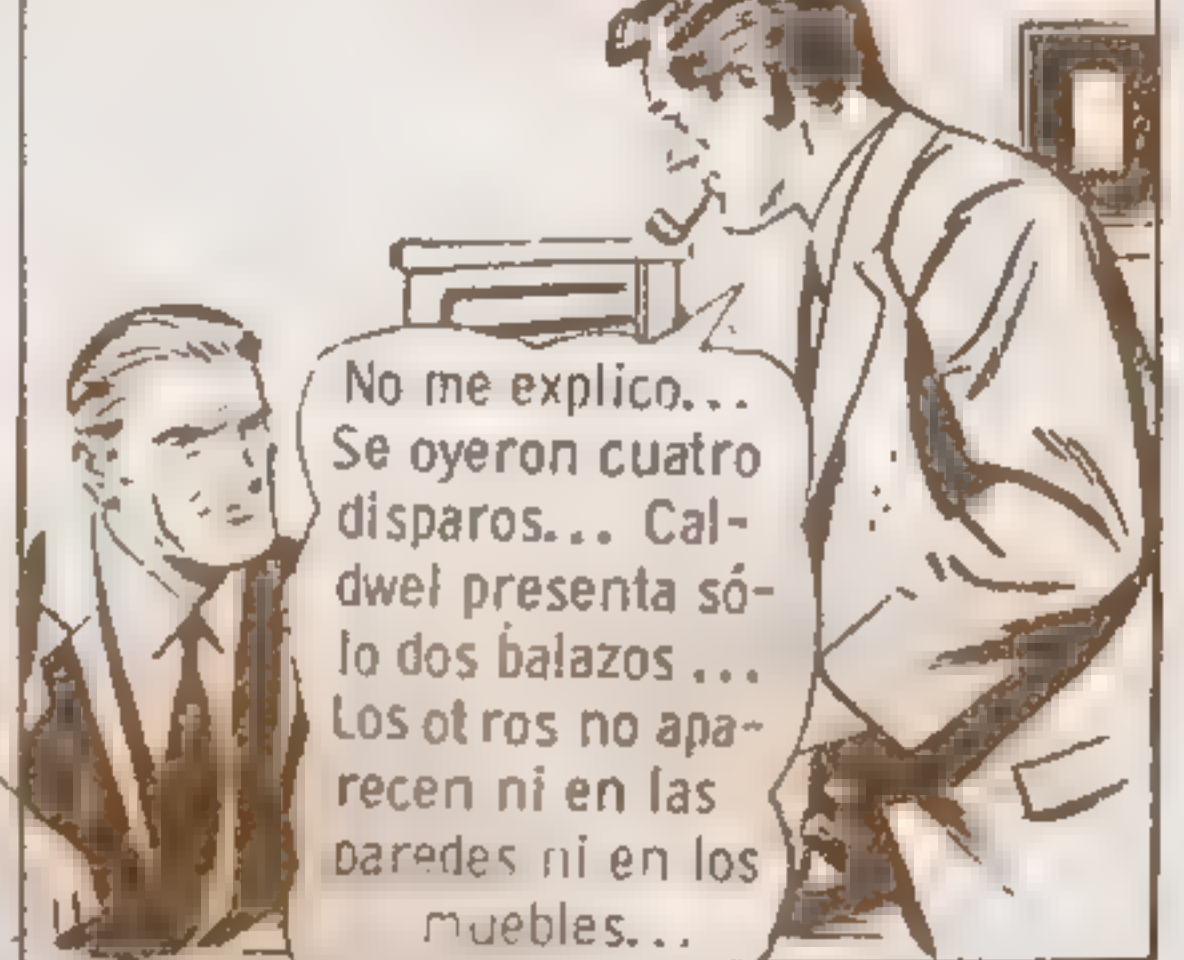
Airadamente penetró en el coche en el que la esperaban los dos señores que la acompañaban, y cerró violentamente la portezuela. Dolstrum penetró en el hotel con el fin de lograr una mayor información sobre el caso Caldwell. Por el portero de turno supo que Wendy Mc Cloy había estado repetidas veces, en los últimos días, para conversar con el abogado.



A continuación, Alex fue informado que de acuerdo a las averiguaciones practicadas, el automóvil pertenecía a la señora Margaret Goldberg, presidenta de la "Illinois Crime Commision". Se lo habían hurtado del garage del Lakeside, y al darse cuenta esa mañana de su desaparición, había efectuado la denuncia.



A continuación se dirigió al despacho del teniente Maslove, a quien encontró sumamente ocupado.



No me explico... Se oyeron cuatro disparos... Caldwell presenta sólo dos balazos... Los otros no aparecen ni en las paredes ni en los muebles...

Luego, con tono indignado, la señora habló de los crímenes de la víspera, uno de los cuales había tenido como escenario el propio Lakeside y que en su opinión rebasaba todos los límites.



¡Voy a exigir a las autoridades medidas energéticas, inmediatas!

Alex pensó en lo interesante que habría sido poder ver, alguna vez, frente a frente a aquel turbio individuo y a la honorable Margaret Goldberg, y se aventuró a preguntarle al portero:

¿En alguna oportunidad Mc Cloy y la señora Goldberg se cruzaron?



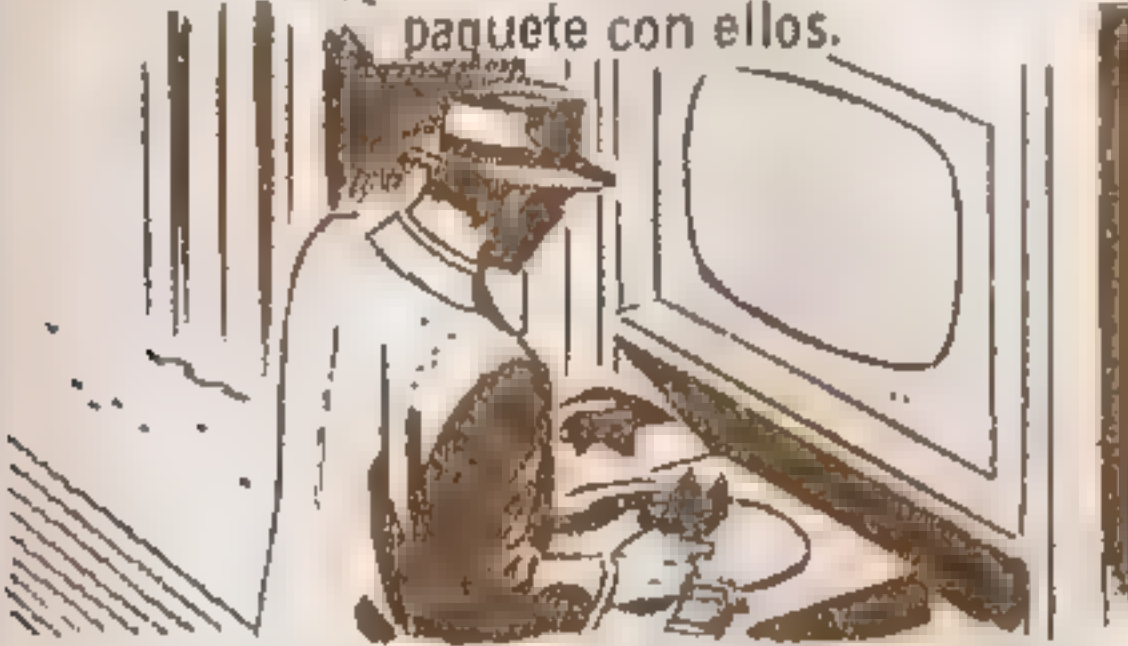
Una vez... Ella ni lo miró... A su secretaria, la ví hablar con él...

Aquel comentario sorprendió al inspector, no podía creer que Virginia Marcy tuviese tratos con aquel sujeto.

(¡Es extraño!... ¿No se habrá servido de ella para suprimirlo?... Además, Virginia pudo apoderarse del Lincoln...)



La desaparición de la joven, no explicaba el problema fundamental. Se habían escuchado cuatro disparos y sólo aparecían dos balas. El inspector se acercó al tocadiscos y recordó que estaba sonando en el momento de cometerse el crimen. Observó el disco que estaba en el aparato y comprobó que estaba roto. Tuvo un presentimiento y recogiendo los trozos, hizo un paquete con ellos.



Tomó el ascensor y se dirigió al quinto piso. Había ido a examinar la "suite" ocupada por el abogado. Buscó los proyectiles que faltaban, pero sin resultado. Luego observó la escalera de incendio que pasaba cerca del cuarto de baño. Una duda lo asaltó: el asesino bien pudo subir a una de las plantas superiores, en lugar de bajar al jardín.



Abandonó la "suite" y subió al sexto piso con la intención de visitar a mister Pollock.

Ese Mc Cloy tiene que estar envuelto en todo esto... quizá sea el cabecilla.



No lo creo... le falta cerebro... Encima de él tiene que haber otro... más audaz... más inteligente que él...

También pasó por su imaginación, que aquella escalera podía haber sido utilizada para llegar al lugar del crimen. En el piso de encima, la escalera pasaba cerca de las habitaciones del señor Pollock y de Margaret Goldberg.



(Pero... ellos estaban conmigo cuando sonaron los disparos... En cambio Virginia...)

Mientras Dolstrum hablaba con el anciano, el Inspector no podía apartar de su idea la amistad de Mc Cloy con Virginia; y se lo comentó al señor Pollock.



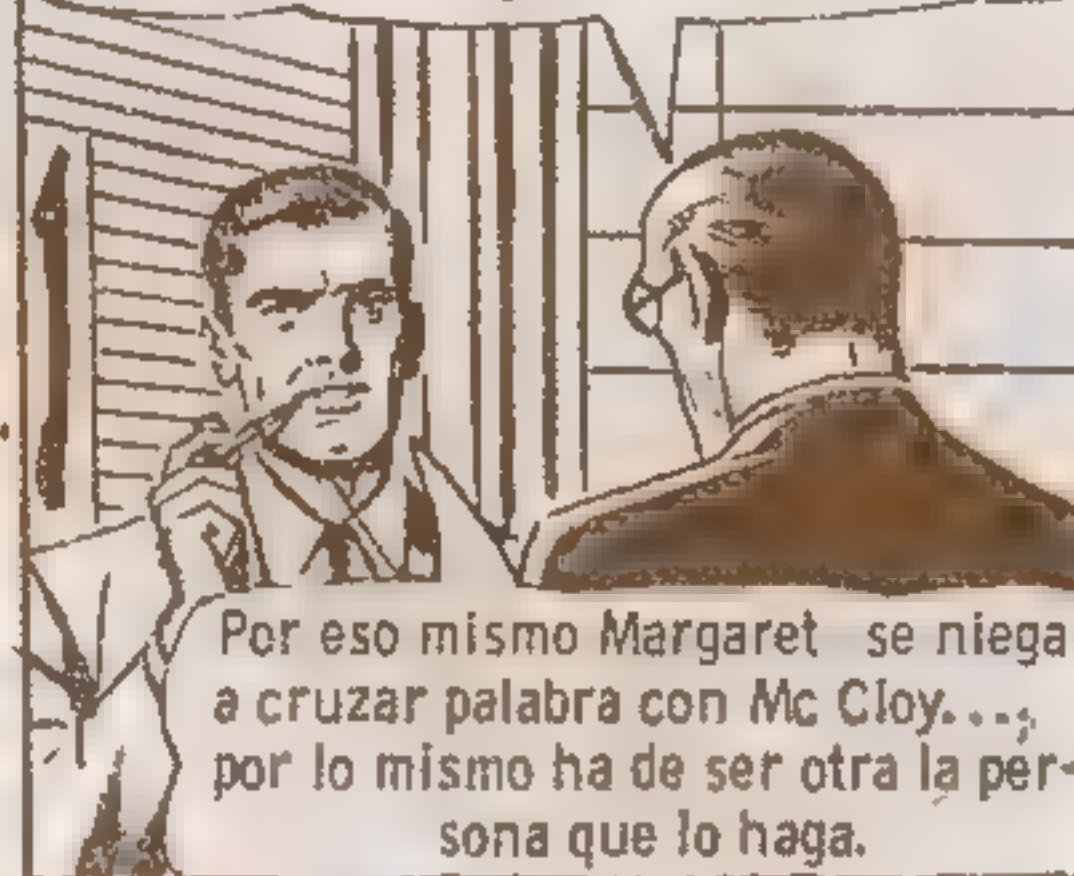
Aunque le sorprenda, miss Marcy le sonríe por indicación de Margaret Goldberg.

Mister Pollock añadió que uno de los negocios de Margaret era la construcción de viviendas en "block" y que la autorización para edificar y el visto bueno de las casas terminadas, dependía de Mc Cloy.

No olvide de que él está en la City Administration, al frente del departamento de obras y construcciones...



Sí... pero mister Goldberg es la presidenta de la "Illinois Crime"... A menudo combate con toda la virulencia al concejal...



Por eso mismo Margaret se niega a cruzar palabra con Mc Cloy... por lo mismo ha de ser otra la persona que lo haga.

Luego de esta conversación, Alex se dirigió a la Brigada, para enterarse si se había producido alguna novedad. Un oficial le informó al respecto.



Aún no hemos podido localizar al médico que atendió a Ken Gardiner.

En ese mismo instante, entró en el despacho el sargento Foran.

He sabido por una persona que el doctor Christian acudió de madrugada a casa de Mc Cloy para curar un herido.



No me sorprende... Christian no es un profesional honesto... Fue expulsado de la Asociación Médica por prácticas ilegales.

El sargento Foran aclaró que dicho profesional residía en Elmwood, en un coqueto chalet. Dolstrum hizo llamar inmediatamente al sargento Burns, para dirigirse con él hacia aquel lugar.

Esa es la casa... debemos andar con cuidado. Debe haber un tipo vigilando... me pareció ver un bulto entre los árboles...



Torcieron por una bocacalle próxima para no ser vistos. Apenas doblaron la esquina descubrieron un coche aparcado, con las luces apagadas y según las apariencias, vacío.



Esta mañana vi ese coche en la puerta de la Jefatura... Lo manejaba la secretaria de la Crime Commision... miss Marcy.

Mirando hacia el chalet, advirtieron que la puerta de entrada estaba simplemente entornada.



¡Escóndase por aquí, Burns; y no deje escapar a nadie!... Yo voy a meterme por la parte trasera, para sorprenderlos.

Una sucesión de disparos se oyeron después. Si al principio debió ser el recién llegado el único en hacer fuego, al segundo siguiente los otros dos replicaron en forma adecuada. En un abrir y cerrar de ojos resonaron diez o doce detonaciones, entremezclados con gritos de dolor y el ruido de la caída de algunos cuerpos.



Cuando se recuperó y se puso de pie, las luces ya estaban encendidas. Varios cajones aparecían en el suelo, con todos sus papeles revueltos. Algo más allá, vio dos cuerpos inmóviles.

(Están muertos... Son Mc Cloy y Gardiner... Si los mató a ellos... ¿por qué no hizo lo mismo conmigo?)



La noticia sorprendió al Inspector; no obstante siguió adelante con su compañero, caminando por Arnot Street. Al llegar a la verja del chalet, extremaron sus precauciones. El individuo que vigilaba la entrada del jardín se había marchado, y la puerta de la verja estaba medio abierta. Ambos hombres decidieron penetrar agachados y sigilosamente.

La parte posterior de la casa aparecía envuelta en profundas tinieblas. La ventana de la cocina estaba abierta y saltó a su interior. Esgrimiendo la pistola inició su marcha. De pronto oyó la voz de Mc Cloy.



Claro que estás seguro, Ken... ¡A ese inspector no se le ocurrirá venir aquí! Coppard aguarda en el jardín... no temas...

Aún ignorando quién era el intruso que no había despegado los labios y de qué lado se inclinaría la victoria, Alex Dolstrum decidió intervenir. De un puntapie abrió la puerta y se precipitó en la habitación.



¡Alto! Entréguense a la policía o...

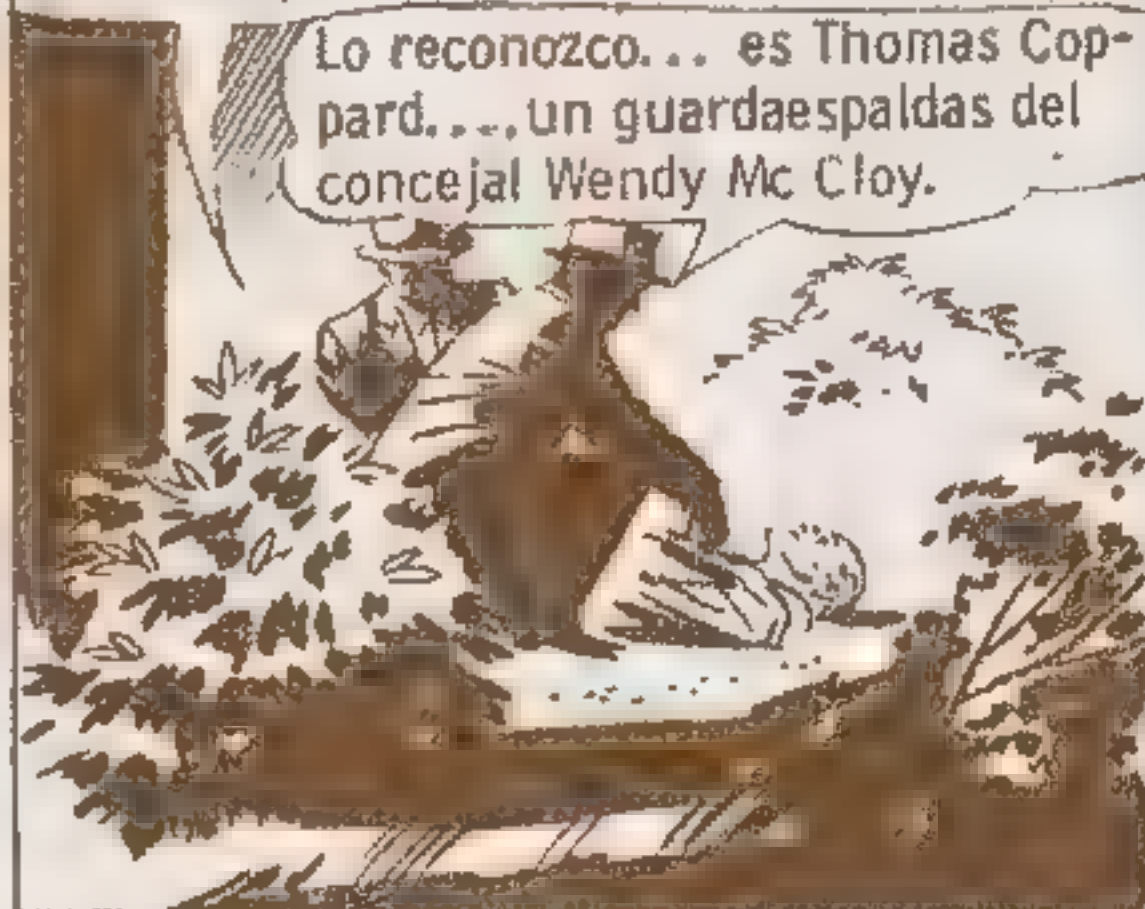
Recogió su pistola y salió al jardín. Llamó anhelante al sargento, pero nadie le respondió. Se acercó a la verja; el cadáver de Coppard, aparecía en el mismo lugar.



(Aquí... donde se escondió Burns... hay una mancha de sangre... Algo le ha ocurrido...)

A poco de andar el sargento Burns, tropezó con un bulto.

Es el cuerpo de un hombre... está muerto...



Lo reconozco... es Thomas Coppard... un guardaespaldas del concejal Wendy Mc Cloy.

Alex Dolstrum estaba con el oído atento, cuando oyó que alguien entraba en la misma estancia.



¿Usted aquí y a estas horas?... ¿Cómo ha podido llegar sin que Coppard...?

Pero en el instante mismo en que abrió la puerta y entraba en el cuarto, se apagaron de golpe todas las luces. Los tiros habían cesado y una imperativa voz le dio una orden, indicándole que no hiciera ningún movimiento. Luego sintió que descargaban sobre su cabeza, algo pesado que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo completamente aturdido.



Salió a la calle y descubrió que el coche de miss Marcy había desaparecido. Subió a su automóvil, dispuesto a hacerle una visita a la muchacha. Conocía su dirección, pues en una ocasión la había acompañado hasta la puerta de su casa.

(¡Ojalá tenga la suerte de encontrarla! Quizá pueda revelarme algo...)



Cuando llegó, la joven muy cordialmente lo hizo pasar a una habitación ricamente amueblada.

Es necesario que hablemos claramente... ¿qué hacía alrededor de las nueve en el chalet de Arnol Street?



Nunca he estado ahí... Desde las ocho que estoy aquí...

Luego de unos breves instantes de silencio, Virginia fue la primera en tomar la palabra.

Usted dice que vio mi coche en ese lugar... Le diré... en esta ciudad hay millares como ése... del mismo modelo... color... y marca.



El inspector la miró detenidamente. El día anterior hubiese creído en ella, pero las muchas cosas que ahora conocía, le obligaban a desconfiar.

Deseo que me explique sus relaciones con Wendy Mc Cloy.



Soy secretaria de mistres Goldberg. Tenemos que entendernos con él para que no paralice nuestras edificaciones.

Que yo recuerde ahora, tres personas tienen uno que podría confundirse con el mío: Mc Cloy, mister Pollock y un compañero suyo, el oficial Bierce.



Hay otra cosa que desearía saber... ¿cómo una empleada como usted puede tener tanto lujo en su apartamento?

Nadie ignoraba que el concejal no pasaba de ser un indeseable. Mantener relaciones con él, directa o indirectamente, consistía en una vergüenza para quién, simulando combatirlo en público, se entendía en privado con un sujeto de tan turbia conducta.

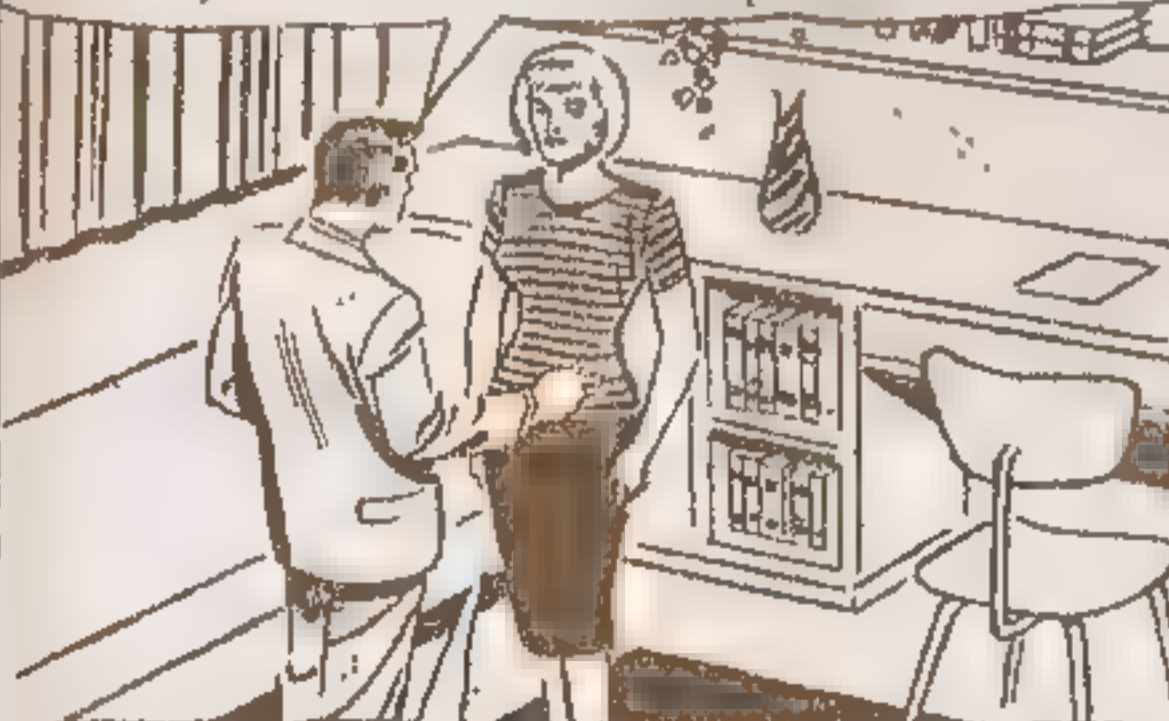


La muchacha lo miró imperturbable y sus claros ojos parecieron agrandarse aún más.

Hace un año murió mi padre... Reclamé a Margaret el dinero que tenía invertido en el negocio... y ella me lo entrega gradualmente.



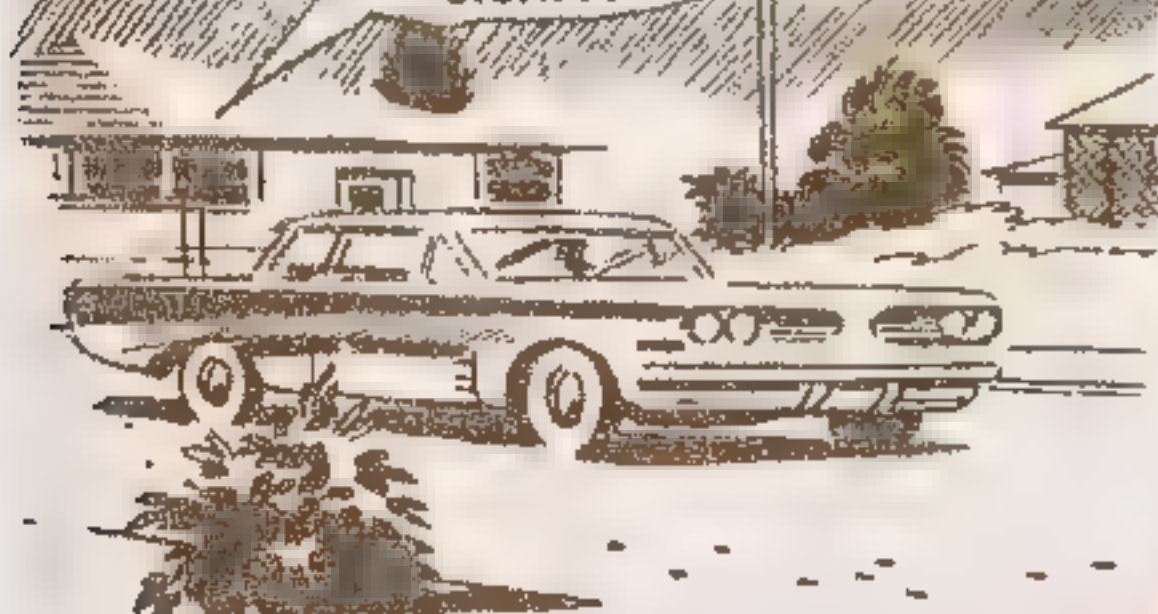
Quisiera saber una cosa más... ¿qué opinión tiene usted de su jefa?... Creo adivinar en ella dos personalidades contrapuestas.



No se equivoca... Una es su raceta pública de intervención en las organizaciones benéficas y de combate contra el vicio y el crimen.

A continuación, Dolstrum le contó a Virginia los extraños y sangrientos acontecimientos de aquella noche en Elmwood.

El visitante que asesinó al concejal y a sus dos secuaces, debe ser el jefe de la organización...



-Lo que aún no me explico, es quién puede ser... ni por qué me dejó con vida.

Alex Dolstrum, la escuchaba atentamente, mientras la joven continuaba su exposición.



La otra, su frialdad y dureza para los negocios. Por ganar dinero no repara en nada.

Cuando el inspector se despidió de miss Marcy, se dirigió a casa de Adam Wilmot, dueño de un taller de aparatos electrodomésticos y perito en grabaciones, al que había entregado los trozos de disco recogidos en la habitación ocupada por el difunto Caldwell. Las primeras palabras de Wilmot abrieron nuevas perspectivas a su investigación.



El inspector consideró exacto cuanto Virginia decía. Una prueba estaba en sus relaciones con Mc Cloy a quien despreciaba con los más duros epítetos y con el que, no obstante, se entendía mediante una tercera persona, sobornándole para que le otorgase, más de una vez, el visto bueno para sus edificaciones.

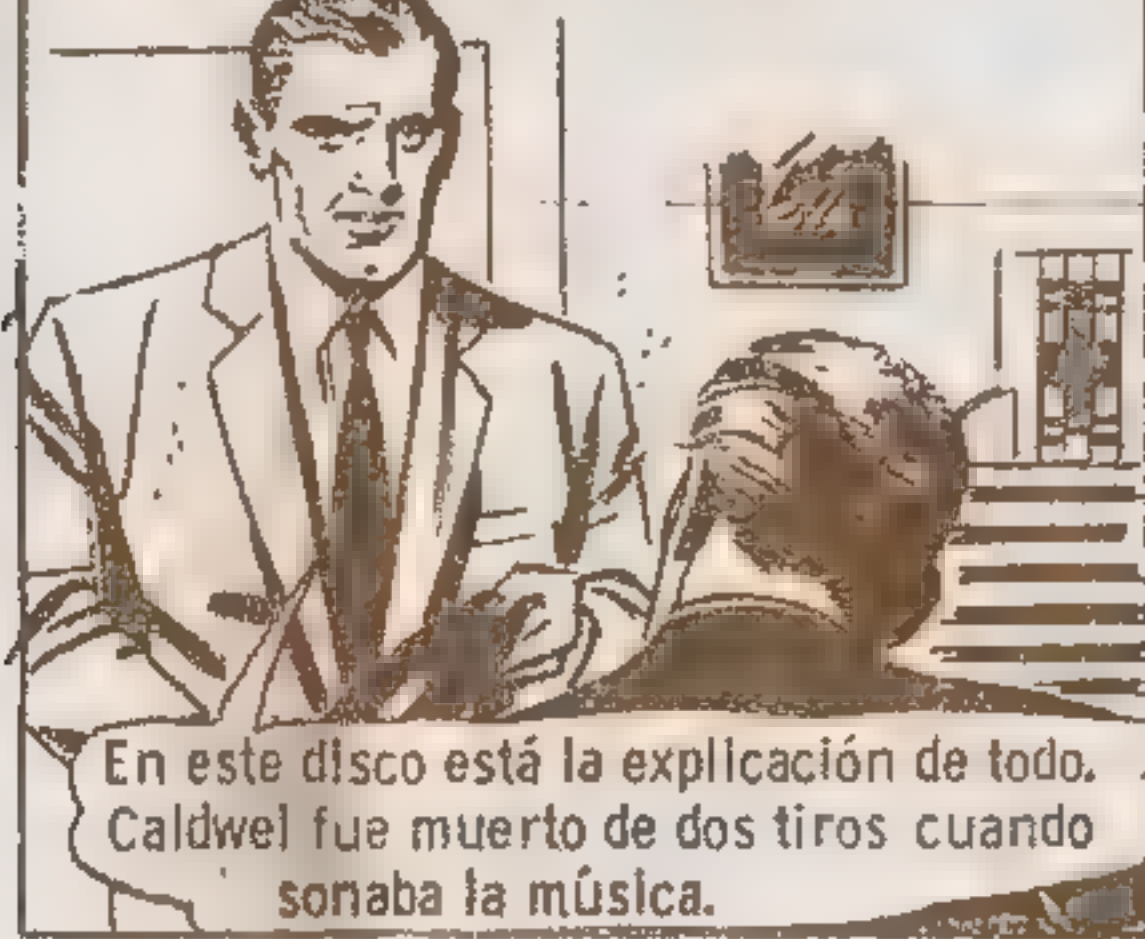


Logré reconstruir el disco y he encontrado algo sorprendente: el ruido de unos disparos... cuatro, sobre el fondo musical... Además...



¡No prosiga! Me doy perfecta cuenta... Además... una voz angustiada, pidiendo auxilio, ¿verdad?

Dolstrum se dirigió a la Brigada, con el fin de transmitirle al teniente Maslove la novedad recogida.



En este disco está la explicación de todo. Caldwell fue muerto de dos tiros cuando sonaba la música.

A Dolstrum le sorprendió la presencia del oficial en el hotel, y más aún la familiaridad que tenía con Virginia. Cuando Bierce se despidió de la joven, Alex salió al encuentro de ésta.

Ignoraba que usted conociese al oficial Bierce...



Le confiaré algo... El y Margaret van a casarse... Me prohibieron comentarlo.

Hoy lo vi en el Lakeside Hotel... hablaba con miss Marcy... La joven me confió que Bierce va a casarse con mistres Goldberg.



¡No puedo creerlo! Reuna a Margaret, a Virginia y a mister Pollock en el hotel... Iré con Bierce... no le diré que hemos hallado a Burns.

Los presentes se miraron entre sí, mientras el teniente Maslove introducía su mano derecha en el bolsillo de su chaqueta.

Bierce... tú estás con esa pandilla... Burns está a salvo y ha declarado.



Cuando se oyó la parte de la grabación con los disparos y los gritos de auxilio, el asesino había alcanzado a huir.



Es indudable de que el criminal ha sido muy ingenioso.

Al inspector le pareció excesiva la discreción de la viuda con respecto a su nuevo matrimonio. Luego de inspeccionar nuevamente la "suite" donde había sido asesinado el abogado Caldwell, regresó junto a Maslove, quien lo esperaba muy nervioso. De inmediato le comunicó que un patrullero había hallado a Burns gravemente herido e inconsciente junto al río.



Por indicación del teniente, Alex Dolstrum se trasladó nuevamente al Lakeside Hotel, para proseguir sus observaciones. Estaba seguro que en ese lugar estaba la clave de todo cuanto había sucedido. Al entrar distinguió a miss Marcy que estaba en el jardín, conversando con un hombre. El inspector lo reconoció: era el oficial Bierce, de la Brigada.



Burns pudo declarar... Lo arrojaron ahí creyéndole muerto... El que le hirió fue... Bierce... El sargento se dio a conocer, pero igual le tiró.



Entonces... Bierce tiene que ver con esa pandilla... En Arnold Street estaba su coche... es similar al de miss Marcy... A Mc Cloy debí su nombramiento.

Creo que hoy sabremos quién es el culpable de todo... El asesino está aquí... entre nosotros.



A la hora convenida todos se reunieron en la "suite" de Margaret Goldberg. Alex estaba seguro de que en aquella reunión se desentrañaría el misterio de los asesinatos ocurridos.

El oficial, al verse acusado, se puso de pie, pero Alex lo sujetó fuertemente.

Tú fuiste allá... mataste a los tres hombres del chalet... ¿Acaso... eres el jefe de esa inmundicia gaviola?

¡No! Todo lo hice por indicación de Margaret... Ninguno sabía que ella era la Jefa... Yo era el intermediario.



¡No mientas! No trates de salvarte, culpándome... Soy una persona honorable. Nadie puede dudar de mí...



Tú me hiciste grabar el disco... Me hiciste eliminar al abogado y a los demás, por miedo a verte descubierta.

Ante la estupefacción de todos, por aquellas imprevistas revelaciones, Margaret sacó un revólver del cajón de la mesa, alrededor de la cual se encontraban sentados.

¡No se mueva nadie... o dispara!



Mientras les apuntaba, la mujer iba retrocediendo hacia la ventana de la habitación.

¡La culpa de todo la tienes tú... Pollock! Tu hijo y yo nos amábamos, y tú le hiciste casar con otra... ¡Nunca te lo perdonaré!



Jamás pensé que me odiaras...

Ahora que te muestras tal como eres, pienso... que quizá tengas que ver en el asunto de Bob.

¡Sí! Hice raptar a tu nieto... Quería verte sufrir.



Mister Pollock, ante aquella confesión, pegó un salto hacia la mujer; pero ésta trepó a la ventana dispuesta a huir.

¡Escaparé por la escalerilla, y no intenten seguirme porque los mataré!



De repente un espantoso grito partió de sus labios; todos corrieron hacia la ventana y miraron hacia abajo. Mister Goldberg había perdido pie y cayendo al vacío, su cuerpo había ido a estrellarse contra el piso del jardín. El odio había destruido el alma y la vida de aquella mujer. Poco después las cosas quedaban totalmente aclaradas, y el pequeño Bob rescatado.



FIN

BUEN HUMOR



MOMENTO HUMORÍSTICO



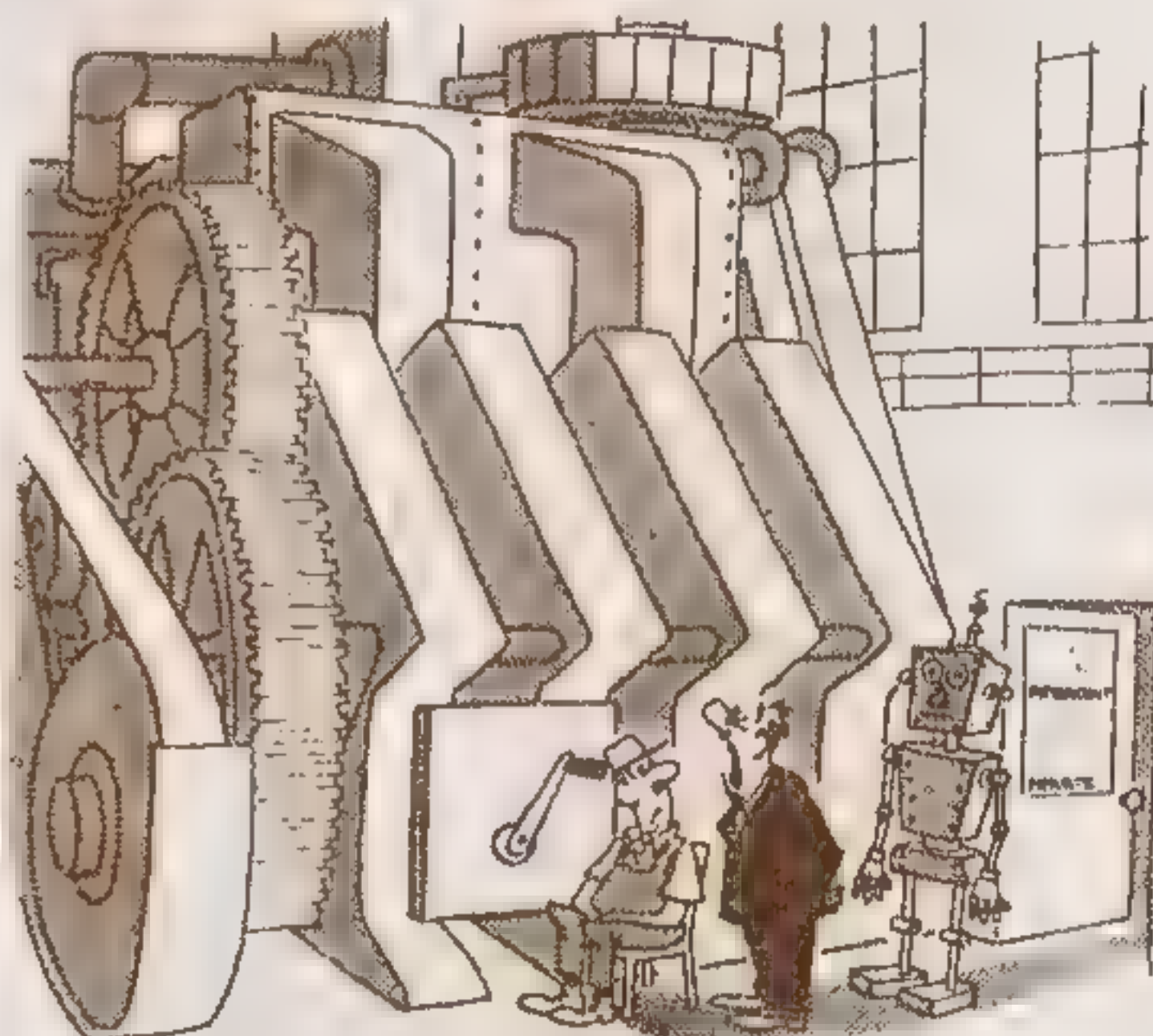
- ¡Ah! Hazme recordar mañana que ponga en las ventanas alambre tejido.



Tú eres mi segundo pretendiente, Alberto. El primero es cualquier otro.



- No me interesa que tengas amarrado el bote. Yo tengo que colgar la ropa que lavé.



- Este... Dickson... tengo malas noticias para usted.



- Tengo entendido que la esposa fue elegida como la mujer más elegante de la ciudad.

EL ANGEL DE BRONCE

Por HUGO RASTELLI

Adaptación

Dibujos de J. M. PEREYRA



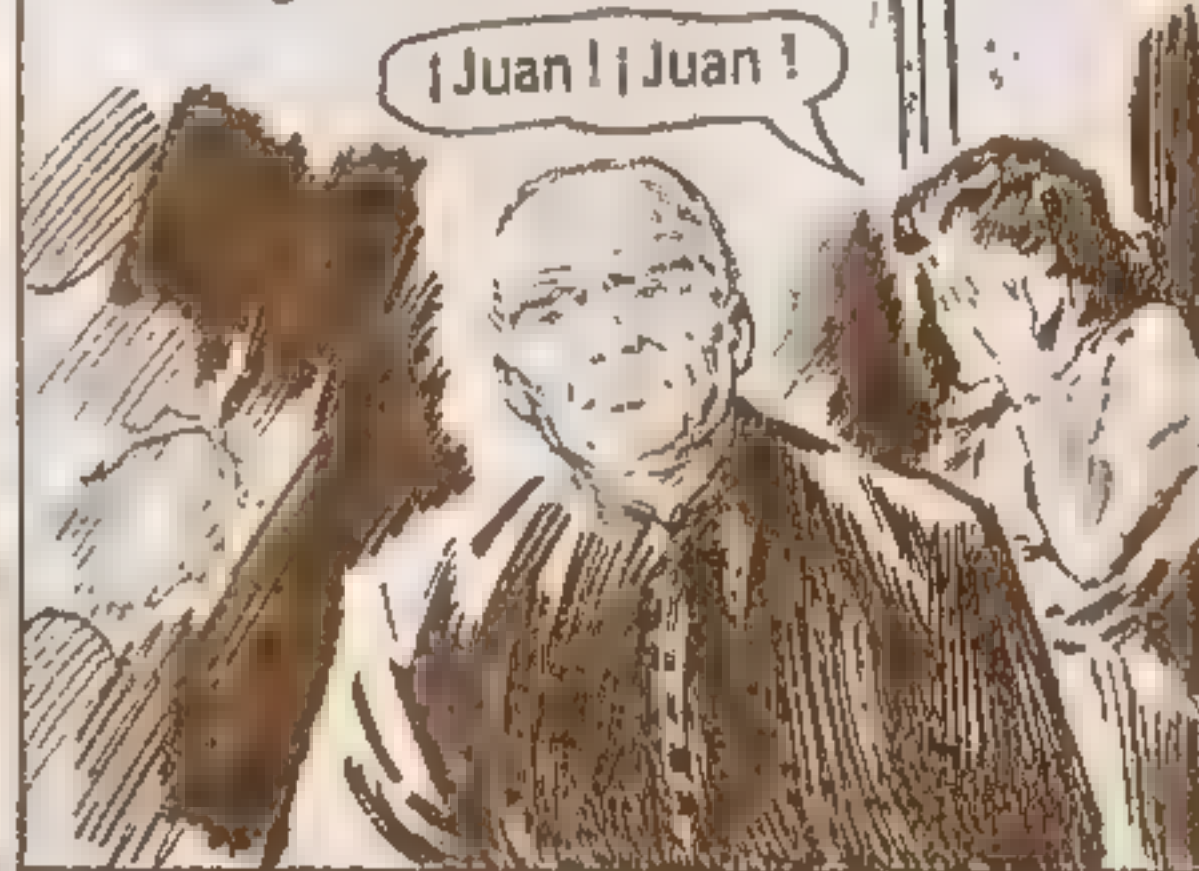
Los niños se apretujaron contra él, como defendiéndose. La dulce mirada de Juan los acarició. Sus palabras llevaron aliento a todos esos desesperados de su pueblo, Castelnuevo de Asti.



¡Hay que tener fe en Dios! ¡He rezado! ¡Hacedlo conmigo, y ninguno de nuestros niños enfermará!



Sin embargo, en el pueblo donde encienden fogatas "para ahuyentar al diablo de la peste", un niño, el predilecto entre los pequeños amigos de Juan, se está muriendo.

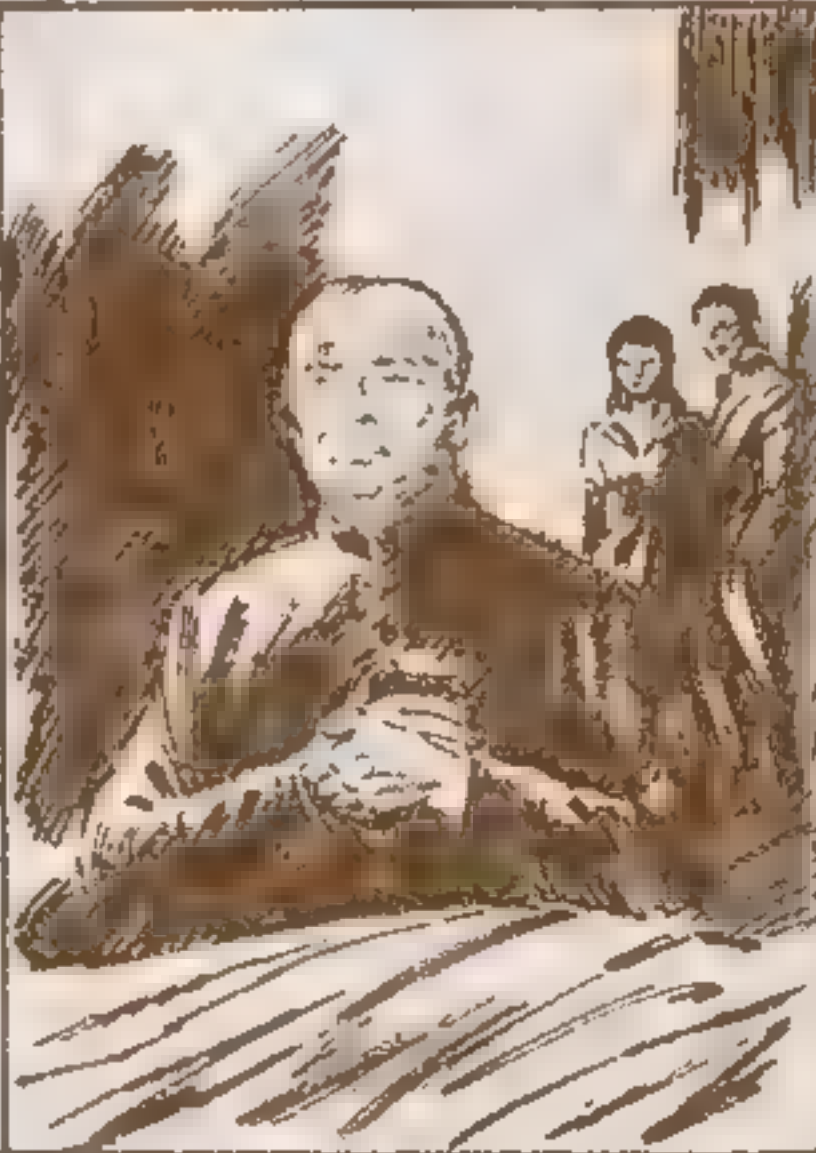


Es Juan, igual que Bosco, pero se apellida Cagliero...



¡Está muy mal, padre...!

Allí estaba su amigo, pálido, desencajado. Parecía muerto. El semblante de Bosco se nubló ante el angustioso presentimiento. Musitando el nombre apreciado, rezó largamente por Juan Cagliero...



... hasta que repentinamente, una luz celestial invadió el rostro del enfermo. ¡La pena de Juan Bosco se convirtió en seráfica alegría! Era como una paloma blanca posada en la almohada del enfermo, con un ramito de olivo en el pico.



¡Gracias! ¡Gracias, Dios mío...!

Al levantar de nuevo los ojos, se amplió la extraña visión. ¡Ahora figuras horribles de indios beligerantes, rodeaban al moribundo...!

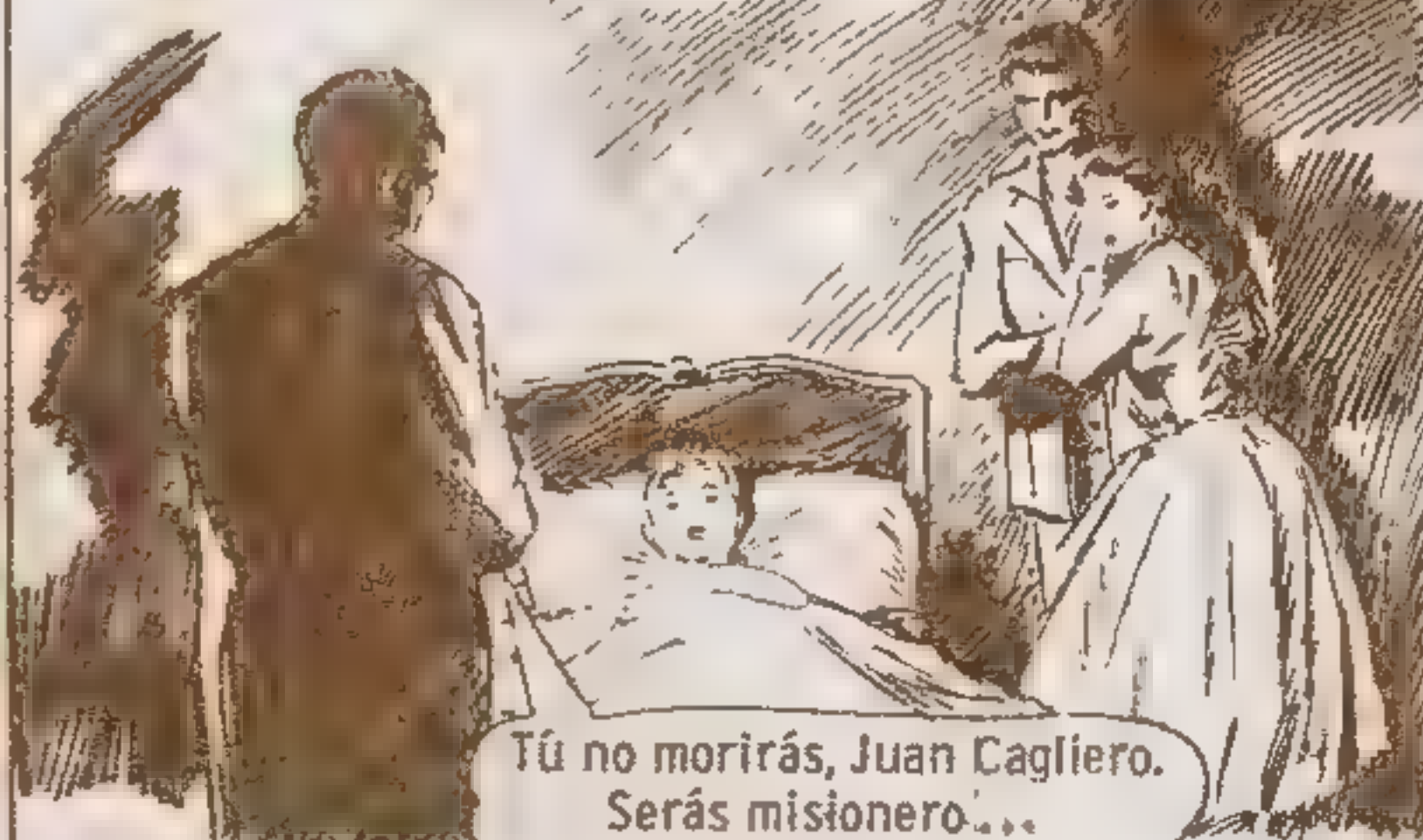


Padre... voy a morir...

¡No, tú no...! ¡No morirás, Juan Cagliero!



El niño miró al eclesiástico, abriendo con esfuerzo sus ojos. La voz del futuro santo era ahora dulce, como siempre...



Tú no morirás, Juan Cagliero. Serás misionero...

Juan Cagliero se repuso del terrible mal, y su hogar no se cubrió de dolor, de luto. Y una mañana...

¡Niños! ¡Niños! ¡Nuestro amiguito otra vez con nosotros...!



Juan Cagliero volvía al oratorio del padre Bosco; alegre, dinámico, desbordante de entusiasmo y fe, como nunca.



Transcurrieron años. Don Bosco, "el padre espiritual" de decenas de criaturas", jugaba con ellos como una criatura más; hablándoles, contándoles cuentos en su pintoresco dialecto.

(Cada día que pasa es un triunfo de mi optimismo.)



¡Y, sin embargo, muchas veces no tiene ni la menor golosina para deleitar a "sus niños"...!

¡Usted siempre "quiere pagar", padre, pero todo queda en ilusiones...!



¡Por esta vez le fiaré! ¡Por esta "última vez"...!

¿La "última vez" no fue hace cinco meses, Robertino...?



Una tarde, el cartero dejó en sus manos una carta.

¡De Buenos Aires! ¡Debe estar tan cansada de viajar, la pobre!



Abrió y leyó la carta. Y salió corriendo, escaleras abajo.

¡Cagliero! ¡Padre Cagliero...!



Un joven de buen aspecto y mirada directa, franca, apareció en la sala.

¡Novedades... muy importantes! ¡El Arzobispo de Buenos Aires...!



Desde la lejana Argentina pedían sacerdotes misioneros para catequizar a los indios de La Pampa, y la Patagonia en general.

Ha llegado la hora anunciada por el milagro de la paloma... ¡Ay, si mis piernas me lo permitieran!



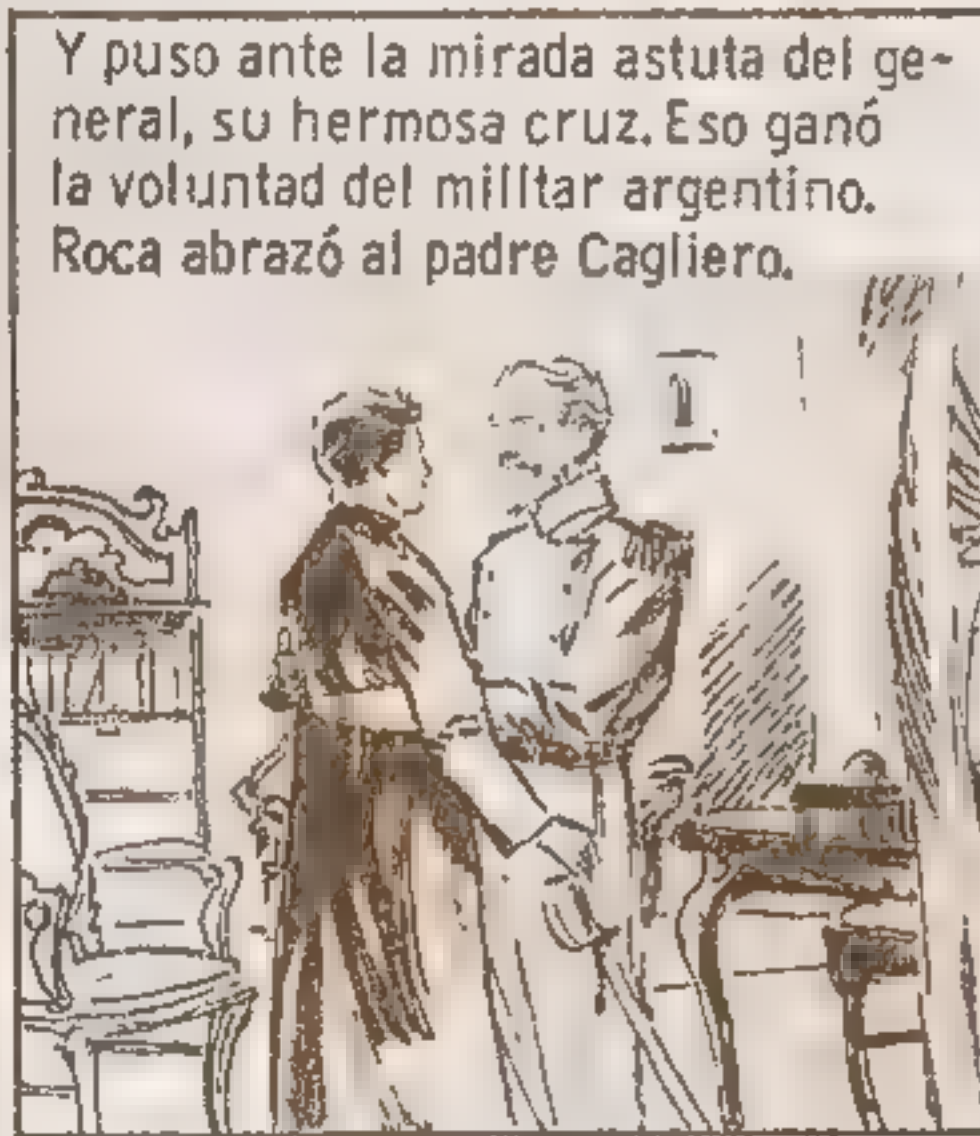
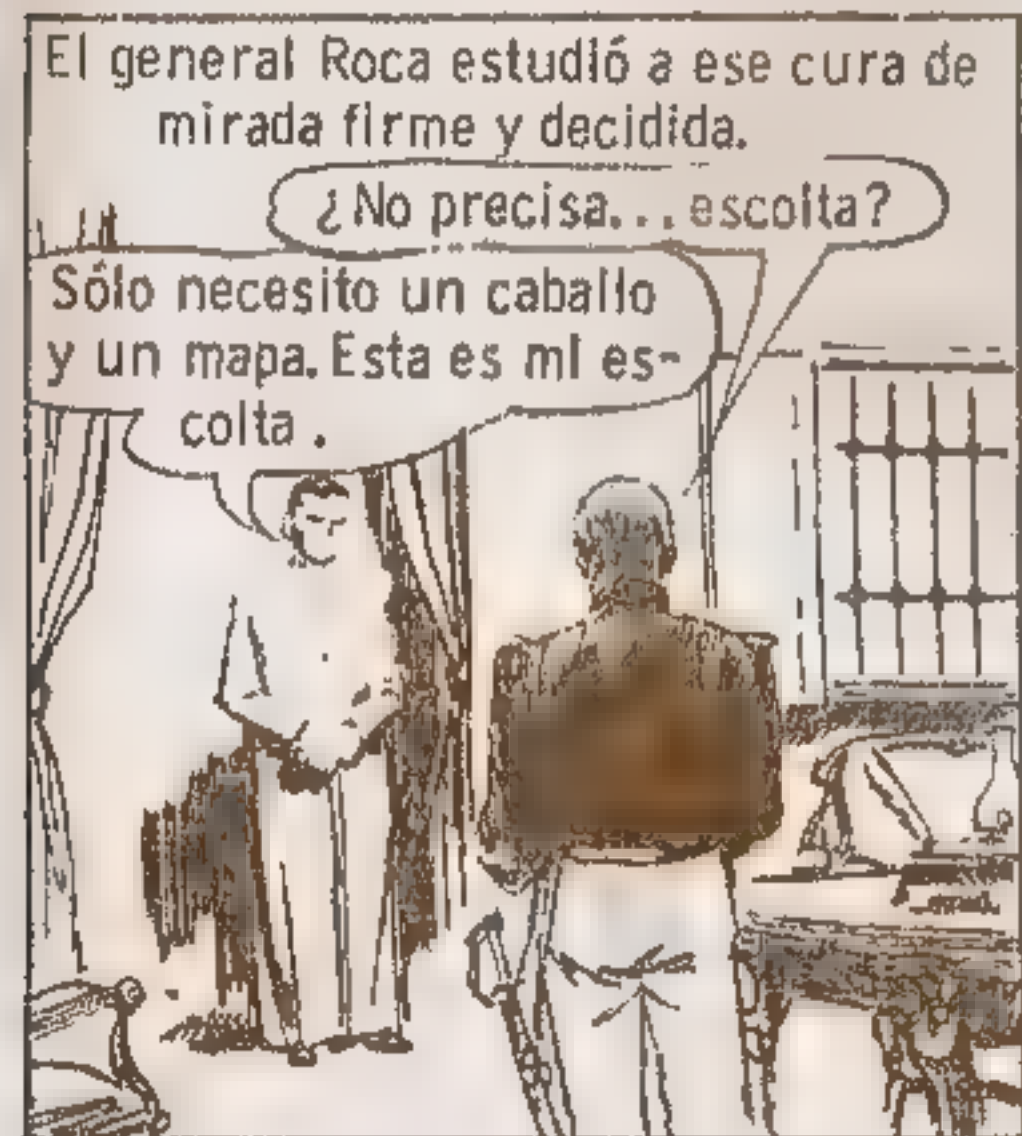
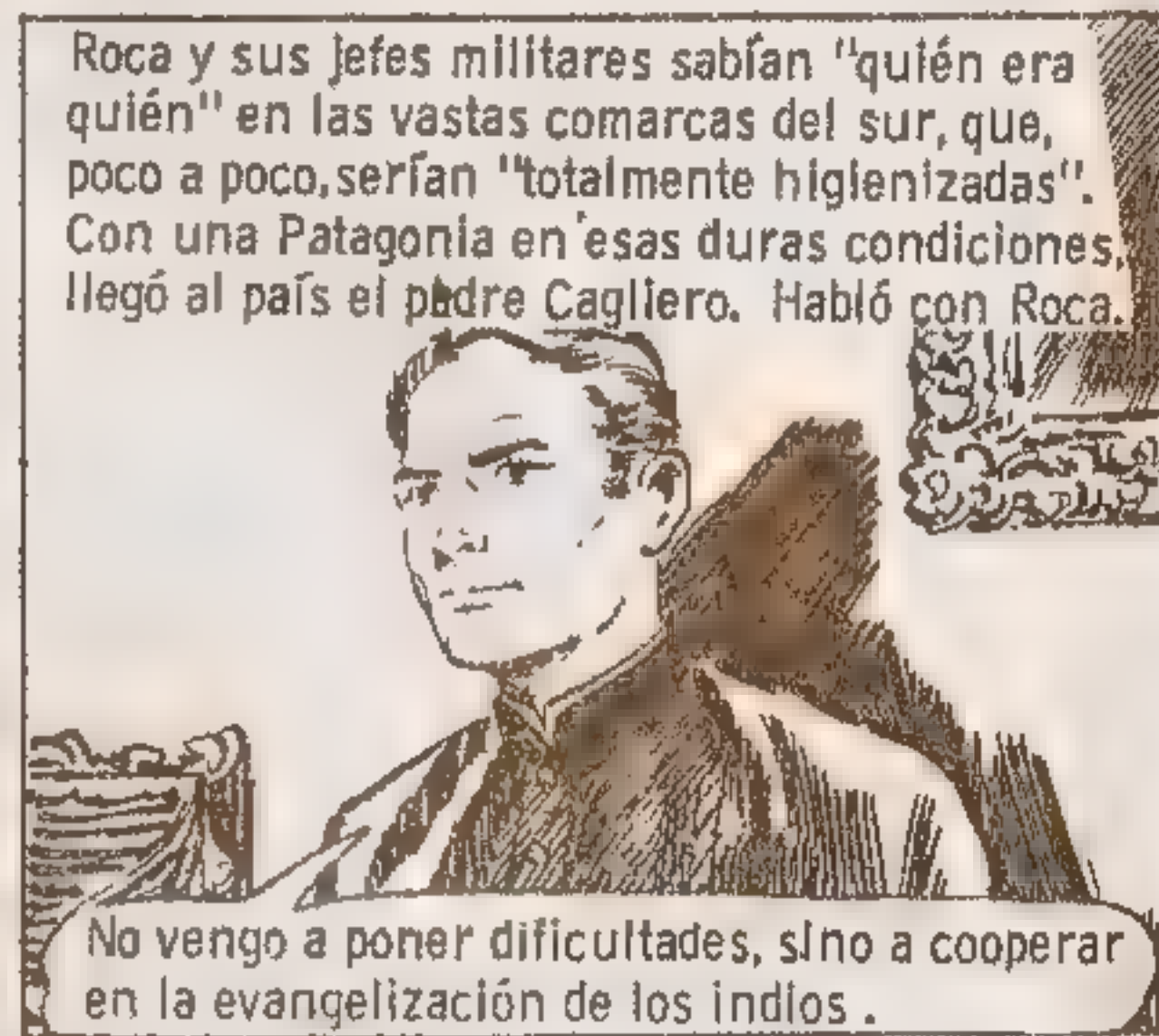
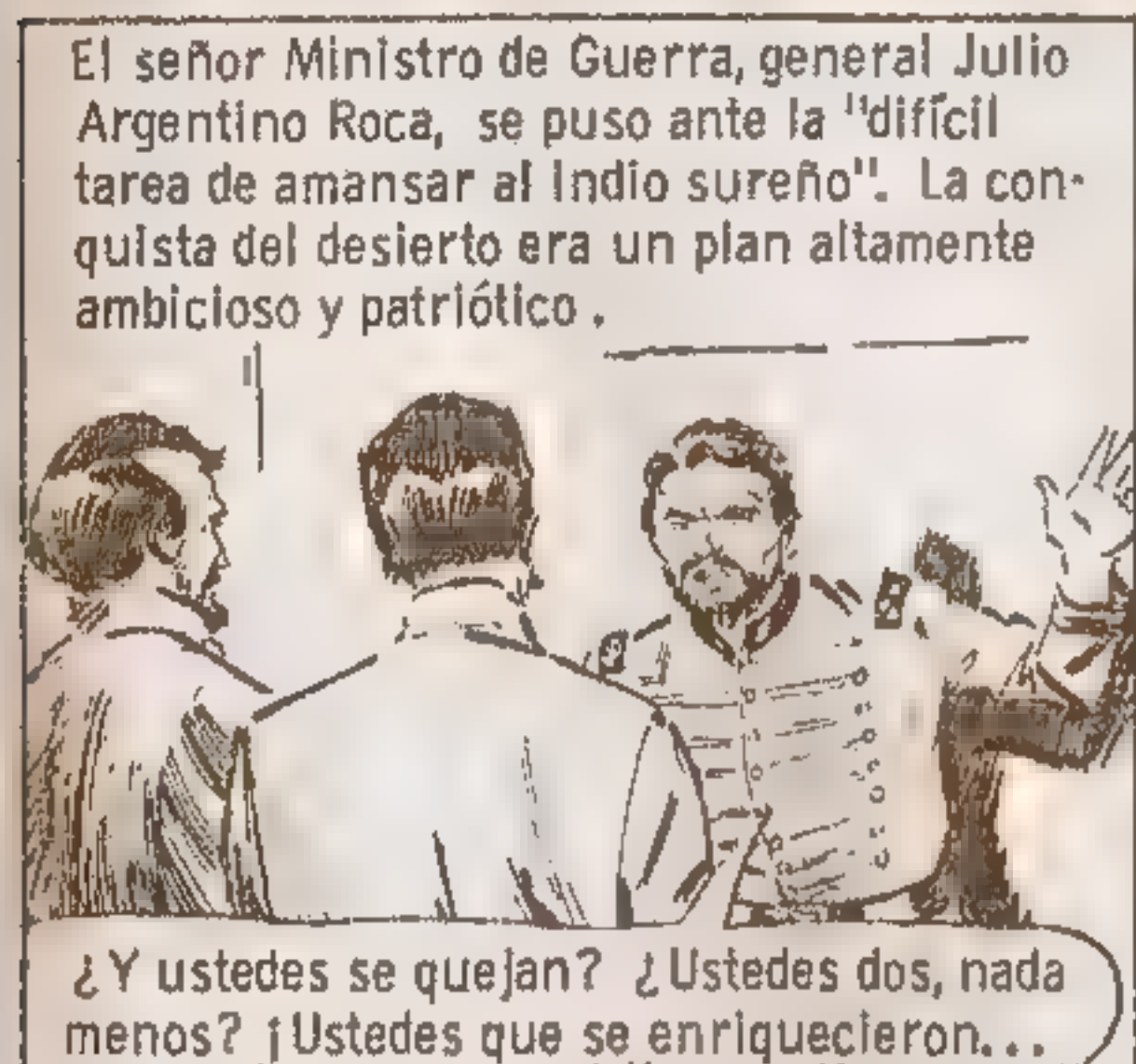
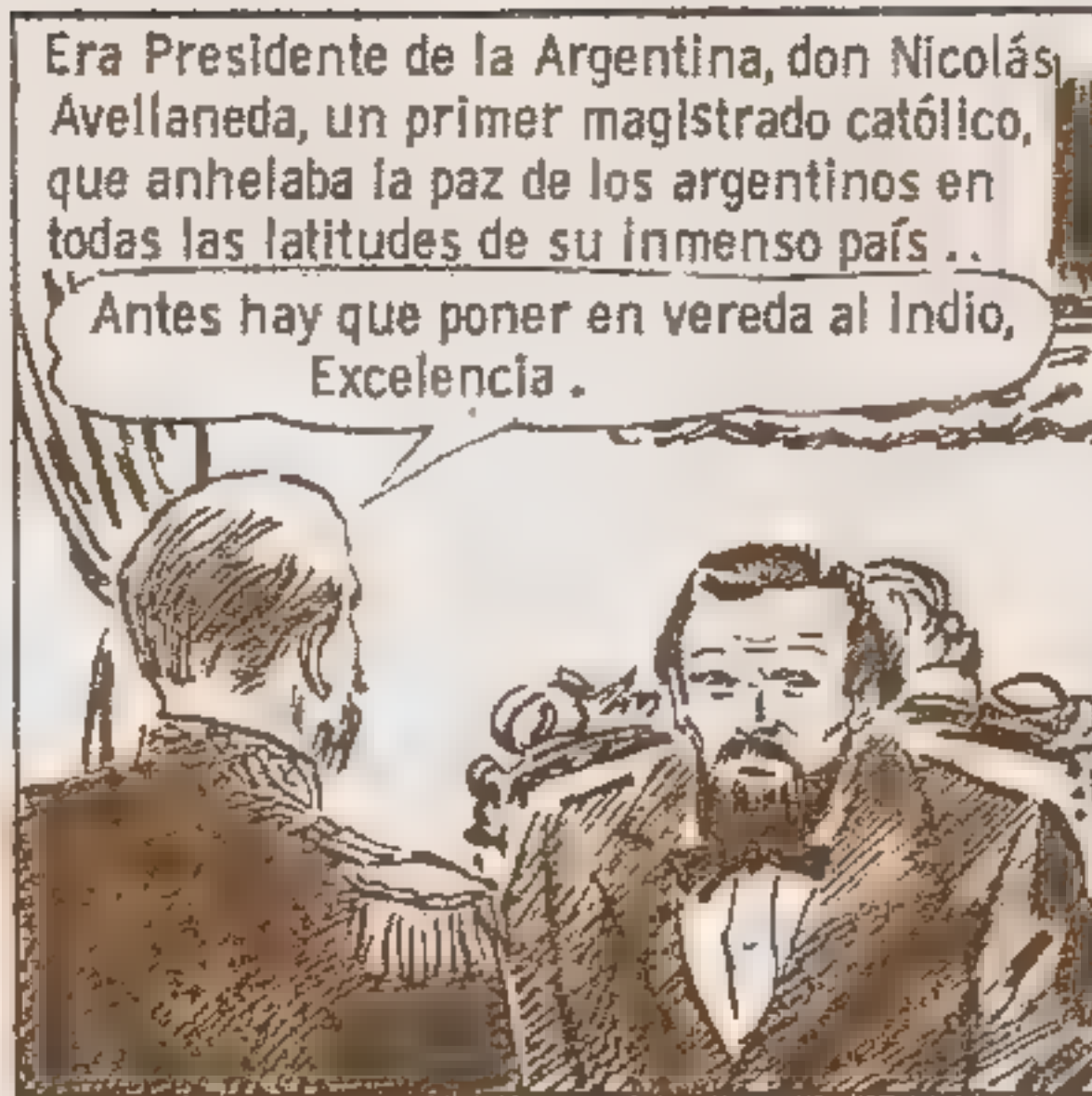
Juan Cagliero dudaba de sus fuerzas ante semejante empresa, pero concluyó arrojándose ante Don Bosco, que lo bendijo.

¡Salvarás muchas almas! ¡Nunca te abandonaré en mis plegarias!



Don Bosco despidió a sus misioneros en el puerto de Génova, gritando sus últimas recomendaciones. Ninguno de esos eclesiásticos lo volvería a ver, estupendo, dinámico, maravilloso...





El desafío indio quemaba la sangre del inteligente e incansable señor Ministro de Guerra de la República Argentina.

¡Se atreve a decir: "Si él es león, yo soy toro"! ¡En las leyendas suele ganar al toro, pero en la realidad...!

La indiaba, ebria de alcohol, levantaba ciclones de alaridos.

¡Me voy pa'Chile ahura, hermano...!

Reumecurá, hermano de Manuel Namuncurá "iba hacia Chile a arrasarlo todo", sintiéndose él también "soberano".

¡Hasta pronto, Reumucurá...! ¡Venceremos los dos! ¡Lujaaaaaaa!

Las tropas del coronel Levalle iniciaron las hostilidades con el más moderno armamento de la época -1879- ...

...y la indiada, superior en número, tuvo que escapar.

¡No juyan! ¡Mataré al que juya...!

Tendría que haberlos matado a todos sus "bravos". Y así perdió el lugar que su padre, Callfucurá, tanto estimaba.

¡Hemos perdido Carhué! ¡Lo vamos a reconquistar!

Cuando el viejo cacique murió a los ciento diecisiete años de edad, dijo a sus hijos: "¡Nunca abandonen Carhué! ¡Nunca!"

Ahora, un militar en plena "conquista del desierto", copaba el lugar amado de Callfucurá, y arrojaba lejos a la indiada agresiva, asesina.

Alrededor de Manuel Namuncurá, del terrible cacique "Garrón de piedra", todos se juramentan para rescatar Carhué.

Estos son mis planes de batalla.

Nahuel, un indio que detestaba las acciones criminosas de Namuncurá, decidió volcarse a la causa nacional.

¡Parte pal coronel Levalle! ¡Traigo un preso, mi coronel!

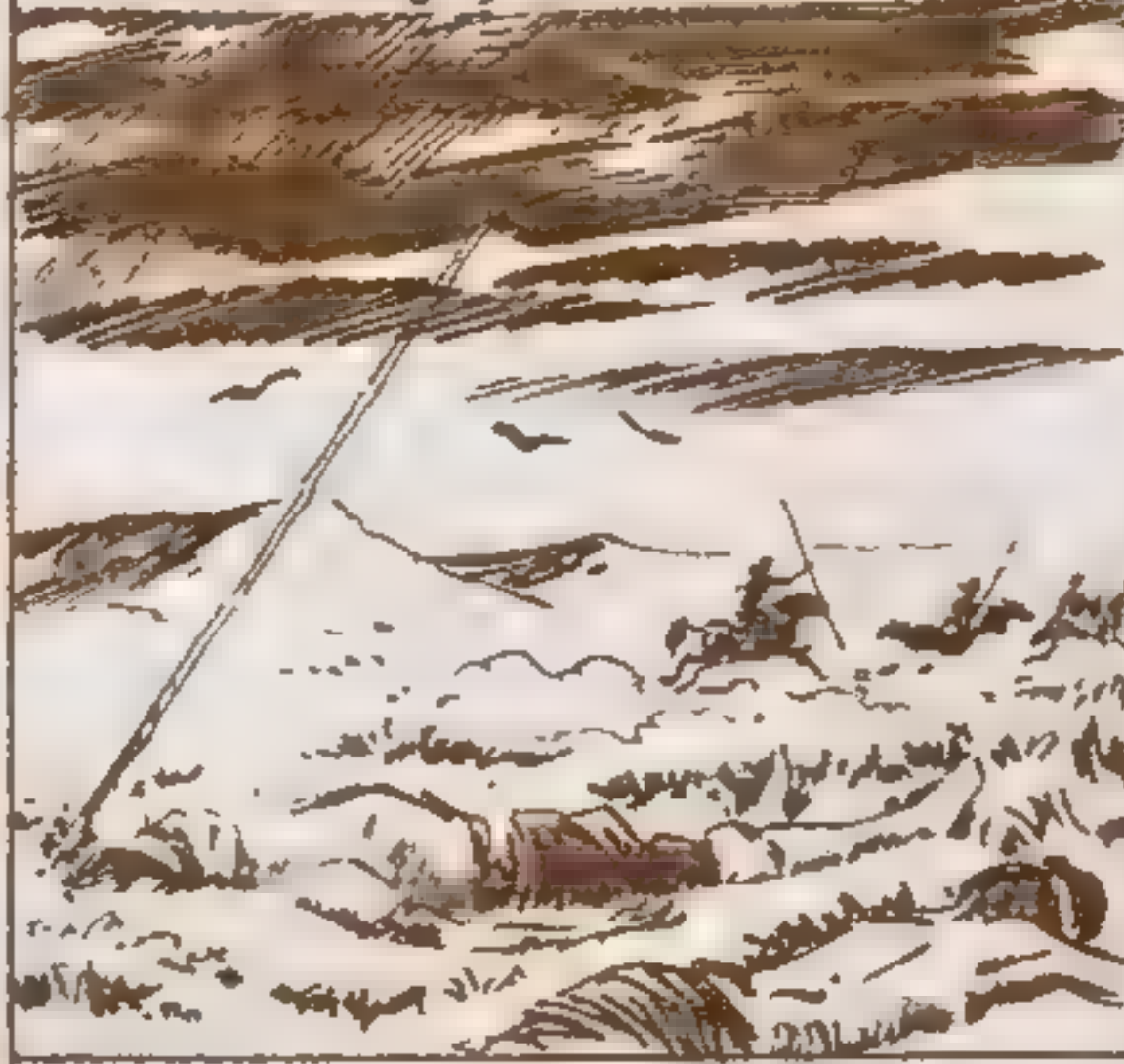
Juan Nahuel habló extensamente con el coronel Levalle, y éste, de inmediato, comunicó las nuevas al general Roca.

¡Póngase en conocimiento de los jefes de frontera...!

Cinco divisiones se pusieron en movimiento con banderas desplegadas. Era la batida final contra el salvaje.



Manuel Namuncurá es encerrado en un círculo de fuego y muerte...



...mientras noticias desalentadoras siguen llegando a sus oídos.

¿Los han dispersao? ¡Cobardes! ¡Cobardes traidores!

¡No se puede contra la milicia, mi jefe!



Los caciquillos son vencidos en todas partes. Roca no les da cuartel. ¿Acaso los daba el salvaje asesino de poblados enteros? Cada movimiento militar se ejecuta con precisión matemática. Y la indiana huye. ¡Desastres! ¡Desastres! ¡Desastres!



Namuncurá consultó al "machi". El brujo hizo un poco de misterio... y finalmente "conformó" al jefe.

¿Me aseguras que las tropas no llegarán a Pue Muelen?



El hechicero dijo: "No llegarán..."

Entonces descansaré unas horas... ¡Todos estamos deshechos!



A medianoche los "bomberos" llegan en tropel.

¡La tropa! ¡La tropa en la frontera!



Manuel Namuncurá corrió hasta el viejo brujo.

¡Me engaña hasta el "machi"! ¡Hasta mi respetado "machi"! ¡Mira las tropas...!



El hechicero, sacudido como un trapo, agachó la cabeza.

¡Hasta el "machi" engaña a Namuncurá! ¡Maldición!



"El gran espíritu creador nos ha dejado de la mano, Manuel", gruñó el brujo, haciendo que gruesas lágrimas resbalaran por su vieja cara repleta de arrugas.



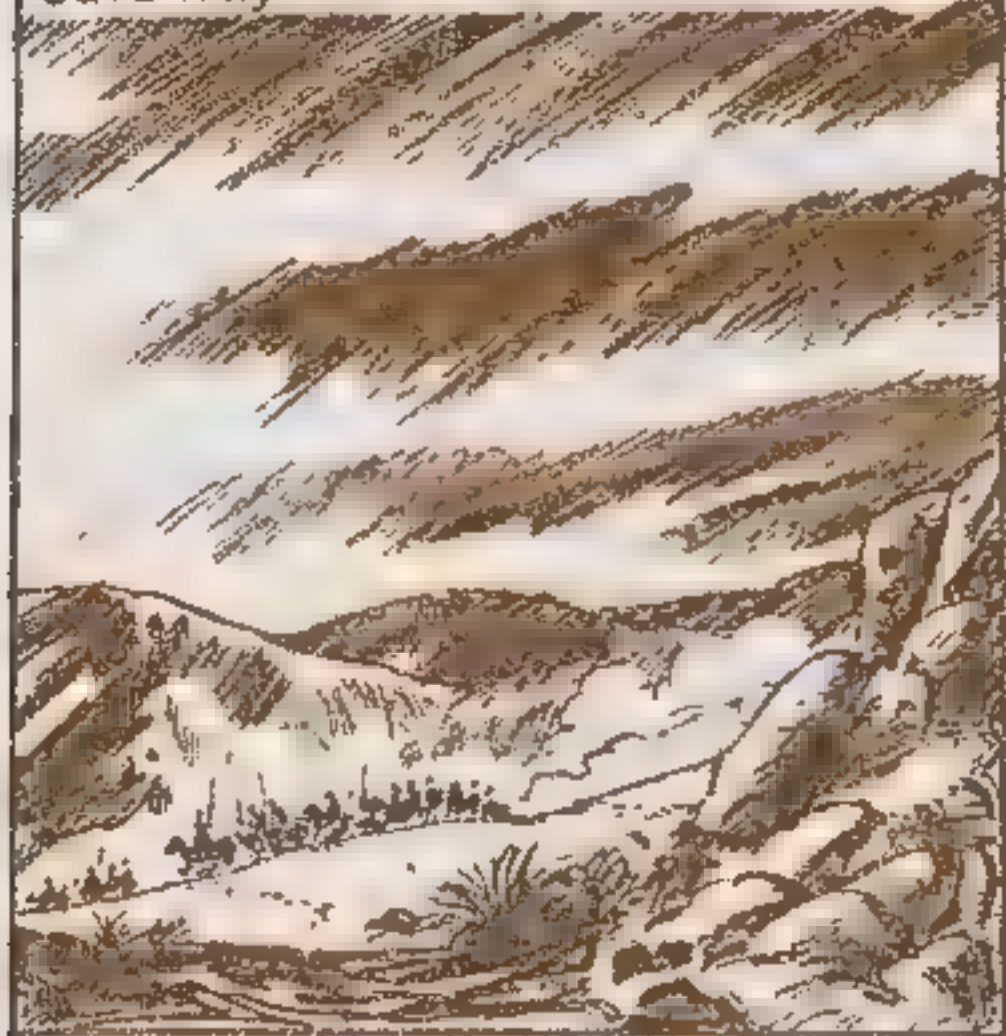
¡No puede ser! ¡No puede ser!

El bramido del cacique estalló en la noche pampa.

¡Vamos a pelear! ¡Los empujaremos al norte! ¡A pelearlos!



Antes del amanecer, Manuel Namuncurá huye entre sus indios.



La bandera argentina flamea sobre la pobre tierra dolorida donde hasta horas antes dominaba el infiel.



El éxodo indio buscó la ruta a Chimpay, en el Río Negro. Las lanzas agresoras ocultaban su vergüenza de derrotadas. La cabeza de Manuel Namuncurá, antes altiva y orgullosa, iba casi "a ras de tierra"...



... pues presiente "destinos nefastos para todos los suyos". Hasta los perros los han abandonado, y muy pocos seguían a los vencidos.



Un misionero salesiano, -el padre Domingo Milanesio- se acercó sin temor a Manuel Namuncurá. Este lo conocía bien.

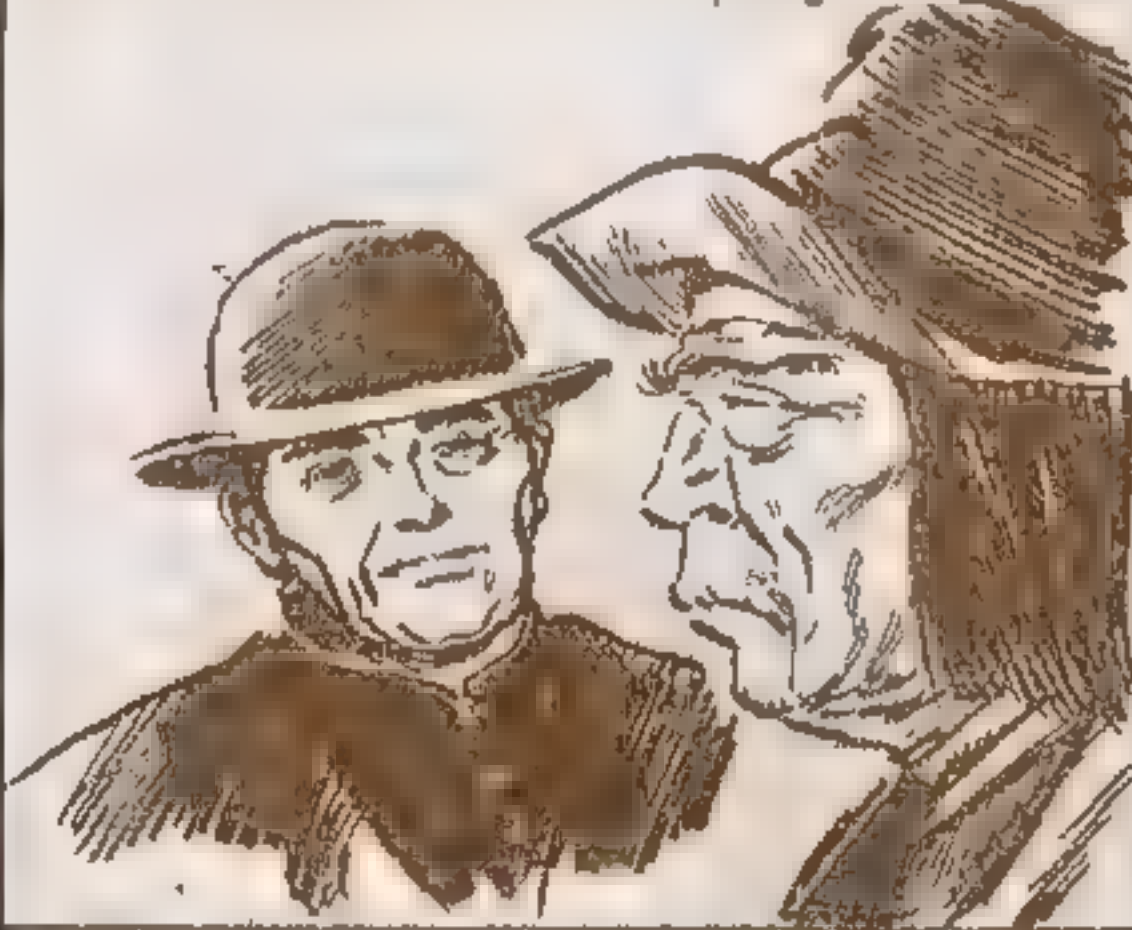
¡Dios te ayude, Namuncurá...!



El cacique, que se había permitido echar al eclesiástico en ocasión anterior, no apartó la vista de la señal de la cruz que hiciera el padre en el aire frío del amanecer invernal...



... y en ese triste momento de su vida, agradeció el gesto comprensivo del apóstol de esas soledades erizadas de peligros.



La conquista del desierto había concluido. El general Roca volvía a Buenos Aires con la gloria suficiente como para llegar por la voluntad del pueblo, a la primera magistratura. El lema: "Paz y Administración" era la gran bandera roquista.



La indiada de Río Negro tuvo que luchar contra la tierra y los elementos naturales, para vivir. ¡Ahora había que ganarse el sustento de todos los días... trabajando!



Entre tantas desdichas, Manuel Namuncurá tuvo la suerte de ver nacer a su hijo Ceferino, una tarde de agosto.



El padre Milanesio lo bautizaría tiempo después. ¡Te felicito, Manuel! ¡Así el chico no se criará chúcaro y agresivo como el padre!



El pequeño tenía el aspecto de los de su raza, pero hay en sus pupilas una bondad, una belleza espiritual, que los Namuncurá desconocían. Manuel le enseña a montar a caballo, y juntos recorren las pampas; el "reinado" perdido por el salvaje.



¿Sabés, mijito? ¡Esto sería tuyo, de no haber venido el ejército, tiempo atrás...!



Manuel pretendía la rebelión en la sangre de su hijo Ceferino. Y todos los días repetía las mismas palabras. El niño callaba.



Aquella mañana, la sombra de una cruz se reflejó en ellos.

¿Otra vez ese cura...?



Ya no era el padre Milanesio, sino un hombre más joven: Monseñor Cagliero, como aquél, fervoroso de Jesús y los desvalidos. Manuel Namuncurá intuye que esa presencia "entorpecerá su plan con Ceferino"...

¡Ya estamos cansados de hablar, padre! ¡No queremos hablar...!



¿Pretendes, acaso, morir con toda tu gente bajo las balas? Eso es lo que pretendes para...



... los que amas, Manuel Namuncurá? ¿Para tu hijo, por ejemplo!

¡No! ¡A él no me lo van a tocar!



El eclesiástico se acercó al hombre temeroso, y al niño que miraba con fiijeza y sinceridad.

Tenía necesidad de hablar contigo, Namuncurá.



¿Para qué? ¿Quién lo manda? ¿Roca?

—Me manda Jesús. La frase breve, sin la menor afectación, ha causado honda impresión en el cacique araucano. Tras una vacilación, Namuncurá se queja:



Los militares, los cristianos todos, nos desprecian. ¡Yo he sido amigo del padre Milanesio!

El padre Milanesio sigue trabajando por ti y los tuyos.



La mano de Monseñor Cagliero descansaba sobre la cabeza del pequeño Ceferino. A él le habló, particularmente: "Quiero que seas un hombre de provecho. De esa forma ayudarás a tu raza, hijo mío. No muy lejos de aquí, está el Colegio Salesiano. Todos queremos que seas el orgullo de tu padre y de los tuyos, Ceferino".



"Contéstame, tú que tienes el alma límpida y los ojos llenos de claridad. ¿Quieres ir hacia Jesús, que jamás te desampará?" Y ante el estupor del cacique, Ceferino tomó la mano de Monseñor.



En Viedma, en el Colegio Salesiano, Ceferino fue un modelo de virtud.

¡Muy bueno tu latín, Ceferino!
¡Felicitaciones!



El niño tenía presente, como una vívida luz, el día de su llegada a Viedma. Poco después se encontraría ante una nueva emoción: su primera comunión. El padre, el que fuera bravo cacique, acababa de recibir noticias de Buenos Aires.

¡Me regalan estas tierras, y además...!



Continuaban los obsequios del gobierno: un uniforme de oficial del ejército, y una invitación para ir a Buenos Aires, con Ceferino.



¡Ceferino estudiará allá, "donde se hacen fuertes y poderosos los hombres"! ¡En Buenos Aires!

En setiembre de 1898, Ceferino está en "la gran Capital". ¡Todo es tan distinto a sus "llanuras"!

Aquí tomarás tu Primera Comunión, Ceferino.



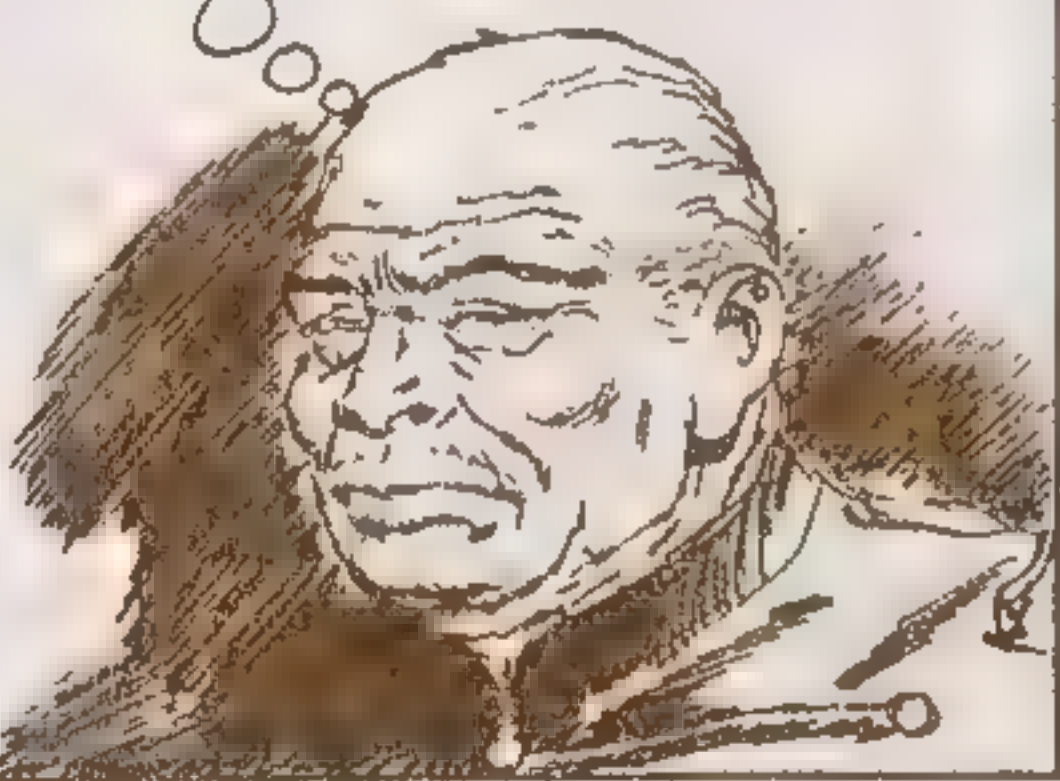
Manuel Namuncurá, por su parte, es una figura grotesca en las calles de Buenos Aires. El soporta las pullas, las humillaciones...

(¡Mi hijo será invencible! ¡El me lo ha prometido!)

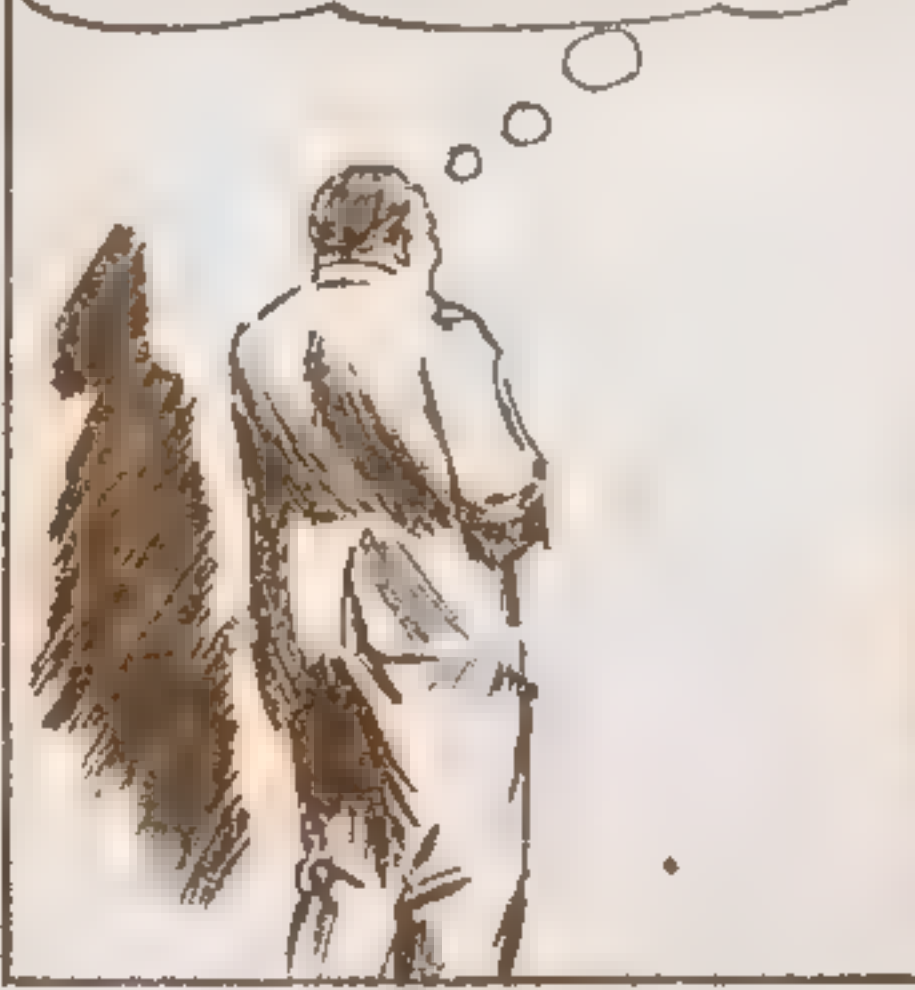


El guerrero derrotado continuaba pensando en el ayer.

¡Ceferino estudiará; aprenderá todas "las mañas de los cristianos", y el "Imperio..."



...de los pampas", volverá a la dinastía de los Namuncurá!)



El ex sanguinario cacique ignora que en el alma de su hijo están prendiendo otras enseñanzas, pese a que el muchachito -por curiosidad- busca en la biblioteca del colegio San Carlos, todo lo que se refiere a la estrategia militar, al manejo de las armas.



¡Pero en su espíritu penetra poco a poco otra doctrina! La Divina Doctrina del Señor. Y monseñor Gagliero le repite: "Ayudando a los salesianos, en su misión de paz y amor, serás útil a tu raza..."



Ceferino "es otro", según la comprobación de Manuel Namuncurá. Ello enciende la sangre del indio vencido.

¡También un traidor...! ¡Y es mi hijo!



Pienso ser útil a mi raza, y no derramando sangre

La fama de perfección y santidad del príncipe indio se extiende por todo Buenos Aires.

El es ahora un hijo de Dios.

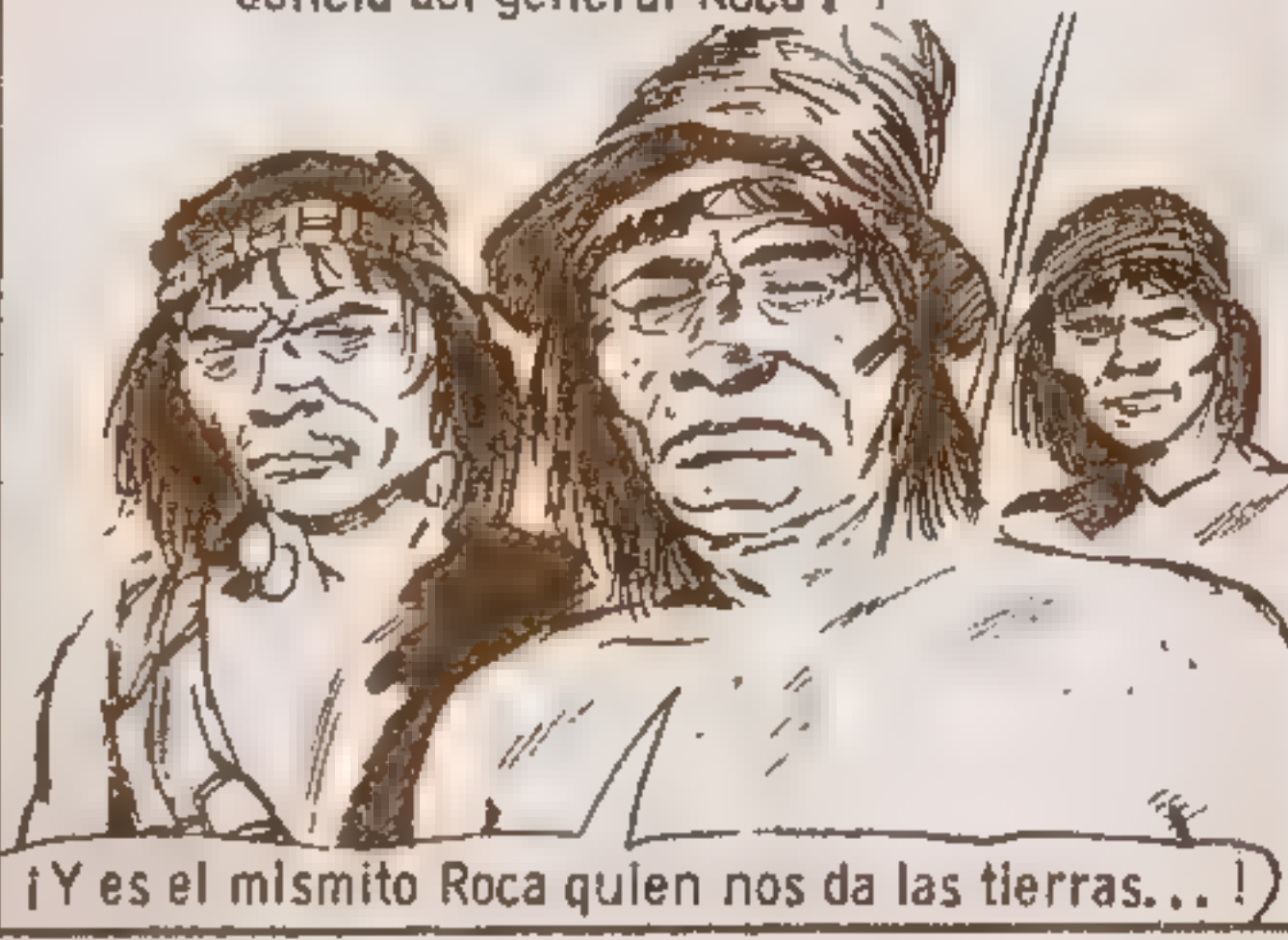


Las bendiciones para el pueblo indio de las pampas, otrora violentas, mortales, empiezan a llegar.

¡Dos legüitas de tierra pa' trabajar!
¡Por Ceferino!



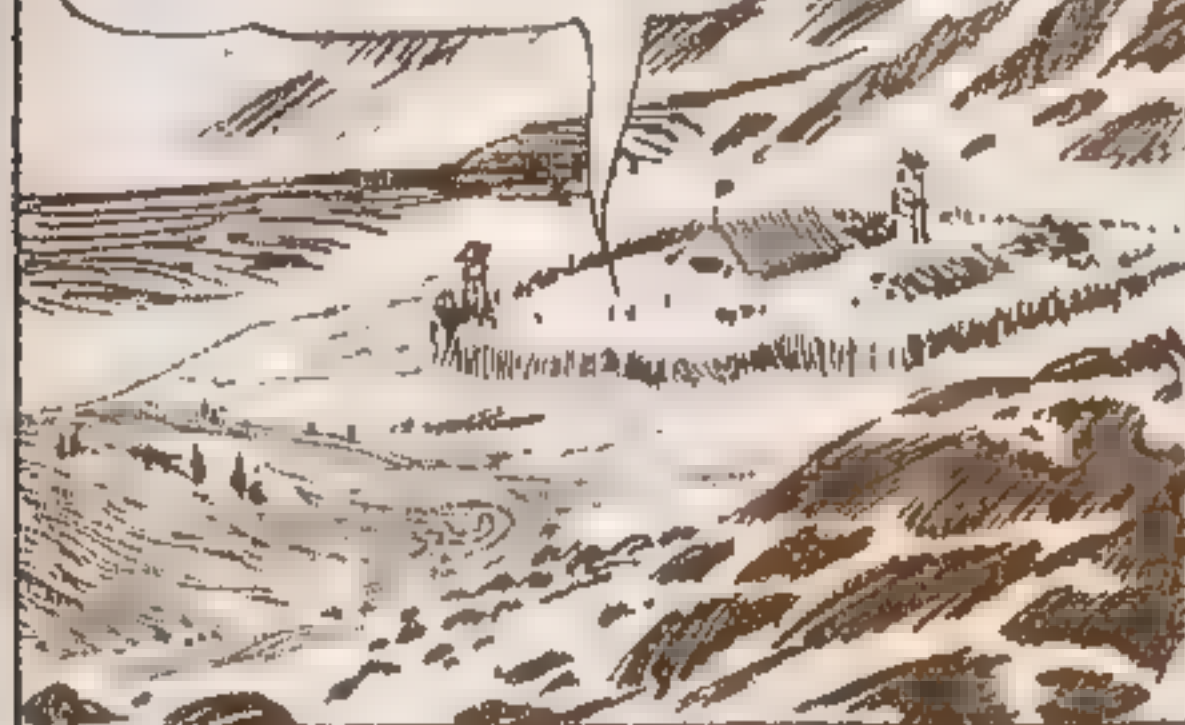
No más ambiciones asesinas; no más atropellos. "Paz y Administración". Es la segunda presidencia del general Roca.



¡Y es el mismito Roca quien nos da las tierras...!

Alrededor de lo que fuera Fortín Mercedes, el pueblo indio trabaja y busca el bien para los suyos, sin quitarlo al vecino.

¡Por nuestro príncipe Ceferino Namuncurá...!



Es el año 1904, Ceferino acompañará a Italia a Monseñor Juan Cagliero. En Turín, el venerable don Rúa -primer sucesor de San Juan Bosco- y el eclesiástico que le cerró los ojos al morir- queda sorprendido de la inteligencia del joven indio.



La reina de Italia quiere conocerlo.

¡Oh, amable joven; perfecto gentil-hombre...!



El hijo del "rey de las pampas patagónicas" mantuvo una extensa y espiritual conversación con la reina de los Italianos...



...y entonces la prensa toda se interesó ampliamente por él.

¡Lee esto, Ceferino...! ¡Un elogio por demás abundante...!



Pero la inefable dicha, llegaría poco después.

¡El Santo Padre te concede una audiencia, Ceferino!



¡Es Roma! ¡Es ciudad del Vaticano! ¡Y Pío XI! Así como los desencantos no abaten al muchachito, tampoco los triunfos lo envanecen. El Santo Padre acaba de obsequiarle una medalla "Ad Principes..."



El rostro del joven no se altera; su expresión, su mirada, es la de siempre; por lo menos la del hombrerito que supo buscar al Señor.



Ahora era el Colegio Salesiano de Frascati, cerca de la Roma que respetaba, que amaba...



Ceferino Namuncurá estaba muy lejos de su suelo natal, de los suyos que ahora buscaban en la tierra el sano objetivo del futuro. Por ellos estudiaba; para ellos progresaba. Hasta que un día...

(¡Este mareo...! ¡Igual que el de ayer...!)



No era "igual que el de ayer", era bastante más fuerte. Invisible mal penetraba en su carne morena.

¿Te sientes un poco mejor, Ceferino...?



Ceferino sonreía; ¡constantemente su sonrisa amistosa, buena...!

Me siento infinitamente mejor, monseñor.



La enfermedad iba disipando, poco a poco, sus más caras esperanzas.

Es imposible ya...



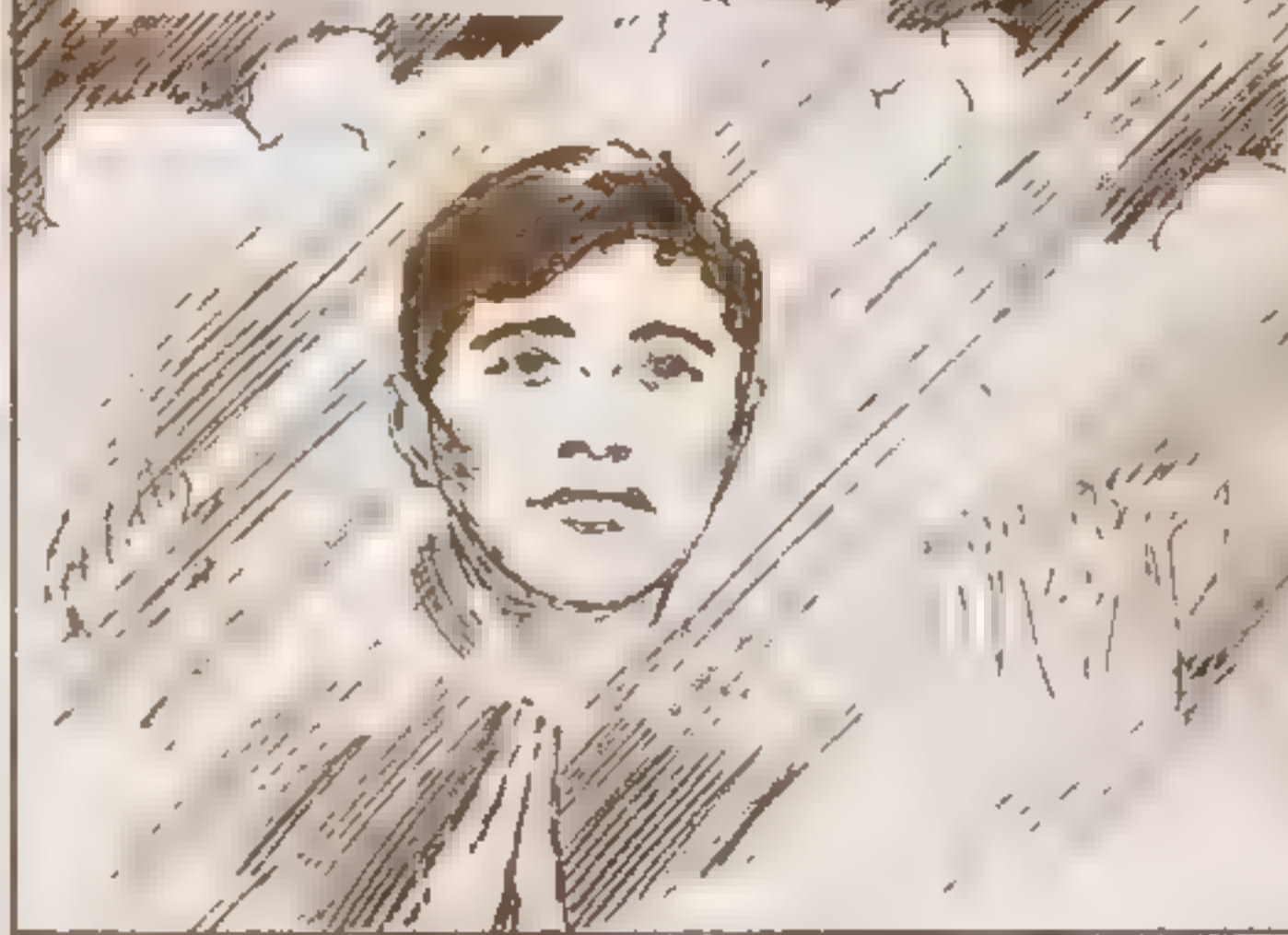
Resignado a la voluntad del Señor, Ceferino Namuncurá cerró los ojos para siempre, en una primavera mañana de Italia. Era el once de mayo de 1905.



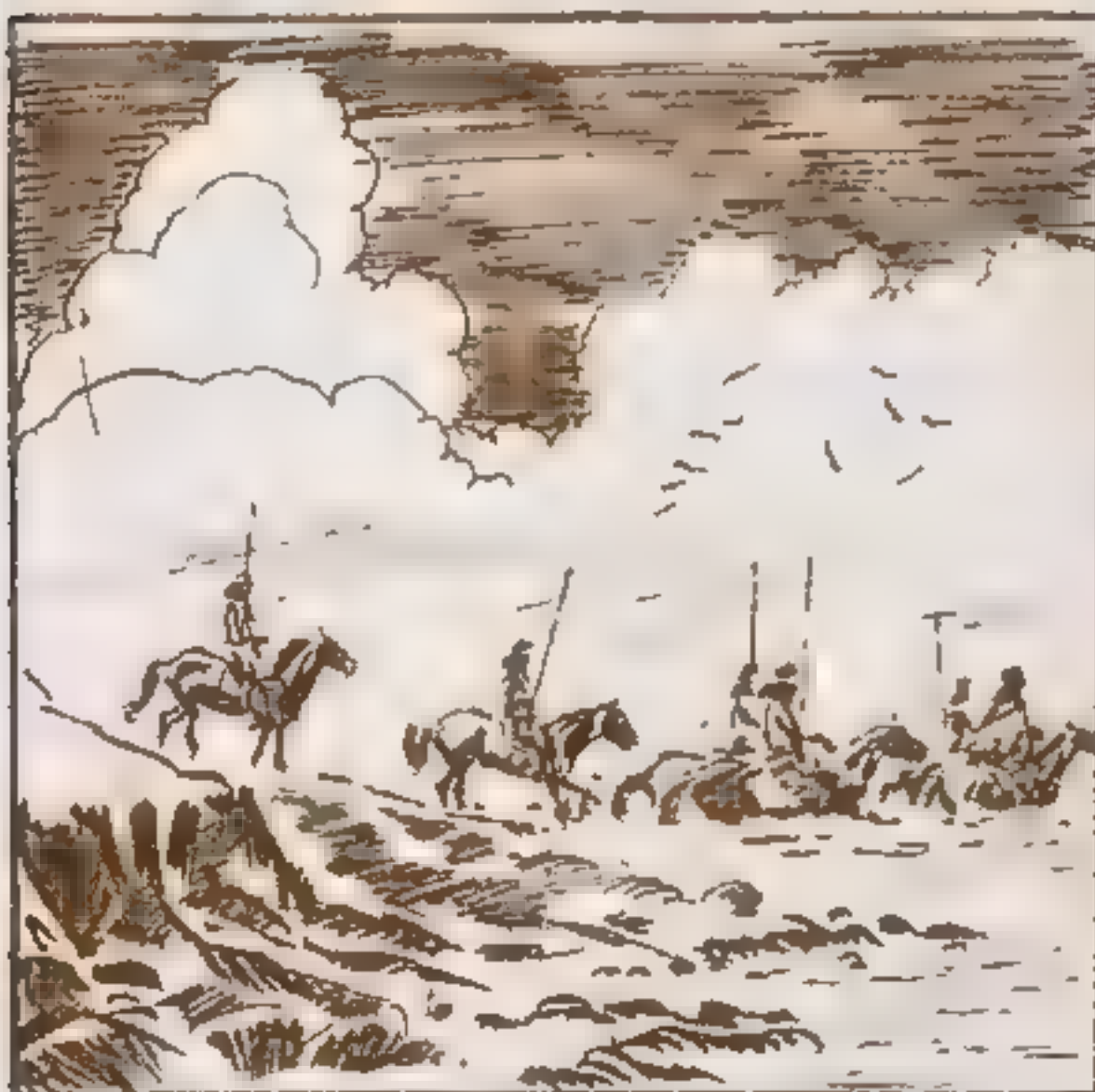
Pero él sabe "que no morirá". Sus restos vuelven a la patria lejana. A Fortín Mercedes. Junto a los de su raza...



... mientras su espíritu vuela alto, en el emocionante vuelo hacia EL.



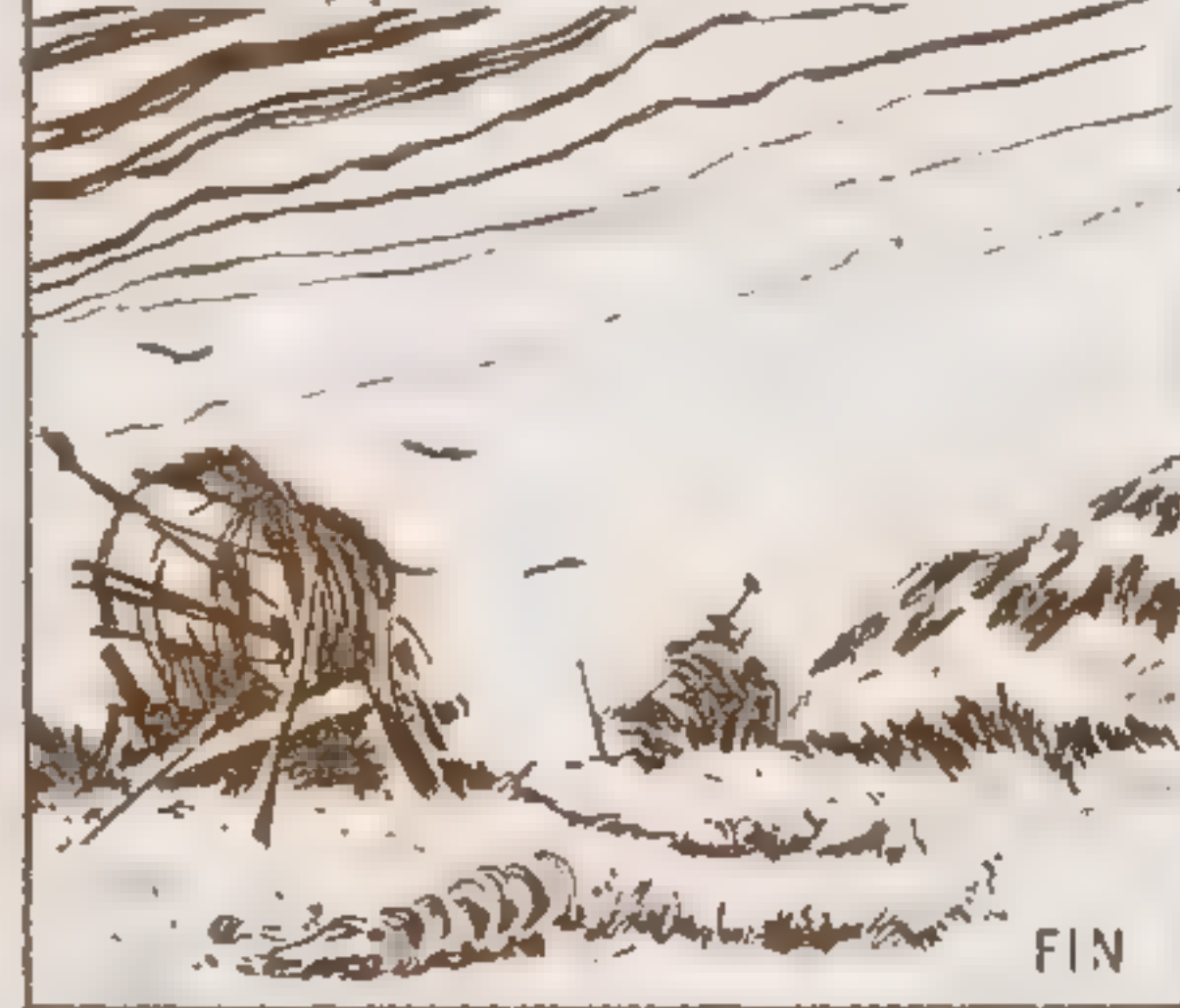
"El Lirio de la Patagonia", es ya "un ángel de bronce", para las legiones indias de los Namuncurá, raza de guerreros a sangre y fuego, convertidos por la voz de los pacíficos legionarios del Señor; por el renunciamiento y el amor del príncipe Ceferino...



... "el más valioso protector de las misiones salesianas de la Patagonia", según palabras de quien le conociera y apreciara, San Pio X.



Ceferino Namuncurá, hijo de un cacique araucano, pero Siervo de Dios.



FIN

LA CONDESA KUMIASINE

POR HENRY GRÉVILLE

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DAVID COOPER

Con la adaptación que sigue, vuelve a nuestras páginas Alicia Fleury de Durand Gréville (1842 - 1902), la escritora que hizo mundialmente famoso el seudónimo de Henry Gréville. Y si "La Condesa Kumiasine" es una prueba más del conocimiento del ambiente ruso y de la predilección por sus temas, lo es también de la fertilidad de su ingenio y de la delicadeza de sus recursos.



Vasilisa Gorof



Príncipe Churof



Condesa Kumiasine



Zenaida Kumiasine



Alejo Maritsky

Había nevado todo el día. Un camino cubierto por los copos que seguan cayendo conducía a la casa señorial.



Los criados corrían sin cesar a la cocina, situada en el medio del patio, y volvían cargados con fuentes de plata protegidas por campanas de metal. Los pinches iban y venían; el cocinero gritaba furioso contra las fregonas; el mayordomo...



...se asomaba de tanto en tanto al peristilo, reñía a derecha e izquierda, y luego reaparecía, obsequioso y risueño, detrás de la silla de la dueña de casa.



A pesar de lo que pudiera hacer suponer esta agitación, la Condesa Kumiasine no tenía convidados. Sólo la acompañaban los de su casa; pero éstos eran suficientes como para hacer poco visible la ausencia del Conde, que realizaba su visita anual a las posesiones que tenían en Crimea.

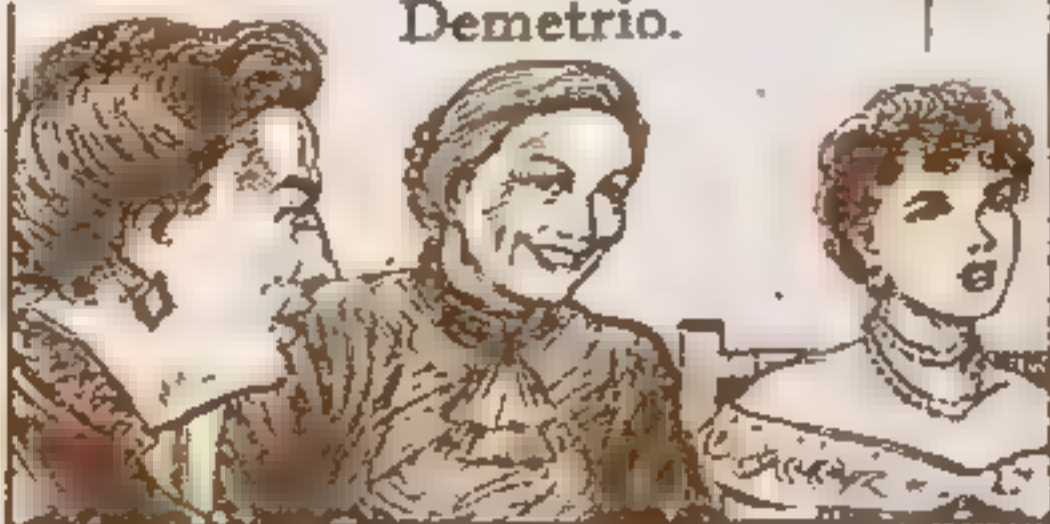
A la derecha de la Condesa se sentaba el preceptor de su hijo, un alemán de pelo rojizo, que parecía haberse comido siempre demasiado; y junto a él...



...el joven Conde Demetrio, rebozante de malicia, ignorante como un palurdo, pero capaz de dar lecciones de dialéctica a su maestro.



A la izquierda de la Condesa estaba el aya inglesa de su hija, miss Junior, y al lado de ésta, la Condesita Zenaida Kumiasine, de casi dieciocho años, tan bonita y graciosa como su hermano Demetrio.



A Zenaida seguía la señorita Bochet, una suiza de cuarenta años, plácida y bondadosa, que desempeñaba, respecto de Vasilisa Gorof, el mismo papel que miss Junior respecto de Zenaida. En la mesa, la señorita Bochet separaba a Vasilisa de su prima Zenaida.



Vasilisa acababa de cumplir diecinueve años. El color de flor de melocotón de sus mejillas aterciopeladas, el brillo tierno y picaresco de sus ojos y la sonrisa casi temerosa de sus rosados labios dábanle el aspecto de una pintura. Su vestido escotado —era costumbre que las jóvenes se pusieran vestido de baile para las comidas— dibujaba un pecho casto y hombros adorables.



La mesa se completaba con varias señoritas de compañía: damas de la nobleza pobre, recogidas y protegidas por la Condesa, mientras hallaban marido o un asilo definitivo. Entre este nutrido concurso, las fuentes de plata se sucedían en desfile interminable, y la Condesa llevaba el hilo de la conversación.



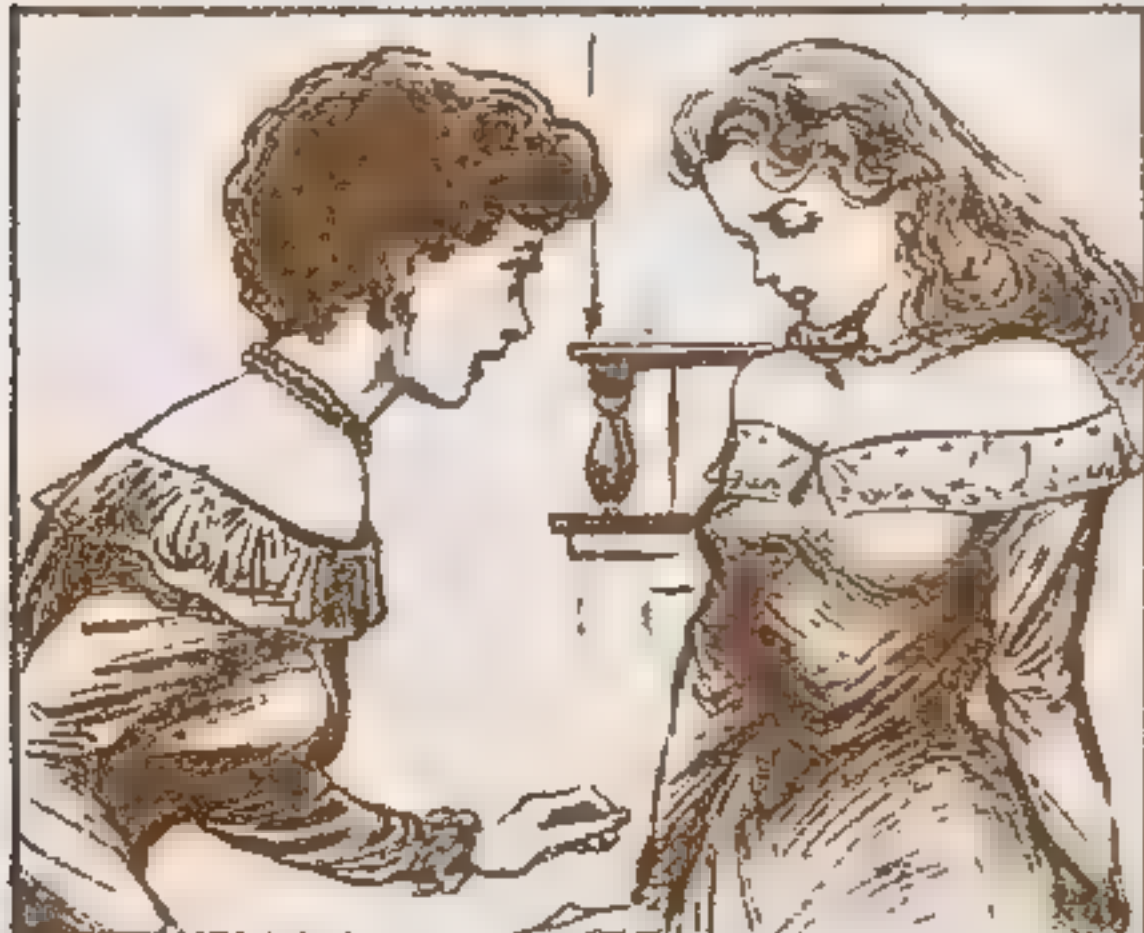
Por fin llegaron los postres: helados, frutas de Francia o de Crimea y confituras de toda clase, que circularon con las cucharillas de oro labradas, con los cuchillitos afiligranados que el Conde había adquirido en el Cáucaso, obras maestras de un artista desconocido. Luego, la Condesa se levantó. Con gran estrépito, toda la concurrencia se puso asimismo de pie y formó fila para...



...llegar a los dedos que la Condesa alargaba generosamente al obligatorio besamanos. Cuando la última protegida hubo cumplido ese deber, la dueña de casa volvió la espalda y se encaminó al salón contiguo.



Antes de transponer la puerta dijo: —Dentro de ocho días regresamos a San Petersburgo.



La noticia impresionó diversamente a quienes la escucharon. El más contento demostró ser Demetrio, que se tiró al suelo y empezó a hacer cabriolas. En cuanto a Zenaida y Vasilisa, se alejaron para hablar confidencialmente. —Quién sabe si volveré aquí el año próximo —dijo con melancolía Vasilisa; y añadió: —Tía quiere presentarme en los salones, casarme...

Si te casas, ¡qué alegría, Lisa!... Me harán un vestido nuevo para tu boda.



—Sí, pero ya no viviremos juntas, ni vendré más a esta hermosa casa, donde he sido tan dichosa.

Este pensamiento las ensombreció. Hacía años que las dos jóvenes eran inseparables: dormían en el mismo cuarto, con sus ayas, al abrigo de un biombo; tomaban las mismas lecciones de francés y de inglés; paseaban juntas. No obstante, en algunos detalles, la Condesa hacía notar la diferencia de jerarquía: Zenaida, su hija, era la opulenta heredera; Vasilisa, huérfana de padre, la parienta pobre, a quien se sostenía y educaba por caridad.

Aquella noche, antes de acostarse, Zenaida volvió al tema, que la había dejado preocupada.

Lisa, ¿tienes deseos de casarte?



No... Me asusta pensar en el marido que me elegirán.

¡Qué idea! Será noble, rico y joven..., como todos los maridos.

No, Zina; no tendrá ninguna de esas cualidades, y, a pesar de todo, tendré que casarme con él.



Si tú no lo quieres, yo lo aborreceré.

¡Gracias, Zina! Buenas noches.

Se dieron un beso y se acostaron.

Al día siguiente, Zenaida obtuvo de su madre el permiso necesario para pasear con su prima en un trineo pequeño, guiado por el viejo cochero Garasine.



Regresaban felices, después de haber bajado del vehículo y jugado como chiquillas, cuando reconocieron a lo lejos el coche del Príncipe Churof, que se alejaba del palacio Kumiasine.



A las preguntas de su hija, la Condesa respondió confirmando lo que aquella suponía: había estado el Príncipe, y...

He aceptado su invitación a comer pasado mañana en su casa, recién alhajada. Nos dará también un concierto, y al efecto se ha llevado alguno de vuestros vales.

¿Iremos, pues, nosotras?



Sí, las jóvenes irían con la Condesa. Llenas de curiosidad, Zenaida y Vasilisa se precipitaron hacia el piano.

¡Esto es gracioso! El Príncipe Churof sólo se ha llevado tus vales favoritos. Se lo reprocharé, y lo veremos deshacerse en excusas.

Vasilisa, dijo que no daba importancia a ese hecho.



Ni la invitación ni la selección musical del Príncipe habían sido casuales. La primera obedecía al deseo de anticiparse al viaje de la Condesa a San Petersburgo, de que tenía noticia; y en cuanto a los vales, los había escogido como un medio de aproximarse a Vasilisa, en quien, desde hacía tiempo, veía a la futura Princesa Churof. Sólo necesitaba saber si la niña se asociaría a sus proyectos. Varias veces había estado a punto de averiguarlo; pero...



...había dejado de hacerlo a causa de su natural timidez. Esta era la cualidad más destacada de este hombre de treinta y cinco años, muy bondadoso, de valor probado en el sitio de Sebastopol y de inmensa fortuna. Puede decirse que a causa de esa modalidad suya...



...rehuía, desde hacía tiempo, la vida de la corte prefiriendo residir en sus magníficas posesiones rurales, en cuyas vecindades había descubierto a Vasilisa. Nunca su mansión le pareció tan vacía. Y por eso aquella tarde, vencido su encogimiento, recibió alborozado la visita de la Condesa Kumiasine, su hija Zenaida y Vasilisa.



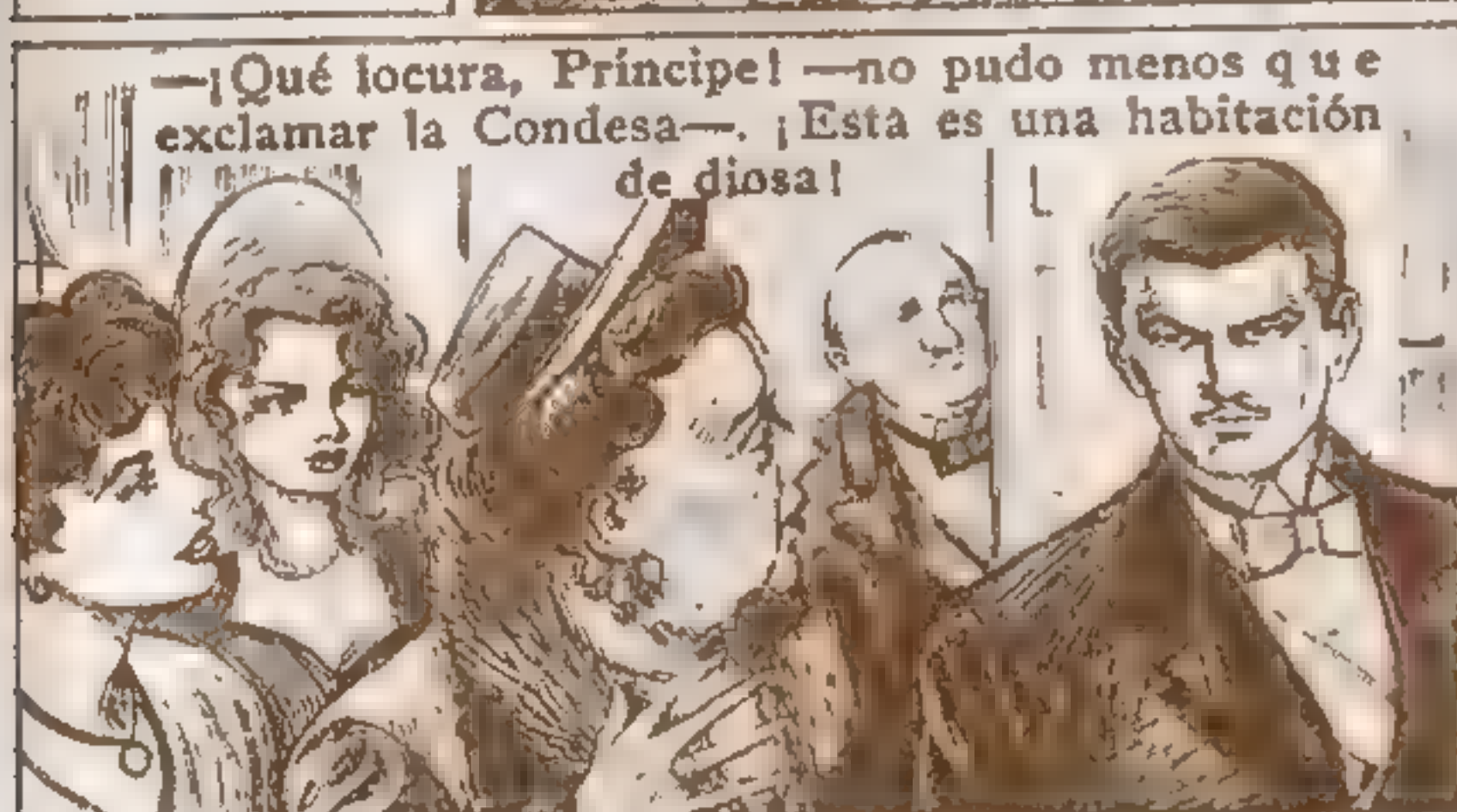
En el momento en que la orgullosa aristócrata, seguida de las dos jóvenes, entraba en el salón, una orquesta invisible, ubicada en una galería alta, empezó la ejecución de uno de los vales de Strauss. —Tu pieza predilecta! —comentó Zenaida por lo bajo, dirigiéndose a su prima.





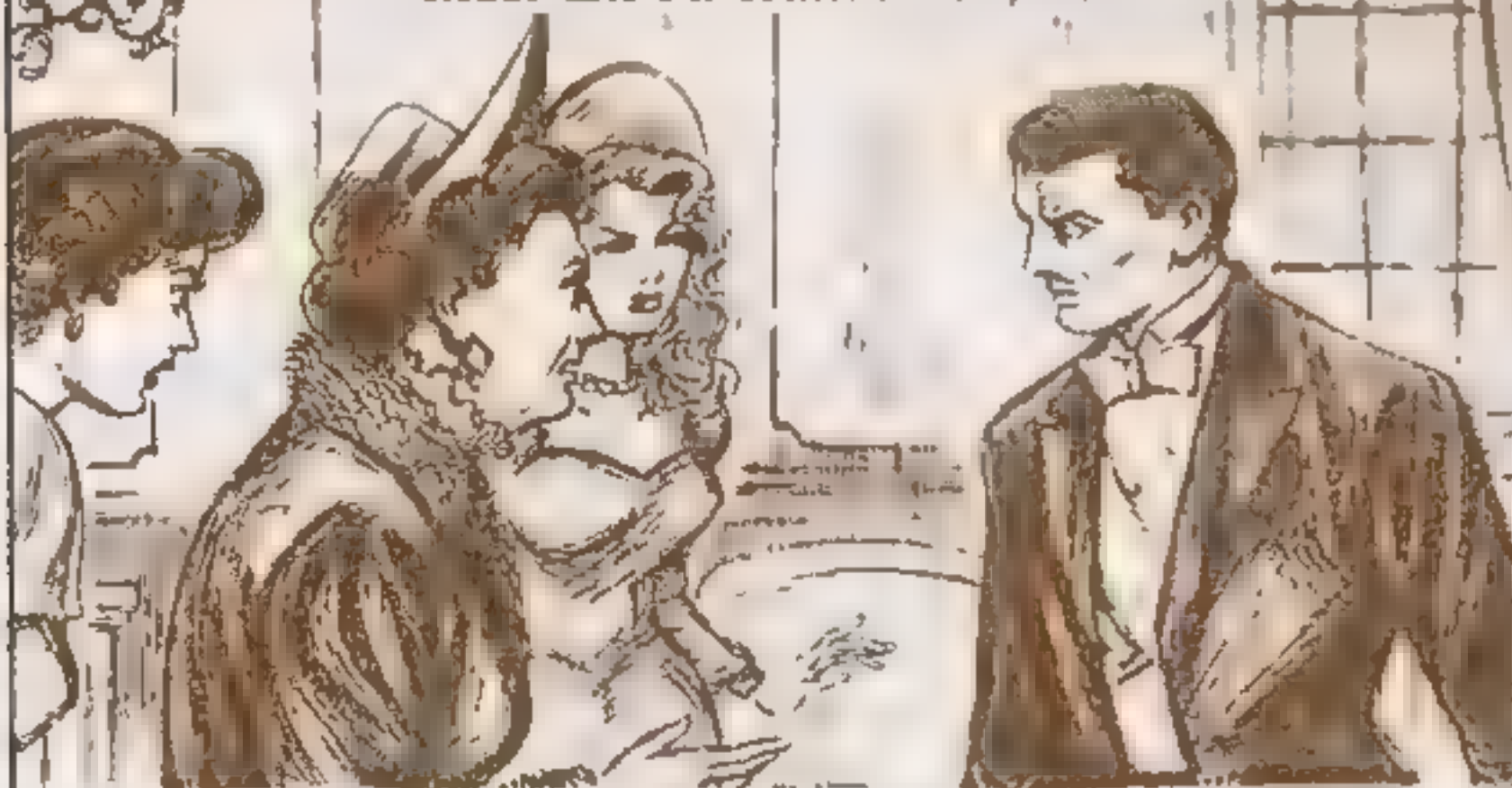
Antes de la comida, recorrieron las suntuosas habitaciones. —Pido disculpas a las señoras: éste es mi dormitorio; pero aún no lo ocupo. Podéis entrar.

Un grito de admiración partió de todas las bocas. El aposento estaba adornado de terciopelo azul pálido, con gruesas perlas en los tapices. La cama, de plata cincelada, desaparecía entre las colgaduras de punto de Inglaterra y de seda azul. La alfombra era de finísimas pieles blancas. En todo el resto del mobiliario, resplandecía la plata y la porcelana de Sèvres.



—¡Qué locura, Príncipe! —no pudo menos que exclamar la Condesa—. ¡Esta es una habitación de diosa!

La mirada del Príncipe se dirigió a Vasilisa, como diciéndole que ella era la diosa en quien había pensado. ¿Lo advirtió ella? El caso es que, con brusco movimiento, se alejó de allí. Por lo demás, la comida estaba ya dispuesta, con magnificencia digna de lo demás. En su transcurso, una...



...orquesta de veinticuatro músicos no cesó de tocar las piezas predilectas de Vasilisa. La Condesa ya no tuvo dudas, y se fijó en su sobrina. Esta parecía no percatarse de nada y aceptar los agasajos del Príncipe como homenajes indirectos a la Condesa. Al cabo de dos horas, la Condesa, pretextando las ocho leguas que la separaban de su residencia, pidió su coche. El Príncipe, contrariado por no haber podido decir una palabra a solas a Vasilisa, aprovechó...

DE BUEN HUMOR



— Jorge es muy particular. Sólo utiliza, para taparse, la edición de la noche.

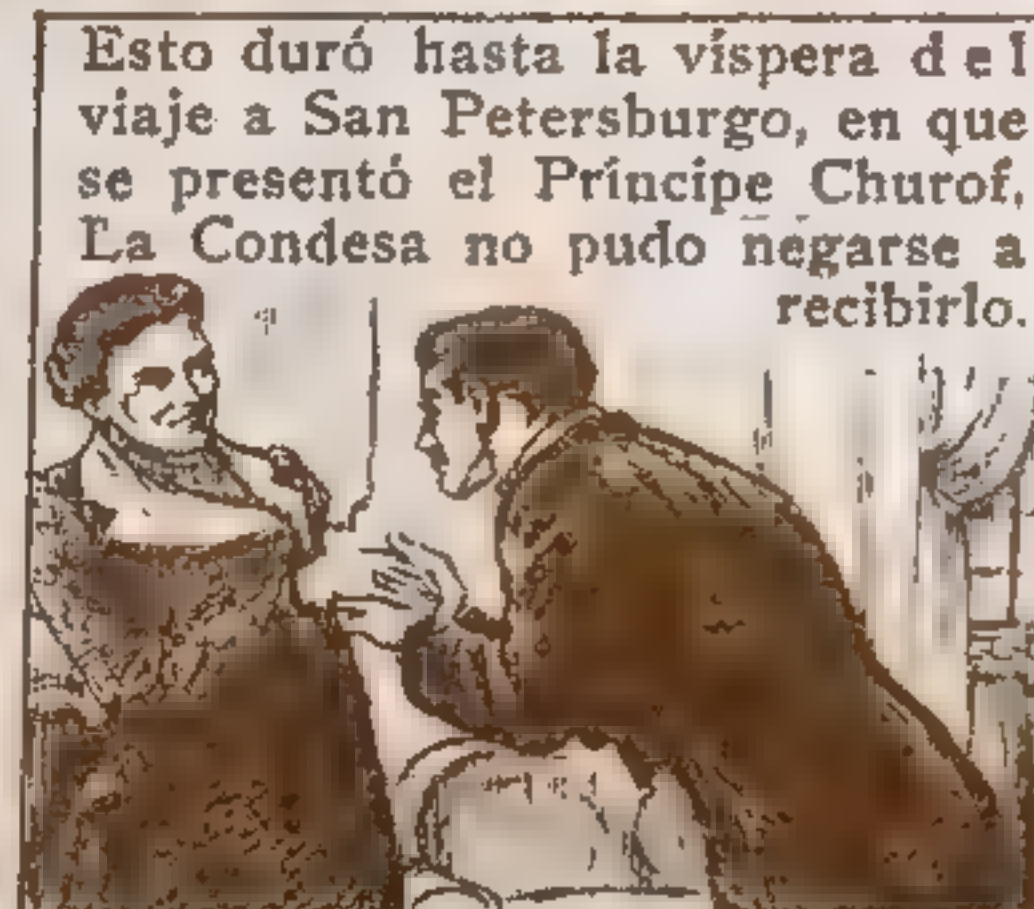


Para usar ese vestido deberá caminar como ella, señorita.



La Condesa hizo con gesto adusto aquellas ocho leguas del regreso. Por la noche, sus preocupaciones no la dejaron dormir. Después, por dos días no quiso ver a nadie. Zenaida creía que era una de las crisis de mal humor que atacaban periódicamente a su madre, pero esta vez se trataba de algo más trascendente.

Las cavilaciones de la Condesa derivaban de los propósitos que había entrevisto en el Príncipe Churof. Ella no había pensado en casar a Zenaida con el Príncipe Churof; en realidad, aún no pensaba en casamiento alguno para Zenaida. Pero si Vasilisa se casaba con aquel "pobre imbécil", su protegida pasaría a ser la dama más rica de la región. Eclipsaría a su protectora. Y esto era lo que la Condesa no estaba dispuesta a consentir.



Conversó a solas con él por diez minutos. Al cabo, pálida y con los ojos encendidos, fué en busca de su sobrina y le dijo: —Ve a hacer compañía un momento al Príncipe Churof. Tengo que dar órdenes al mayordomo.



El Príncipe, que suponía a Vasilisa informada del objeto de su visita, daba vueltas a su pensamiento, sin atreverse a enunciarlo. Se le ocurrió al fin una forma indirecta, propia de su pusilanimidad: —Sé que os vais mañana, señorita. ¿No os causa pena dejar estos lugares, alejaros de vuestras amistades?...



—No, Príncipe. No tengo amigas de mi edad, y donde está Zina yo me encuentro a gusto —contestó Vasilisa, creyendo responder a una pregunta sin importancia. El Príncipe apenas osó insistir: —¿Queréis mucho, pues, a vuestra prima? ¿No os resolveríais a dejarla?



Aunque sin barruntar las causas que la motivaban, esta brusca despedida desconcertó a Vasilisa, y más aún cuando la Condesa fué hacia ella.



Vasilisa dió un grito. Todo se le presentó claro en ese momento. ¡Y ella había desanimado a aquel hombre que la amaba, a aquel hombre bueno a quien ella profesaba singular estimación!

Lamento, tía, que no me hayas prevenido de sus intenciones.

A él le tocaba explicarle... Y quizá las cambió antes de enunciarlas.



Tía y sobrina se miraron fijamente unos segundos. La tía fué la primera en bajar la vista, pero no tardó en reaccionar, diciendo: —Y bien: ¿no me agradeces...



...el interés que he demostrado al procurarte una entrevista con el hombre que te solicitaba por esposa?

Estoy agradecida.



Vasilisa se aproximó a la Condesa y le besó respetuosamente la mano. Después se fué derecho a su cuarto, se arrojó en la cama y lloró, no por el buen matrimonio perdido, sino porque había hecho sufrir a un hombre excelente, y un poco, también, por los procederes de la Condesa y lo que ellos revelaban.



Zenaida se enteró en seguida de lo que había pasado, y su primera impresión, de sorpresa, se transformó rápidamente en colérica protesta: — ¡Quién hubiera dicho! ¡Pobre Príncipe! Lo que ha hecho mi madre no es honrado. Descuida, Lisa; yo te protegeré. Si es preciso, hablaré con papá.



Tan cómico resultaba este ofrecimiento, que Vasilisa rió a través de sus lágrimas. Zenaida rió también. ¡Dichosa edad!... Al día siguiente, al amanecer, un gran carro cubierto tomó el camino de San Petersburgo, transportando al camarero mayor, al cocinero en jefe, las provisiones de boca y el servicio de mesa de la Condesa y su séquito, quienes, a su vez, se ubicaron, después del desayuno, en...



...una antigua berlina de seis asientos, un cabrióle y cuatro coches, a los que seguían dos carros colmados de equipajes. Al emprender el viaje, la Condesa, creyendo adivinar la causa de la actitud ensimismada de su hija, le preguntó qué le había dicho Vasilisa. — No me ha dicho nada — respondió Zina. Era la primera mentira de su vida.



En la segunda jornada, la Condesa manifestó deseos de hablar a solas con su sobrina. Dejando el carruaje grande, se instalaron en uno de los pequeños, y así que lo hubieron hecho, la dama expresó a la niña: — Te has conducido bien al no hablar con tu prima de lo que pasó anteayer. Querida mía, éste es un mundo de miserias, con...



HUMORADAS



- Será mejor que tú vayas a atender!
Mi pijama la asusta.

...las cuales tendrás que enfrentarte prematuramente, pero sin que esté en mi poder evitarlo. La educación que te he dado no envidia a la de ningún rango de la sociedad; pero, sin embargo, no estás hecha para la eminente situación a que te elevaría el casamiento con el Príncipe Churof. Yo no sé qué habrá pasado por su espíritu al hablar a solas contigo; pero me parece evidente que habrás chocado al Príncipe de alguna manera que lo indujo a variar sus proyectos. Repíteme lo que hablaron.

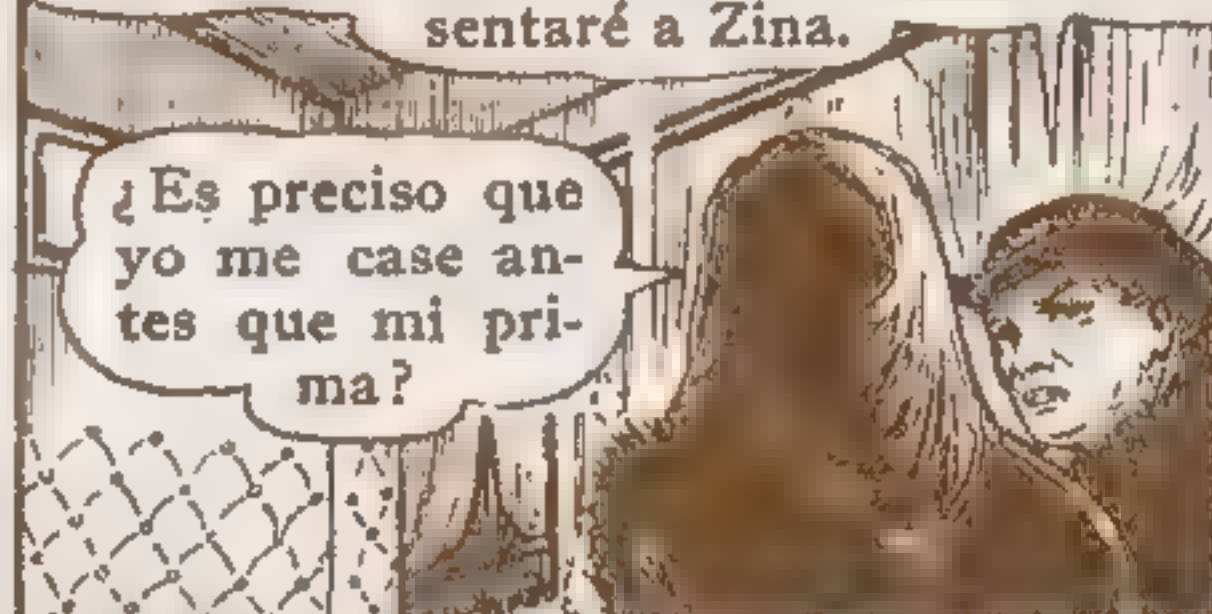


Vasilisa reprodujo su diálogo con el Príncipe Churof. La Condesa escuchó en silencio y formó su opinión: no era lo que Vasilisa había dicho, sino la falta de valor, lo que había frustrado la declaración del Príncipe. Mas lo que manifestó a su sobrina fué muy diferente: — Has hablado de tu amistad con Zenaida en forma novelesca, y eso le ha desagradado. De todos modos, para...



...“ser feliz en el hogar es preciso casarse dentro de la propia condición, y veo el dedo de Dios en la imprudencia de tus palabras, que ha alejado al Príncipe Churof. En verdad, has sido educada en una esfera social superior a la que lógicamente puedes aspirar al casarte, porque, aunque eres de origen noble, careces de fortuna. Te daré en dote diez mil rublos, cuyo interés se agregará hasta tus veintiún años, más ropas y enseres por valor de cinco mil rublos, y procuraré”...

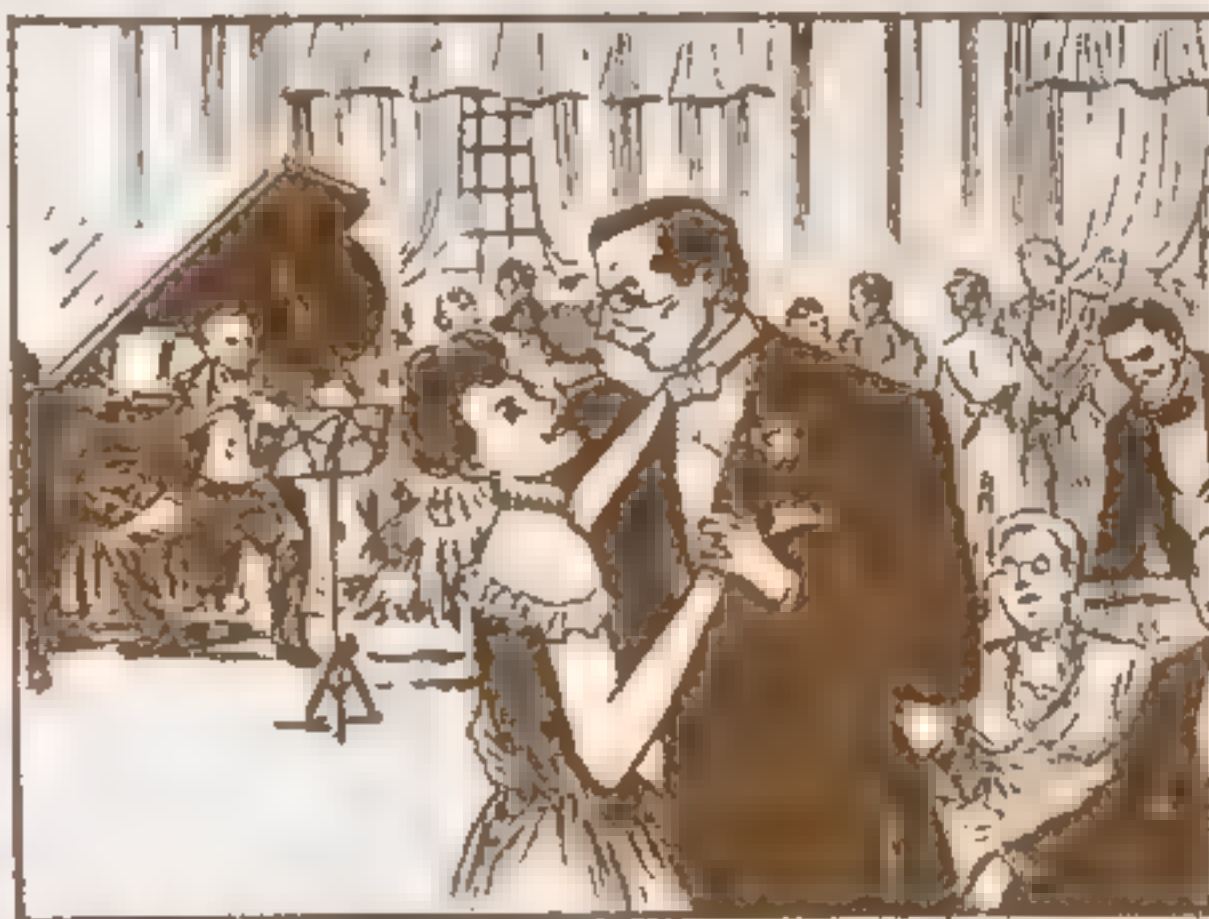
...encontrarte un marido más rico que tú. Abriré mis salones en seguida de instalarnos, y para la primavera puedes estar casada. En el próximo invierno presentaré a Zina.



—Sin duda. Las personas que yo invite este invierno, con algunas excepciones obligadas, no serán de las que puedan aspirar a la mano de mi hija.



El golpe era completo. Por un instante, Vasilisa tuvo tentaciones de arrojarse por aquella portezuela que le traía el aire helado del invierno...



El viaje duro cinco días, sin otras detenciones que las de las comidas y algunas horas de descanso durante las noches. El primer jueves de diciembre, la Condesa daba ya un baile en su salón de San Petersburgo. Pero no era lo que se llama un baile de gran rumbo: la orquesta reducida y otros detalles decían a las claras que la Condesa se reservaba para el año siguiente, cuando presentara a su hija.

Los jueves se sucedieron a los jueves, formando una cadena de diversiones. Las invitaciones de la Condesa fueron devueltas por las demás familias. Se invitó asimismo a las dos jóvenes a los grandes bailes dados por la flor de la nobleza; pero tales invitaciones fueron sistemáticamente rehusadas por la Condesa, que decía: — Yo todavía no llevo a mi hija a los salones; es demasiado que se la vea en mi casa.



A esto le objetaron que podía llevar a su sobrina.

No. Si voy yo, no puede ir Lisa. Pertenecemos a círculos diferentes.

¡Oh! ¡Ese rigor con una niña tan encantadora!...



—Lo hago por su bien —afirmaba la Condesa, altivamente.

Si había quienes censuraban esos conceptos de la aristocrática, había también quienes los apoyaban. Un día la señora Suftsof, su amiga de la infancia, acudió a verla con aire triunfal.

¡He encontrado un novio para tu sobrina!



¡Muy bien! Te lo agradezco. Me han propuesto ya dos o tres, pero no me han gustado... ¿Quién es ese caballero?



—Tchudesof. Ha estado dos años en el ejército, pero ahora pertenece al servicio civil; empleado del Senado, con tres mil rublos de sueldo, que puede aumentar. Ha cumplido recientemente treinta y seis años. Tiene principios religiosos y una conducta excelente: no juega, no bebe, no se le conocen malas relaciones... Si me permites, te lo traeré cuando te sea cómodo hablar con él.



La entrevista quedó fijada para el viernes a la noche, en que la Condesa se hallaría sola con los suyos. Puntualmente, la señora Suftsof se presentó con su recomendado, y pasó a una habitación donde se encerraron con la dueña de casa. El pequeño Demetrio, que observó aquellos movimientos, se apresuró...

...a tomar lápiz y papel y, poniendo en juego su habilidad y su malicia, igualmente precoces, trazó una rápida caricatura de Tchudesof, que exhibió exclamando: — ¡El futuro marido de mi prima Vasilisa!



Los circustantes reaccionaron diversamente por la broma del Condesito: su preceptor se irritó por el desafuero; miss Junior opinó que aquella criatura era incorregible; la señorita Bochet rió de buena gana; Zina preguntó, alarmada, si el visitante de su madre era tan feo; Vasilisa guardó un silencio pleno de tristeza.



Y hubo otro personaje, cuyo gesto nadie habría podido interpretar ciertamente: la señorita Justina Adamuna. Esta, una de las protegidas de la Condesa, tenía una función especial, de jerarquía, en la caridad organizada que costeaba la linajuda señora: dirigía un refugio de ancianas, establecido en el destartalado pabellón que se erigía en los fondos del palacio Kumiassine.



UNA SONRISA.



- A ver... ¡Hum! ¿Dónde puede estar el error con respecto a esos cientos de miles de pesos que faltan?



- Mamá, ¿tú me has traído desde París?

Concluida la conferencia, la Condesa salió con su amiga y el aspirante e hizo presentaciones: su hija, su sobrina, las preceptoras —a Demetrio lo habían llevado a la cama— y la señorita Justina.



Tengo ya el gusto de conocer al señor. Era vecino de la casa de campo de mi madre.

La Condesa celebró aquella coincidencia. La habría celebrado menos, de haber sabido que Tchudesof estaba allí precisamente por instigación de Justina. Se habían encontrado días atrás, por circunstancias fortuitas, y Justina había descubierto a Tchudesof, que era ambicioso, la oportunidad de un casamiento que lo elevaría. Ella misma le sugirió el padrinazgo de la señora Suftsof, que no le había costado conseguir. En esta maquinación iba implícito que...



...Justina sería bien gratificada si se llegaba a la boda. Ajena a todo esto, la Condesa...

¡Cuánto me alegro de que se conozcan! Espero que volváis por aquí, caballero.



Tendré mucho gusto en reiterar mis homenajes a Vuestra Excelencia.



Tchudesof se retiró. Las señoras se quedaron comentando. A la Condesa, el pretendiente de su sobrina le había impresionado bien. Además, era una suerte que tuviese cerca a una persona de confianza —Justina— a quien pudiera pedirle mayores referencias. A Zenaida no le había parecido mal... —Sí, pero tosco—apuntó Vasilisa, al quedarse a solas con su prima.

Luego, mientras la Condesa obtenía de Justina inmejorables informes "reservados" acerca de Tchudesof, las dos primas prolongaban sus confidencias. En suma, Tchudesof no le había gustado a Vasilisa. Le daban miedo su voz melosa y sus exagerados saludos. ¿Y si la Condesa se lo imponía como marido?



¡No me casaría!

¡Muy bien!
¡Eres muy valiente!

Cinco días después, Tchudesof realizó una segunda visita. La Condesa hizo de modo que aquél hablara con Vasilisa, e incluso los dejó solos unos minutos. La niña se expresó casi exclusivamente por monosílabos; pero cuando él le preguntó si tendría la dicha de ser incluido entre los seres simpáticos, Lisa respondió:

Las personas simpáticas son delicadas y discretas... Yo no tengo todavía el honor de conocerlos.

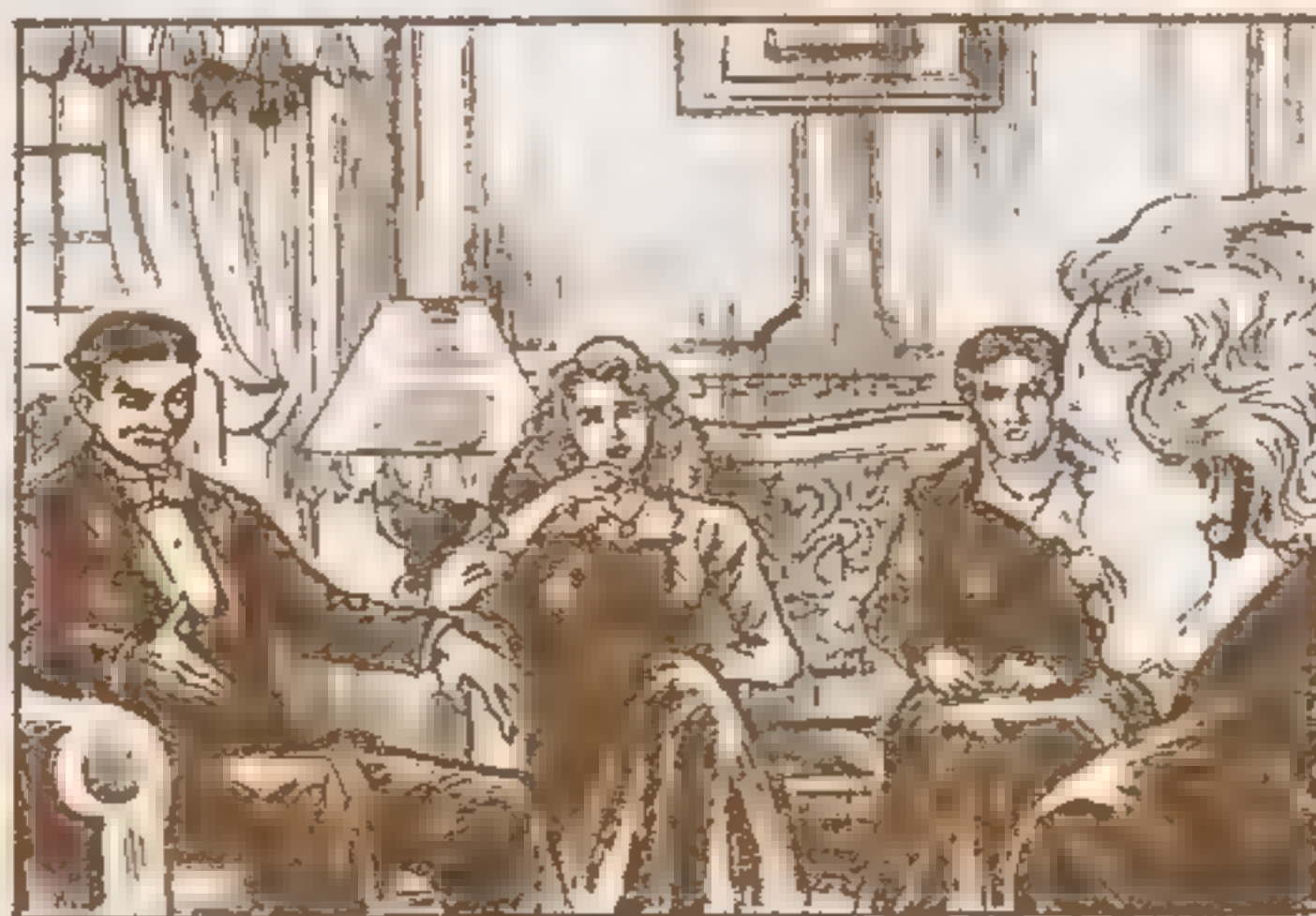


Otra visita, realizada en la semana siguiente, reveló más retrocesos que avances en la conquista emprendida por Tchudesof. Mientras éste hablaba, con untuosa cortesía, Vasilisa lo equiparaba mentalmente a un lacayo calculador, y pensaba con nostalgia en el Príncipe, que la amaba por ella misma y a pesar de la disparidad de fortunas.



Disgustada, la Condesa tentó una substitución de influencias, y, dando por terminados los servicios de la señorita Bochet, dispuso que Justina se encargara en lo sucesivo de acompañar a Vasilisa en las salidas que ésta debiera efectuar.

Vasilisa y Zenaida se despidieron llorando de la suiza, a quien querían entrañablemente, y anotaron las señas de la casa en que el aya iba a vivir.



Pasaron algunas semanas. La señora Gorof, madre de Vasilisa y prima de la Condesa Kumiasine, que vivía lejos y pobremente, fué llamada para que colaborara en la empresa matrimonial. No podía hacer otra cosa, pues había renunciado a su hija casi en seguida de alumbrarla. Sin embargo, cuando Tchudesof, en una reunión que congregaba a las interesadas, se dirigió a la señora Gorof cumpliendo la fórmula de pedirle la mano de su hija, la señora Gorof...

...tuvo el tino de contestarle: — Caballero, el corazón de una madre no puede poner obstáculos a la felicidad de su hija... Si mi hija se decide por vos, yo ratificaré su elección con toda mi alma.



Tchudesof se volvió entonces hacia Vasilisa, y luego de hacer notar que contaba con la benevolencia de la señora Condesa, añadió: —Señorita: poseo unos cinco mil rublos de renta anual, y estoy privado de las dulzuras de la familia, pues he perdido a todos los que me eran queridos. Me permito pedirles que seáis la compañera de mi vida. Seré dichoso si puedo dedicar el resto de mis días a merecer vuestro cariño, probándoos el que me han inspirado vuestros encantos y méritos.



Medió un silencio que pareció interminable. Vasilisa estaba muy pálida, y la Condesa, trémula de impaciencia.



Responde, Vasilisa.

Os agradezco, caballero, el honor que queréis hacerme... Pero yo no lo acepto.

La Condesa, creyendo soñar, pidió a Vasilisa que repitiera sus palabras, y como la joven lo hizo, con mayor entereza...



—¿Cuál es la razón de tu negativa?

Muchas veces me has dicho, tía, que se debe amar y respetar al marido. Yo no amo a este señor.



El amor vendrá después, niña.

Tal vez otro más feliz...

No, señor. Pero, si contrajéramos enlace, yo debería jurar no amar sino a vos, y podría encontrar después al hombre a quien deba amar.



Vasilisa hablaba con creciente energía. Tchudesof, corrido, se apresuró a marcharse, pero llevó la autorización de la Condesa para seguir frecuentando la casa. La señora Gorof quiso intervenir a favor de su hija, y su despótica prima la obligó a callarse. Por fin, Vasilisa corrió a sus habitaciones y, llorando, refirió a Zenaida lo que acababa de ocurrir.



Al día siguiente, la Condesa comunicó a su sobrina que había dispuesto hacerla dormir en una habitación separada de la de Zenaida, pues temía el contagio de las malas ideas.



AHORA RÍASE



- Dele estas píldoras cada cuarto de hora durante dos días, y verá cómo duerme.

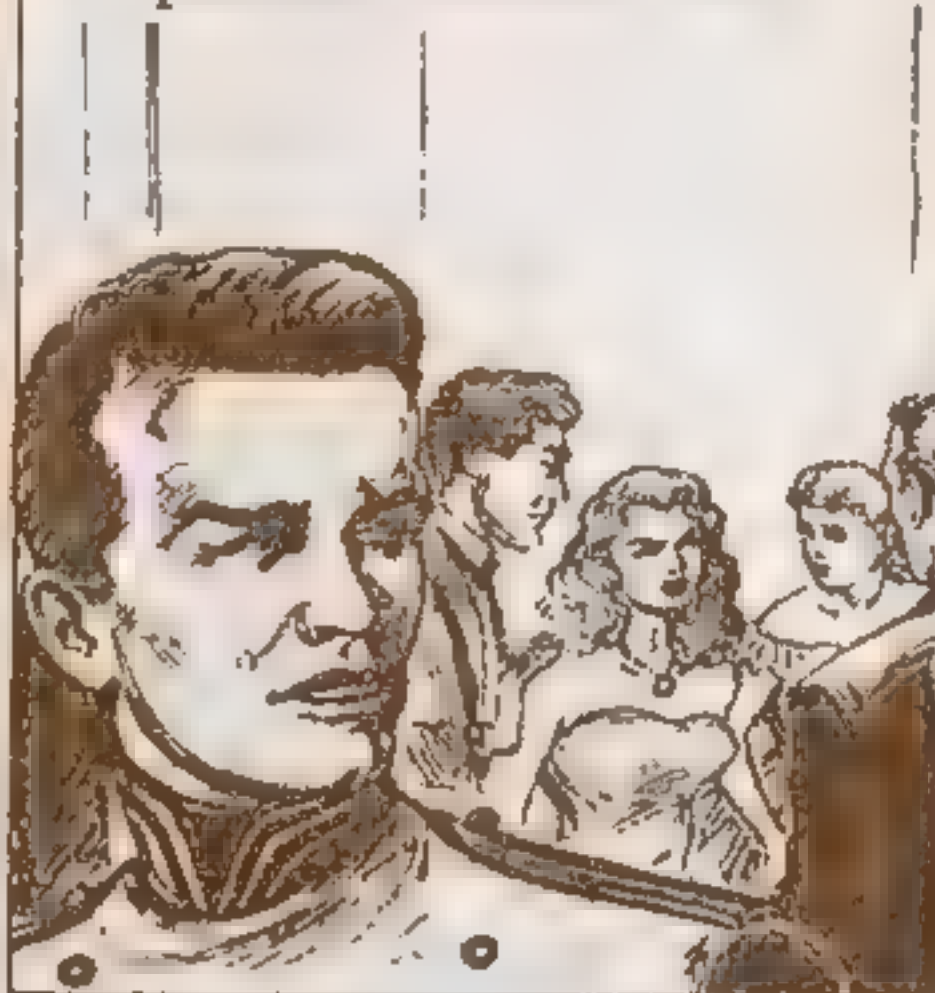
Por lo demás, los preparativos para la boda seguirían adelante, como si Vasilisa estuviera conforme. En efecto, hubo una reunión social en el palacio Kumiasine. Vasilisa debió aceptar los regalos del novio y el brazo que éste le ofreció para iniciar el baile. Pero supo aprovechar esta circunstancia.

Caballero, no os amo. Si sois un hombre honrado, renunciad a planes que harán vuestra desgracia y la mía.



Tchudesof sonrió, como negando importancia a esas palabras. Entonces Lisa lo miró en una forma que él se sintió abofeteado.

Ninguno de los invitados, a quienes la Condesa anunció el compromiso de su sobrina, se llamó a engaño sobre los verdaderos sentimientos de la joven. Esta había prometido "no dar un escándalo", y no lo dio. Pero había en el baile jóvenes, de ambos sexos, que la conocían y la estimaban desde hacía muchos años, y a ellos les confesó que no quería al novio que su tía le elegía, y que no pensaba casarse con él.



La fecha de la boda quedó fijada para tres semanas más tarde. Esto, en lugar de desesperar a Vasilisa, pareció infundirle una extraña serenidad. Dos hechos influyeron para ello. Uno, que su madre, al abrazarla después de la fiesta del compromiso, habíale dicho al oído: "En la iglesia se puede decir que no." Y otro, que Zina le había repetido que confiara en su protección, próxima a dar frutos.



No había vana jactancia en la seguridad de la animosa Condesita. Como que había escrito a escondidas un billete que decía así: "Se quiere casar a Vasilisa Gorof contra su voluntad. Ella morirá antes de consentir. El novio es un miserable llamado Tchudesof. Venid a salvar a la desdichada. ¡En seguida!" Con la complicidad de gente de la servidumbre, Zenaida hizo echar en un buzón esas líneas sin firma, que...



...llevaban este sobrescrito. "A Su Excelencia el Príncipe Churof, en Churovo, gobierno de N..." El mismo día que recibió el mensaje, su destinatario, que no tenía los prejuicios antidemocráticos de la Condesa contra los ferrocarriles, tomó el tren para San Petersburgo.



La Condesa recibió con estupor la visita del Príncipe, quien, desde luego, explicó su viaje por motivos particulares. Ella no pudo ocultarle el próximo enlace de Vasilisa, ni se atrevió a decirle que fuera por amor. Con eso, Churof sabía lo necesario para proceder; y si algún estímulo requería, lo tuvo cuando Zina, encontrándolo en el vestíbulo, le dijo mirándolo intensamente: — Muchas gracias por haber venido. Sólo vos podéis salvarla.

Churof realizó algunas rápidas averiguaciones, y, seguro de los sentimientos de Lisa, buscó a Tchudesof en el club donde comía, y se cruzó en su camino.

—He viajado muchas leguas para deciros que sólo un ente despreciable como vos puede intentar casarse con quien lo aborrece.



¡Os pediré cuenta de esas palabras!



Muchos socios del club, atraídos por las voces, habían presenciado la provocación. El duelo, inevitable, se produjo...



... a la mañana siguiente. Los adversarios cambiaron sendos disparos de pistola, y los dos resultaron heridos: el Príncipe, superficialmente, en el codo; Tchudesof, en el hombro, no de gravedad, pero sí en forma que lo llenó de miedo. Cuando volvió en sí, Churof fue hacia él y le dijo: — Señor, me alegro de no haber hecho nada irreparable. La próxima vez...

...podrá no ser así, tanto más cuanto que tiráis perfectamente. ¿Será indispensable un nuevo lance?

Príncipe, he querido demostraros que no soy cobarde y que nada se obtendrá de mí por amenazas. Antes de venir aquí he dejado en mi escritorio...

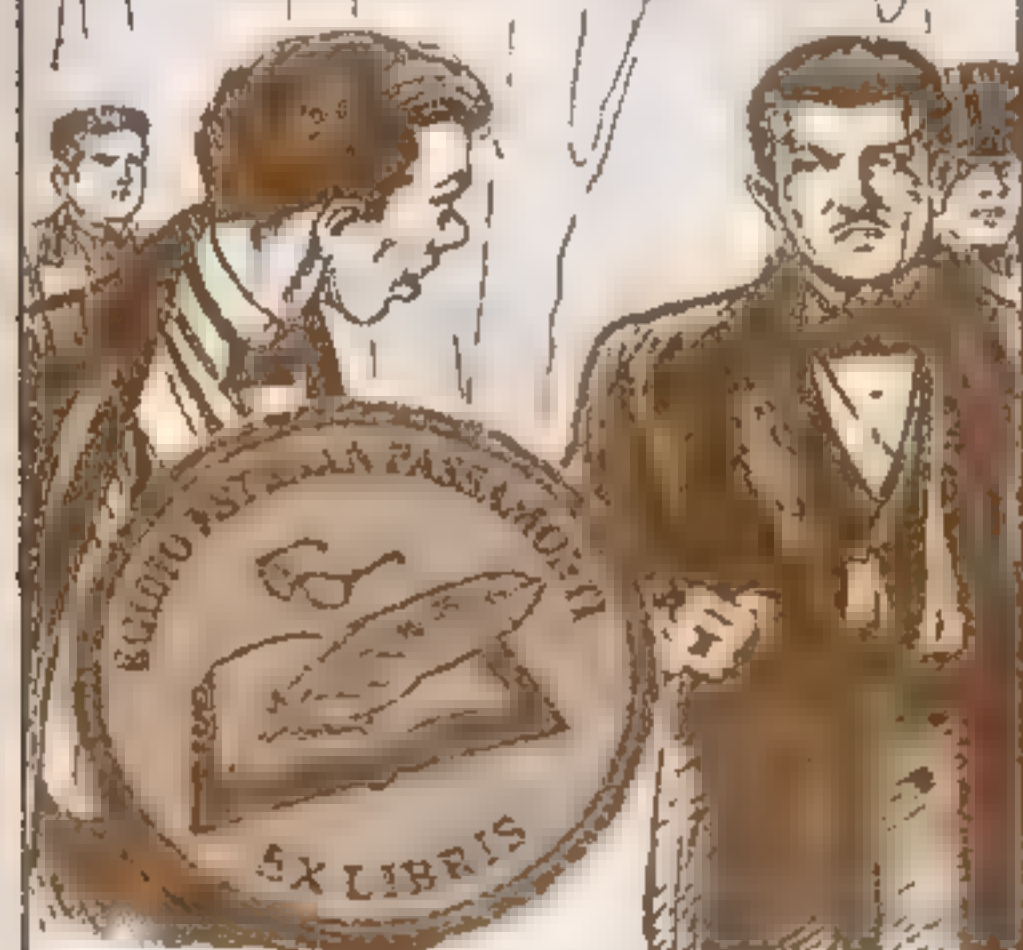


...una carta en que comunico a la señora Condesa que renuncio a la mano de su sobrina, puesto que la niña no me ama.

Os felicito por resolución tan acertada.

La carta por la que Tchudesof renunciaba a la joven que le había demostrado "inequívoca aversión", sorprendió a la Condesa, pero aún le produjo más cólera que estupor.

Le contestó en términos hirientes, y en seguida hizo llamar a su sobrina, y, en...



Se saludaron todos, y se separaron los duelistas, acompañados de sus respectivos padrinos.



...presencia de Zenaida, le ordenó devolver los objetos de Tchudesof. La joven, comprendiendo lo que eso importaba, cayó de rodillas. Su gratitud conmovió a la aristócrata.

¿Tan desgraciada te hacía ese casamiento, mi pobre Vasilisa?



¡Ay, tía! ¡Me hubiera muerto!

RINCÓN ALEGRE



- Tú me has dicho que lo despertara, mamá, pero no me dijiste cómo.



-¿Te vas en verdad a la casa de tu madre o solamente lo dices para alegrarme?

El Príncipe dejó pasar tres días, y al cabo se presentó en el palacio Kumiasine. En ese interin, la Condesa se había enterado del duelo, pero no de sus motivos. Al saberlos, de labios del protagonista, comentó secamente: — ¿Así que le habéis roto un brazo a ese infeliz por hacernos un favor? ¿Por evitar un casamiento que yo había urdido con torpeza y ceguera? ¡Muchas gracias, Príncipe! Este verano nos veremos en Kumiasine.



Churof se sintió así puesto en la puerta de la calle por aquella mujer cuya terquedad y orgullo había ofendido impensadamente. Salía desolado, cuando oyó que lo llamaban. Era Zina, a cuyo lado estaba Vasilisa. El Príncipe se turbó tanto, que estuvo a punto de caer. — Os damos las gracias — dijo atropelladamente Zenaida —, y si esta ingrata...



...no os agradece tanto como debe, yo tomo por mío su agradecimiento.



Enternecido, Churof balbuceó una frase y se alejó, mientras Zina reprochaba a su prima: — ¿Por qué no le has dicho algo, tonta? ¡Se ha batido por ti, y dejas que yo le dé las gracias!



Sin mayores novedades, llegó el Sábado Santo. La Condesa, con sus hijos y su sobrina, concurre a los oficios religiosos desde las veintitrés hasta la mañana, en que el sacerdote anunció tres veces: "¡Cristo ha resucitado!"



En toda la iglesia, cada uno de los asistentes cambió besos de paz con el vecino que le había tocado en suerte. Cumplido el rito, Vasilisa tendió una ojeada por el templo y de repente se desconcertó. Acababa de recibir un saludo muy respetuoso de Alejo Maritsky. Evidentemente, el joven esperaba desde mucho antes la mirada de Vasilisa. Esta se sumergió en profundas meditaciones, en las cuales...



...no tenía gran parte la cristiana fiesta que se celebraba. Había conocido a Maritsky en el primer baile dado por la Condesa aquella temporada. Desde entonces lo encontró en su camino muchas veces; tantas, que era difícil atribuir todas a la casualidad. Después de la ruptura de su compromiso, Maritsky pareció acentuar su cortesía. Y esto, en aquel oficial de veintitrés años, que...



...perteneía a la más esclarecida nobleza, era más que suficiente para que Vasilisa apreciara su actitud. Además, Maritsky era tan buen mozo y tan culto...



Por aquellos días, regresó de Crimea el Conde Kumiasine. Fue como una señal para que su esposa partiera hacia las grandes posesiones rurales que llevaban su nombre. Sin vivir enemistados, el Conde y la Condesa se encontraban espaciada y fugazmente, apenas el tiempo necesario para que él sonriera con escepticismo a la exposición de ideas, obras y proyectos de su mujer.

Casi en seguida de reinstalarse en Kumiasine, la Condesa recibió la visita del nuevo ispravnik del distrito, funcionario policial de categoría media, que acudía a ponerse a las órdenes de la dama. El ispravnik no tenía aún cuarenta años; era soltero; halagó con correctas palabras a la Condesa y confesó que poseía alguna fortuna.



No fue menester más para que la Condesa se propusiera casarlo. Y aquella misma noche...

¿Puedo decirle a un hombre de bien que lo aceptará por marido?

¿Sin conocerlo, tia?



Veo que no tienes confianza en mí... En fin, se trata de un caballero a quien conoces, por lo menos de vista; el señor Kuznof, nuestro flamante ispravnik.

Supongo, tia, que eso es una broma.



Señorita, no tengo costumbre de dar bromas. Soy testaruda. En este momento, una de las dos cederá... y no he de ser yo.

¡Ni yo tampoco!

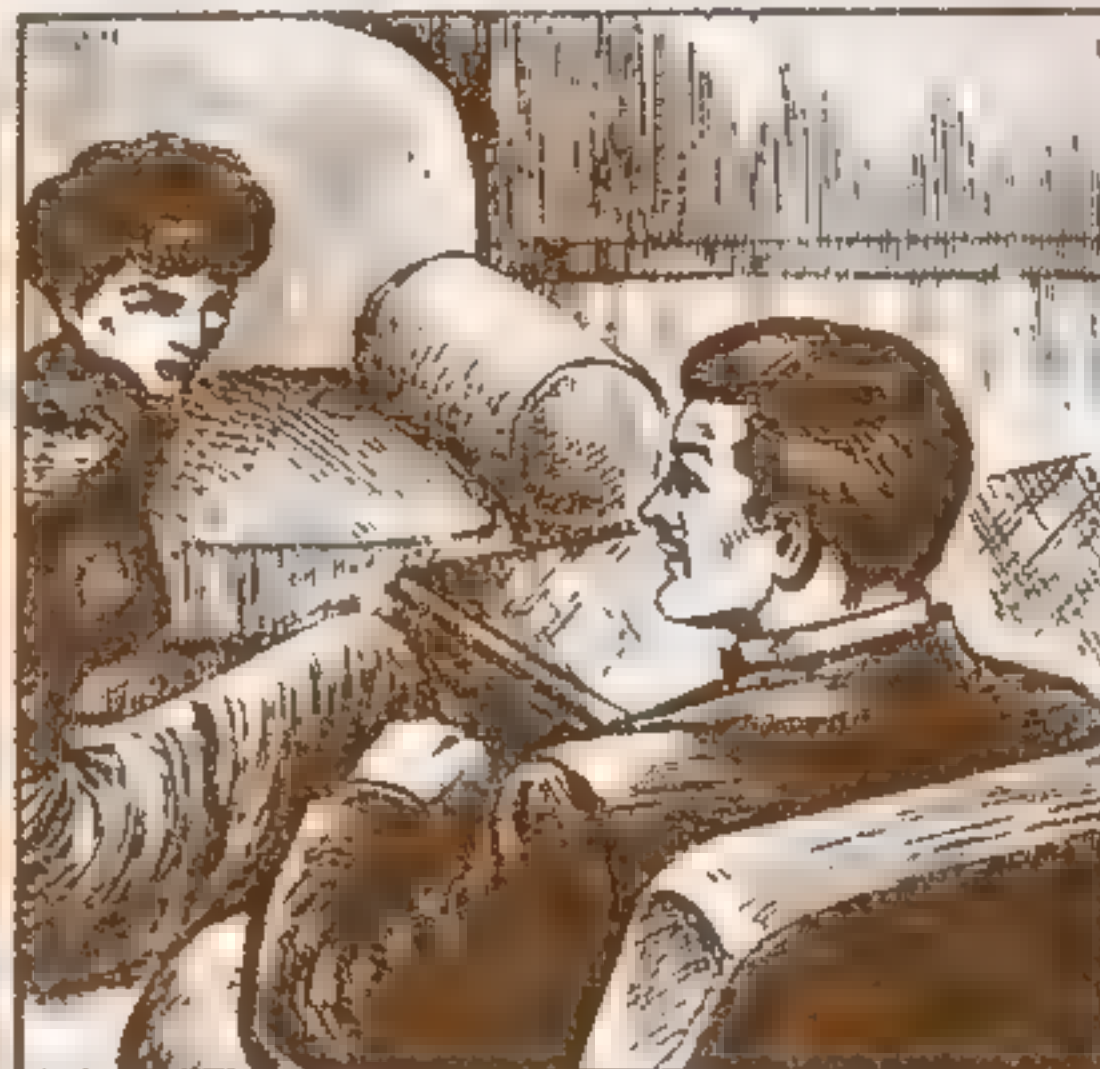
La lucha estaba nuevamente entablada. Pero ahora las fuerzas de Vasilisa se hallaban disminuidas, y la conmoción nerviosa la obligó a quedarse en cama. La Condesa, creyendo que se trataba de un ardid para enternecerla, condenó a su sobrina a una severa reclusión. Al cuarto día, la visita del Príncipe Churof aflojó la vigilancia, y Zenaida pudo llegar hasta el lecho de su prima. La vió tan desmejorada, que se asustó e inmediatamente le propuso al Príncipe—"al muy imbécil, que no es capaz de hacer las cosas por sí solo"—para que él precipitase la boda.



La respuesta de la enferma desconcertó a Zenaida.

Eso no podrá ser, Zina... Desde hace un tiempo, sé que no lo quiero bastante...

Hay otro... Esto complica las cosas...



El Príncipe había sido informado de que Vasilisa estaba "ligeramente indispuesta". La forma en que se conducía, irresoluto y tímido como de costumbre, hizo pensar a la Condesa que él no insistía en casarse con Vasilisa, e instantáneamente vió en el aristócrata un posible marido de Zenaida. Favoreció, pues, el trato de los dos jóvenes, y aquella misma tarde Zenaida pudo informar a Churof de la situación real de Vasilisa.

Inducido por la animosa muchacha, el Príncipe admitió que Vasilisa debía ser arrancada de las garras de la Condesa. Se imponía un rapto. —Pero os prevengo que Vasilisa no se casará con vos —añadió francamente la Condesita. El propio Príncipe se sorprendió de la serenidad con que acogía la revelación de los sentimientos de Vasilisa. Había creído estar enamorado de ella; ahora descubría que tras ese engaño sentimental se hallaba su simpatía...



... por la pobreza de la bella niña y el anhelo de colmar su existencia de solterón, dándole una finalidad levantada y útil. Por esto último, aceptó también con regocijo la colaboración que, de todos modos, le solicitaba Zenaida. No se fugaría con Vasilisa, pero facilitaría la huida. Horas más tarde, la señora G o r o f, avisada por Churof de lo que ocurría, se trasladaba a la ciudad más próxima a Kumiasine.



VAMOS A REIR



- ¡Qué mala suerte! ¡Tener como vecino a un niño prodigio!

Cuando esto se produjo, Zenaida y Churof completaron detalles. So pretexto de ejecutar juntos unos ejercicios de piano a cuatro manos, combinaron día y hora —el lunes inmediato, a las veintiuna— en que el carruaje de Churof, guiado por su cochero de confianza y conduciendo a la señora Gorof, iría a situarse en las proximidades de Kumiasine. Desde lejos...



...la Condesa sonreía complacida, sin imaginar, ni remotamente, que las armonías arrancadas al instrumento cubrían las voces de la conspiración.



Sólo un punto quedó oculto a la curiosidad del Príncipe: el medio de que se valdría Zenaida para sacar a Vasilisa de la habitación en que estaba vigilada por la Condesa y las servidoras más obsecuentes de ésta.

Tampoco Vasilisa lo sabía. Mensajes hábilmente llevados por Demetrio la tenían al tanto de todo lo demás. Y el lunes, a las veintiuna, cuando el incendio de unos viejos galpones, a cien metros de los aposentos, alarmó y atrajo a todos, la hermosa incendiaria y su pequeño cómplice sacaron a la enferma de su lecho y la entregaron a su madre, que aguardaba en el carruaje.



Sofocado el fuego, la Condesa volvió a sus habitaciones. Tuvo un pensamiento generoso: que Vasilisa estaría asustada. Mandó a una de sus protegidas para que tranquilizara a la enferma, y supo, a poco, que Vasilisa había desaparecido. Se buscó con antorchas por los alrededores. Ante el resultado negativo, el mayordomo...



...observó que faltaba revisar el estanque. Espantada, la Condesa derramó lágrimas de anticipado arrepentimiento por aquel suicidio motivado por su severidad... Entonces Zenaida, al retirarse el mayordomo, rompió su silencio confesando la verdad. La primera reacción de la Condesa fué de extrema cólera. Pero estaba entre sus causas...



...la creencia de que Vasilisa había huido para casarse con Churof, y al afirmar Zenaida que esto no sucedería, la Condesa empezó a apaciguarse. Postergó su fallo, y al día siguiente, cuando Zina le dijo que había hecho escapar a Vasilisa para que ella, la Condesa, viviera más tranquila, libre de una preocupación que la alejaba de la práctica de la caridad..., la dama se emocionó y perdonó a su hija. En cuanto a "la ingrata", merecía un juicio riguroso.



"La ingrata", en tanto, viajaba a San Petersburgo, con aquella madre suya que quizá por vez primera representaba un papel de importancia en su vida. Se instalaron modestamente. Así que sus fuerzas se lo permitieron, Zina fue a ver al Conde Kumiasine, su tío y tutor. El Conde, sensible y generoso, se impresionó al notar tan delgada a su sobrina. Esta...

...le refirió su huida.

¿Y dices que también te ayudó Demetrio?

Nos fué muy útil, tío.



—¡El picaruelo! — exclamó el Conde con orgullo.



En seguida proveyó de dinero a Vasilisa, le recomendó que se fuese con su madre a un lugar de veraneo, para reponerse, y escribió inmediatamente a la señorita Bochet, cuyo domicilio le facilitó la joven, rogándole que retomase su lugar junto a Vasilisa. Una semana después, las tres mujeres formaban parte de la elegante colonia veraniega de Pavlovsk. Allí se encontraron con Maritsky, tan contento de verlas como turbada se sintió Vasilisa. Del primer encuentro, que pudo ser casual, derivaron otros, explícitamente concertados. En el tercero o cuarto, el oficial, que...



...había oído de labios de la niña sus peripicias sentimentales, le preguntó, dado que había rechazado a dos pretendientes, si era enemiga del matrimonio. —No; otras se han casado y son dichosas —repuso Vasilisa. Maritsky le tomó la mano al contestarle:

—Si quisierais confiarme vuestro destino, creo que seriais feliz, porque os amo.

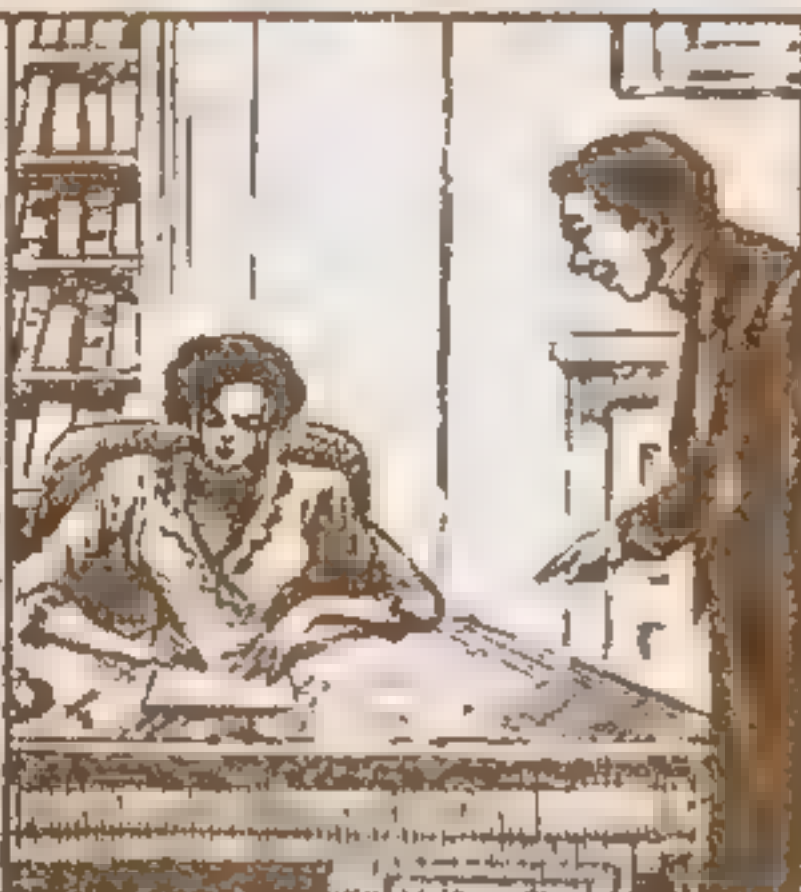


Soy pobre y he caído en desgracia con mi protectora. Se me censurará mucho. ¿Me estimaréis a pesar de todo?



Las dos miradas se fundieron en una caricia inefable. Acababa de sellarse el compromiso de dos almas. Poco después, Vasilisa se lo comunicó por escrito a la Condesa, y le pidió su bendición en términos muy dignos.

Pero había una persona resuelta a impedir esa unión. Justina Adamuna, informada de los hechos, habló con Tchudesof, y ambos urdieron cómo vengarse de la sincera muchacha que les había frustrado un buen negocio. El instrumento elegido fué un anónimo, dirigido a los ancianos padres de Maritsky, que vivían en sus posesiones rurales.



El libelo afirmaba que Vasilisa Gorof, novia de Alejo Maritsky, había tenido relaciones íntimas con el Príncipe Churof. Este había llegado, por ella, hasta sostener un duelo. Después la había sacado de Kumiasine, y la mantenía en San Petersburgo y en Pavlovsk hasta que encontrara marido. Los buenos viejos, alarmadísimos, enviaron esta carta a su hijo, a guisa de respuesta de la que él les había enviado pidiéndoles consentimiento para casarse.



Maritsky, en posesión del calumnioso papel, sintió una furiosa indignación contra el enemigo invisible. Ni por un instante prestó crédito a los infundios; por el contrario, servíale para medir mejor la profundidad de su amor por Vasilisa. Pero la falsedad no impedía el daño, porque Maritsky necesitaba permiso de su coronel para contraer enlace, y el coronel no lo daría si no mediaba el de los padres del novio.



En tales circunstancias, no podía apelarse al testimonio de Churof, pues era obvio que negaría lo que se le imputaba. La persona llamada a garantizar la honestidad de Vasilisa era la Condesa, cuyo prestigio bastaba para avalar la conducta de una persona criada en su casa. Mas he aquí que la Condesa no había contestado la misiva de su sobrina, ni respondió a la de Maritsky, que le daba cuenta de la situación y le rogaba intervenir.

La Condesa se proponía castigar a la rebelde protegida. Tal propósito empezó a vacilar cuando el Conde, cuya defensa solicitaron los novios, viajó expresamente a Kumiasine, y concluyó una áspera conferencia conyugal diciendo: —Yo también soy pariente y, además, tutor de Vasilisa. Puedes rehusar tu testimonio en favor de la pureza injuriada; pero yo puedo llevar a mi sobrina al altar y...

...dar una lección al que la mire de reojo. Y te advierto que no le faltarán ni mi consentimiento ni mi protección para que tenga la suerte que merece.



La Condesa no estaba acostumbrada a este tono. Quedó aturdida. Antes de ceder, quiso sondear los verdaderos sentimientos de Churof. Lo hizo llamar y le contó lo que se le atribuía.

Churof le pidió dos minutos para responderle. Fue en busca de Zina, y los dos cayeron de rodillas ante la Condesa. —Zina sabe tanto como yo.... Y ambos os pedimos vuestra bendición.

¡Ah!... ¡De todo corazón, hijos míos!



El Conde y la Condesa apadrinaron la boda de Vasilisa con Maritsky, acontecimiento que reunió a una brillante asamblea. Algunos días después, todos marcharon a Kumiasine, para asistir a un acto análogo, pero sencillo, por el cual quedaron unidos los destinos de Churof y Zenaida. Años más tarde, los hijos de ambas parejas se criaban juntos. En cuanto a Justina, consiguió un buen empleo y se casó con Tchudesof. Ambos hallaron en el matrimonio el castigo de sus culpas.



AQUÍ LA NOTICIA!

El Senado ha Convertido en Ley las Reformas al Régimen Impositivo Nacional

Fueron Reimplantados y Prorrogados Varios Gravámenes: Detalles
Sortearon la Duración de los Mandatos de los Legisladores

OTRAS MEDIDAS

El Congreso Nacional dio una madrugada su voto a ley de período extraordinario de sesiones que replanteará reformas al régimen impositivo nacional. El texto del decreto 1645, fue aprobado por la 118 por la 41 sesión de Senado, con el voto de 10 a 5, se aprobó por mayoría. El proyecto aprobado le da un año a la Cámara de Diputados para que presente a la Comisión de Hacienda y Fomento la ley de reformas al impuesto sobre el patrimonio y ganancias que tiene el Poder Legislativo, para que el Congreso pueda aprobarla. Se le otorga un año a la Cámara de Diputados para que presente a la Comisión de Hacienda y Fomento la ley de reformas al impuesto sobre el patrimonio y ganancias que tiene el Poder Legislativo, para que el Congreso pueda aprobarla. Se le otorga un año a la Cámara de Diputados para que presente a la Comisión de Hacienda y Fomento la ley de reformas al impuesto sobre el patrimonio y ganancias que tiene el Poder Legislativo, para que el Congreso pueda aprobarla.



- Desde que me acompaña mi hermanito, no me falla ningún contribuyente.



- He cambiado de idea, señorita, y decidí pagar reditos ahora mismo.



- Insiste en que quiere pasar; dice que viene de la Impositiva.



- Hasta ahora es lo más eficaz que he encontrado para cuando venga alguna inspectora de réditos.



- ¿Cómo se explica que la señora Violeta recaude más impuestos que todas ustedes juntas?



- ¡Acaba de llegar la inspectora de Impositiva! Aquí tiene su traje para impresionar, señor.

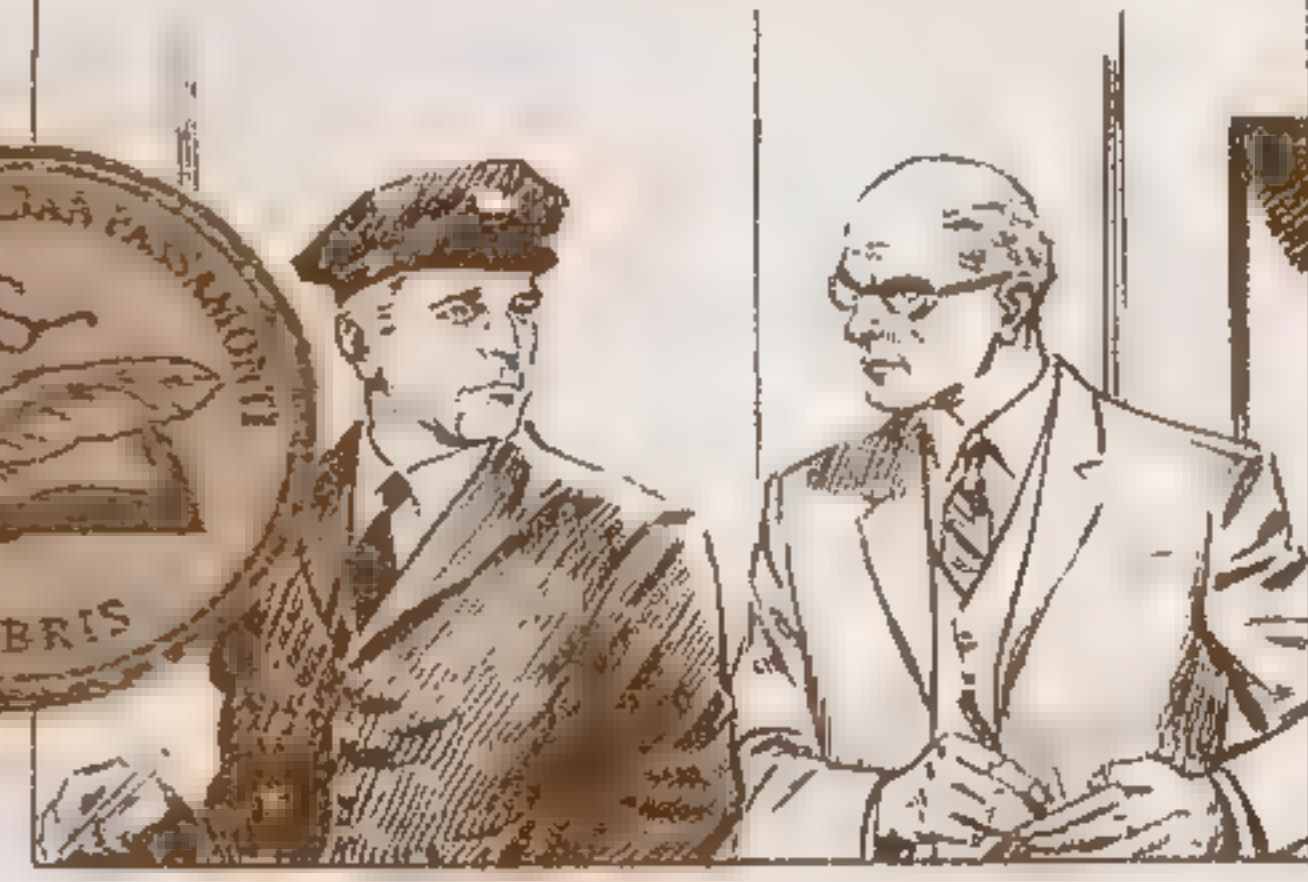
HOTEL INTERNACIONAL

Por **TERENCE RATTIGAN**

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE J. C. COTIGNOLA

El aeropuerto de Londres ostentaba un acopio de importantes pasajeros. Joslin, segundo jefe, se acercó a Sanders, encargado del protocolo. - ¿Me permite la lista de "V. I. P's", Sanders?



"V. I. P's", o sea "pasajeros muy importantes", estaba nutrida, como de costumbre...

La condesa de Brighton, un famoso productor de cine...



Y la señora Frances Andros, nada menos.

En el vuelo a New York de algunos minutos más tarde, figuraba la señora Frances Andros, bellísima mujer casada con el magnate naviero Paul Andros, uno de los hombres más poderosos del Reino Unido...



En las revistas londinenses siempre aparecía un retrato de Frances "la distinguida y dulce criatura de las pupilas violetas", como de ella decía -posiblemente con cierta ironía- el famoso "Mirror".



Ella viajaba a New York. Paul la despedía con cierto pesar...

Aunque lo dudes, cuando me despido de ti, estoy triste, Frances.



El jamás había sido un esposo comunicativo, cariñoso. ¡Y Frances creía hallarse tan lejos de Paul! Algo apartado de la pareja, un elegante individuo los observaba.

(¡El ridículo multimillonario Paul Andros...!)



Se llamaba Marc Chamselle y conocía a los Andros; asediaba a Frances. Sabía decir "cosas gratas", y ella lo escuchaba con algún halago.



Para Marc, Frances era "el objetivo de su vida". ¿Paul Andros? ¡Ni pensar en él! Lo subestimaba olímpicamente.

(¡Individuo autoritario, brutal! ¡Un cualquiera...!)



En ese momento, Paul puso en las manos de Frances un pequeño envoltorio. Ella lo abrió, y...

¡Se me pasó en tres días la fecha de tu cumpleaños, Frances...!



Era un muy valioso obsequio: platino, diamantes. ¡Así era él!

Bueno, amiga mía. ¡Nada de lágrimas, por favor! ¿Es que acaso es nuestra última despedida?



Frances había visto a Marc Chamse-
lle. Le dolía jugar de esa forma...

(¡No creí nunca llegar a una situa-
ción como ésta...!)



Las actividades del aeropuerto proseguían sin
interrupción. Aviones llegan y salen cada
cinco minutos.



Les Mangrum, de la Compañía de Trac-
tores Mangrum de Australia, charlaba
nerviosamente con miss Mood, su se-
cretaria.



Un grave problema trabajaba en el cere-
bro de Les... Su compañía sería devora-
da por la competencia.

Mientras tanto entregará este cheque... sin fondos.

¡Sin fondos...! ¡Es horrible, señor Man-
grum!



"En cuanto yo llegue a New York conseguiré el dinero que necesi-
tamos para cubrir esa cifra. ¡Todo se solucionará! ¡Saldré a flote!"



Paul fue hasta la cabina telefónica.
Tenía una cena muy importante una
hora después.

Voy para allí, Meelbank. En
treinta minutos.



Paul hubiera
deseado estar
junto a Frances,
pero "negocios
eran negocios",
y ya estaba acos-
tumbrado a esa
situación. Diri-
gió una última
mirada hacia
el lugar donde
estaba ella, y la
vio acompañada
de un hombre
alto, atlético.



Apretó los dientes para no pensar en cosas
desagradables, hundió las manos en los bol-
sillos del abrigo, y salió en dirección a su
automóvil.



"Recibirá dentro de algunos minutos la carta que
dejé para él", decía Frances a Marc. Y agregó
con seriedad: "Es el adiós".

¡Felicitaciones! Tomemos algo en tu ho-
nor, querida.



La joven actriz
que acababa de
"lanzar" con
discreto éxito.
No iban nada
bien los nego-
cios del señor
Wudar. Max ca-
minaba con lar-
gos pasos. A su
lado, la atractiva
Gloria. -¡Aún
hay tiempo para
tomar el avión,
Max! -¡Quisie-
ra estar volando
ya! ¡irme cuan-
to antes de aquí!

En el reloj del aeropuerto dieron las diez de la noche. Max Wudar,
un corpulento señor holandés -productor de películas en Europa-
abrió la puerta de su coche, y estiró la mano hacia Gloria Gritsi.



Necesitaba salir de suelo británico antes de la medianoche, "para evitar el pago de contundentes impuestos atrasados". Ese era el problema de muchos. Incluso el de esa anciana de aspecto saludable -Erta de Brighton- "que nunca había viajado en avión".

El aparato partirá a las diez y quince, ¿verdad, señor?

¡Quisiera estar volando ya, señora!



Sean Sanders, encargado de la máxima atención de los "V. I. P. s", surgió en la sala de espera. La voz le salió temblona: "Damas y caballeros, siento mucho tener que informarles que todos los aviones serán retrasados 'en una hora', debido a la espesa niebla que acaba de levantarse."

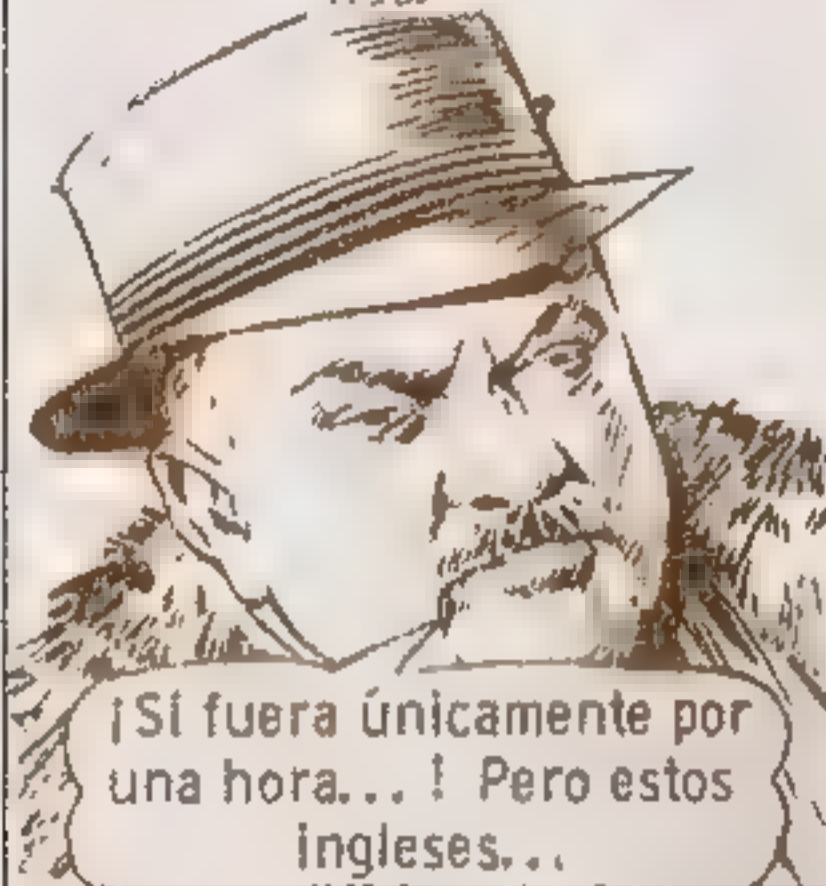


"¡Maldición!", gritó Max Wudar. Gloria Gritsi alzó un poco sus hombros y sacó cigarrillos.

Los sesenta minutos no pasaban nunca. Frances temía que Andros regresara al aeropuerto y "suciediera lo peor".

"Cartas... cartas...", murmuró la hermosa Frances.

(¡No sé cuál podría ser, exactamente, la reacción de Paul! ¿Me necesita a su lado? ¡No! ¡No me necesita!)



¡Si fuera únicamente por una hora...! Pero estos ingleses...

Podemos jugar un poco a las cartas, Frances. ¿Me acompañas?



No tenía derecho a pensar así de un hombre todavía joven, vital.

(¡Paul es tan indiferente! ¡Es inútil! ¡Ya no lo puedo soportar!)



(¡En cambio Marc...!)

¿Ocurre algo, Frances? Tienes una mirada algo triste.



Ella dejó que Marc venciera a un joven belga. Se dirigió al teléfono y marcó el número de Paul. Contestaron.

(¡Es él...! ¡Dios mío!)



Colgó. Le temblaba la mano, el cuerpo todo.

(Nuestro avión sale dentro de quince minutos. ¡Tal vez él haya llegado recién a casa...!)



¿Por qué se preocupaba tanto? ¿Acaso Paul "no era un indiferente"? Enviaría la carta al cesto de papeles.



(Y luego llamaría a algún amigo. Quizá Keelearing...)

Se estremeció, muy asustada. ¡Paul sabía tener armas en su poder!

(¡Y tiene una puntería extraordinaria...!)



Llegó a una conclusión que la confundió bastante: "Paul Andros no es un hombre insignificante". Una señora la atropelló, mientras se dirigía a la cabina de teléfonos. Todo el mundo empezaba a agitarse.

¿Es que no vamos a salir en hora? ¿Qué aeropuerto es éste?



El contador de Max Wudar estuvo algunos minutos con él, y le infundió bastante pesimismo: "¡Tiene que salir esta misma noche, Max, o...!"

¡De cualquier forma no te ahorcarán, Max. ¡Tú lo sabrás arreglar!



Les Mangrum pidió una comunicación con New York. Para él también "era de vida o muerte".

Le ruego lo más pronto posible, señorita.



Patsy Mood rogaba entre dientes "por la feliz solución de los problemas de su patrón!" Les era una excelente persona. Ella lo amaba; por supuesto, en el mayor silencio.



Frances habló al oído de Marc Chamselle. El se sintió incómodo, pues la suerte le era esquiva en su partida contra el belga.

La carta ya debe hallarse en manos de Paul. ¡Sería terrible!



Marc no dio importancia a las palabras de Frances. Solamente dijo: "Tengo la sensación de que no salimos esta noche". Frances clavó en él su aterrorizada mirada violeta.

¡En ese caso, Marc...!



"Permiso. Voy a comprar cigarrillos", exclamó Marc y se levantó. Antes de efectuar la compra, consultó discretamente a la recepcionista...

¿Hubo alguna llamada para Frances Andros?

Sí, señor...



Chamselle abrió un poco los ojos, sorprendido.

Un señor preguntó "si el avión a New York había salido finalmente". Luego cortó sin dejar su nombre.



En el semblante de Chamselle asomó el terror. Expresó entre dientes: "¡Ese bruto jugando al misterio!" Y fue a comprar cigarrillos...

(¡Si llega a aparecer, Frances "sabrás lo que tiene que decirle"!)



El avión no salió a las veintitrés quince; ni a las 23.30...

Las damas y caballeros que deseen cenar... ¡es una invitación que les formulamos gustosamente!



Frances pidió a Marc que la acompañara al comedor.

¡Querida Frances! ¡Este señor me está ganando cien libras!



La hermosa mujer ocupó una mesa pequeña en uno de los rincones del suntuoso comedor. Pidió un poco de jamón y vino blanco. Al llevar a los labios la copa de vino...

¡Otra vez juntos, Frances!





El continuó sonriendo, seguro de sí mismo, "como siempre".

Hoy no saldrá tu avión, criatura. Si aceptas el mío, volaremos de inmediato. ¡Al demonio; me tomaré vacaciones!



Les interrumpió la voz del altoparlante: "El avión a New York partirá dentro de diez minutos..." Frances se puso en pie.



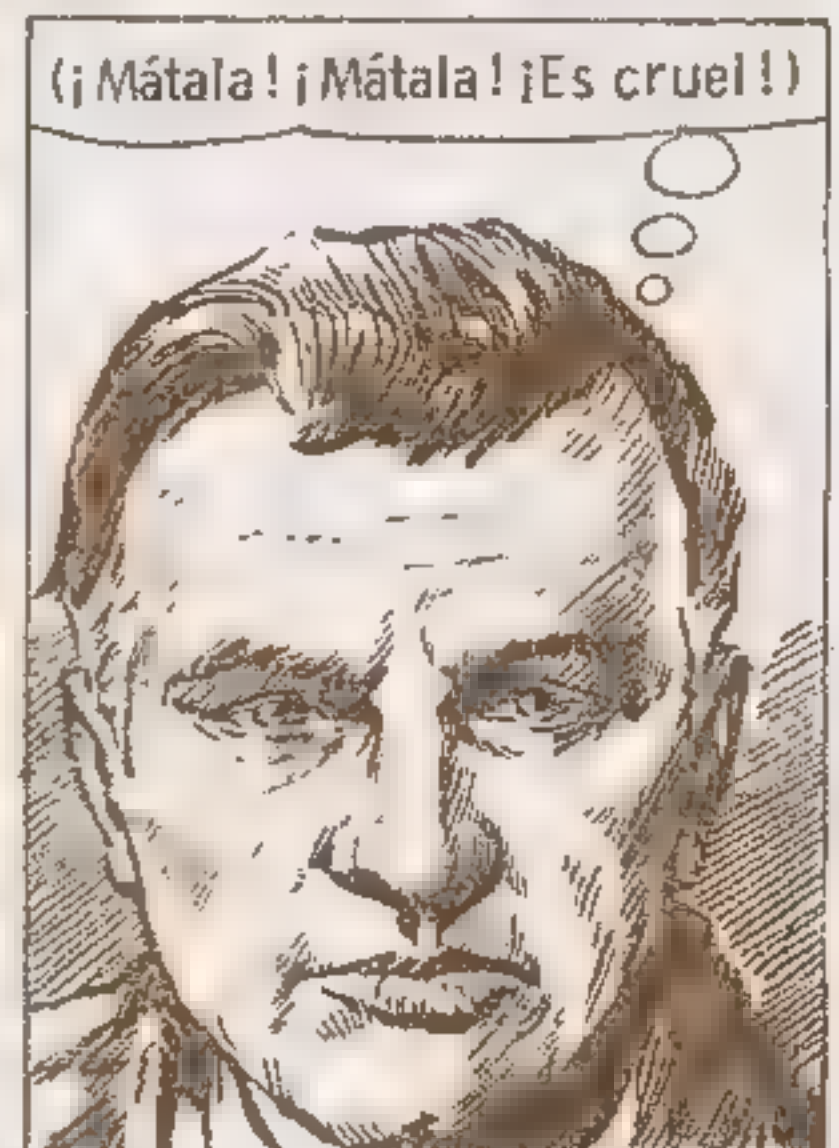
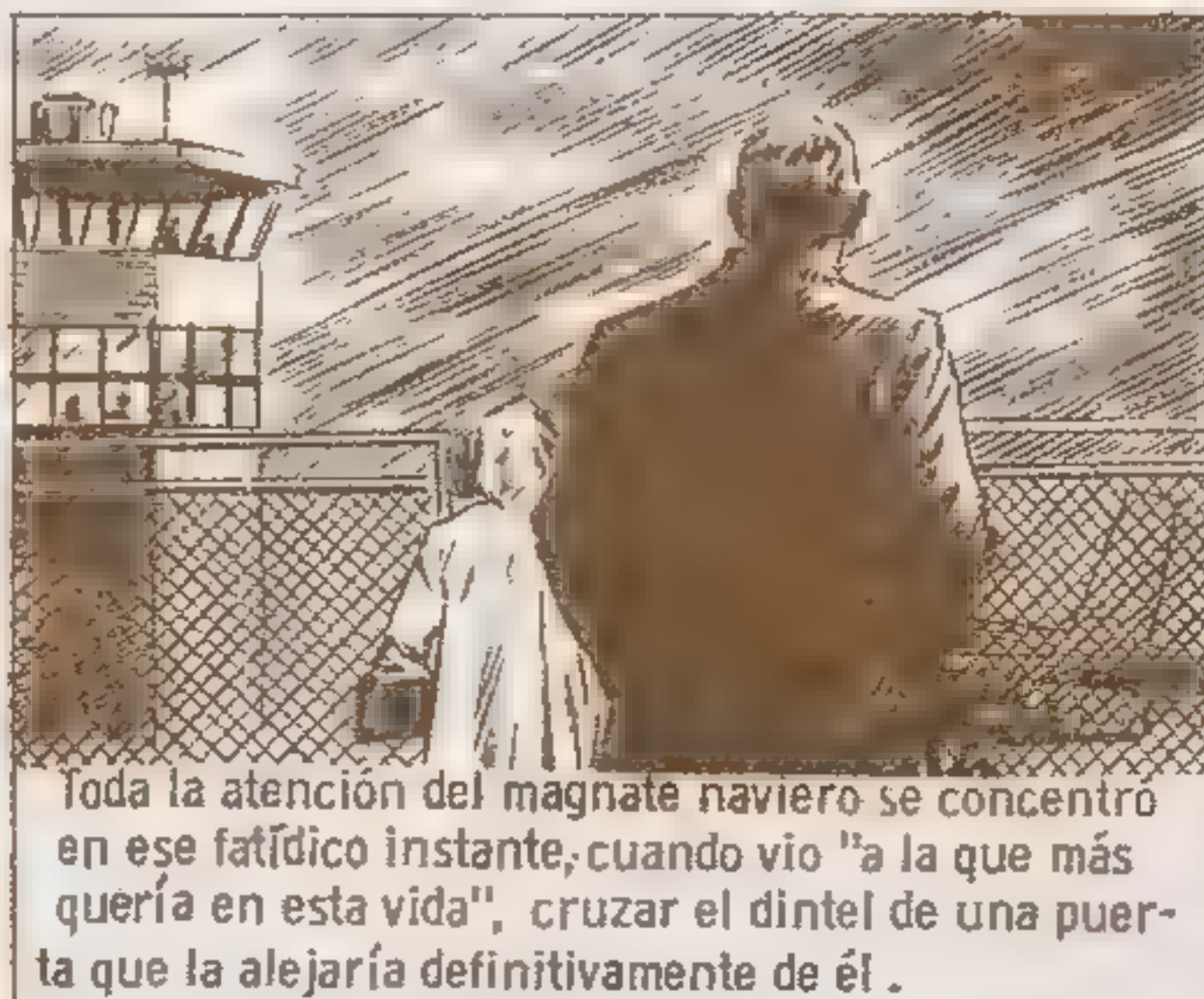
Ella lo miró, aunque con escasa serenidad y dijo: "Iré a New York, y sin tu compañía, Paul. El la tomó de un brazo..."

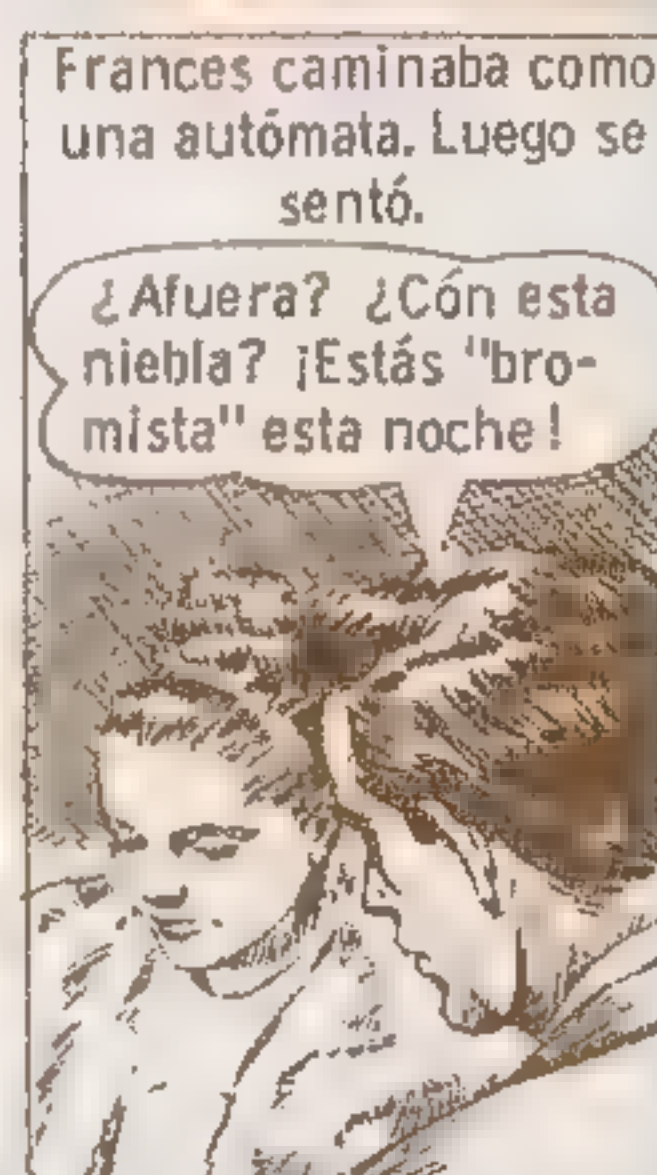
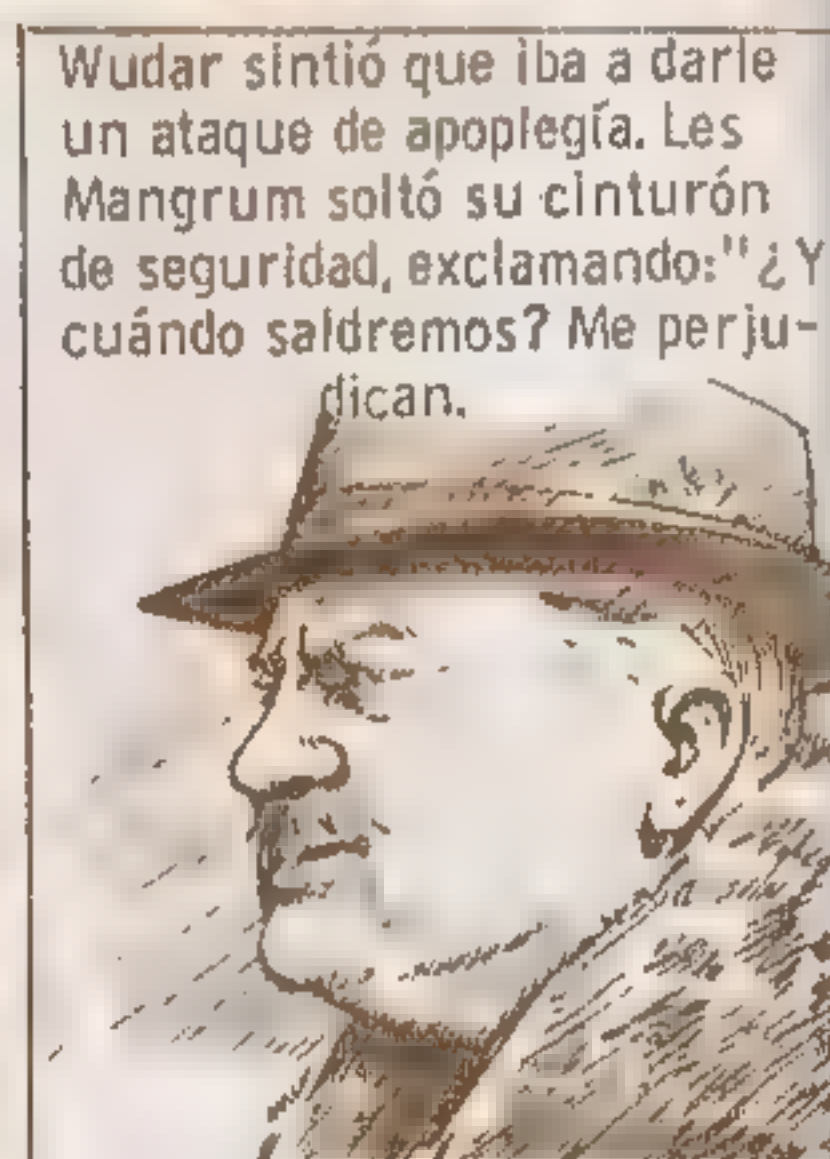
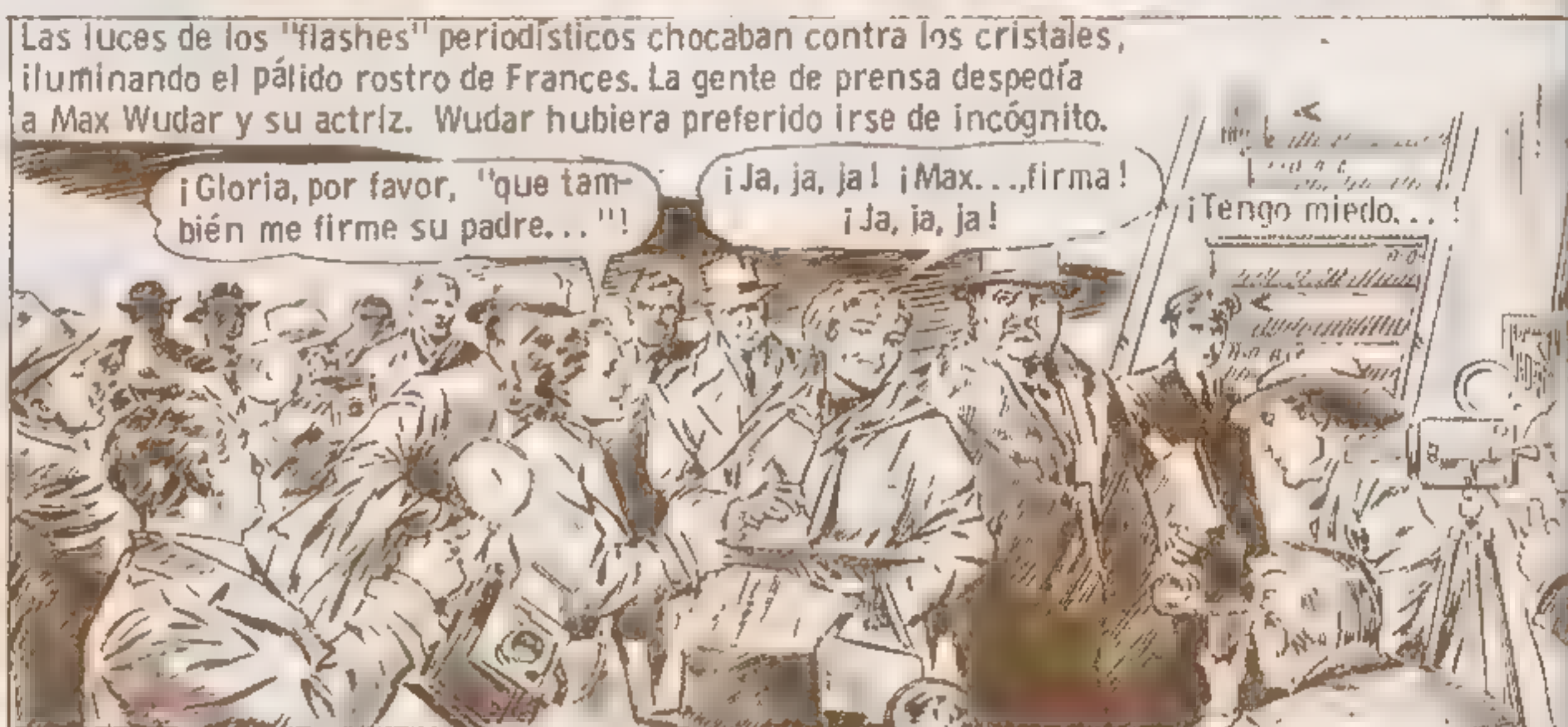
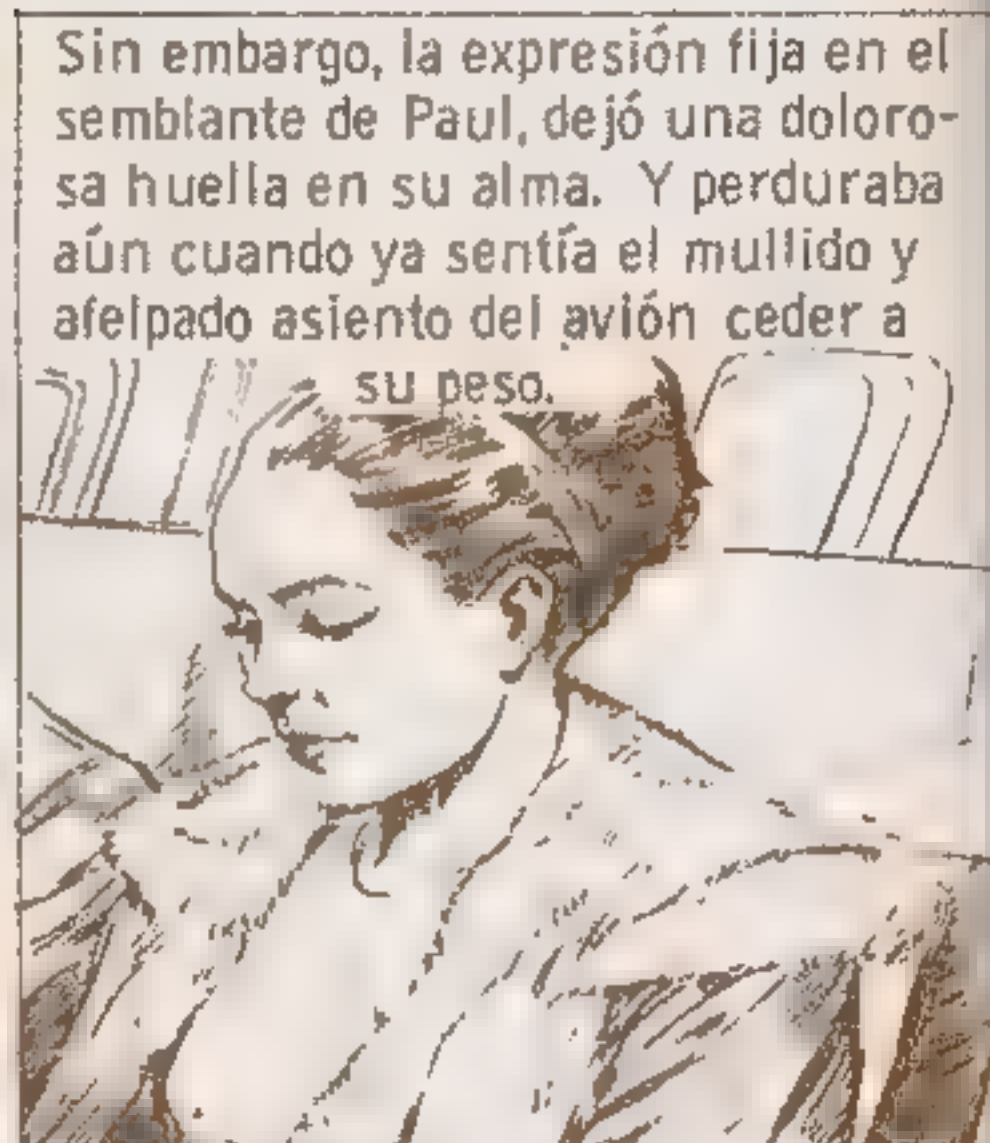
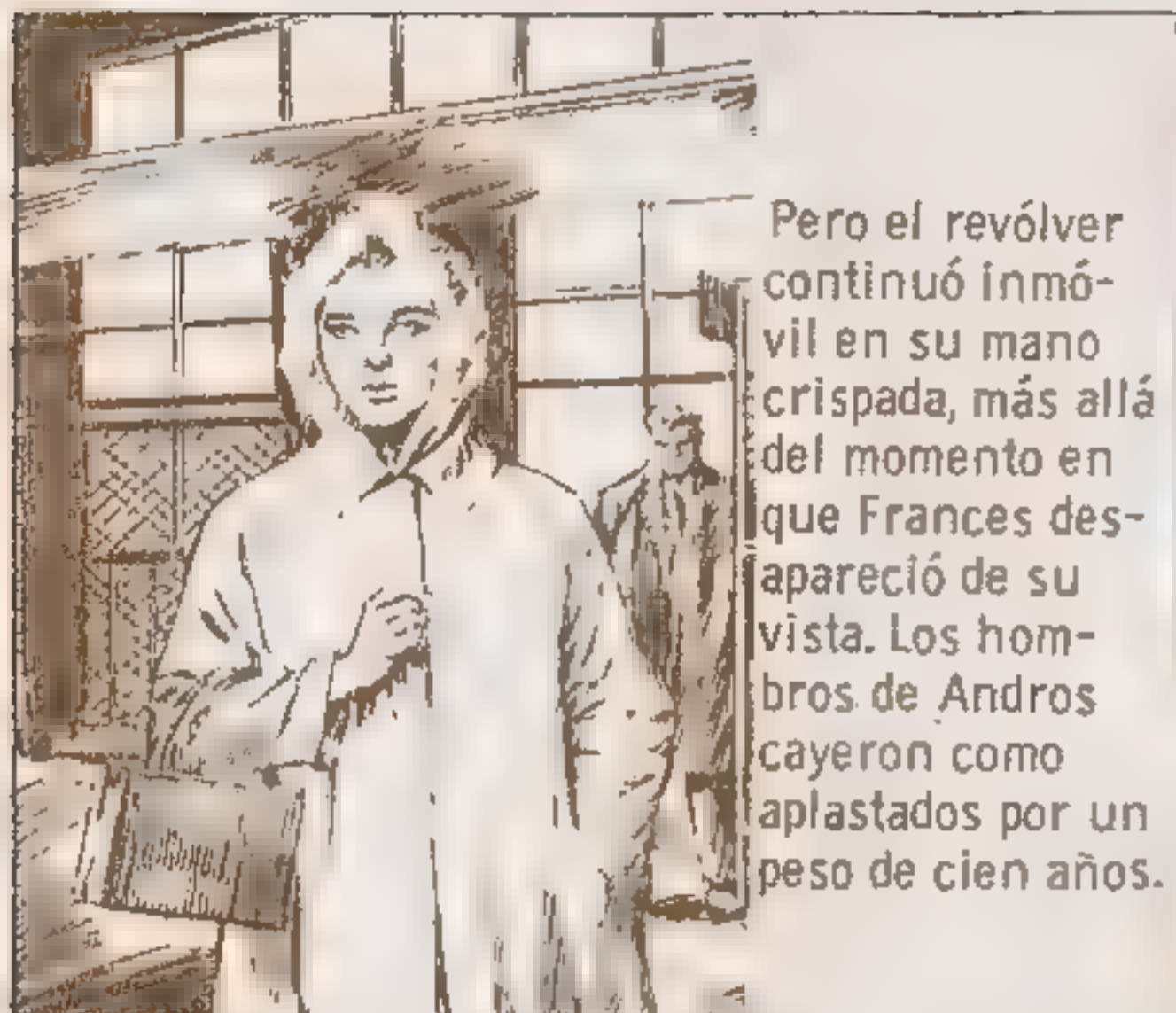


El tenía un revólver en el bolsillo del saco... Sin embargo, su voz se dulcificó.



Frances se detuvo. La mano de Paul estaba crispada dentro del bolsillo del abrigo. Por el altoparlante continuaban invitando a los pasajeros del avión a New York.





Repentinamente, Frances soltó una carcajada histérica.

¡Nada entenderá a Paul! ¿Cómo he podido ser tan tonta...? ¡Nos matará sin vacilar! ¿Por qué...



"... no salen esos aviones?", exclamó mirando con enorme angustia hacia los aparatos inmóviles. Marc intentó tomarle una mano, sin éxito.

¿Vamos al bar? Una copa te reconfortará, Frances. Vamos, vamos.



Ella se dejó caer en el banco.

Por favor, Marc.. tráeme ese copa. No podría dar un sólo paso.



De acuerdo; iré...

Por el altoparlante invitaban "a los pasajeros que quisieran ir al hotel del aeropuerto, a cuenta de la compañía". Les Mangrum evidentemente desesperado, gemía: "¡Me ha vencido una simple niebla!"

Aun no está perdido, señor Mangrum. Tenemos fe.

Si el viejo Fordman hubiera querido ayudarme...



Es extraño el señor Fordman. ¡Y decía: "¡Les Mangrum es uno de los hombres que más aprecio!"



un... hipócrita. Y ha dejado que yo me hunda.

Patsy Mood buscó una mesa en el bar, y pidió dos grandes copas de coñac. Su cordialidad, su dulzura, iban a luchar contra los monstruos que amenazaban matar al hombre que ella amaba.



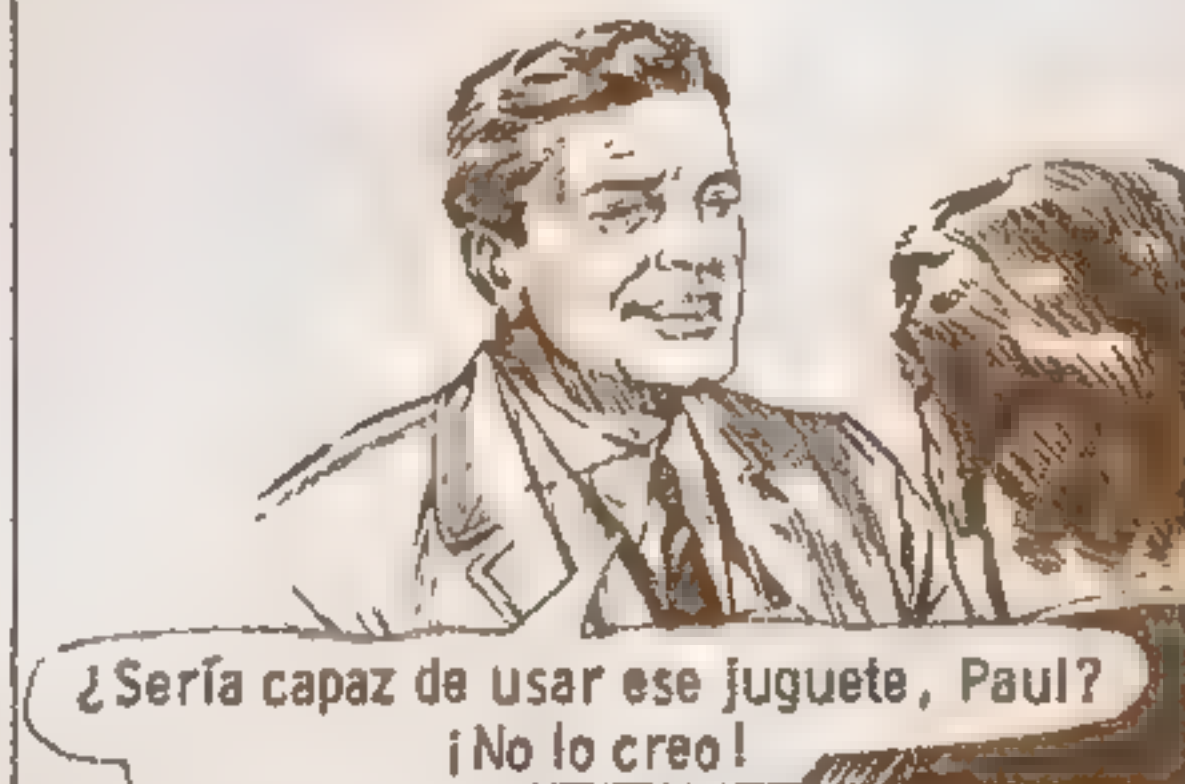
Media hora después, Frances Fay entraba al Hotel Internacional, del brazo de Marc Chamselle. Se despidieron. Marc sonreía al dirigirse hacia el ascensor. Pero de pronto su sonrisa se borró.

¿Usted, Paul?



Andros seguía teniendo la mano en el bolsillo del saco. El terror surgió a raudales en el semblante del galán. No obstante trató de aparecer sereno, y hasta se permitió bromear.

¿Sería capaz de usar ese juguete, Paul? ¡No lo creo!



Paul Andros mostró lo que distaba mucho de ser "un juguete".

Voy a darle un cheque para que se haga humo. ¡Prefiero eso, a meterle varios plomos en el cuerpo!

¡Habla como Al Capone, señor Andros! ¡Y yo no me vendo!



"Un cheque por la cantidad que quiera," para que se vaya, y no precisamente a New York", ¿me entiende Chamselle? Diez mil libras. ¡Es una cifra superior a lo que usted vale, Marc Chamselle!", dijo el naviero. Pero Marc le contestó: "No lo acepto. Quiero a Frances."

Puedo decirlo, Paul Andros, que no todo se arregla con cheques...



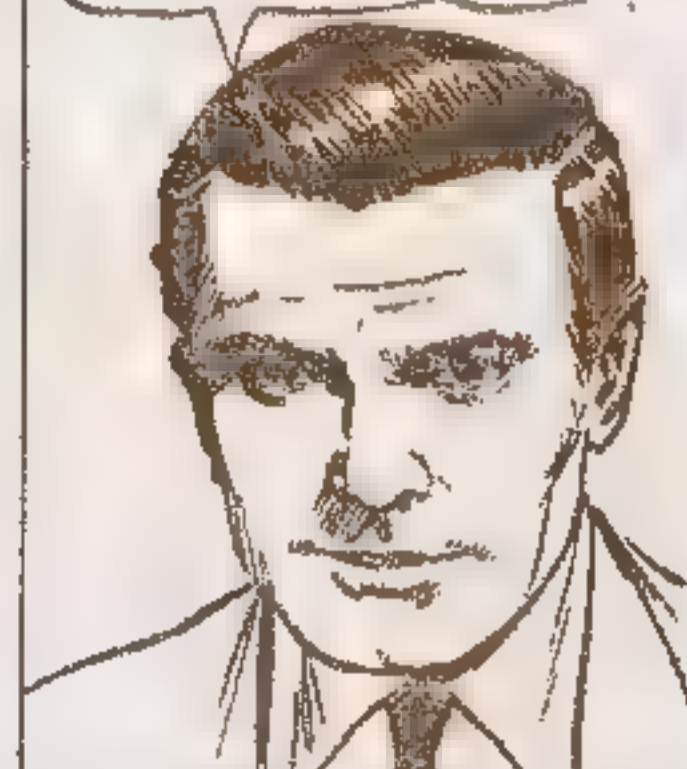
"... Y que yo amaría a Frances, aunque estuviera sin un cobre". ¡Es la única mujer que he querido en mi vida!", dijo Chamselle.

¡Miente! ¡Grandísimo hipócrita! ¿Quince mil libras...?

No gaste ni su dinero, ni sus cheques, ni sus palabras, Paul.



¡Ha perdido, Paul Andros! ¡Sepa ser un buen perdedor! Y que conste que "yo no compré", la voluntad...



... de Frances, como usted pretendió hacerlo hoy mismo. La quiero, ella me quiere, y así, simplemente...



"Usted la perdió porque no sabe tratarla. ¡Una mujer no es un transatlántico, señor Andros! Y ahora, puede disparar si así lo desea. Buenas noches", exclamó Marc y desapareció. Dos minutos más tarde, Paul Andros destruyó el cheque.



En un teléfono privado, la señorita Patsy Mood logró lo que tanto anhelaba: comunicarse con el millonario señor Fordman.

Se lo ruego, señor Fordman. Escúchelo, aunque sea cinco minutos. Escúchelo, por caridad.



La intransigencia del millonario británico se mantuvo hasta más allá de los esfuerzos del financista australiano. Era como golpear una madera contra una roca.



El británico había colgado fríamente. Les Mangrum se dejó caer, agotado, en un asiento cercano. Levantó la vista hacia su secretaria...



Se ha quedado sin empleo, Patsy, y yo... y yo... ¡tendré que ir a trabajar de cualquier cosa! ¡Estoy destruido!

Patsy Mood continuó confortando al hombre que amaba. Les se incorporó, sonrió con tristeza y dijo: "Creo que podemos tomar nuestra última botella de espumante, Patsy" Cuando se dirigían hacia el bar...



¡Mírelo, Patsy! ¡Un hombre fuerte! ¡El, todo lo puede... y es feliz...!

Paul se acercó a la puerta de la habitación de Frances. Estaba con los brazos pegados al cuerpo; la expresión desvaída. Llamó. No tardaron en abrir la puerta.



¡Paul! ¡Ya te he dicho que...!

La pesada puerta iba a cerrarse, cuando tropezó con el pie, puesto enérgicamente por el hombre. Frances exclamó: "¡Es inútil, Paul! ¡Es inútil! Lo que no comprendí en muchos años, lo he comprendido de golpe." Ni amenazas ni ruegos pueden hacerme cambiar de idea. Soy responsable de todo, Frances. He sido un bruto, un cualquiera. Lo reconozco.



No estoy aquí...

... para rogar, y menos para amenazar. Sí, confieso mis errores; y repito, de otra manera, lo que tú sabes...



¡Te quiero! Y tú también me quieres.

¿Yo...? No, es inútil. ¡Todo se ha perdido, Paul! ¡Todo!



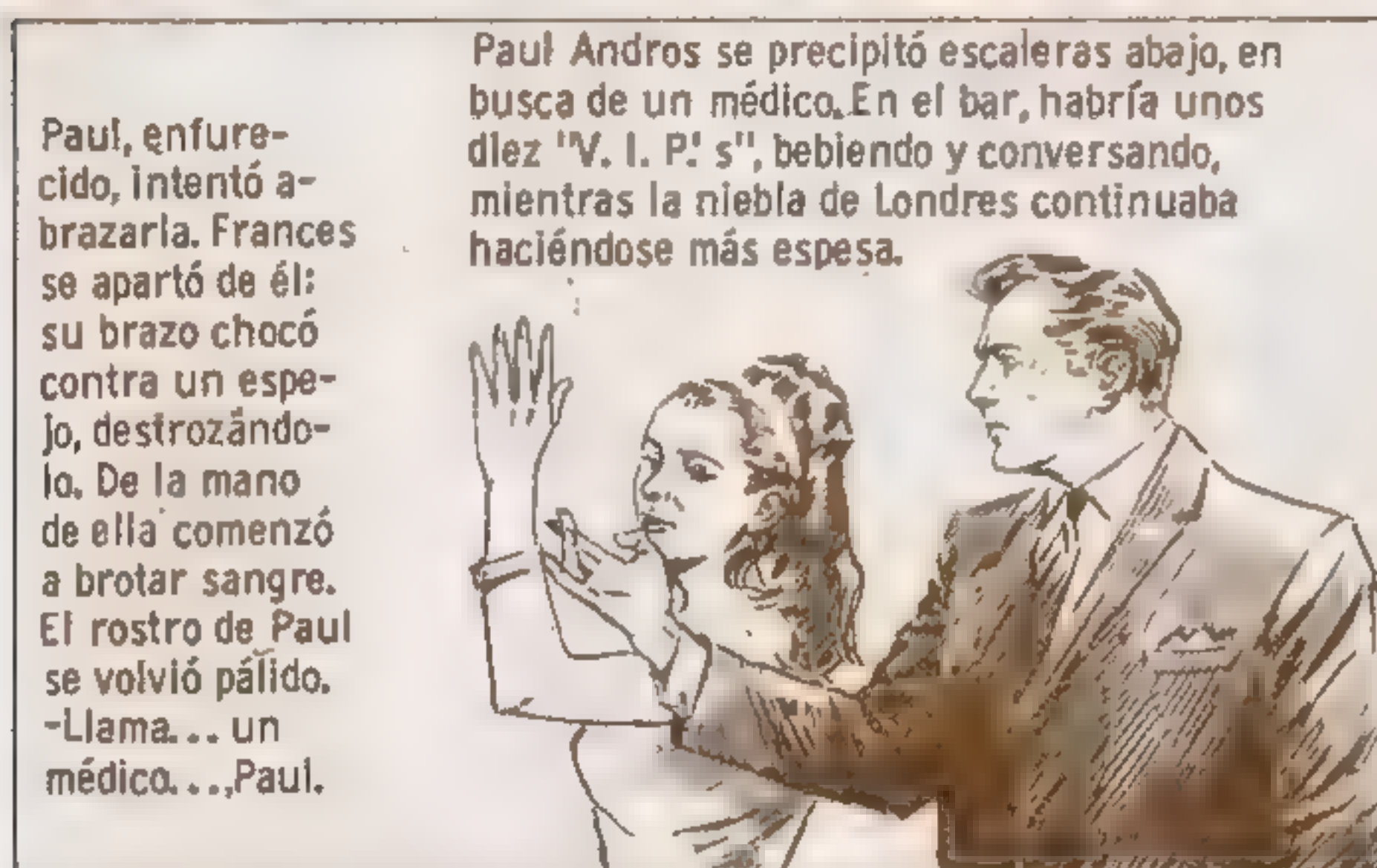
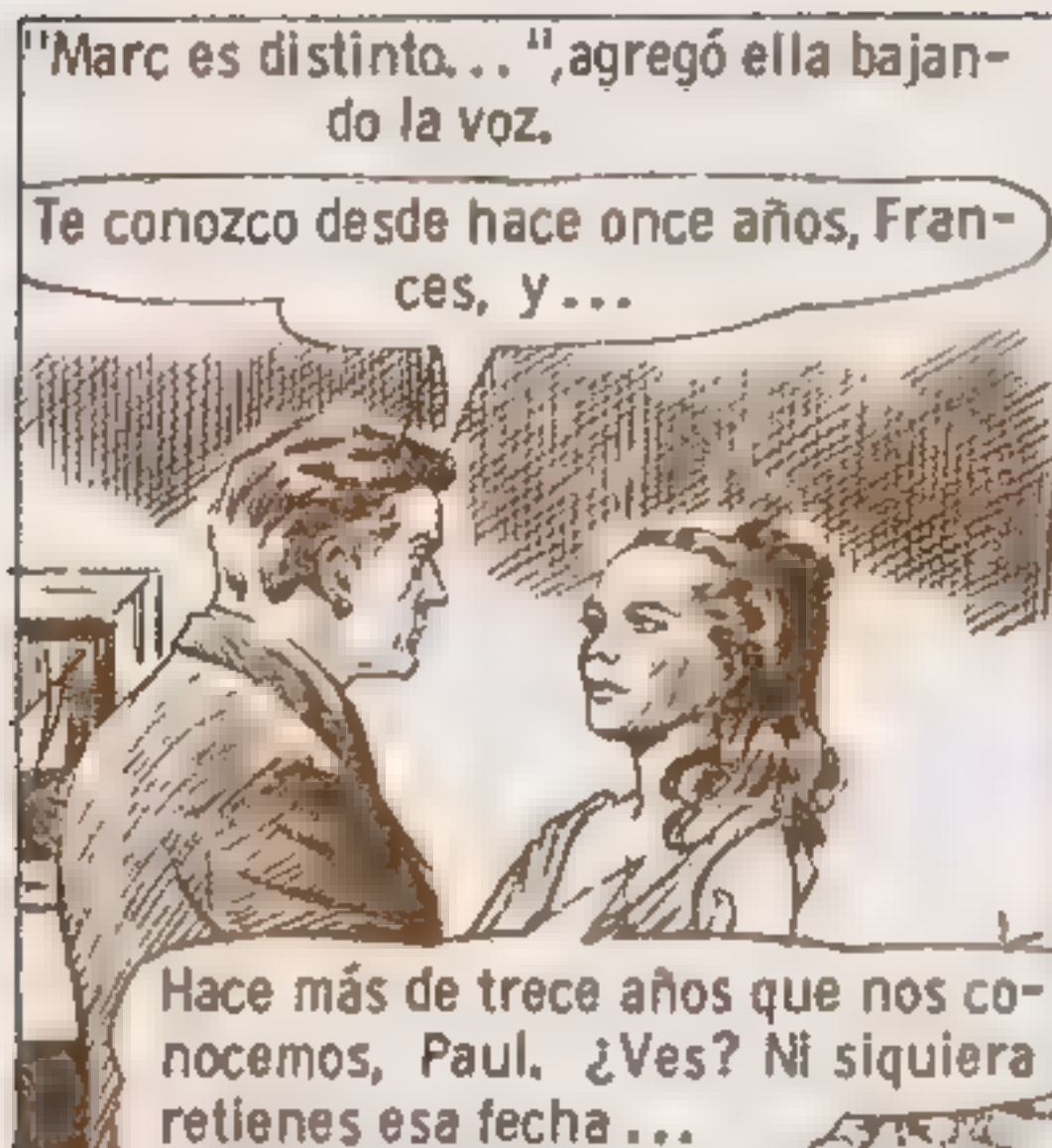
El consiguió aprisionar las manos de Frances, mientras hablaba apasionadamente: "¿Qué puede darte ese canalla de Chamelle, sino mentiras y verdaderos disgustos?"



¡Este será un espantoso negocio para tu corazón, criatura!

A tu lado he perdido muchos años hermosos. Tú eres de acero y lo seguirás siendo hasta la muerte.





Marc venía -muy feliz- a contar a Frances "cómo había desplumado a ese belga idiota". ¡Nunca soñó encontrarse con Andros! Este murmuró en dirección de ella.



-El señor Chamselle, Frances... Dejó la puerta abierta e hizo un gesto como para marcharse.



No olvides las indicaciones del médico.

Marc Chamselle vio el brazo de Frances Fay, vendado. Vio en los ojos de Paul Andros una mirada distinta, sumisa, tierna. ¡No era el mismo de antes! Y la forma con que Frances lo miraba, tampoco era como antes. Apenas unas horas antes. "¿Qué ha sucedido, Frances?" preguntó con una duda creciente.



Tendrás que comprenderlo, Marc. Las dos heridas son profundas. La de mi mano, y la de mi alma...

Quince minutos después, Marc Chamselle desaparecía definitivamente. Frances cerró los ojos y descansó, de acuerdo a la orden del médico. Sí, lo mismo tomaría el avión a New York. Una breve temporada de descanso le caería bien.



Paul iba a escribir unas verdaderas líneas de amor a su esposa. Se sentía muy apagado y triste. A sus espaldas había una mujer joven. Dijo su nombre; él la miró. Entonces ella -Patsy Mood- se atrevió.

Abuso de su generosidad, señor Andros, por que conozco sus sentimientos. Soy la secretaria de Les Mangrum.



Paul conocía la desesperada situación de Mangrum, pero en ese instante descubrió otra cosa. El maravilloso, el puro amor que esa mujer sentía por el hombre que estaba hundiéndose económicamente...

Necesitaríamos exactamente ciento setenta y cinco mil noventa y nueve libras, señor Andros.



Paul miraba a la estupenda miss Wood, con creciente admiración...

Y ese hombre no sabe que usted lo ama. ¡Si será tonto!



Llenó el cheque por la cantidad que le pedían, pensando en su propia y ciega trayectoria como esposo de Frances. El también era un tonto descomunal. Patsy Wood no tenía palabras para agradecer...



Lo devolveremos en dos días... Graciel, mil gracias...

Andros se había zambullido otra vez en el mar de sus penurias. Miss Modd corrió hasta el lugar donde Mangrum agasajaba a la amiga...

Perdone la interrupción, señor Mangrum, pero es para contarle, para explicarle... ¡mire!



La breve historia, y el cheque salvador, produjeron una inmensa alegría en Les Mangrum. Se abrazó a Patsy Mood, saltaba, gritaba...

Salvados. Y gracias a... a ti, Patsy. A ti, querida.



Grace, la amiga que lo fue mientras Les tuvo dinero, se marchó rabiosa, mientras él besaba amorosamente a su auténtica salvadora.

Y no estoy loco, Patsy. ¿Quieres casarte conmigo, querida...?



En una mañana radiante volarían hacia New York. Max Wudar hablaba con su contador, al lado de la condesa de Brighton.

¡Nuestro castillo de Brighton!



Un cartel del turismo inglés lo mostraba, en efecto.

BEN CASEY

en:

LA DOCTORA DUVAL

Por NEAL ADAMS

En una famosa clínica de Suiza...

¡Es excitante, papá! ¡Por fin podré ir a los Estados Unidos!

No olvides que el estar interna no te resultará divertido, Suzanne.



Después de mis cuatro años de estudios médicos no es necesario que me lo recuerdes.

Ya lo sé. Pero ir al lugar a donde vas..., ¡eso es diferente!

Ese hospital puede plantearte algunos problemas.



Pero ¿es que tiene importancia el lugar a donde vaya, toda vez que sea un buen hospital?

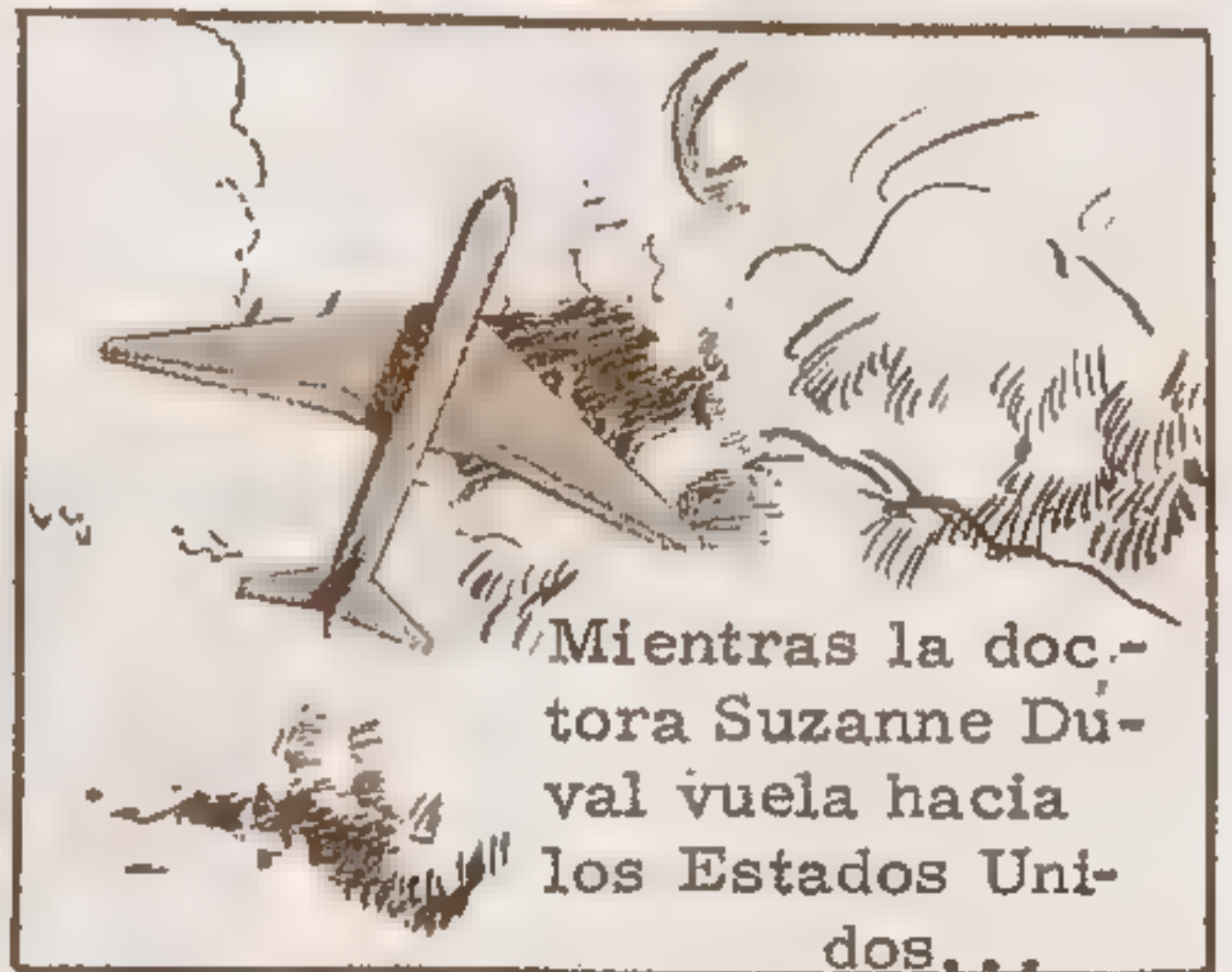
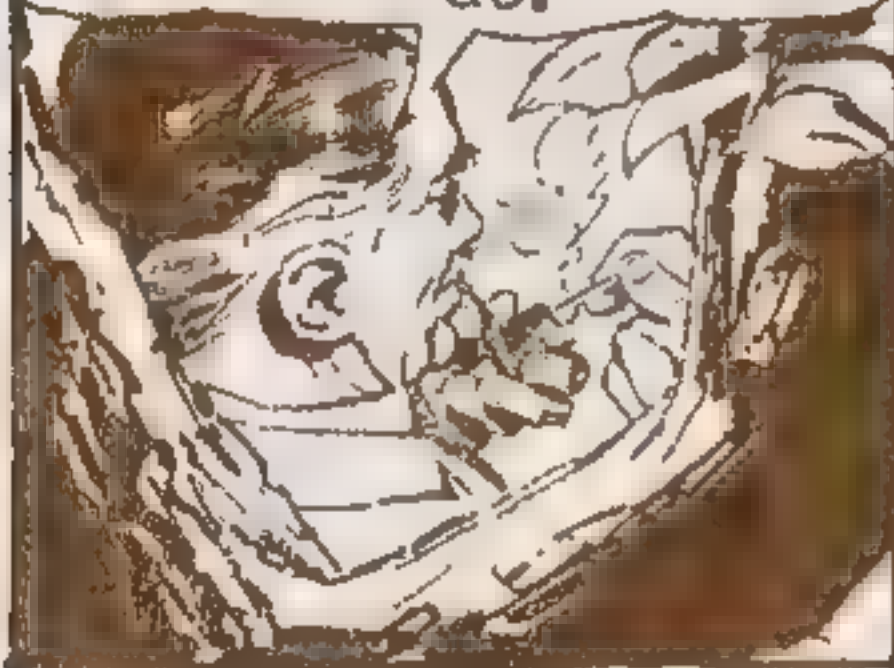
Bueno..., ese es un hospital excelente, uno de los mejores de los Estados Unidos.



Estuve allí dos semanas, durante un seminario al que asistí el año pasado.

Trabajarás con cierto residente, un tal doctor Casey... ¡Mon Dieu! ¡Qué hombre!

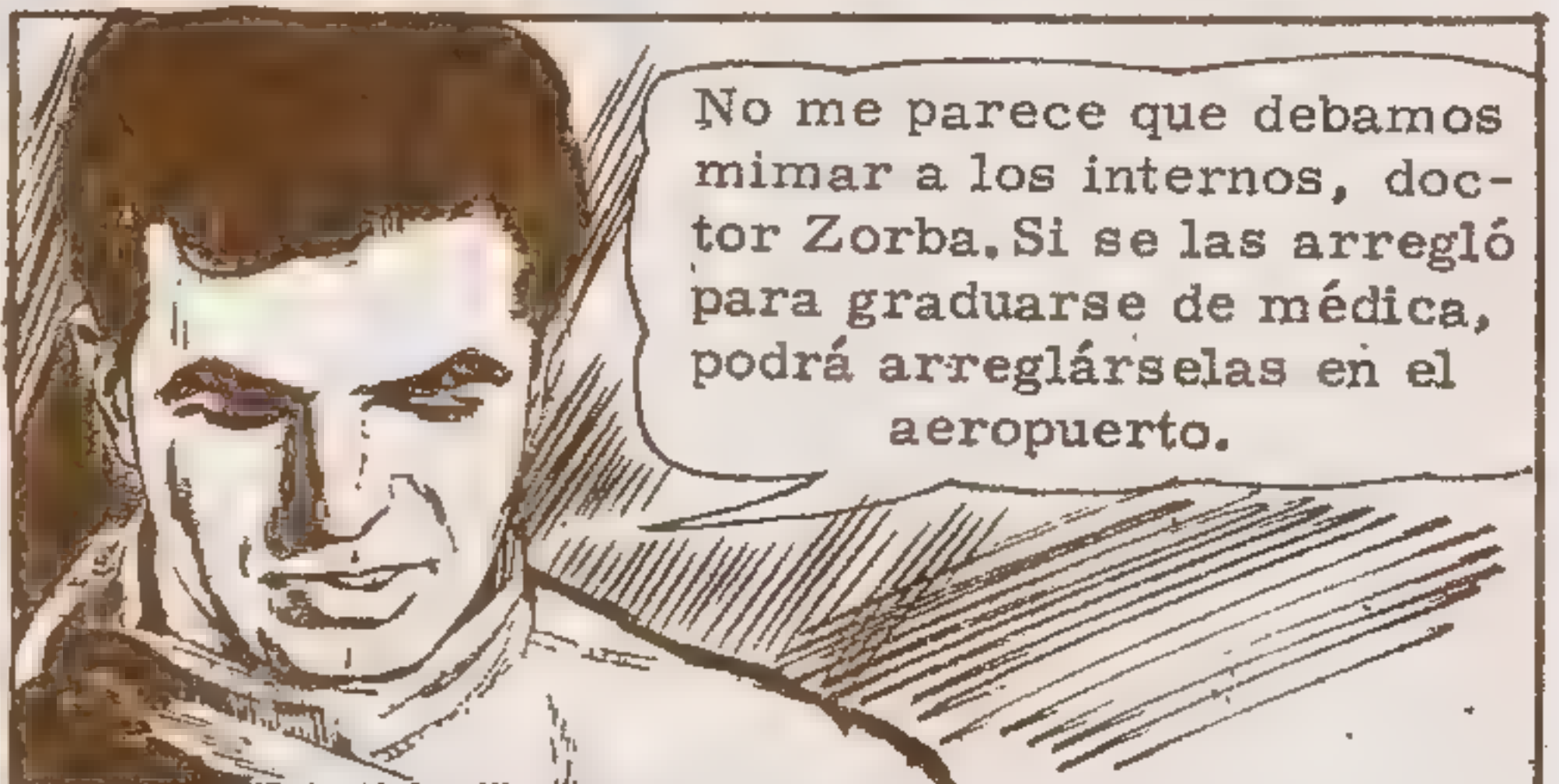
Hum... Si es un hombre, papá, ya sabré cómo manejarlo.



Ben, hoy recibiremos a una nueva interna. Es hija de un gran clínico suizo. ¿No crees que alguien debe ir a recibirla al aeropuerto?



No me parece que debamos mimar a los internos, doctor Zorba. Si se las arregló para graduarse de médica, podrá arreglárselas en el aeropuerto.



Ben, no me interpretes mal. No quiero que ella reciba un trato especial mientras esté aquí. Ella...

No tengo nada pensado respecto a ella, doctor Zorba.

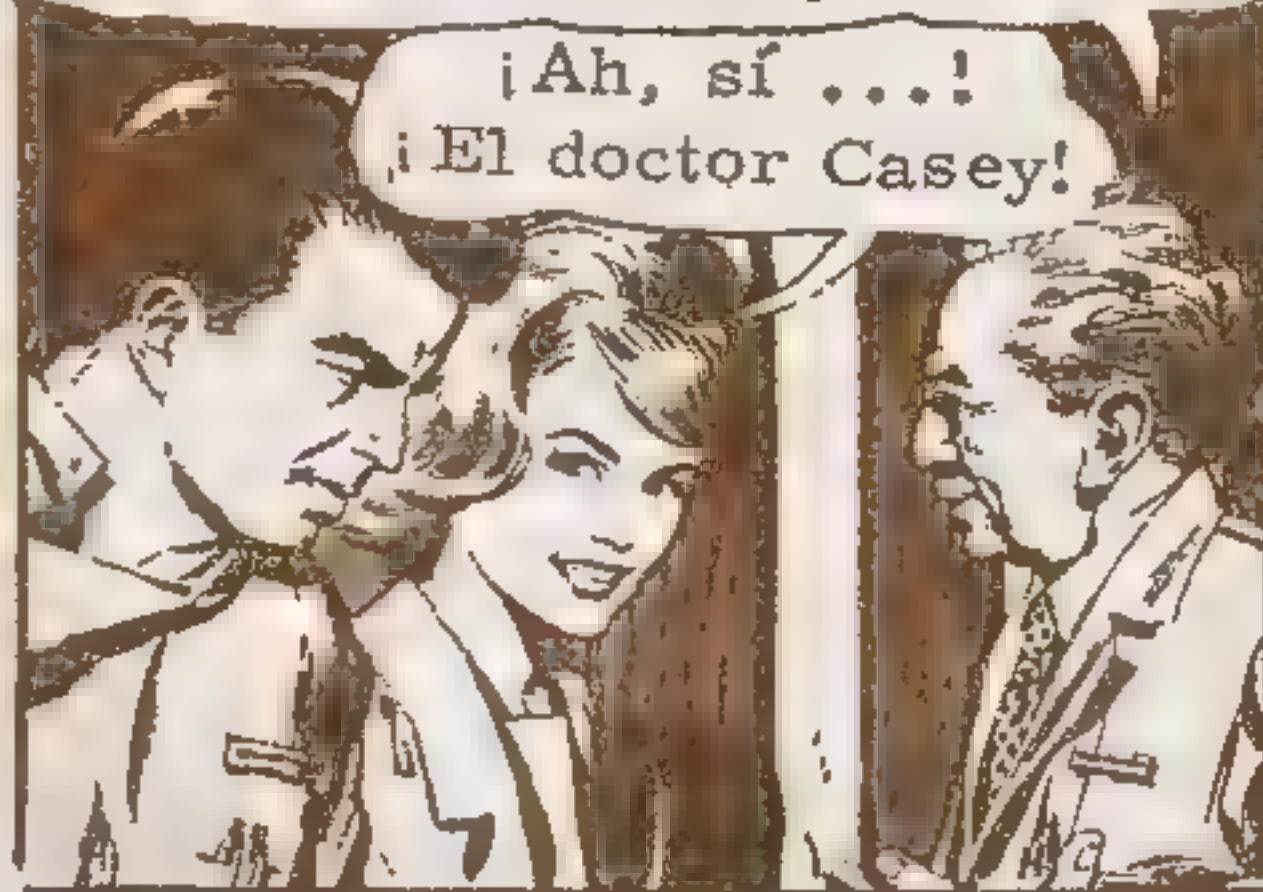


Y supongo que llegará con la misma humildad e idénticos deseos de aprender que los demás internos.



Doctora Duval, encantado de verla. Le presento al doctor Casey, a cuyas órdenes estará.

¡Ah, sí...!
¡El doctor Casey!



Estoy impresionada con su hospital, doctor Zorba. En Suiza no tenemos nada comparable.



Encantadora sinceridad, doctora Duval. No todos los visitantes lo admiten con tanta franqueza.



Me refería, naturalmente, al tamaño del edificio. Lo que hay dentro de nuestros hospitales es cosa diferente.

(¡Dios mío! ¡Peleas en puerta!)



Doctora, ha tenido un largo viaje. Una vez que se haya puesto cómoda, el doctor Casey le explicará su trabajo.



¿Dentro de quince minutos, doctora Duval?



¿Quinc...?

Encantada, doctor Casey. Dentro de quince minutos.



Ben, ¿no crees que necesita algo más de quince minutos para desempacar y orientarse?



Este es un día de excesivo trabajo, doctor Zorba. No creo que ella tenga inconvenientes en adaptarse a mis problemas.



Además, la doctora Duval no parece ser una persona que necesite demasiada... digamos... protección.



Ben acompaña a la doctora Duval en un recorrido del hospital, para su información.

Creo que eso es todo, doctora, menos su horario de trabajo, que le será comunicado hoy.

Gracias, doctor Casey.



¿Una recorrida privada para nuestra linda suiza, Ben?

Llegó con un día de retraso, Maggie, de modo que no pudo asistir a la recepción colectiva de los nuevos internos.



Encantadora chica. ¿Te parece que está bien preparada?

Creo que sí. Mi idea es que está demasiado preparada, y que ella lo sabe.



¿Por qué dices "demasiado" bien preparada?

Cuando le enseñé las instalaciones, hizo sus comentarios y observaciones con mucha presteza.



Quisiera que mis internos tuvieran un poco más de humildad y discreción.

Es indudable, por lo que dices, que se trate de una médica brillante.



Esperemos hasta fin de año antes atribuirle méritos excesivos, Maggie.

Por supuesto, Ben...



Buenos días, señor Pell, y bienvenido al hospital.



Doctor Casey, todo esto es absurdo.

Una indigestión no es motivo para hospitalizar a nadie.

Siempre conviene investigar. La doctora Duval preparará unas pruebas que vamos a hacerle.



SEA DETECTIVE

CAPACITASE PARA LA MAS APASIONANTE Y PROVECHOSA ACTIVIDAD.

EN ESTADOS UNIDOS, EL 85% DE LOS CRIMENES Y DELITOS SON DESCUBIERTOS POR DETECTIVES PARTICULARES.

Infórmese sin compromiso remitiendo el cupón a:

PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES

CURSOS POR
CORRESPONDENCIA

Diagonal Norte 825 • 10° piso • Capital

NOMBRE Y APELLIDO.....

Dirección.....

Localidad.....

Fecha
29

FORN. EN MEMBRETE

RESERVA ABSOLUTA

¡Hola, papá! ¿Cómo anda ese viejo farsante?

¿Farsante? Creo conveniente recordar que fuiste tú el que organizó todo esto. Doctores Casey y Duval, éste es David, mi persuasivo hijo.



Vamos a hacerle un examen completo a su padre, señor Pell, no obstante el poco entusiasmo que eso le causa a él.

¡Bah!



La doctora Duval podrá contestar cualquier pregunta.



La primera que le haré es la siguiente: "¿Me acompaña a tomar un café?" Hablaremos con más tranquilidad en el piso bajo.

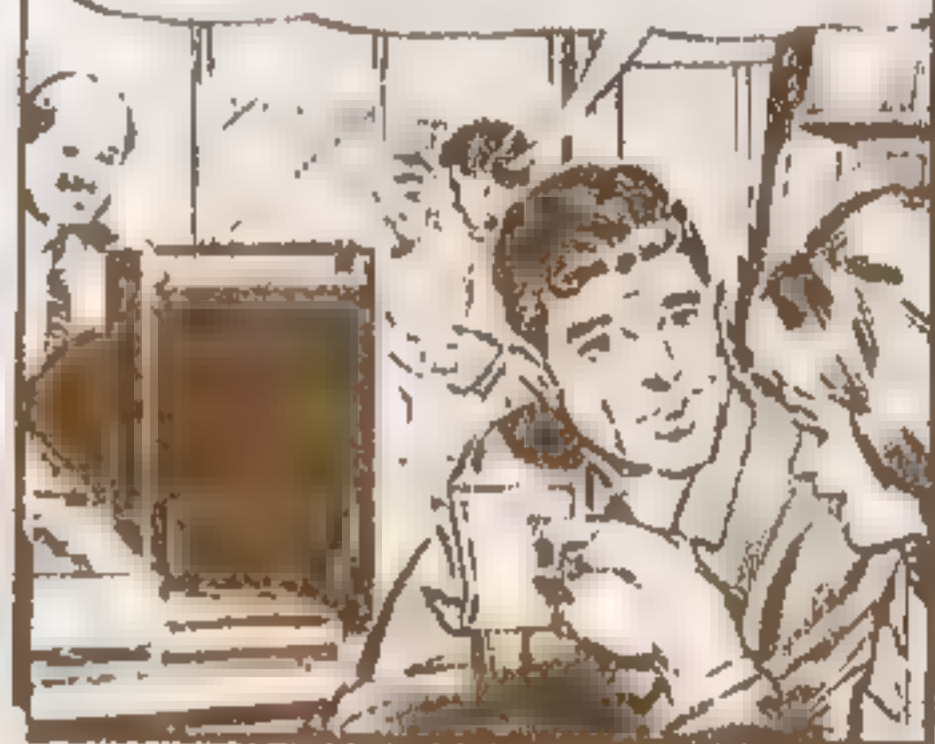
Hágalo, por favor, doctora. Sería intolerable para mí soportar esos detalles tediosos.



(¿Una invitación, tan pronto? Eso significa que ella no ha comenzado el trabajo.)

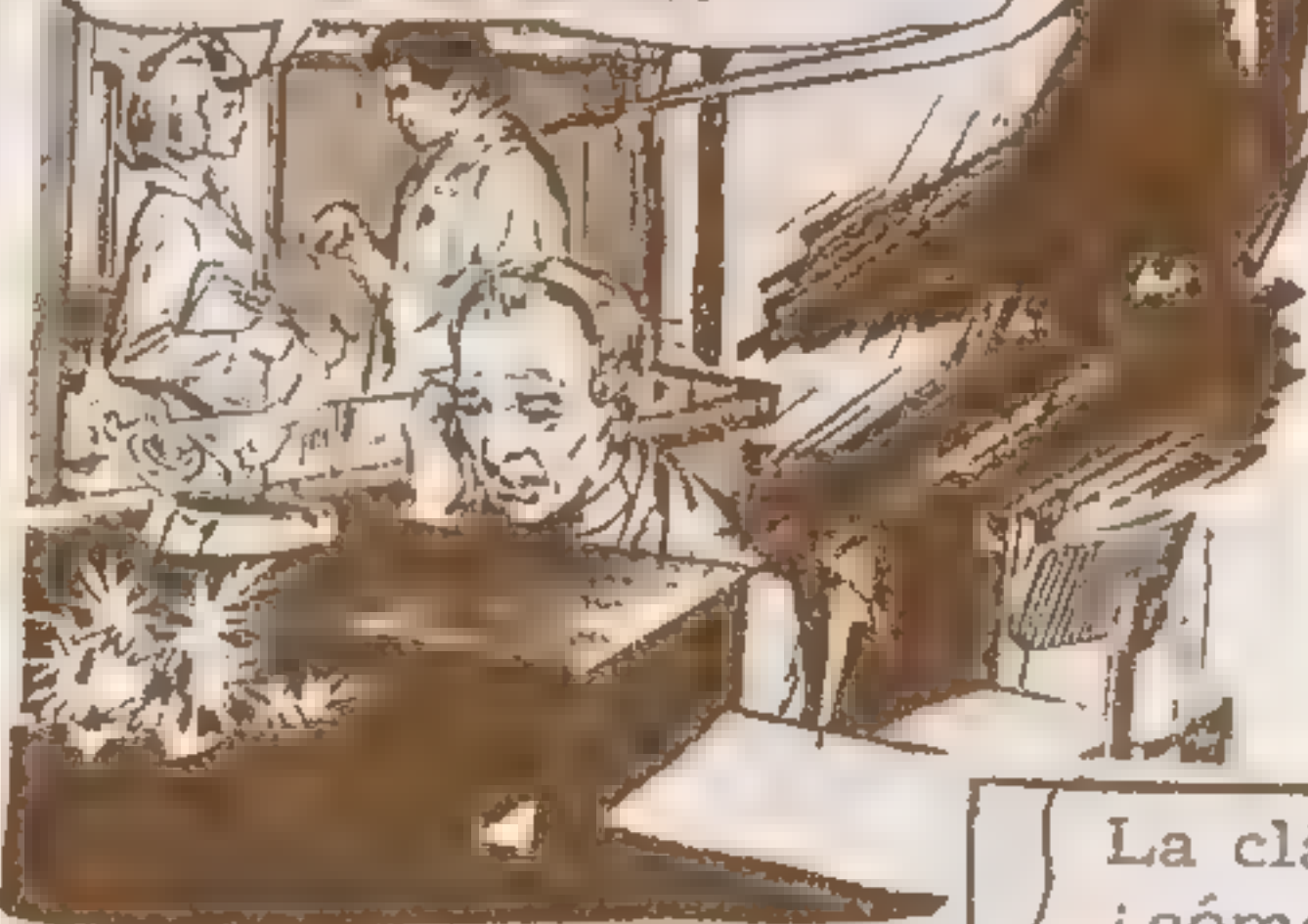


Ordenanza, ¿le dice a la doctora Duval que quiero verla tan pronto como sea posible?



Doctora Duval, ¿completó el trabajo preliminar referente al señor Pell antes de ir al piso bajo?

No. El hijo del paciente quiso consultarme sobre los detalles.



Lo consideraré un pedido atendible, y...

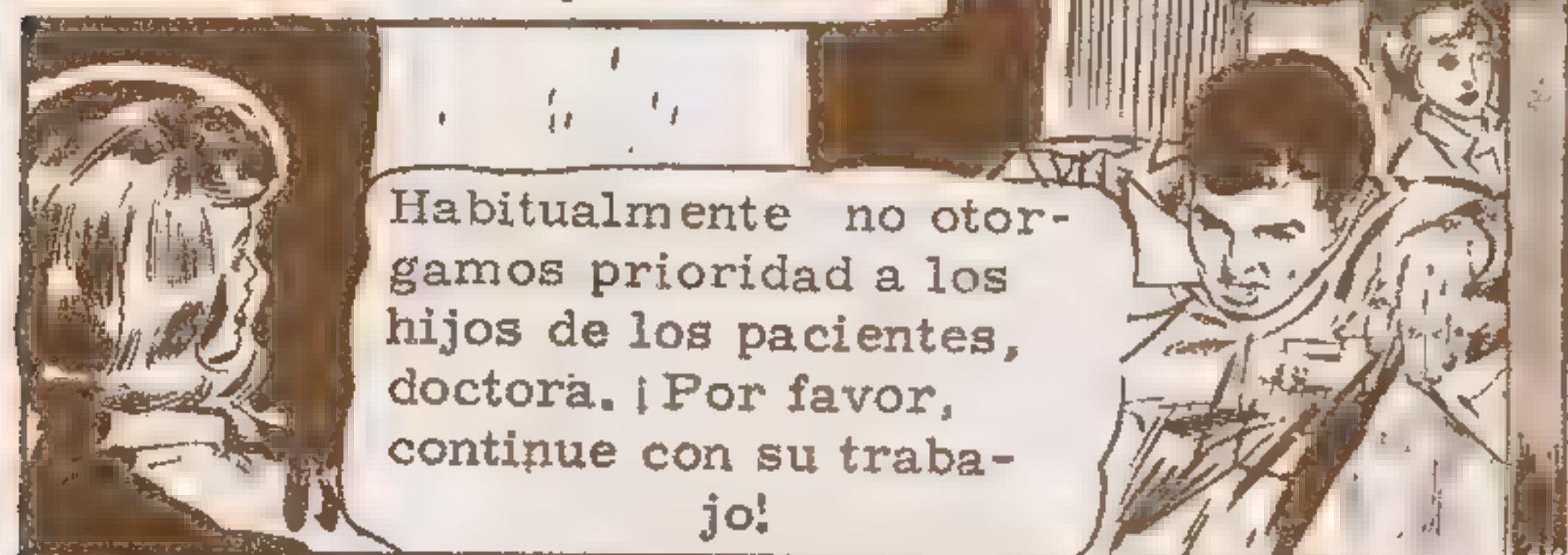


Veinte minutos después...

(Sin duda, mi "lo antes posible" es el tiempo que ella lo pasa agradablemente.)



Habitualmente no otorgamos prioridad a los hijos de los pacientes, doctora. ¡Por favor, continúe con su trabajo!



La clásica imagen de... ¿cómo lo diríamos: estenuación o decepción?

¡Oh, doctora Graham! Yo... yo...



Si se trata de una erupción de Casey-itis, olvídelas. Por lo general, él no es un gruñón.

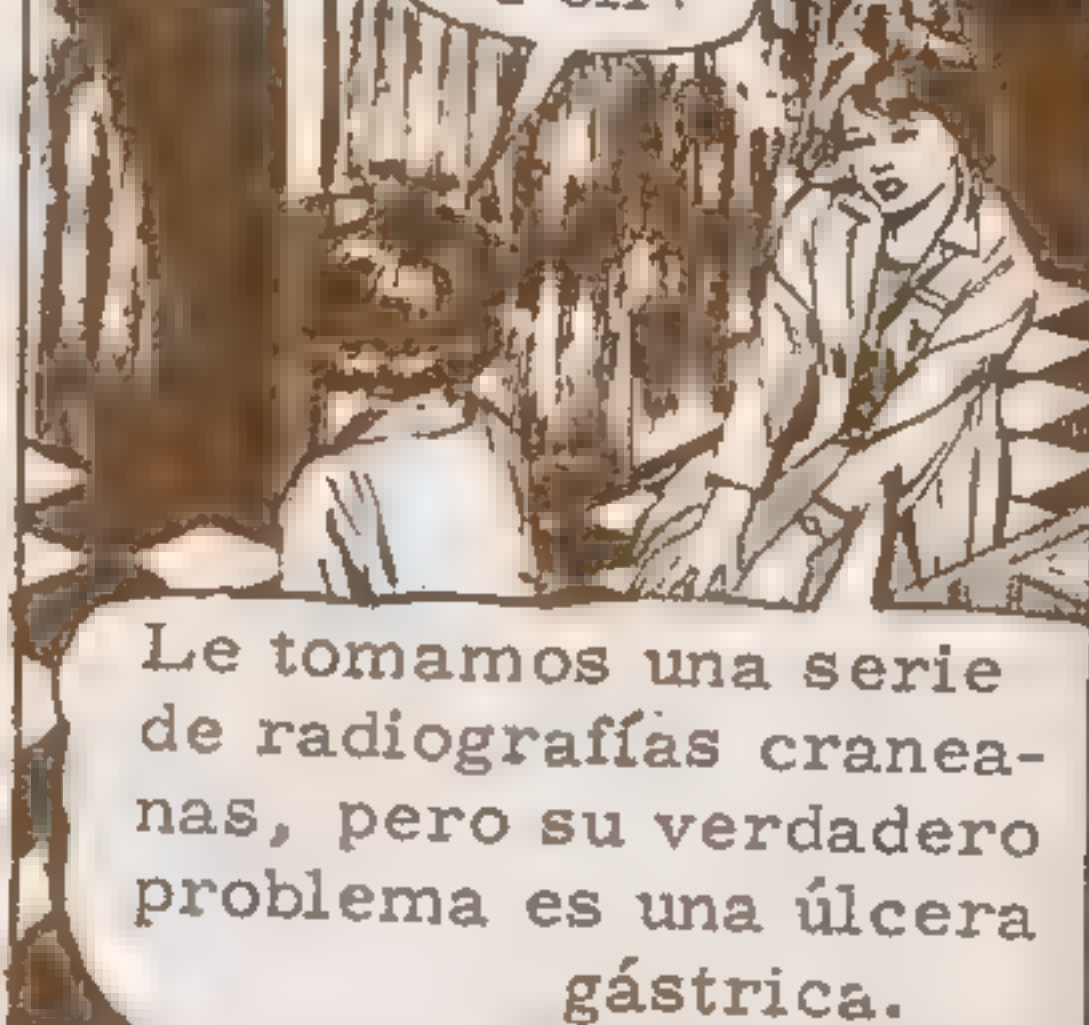


-Casey es firme pero ecuánime. Una vez que él decide algo, eso debe hacerse.

Me temo que lo que acaba de ocurrir sucederá muchas veces.



Olvidemos por un momento a Casey, Suzanne. ¿Qué hay de Oliver Pell?



Le tomamos una serie de radiografías craneanas, pero su verdadero problema es una úlcera gástrica.

Si no es más que eso, no hay motivo de larma.

Discúlpeme... Tengo que ir a administrar alimento por vía intravenosa a un paciente.



Bueno..., eso no es problema. Usted lo habrá hecho muchas veces.

Sí. Cuando era estudiante. Pero ésta será la primera vez que lo haga como interna.



¿Me va a doler?

En absoluto, señor Plesky. Pero no mueva el brazo, por favor.

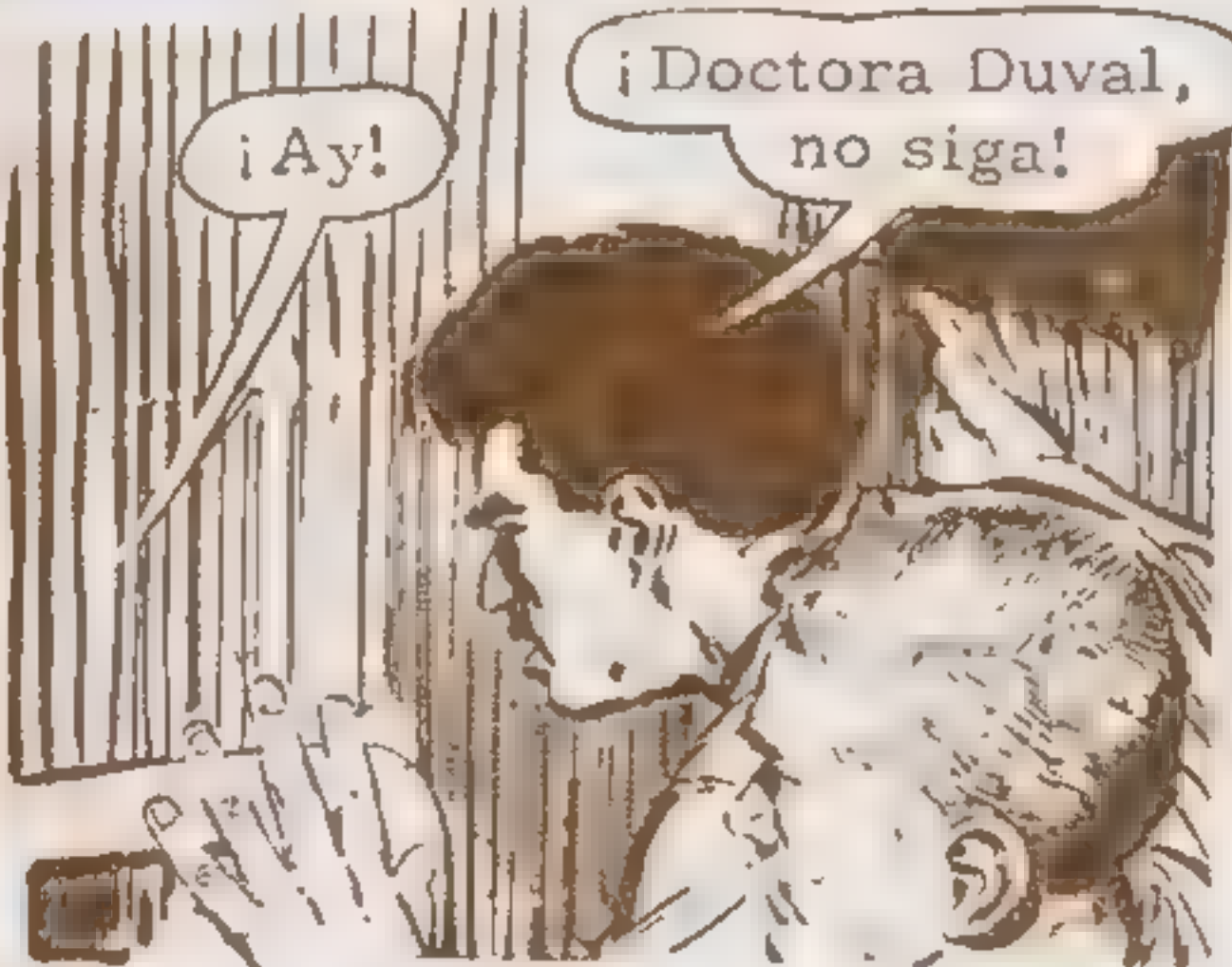


Señor Plesky, no haga resistencia. Esto va a...



¡Ay!

¡Doctora Duval, no siga!



Doctor Moore, ¿quisiera continuar con esa intravenosa?

Pero yo...



Ya lo sé, doctor Casey. Pero el paciente se resistía, y... y...



Usted le estaba destrozando el brazo a ese hombre. La aguja debe hacer una rápida y certera penetración en el lugar adecuado.

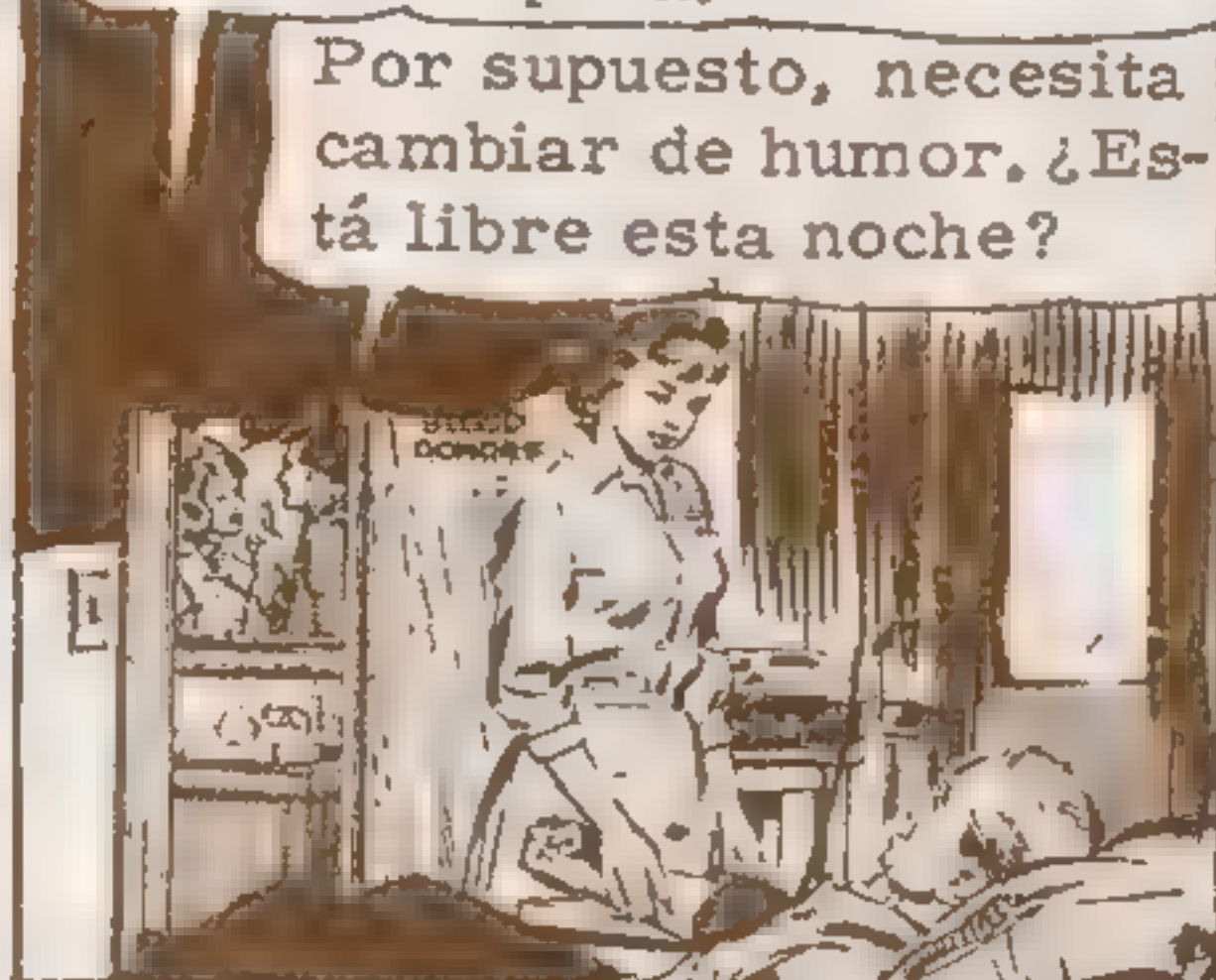


(Tal vez papá tuviera razón. Quizá haya sido un error internarme aquí.)



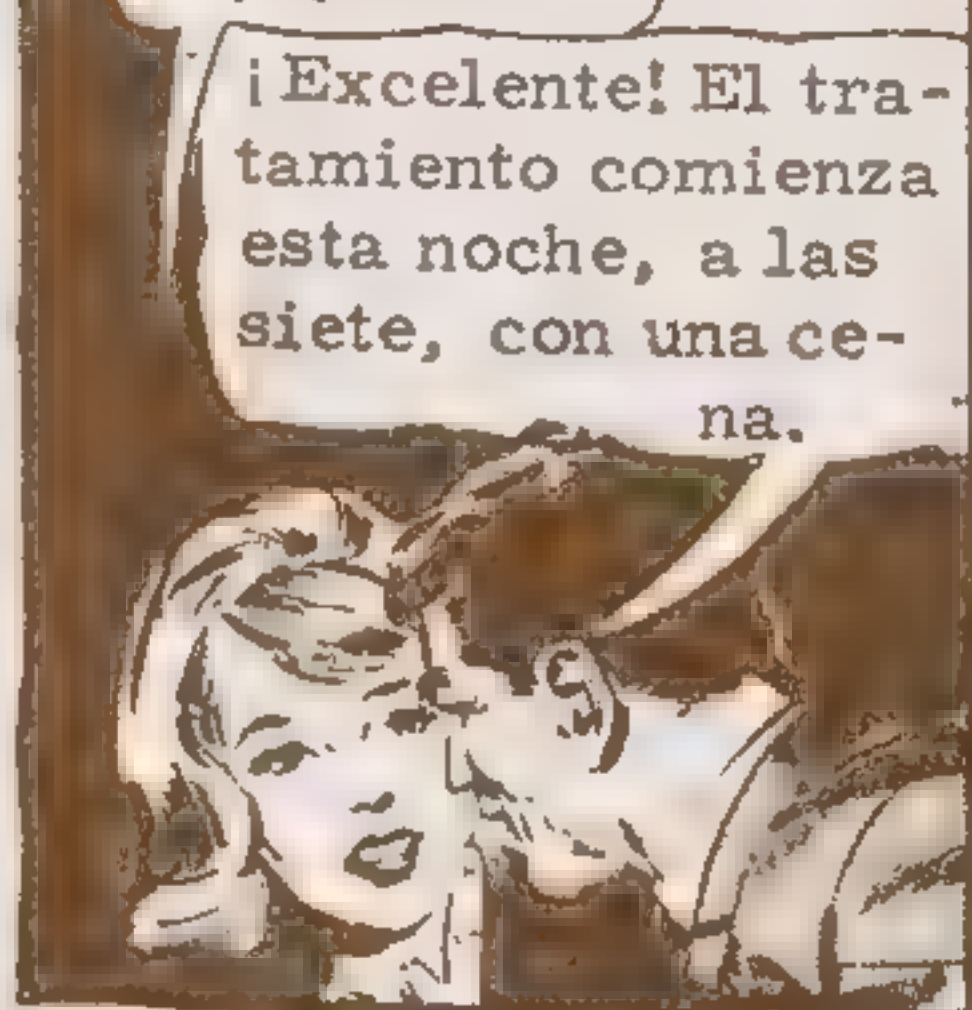
Doctora Duval... ¡Eh! ¡Pasó sin verme!

Lo siento, señor Pell. Yo... estaba terriblemente preocupada.



Por supuesto, necesita cambiar de humor. ¿Está libre esta noche?

Sí, pero...



¡Excelente! El tratamiento comienza esta noche, a las siete, con una cena.

Según parece, la doctora Duval ha salido a pasear esta noche, Maggie.



Es de la huéva generación, Ben. Yo nunca tuve tal energía mientras estuve de interna.

Por supuesto, no tenía a un David Pell que me revitalizara.

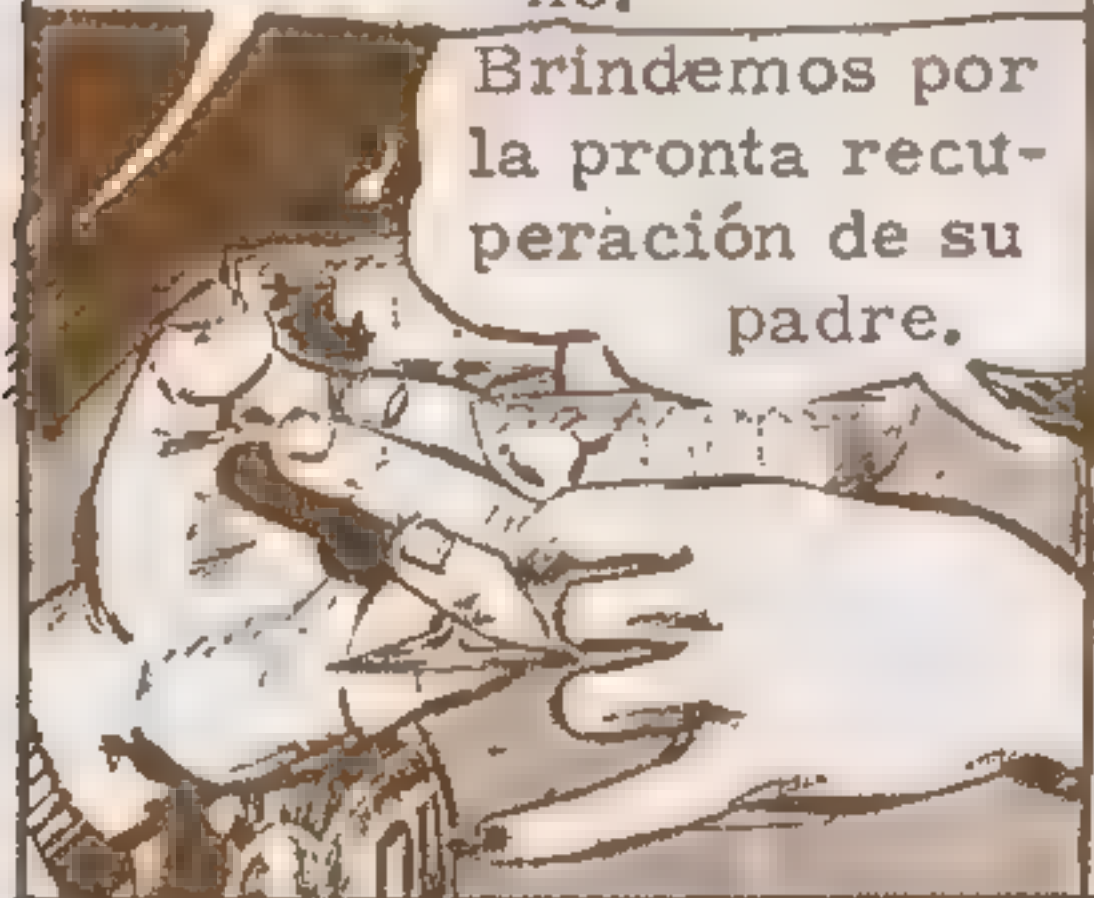
Sí... Es buen mozo, ¿verdad?



Sí, viejo. Lo es. Y además, rico. Durante generaciones, los Pell han venido ganando más dinero del que puede contarse. Pero vayamos a otra cosa. Yo me conformo con un sandwich y una cerveza.



Brindo por Suiza..., por enviar a su más encantadora médica a internarse en un hospital norteamericano.



Brindemos por la pronta recuperación de su padre.

Gracias, Suzanne. El se pondrá bien, ¿verdad?



Si no se presentan complicaciones, David.

Tiene que recuperarse. No sólo porque es un gran sujeto, sino porque no estoy seguro de poder ocupar su lugar.

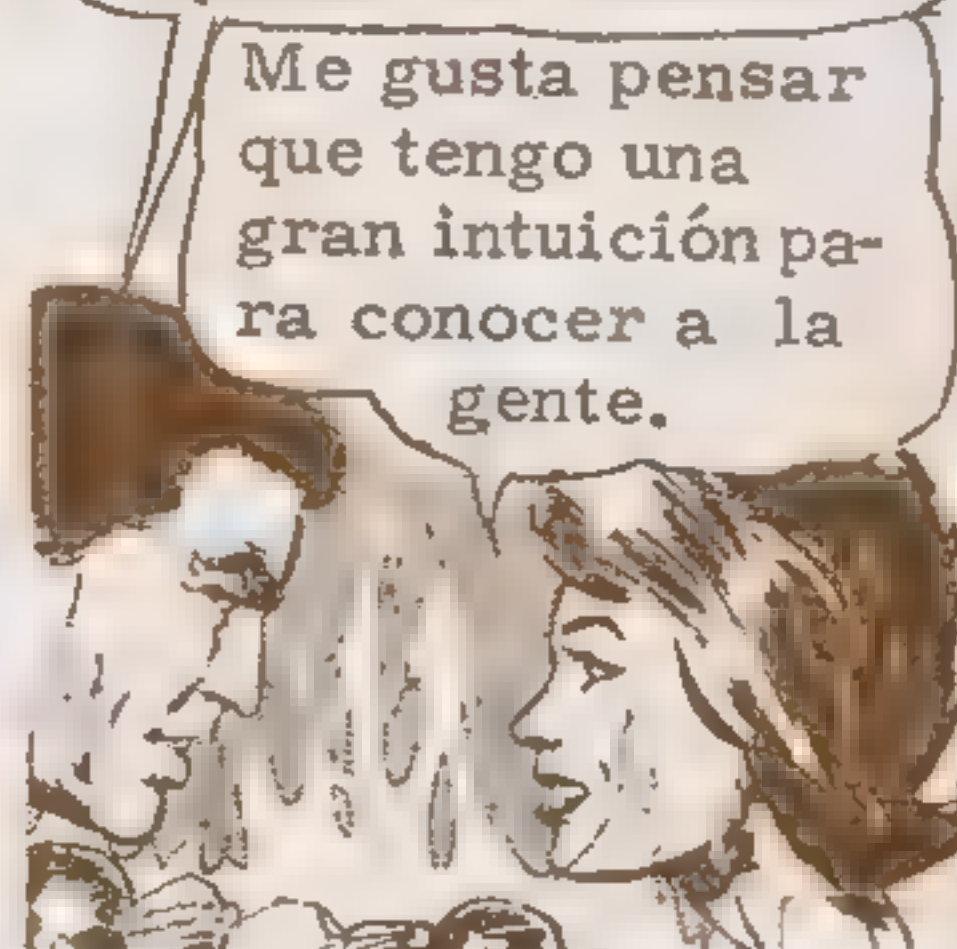


Sería una responsabilidad tremenda dirigir todas las empresas de mi padre.



No dudo de que usted lo haría bien, David.

¿Cómo puede decir eso? Apenas me conoce.



Me gusta pensar que tengo una gran intuición para conocer a la gente.

Esta noche es encantadora, Suzanne. Salgamos a dar un paseo y averigüemos algo más sobre su intuición.



Pero no debemos tardar. Estoy de guardia desde medianoche.

¿Qué posibilidad hay de que practique la medicina aquí en lugar de hacerlo en Suiza, luego de su internado?



Bueno..., no creo que haya muchas probabilidades, David, porque mi padre es el director de una de las mejores clínicas Suizas.

Doctor Casey, la doctora Duval acaba de telefonar diciendo que llegará retrasada. Iba de paseo, y el coche se descompuso. Le tomó algún tiempo buscar un teléfono para avisar.



Pero ¿y si usted prefiriera quedarse aquí, Suzanne?



Entonces debería esperar a comprobar hasta qué punto esa preferencia es cosa firme.

¿No pudo encontrar un teléfono? ¿Dónde estaba?



Más tarde...

Señorita Byers, ¿ha visto a la doctora Duval? Debía tomar su guardia a medianoche.



No. No la he visto, doctor Casey.

¡Oh, doctor Casey...!

Creo que dijo en Bearpaw Lake. Ese es un lugar bastante desolado.



HOMBRES Y MUJERES !!...

AHORA LE OFERTEMOS

LA OPORTUNIDAD DE
ESTUDIAR EN SU
PROPIA CASA

ENFERMERIA

* SABER ES VENCER * SABER ES PROGRESAR

BENFEL SCHOOLS de MIAMI U.S.A.

Suc: ARGENTINA ALSINA 3254 - BsAs.

Envíe hoy este cupón. BENFEL SCHOOLS - ALSINA 3254

NOMBRE

DIRECCION.....

LOCALIDAD.....

COLETO
GRATIS
HOY MISMO
Ella
INFORMES

Apenas llegue la doctora Duval, dígame que se presente a verme.

Sí, doctor Casey. (¡Qué horror! ¡Buena reprimenda va a recibir!)

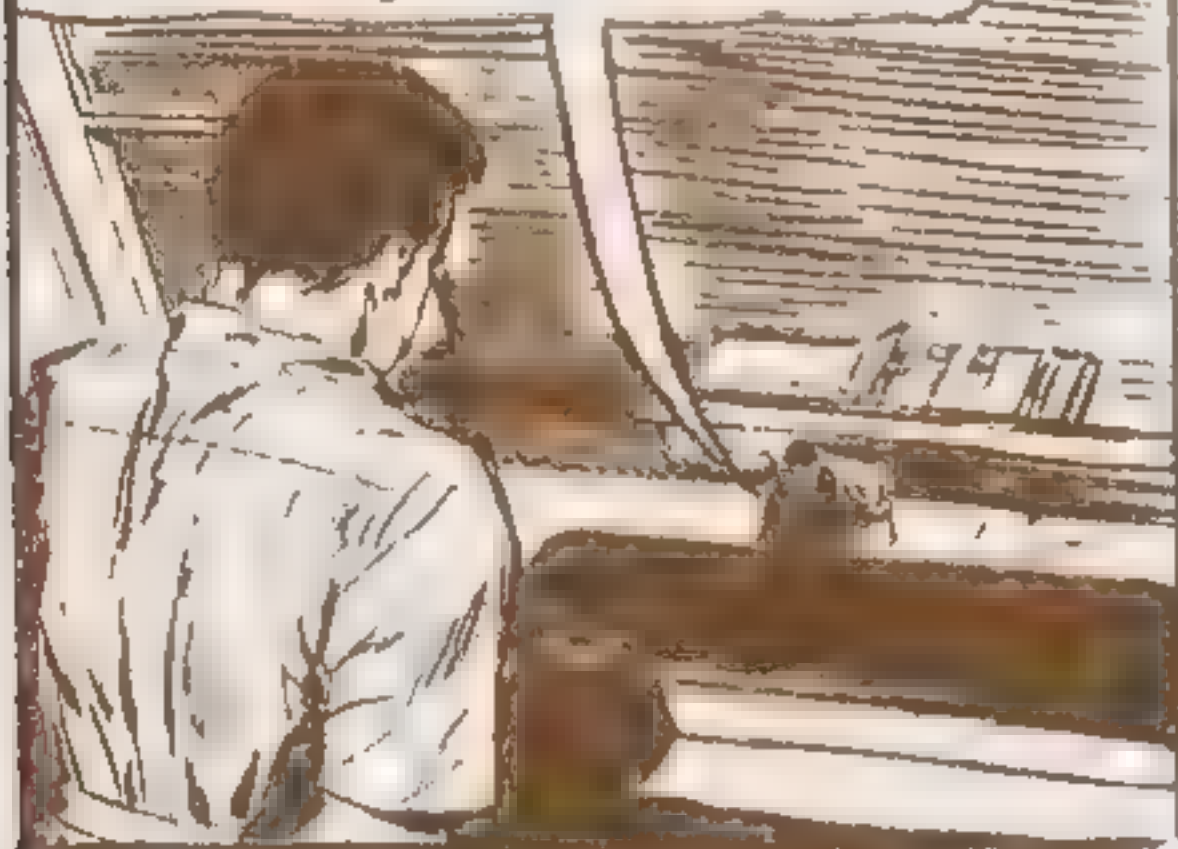


Suzanne, no se imagine cuánto siento lo sucedido...

No se preocupe, David. Todo se solucionará.



Si tiene algún problema, hágamelo saber, por favor. Pero estoy seguro de que el doctor Casey comprenderá.



Lo siento, doctor Casey. Estaba en el campo, y hubo cierto deterioro en el mecanismo de bombeo de nafta en el coche en que yo...



Algo así he oído, doctora Duval.

Al menos, él es diferente. Por lo general, cuando una chica sale al campo con un tipo, él advierte que tiene "poco combustible".



¿Qué? Esa es una referencia a las costumbres de este país, que temo no entender.



Entonces le diré algo que va a entender, doctora Duval.

Me es difícil aceptar la excusa que me da por haberse demorado.



Cuando usted se coloca a sabiendas en una situación que compromete el respeto hacia nuestras normas, no actúa como lo debe hacer un profesional.



Aquí-al menos es este hospital-eso es algo importante.



¡Un momento, doctor Casey!
¡Un momento!

¡Doctor Casey, no se atreva a criticar mi actitud profesional, ni a sugerir que en mi país somos menos exigentes que aquí!



Ni lo hice, ni lo intentaría hacerlo, doctora Duval. Yo...

¡Y recuerde, doctor Casey, que Europa producía médicos como Pasteur, Koch, Lister, Semmelweis y otros...



...mientras ustedes cazaban indios, y viceversa!



¡Viejo, no sé cómo empezó esto, pero terminó como una bomba!



Perdoná mi curiosidad, pero ¿te dieron un tirón de orejas?

Y lo hizo una experta, Maggie. Revísame a ver si tengo alguna lastimadura, ¿quieres?



Al día siguiente...

Buenos días, doctor Hayes.

Excúseme, caballero, pero ¿les gustaría oír algo interesante ocurrido en este hospital?



De qué se trata, doctor?

Un paciente de la sala B. sufrió una lesión y detención del corazón.



El médico residente estaba en algún otro lugar. Entonces alguien abrió el pecho del paciente y le masajeó el corazón hasta que éste se recuperó.

Sin duda que es algo infrecuente..., pero ella hizo un trabajo que jamás yo haya visto.

Sí, señores. La interna que lo hizo fue una mujer: la doctora Duval.



¿Y quién hizo eso?



(Al menos, espero que se borre en el momento en que la felicite.)

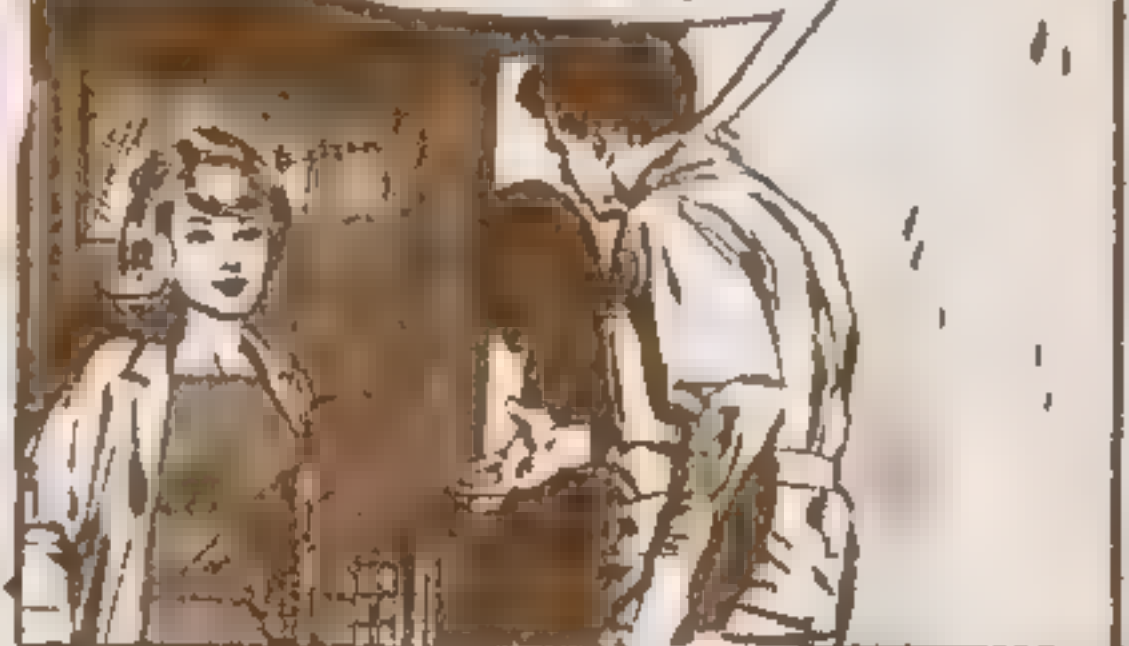


-Tienes una rara expresión en el rostro, doctor Casey.

Ya se me pasará, doctor Zorbá.



Doctora Duval, oí lo del accidente cardíaco sucedido en la sala B. Ciertamente, usted actuó con rapidez y admirable pericia.



Gracias, doctor Casey. Espero que no le haya resultado difícil decirme eso.

(Hum... ¿Cómo tendré que tomar eso?)

Al contrario, doctora, me causa un gran placer.



Ben, he sabido que al fin has tenido palabras amables con la doctora Duval.

Parece que los chismes corren a gran velocidad en este hospital.

De lo cual me alegro. Porque, hablando con Maggie Graham, nos preguntábamos si tú te portabas algo rudamente con ella, y...

¿Y qué derecho tiene la doctora Graham de discutir mi comportamiento con los internos?

¡Oh, no!

Las relaciones de la doctora Duval con David Pell le incumben a ella, y no quiero que nadie piense que yo...

¡Ojo! ¡Un momento, Ben! Has sido tú quien mencionó a David Pell. Yo jamás lo hice. ¿Un desliz freudiano, doctor?

¿Qué quieres decirme con eso?

¿Realmente quieres saber lo que pienso, doctor? Bien, te lo diré.

Te diré qué pienso del modo como tratas a Suzanne Duval.

Te fastidia que David Pell se haya relacionado con Suzanne con tanta facilidad. Y quisieras que las cosas fueran algo más arduas para él.

Maggie, estás...

Y esto en secreto: tal vez hasta estés celoso de David Pell.

(¡Eso es ridículo! Maggie tiene que estar equivocada... ¿Cómo podría yo estar celoso de David Pell?)

(Pero, si no lo estoy, ¿por qué me siento así de preocupado...?)



Al día siguiente...

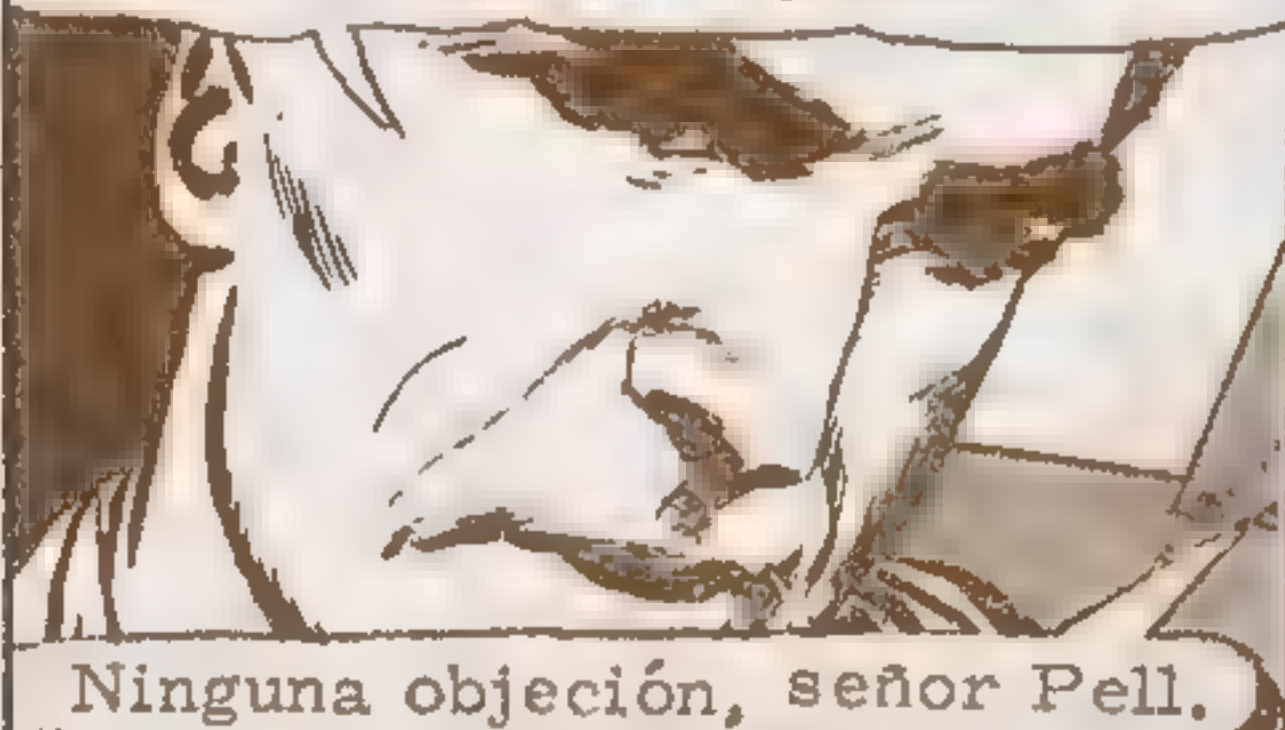
Pase, señor Pell. Casualmente acabamos de analizar el estado de su padre. Hay una combinación de buenas y malas noticias.



No nos agrada lo que descubrimos sobre su úlcera gástrica. Se impone una intervención quirúrgica.



¿No hace objeción a que la doctora Duval esté presente cuando yo se lo diga a mi padre?



Ninguna objeción, señor Pell.

¿Y? ¿Qué tal le fue con su padre, señor Pell?



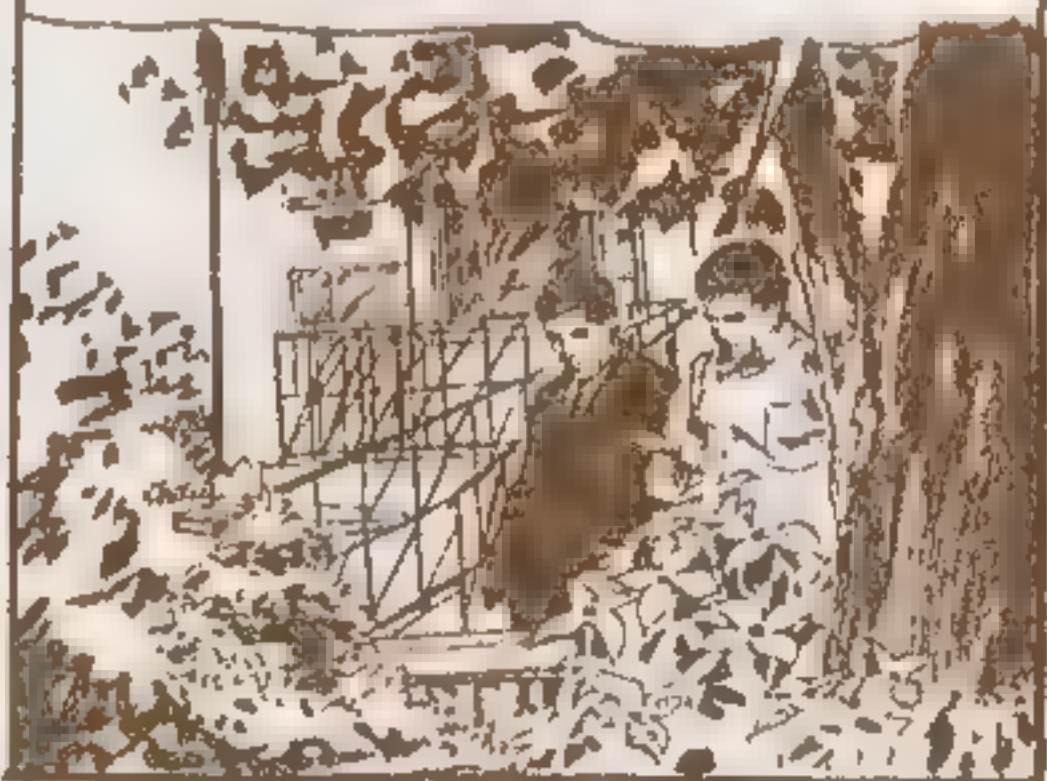
Muy bien. Refunfuñó un poco cuando le dije que era necesario operar...



...pero la doctora Duval tardó apenas dos minutos en aplacarlo. A propósito, ¿qué tal va ella aquí? Quiero decir, ¿será una buena médica?

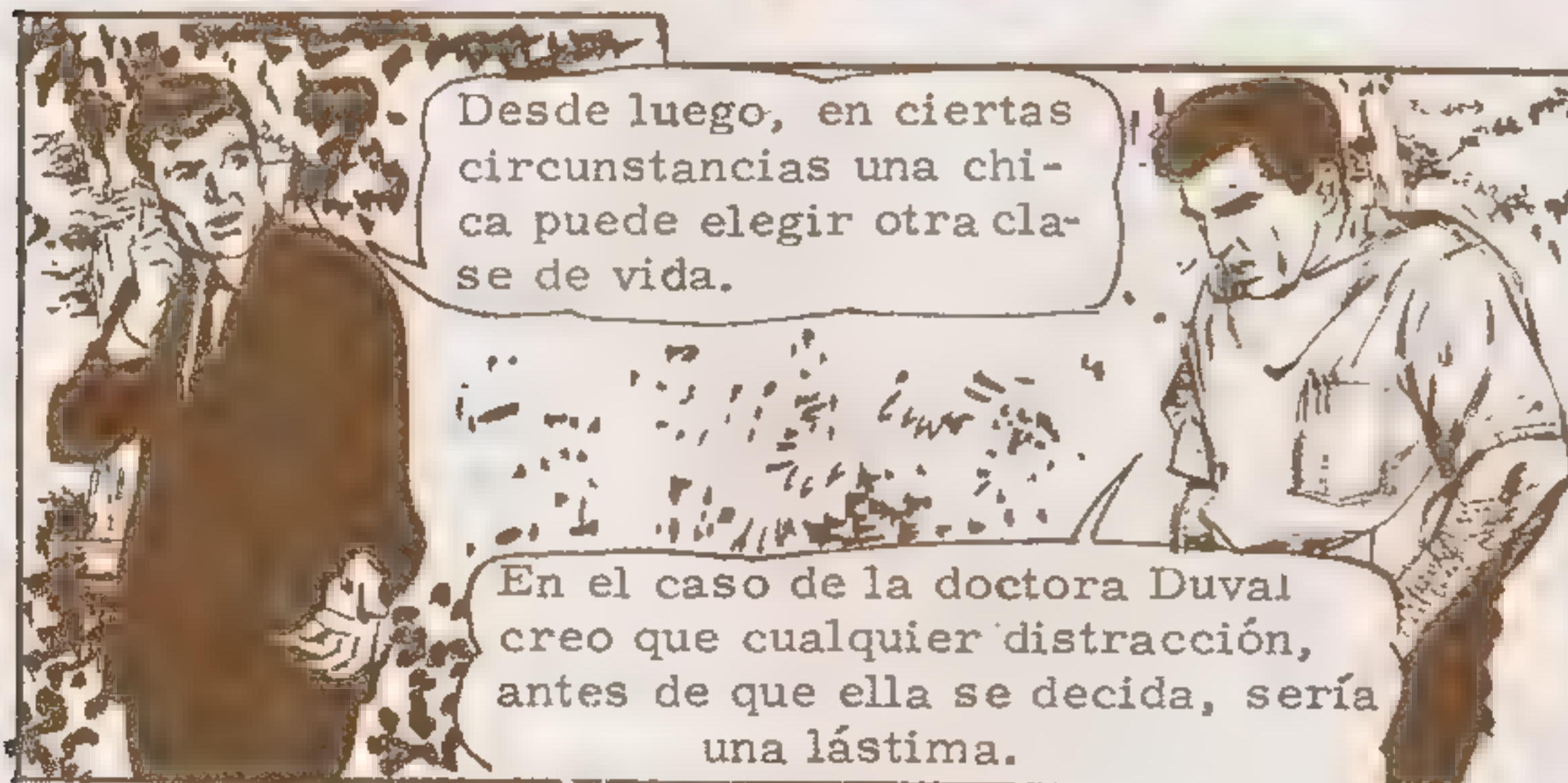


Suzanne Duval tiene grandes cualidades. Puede ser una gran médica, si esa es su vocación.



Desde luego, en ciertas circunstancias una chica puede elegir otra clase de vida.

En el caso de la doctora Duval creo que cualquier distracción, antes de que ella se decida, sería una lástima.



Antes de ponerme a pensar cosas raras, doctor Casey, dígame qué quiere decir al hablar de distracción.



-Señor Pell, la vida privada de Suzanne Duval sólo a ella le concierne. Pero si usted está interesado en su buen éxito como médica, tendrá que limitar sus atenciones hacia ella a las que le prodigue aquí en el hospital.

Bueno..., veo que ha hablado claro. Pero quisiera estar seguro, doctor Casey, de si usted se interesa sólo en la carrera médica de Suzanne.



Esa noche...

¿También las tropas pueden contemplar el panorama, o sólo los generales?



¡Oh, Suz..., doctora Duval! No me creo un general, y la luna sale para todos. Ven-ga.

¿Se puede tomar un poco de aire, doctor Casey?

Cuando las obligaciones lo permiten, ¿por qué no? No somos tan rígidos.



Hum... Esta es una fragancia casi tan buena como la de los prados alpinos.

Debe de echar mucho de menos a Suiza.



-Tanto que quizá ni siquiera se le pase por la mente el quedarse aquí. -No lo sé. Eso dependería de muchas cosas.



A todo esto, ¿sabe que voy a ayudar al doctor Moss en la operación del señor Pell?



¿Está segura de que quiere hacerlo, doctora?

Por supuesto, doctor Casey. ¿Por qué me lo pregunta?



Por nada en particular. Sólo pensaba...

Oliver Pell es una persona muy adinerada e importante, ¿verdad, doctor?



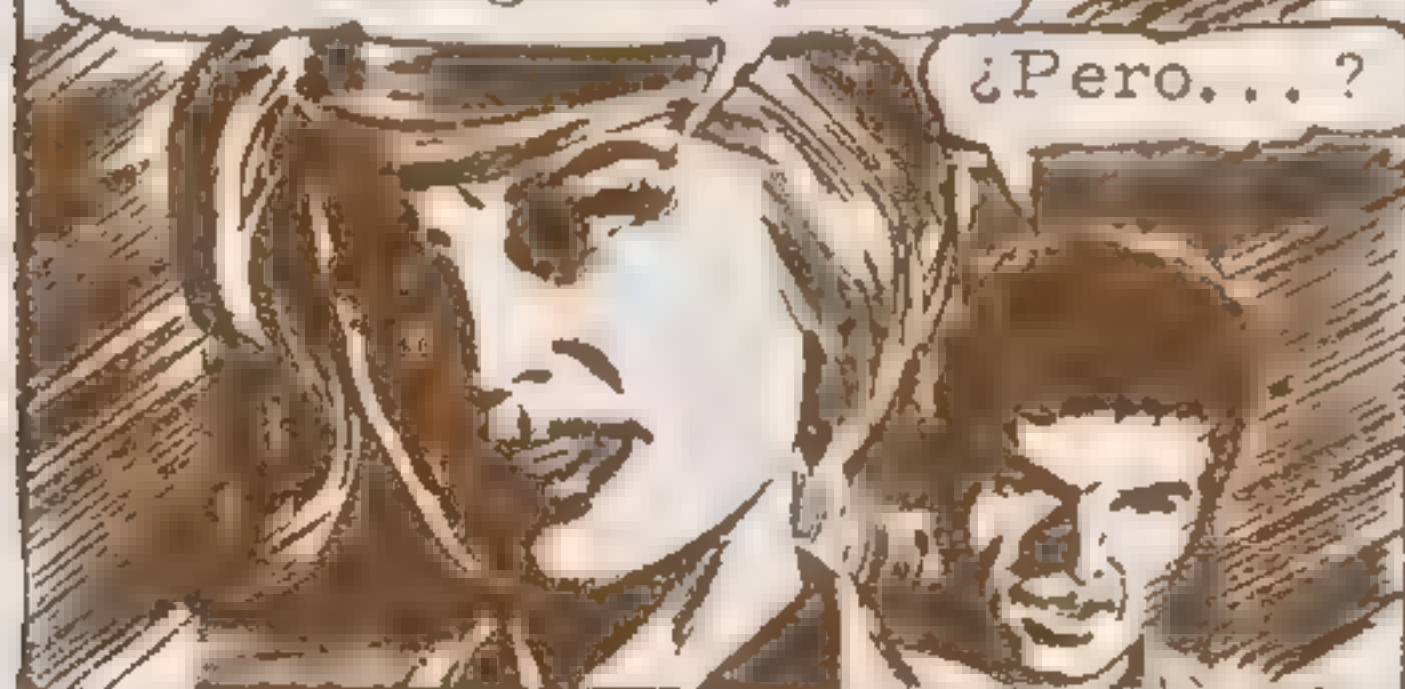
-Ambas cosas en sumo grado.

Espero, por el bien de él- y por el de David - que todo salga bien. Pero tengo una presunción...



Doctor Casey, estoy preocupada por el señor Pell. Una úlcera gástrica perforada no tiene que ser necesariamente grave, pero...

¿Pero...?



Tiene unos síntomas que..., bueno, se me ocurre que no son normales.



-Preferiré basar la medicina en hechos precisos más que en... la intuición femenina, doctora.

YO MISMA confecciono CAMISAS



en 3
Lecciones Serás
una Experta
CAMISERA

BASTA DE CURSOS
LARGOS Y CANSADORES!!!

Ahora solamente con 3 lecciones de nuestro curso, usted sabrá confeccionar camisas de Hombreres, Damas y Niños. Refaccionar cuellos y puños.

Usted sabe que una camisa de medida cuesta muchos cientos de pesos. Ahórrese la diferencia confeccionando y arreglando para usted y los suyos o para su venta.



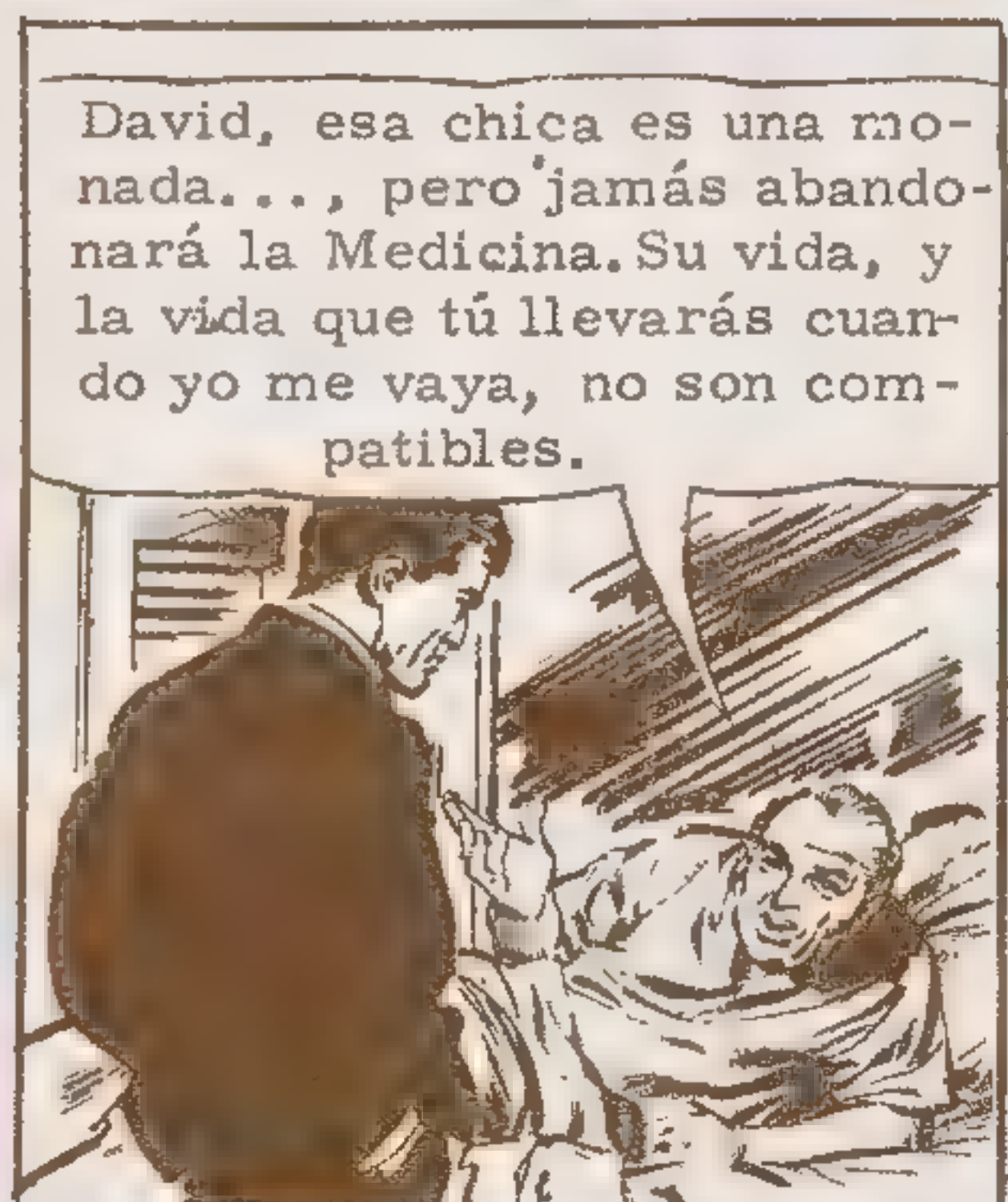
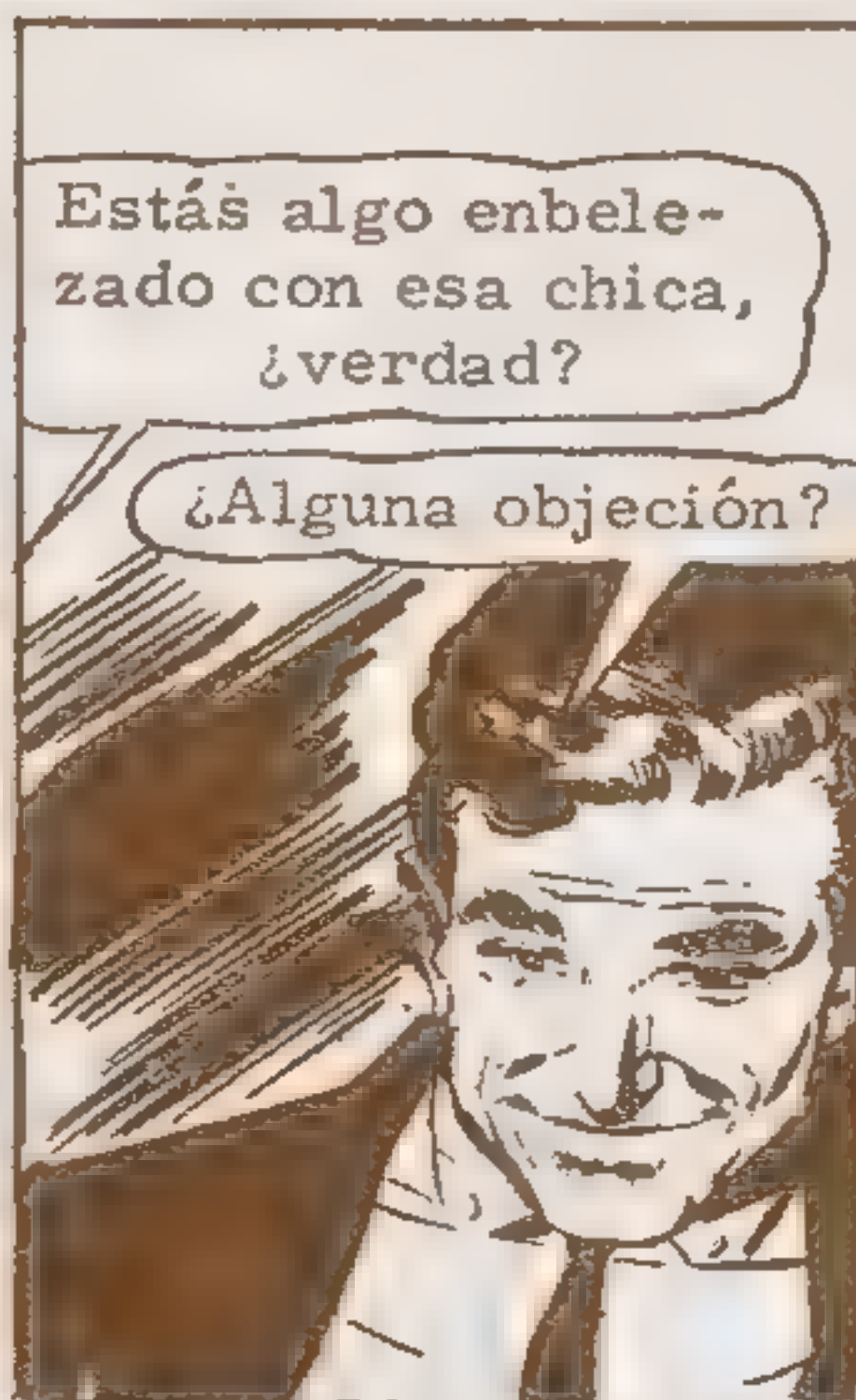
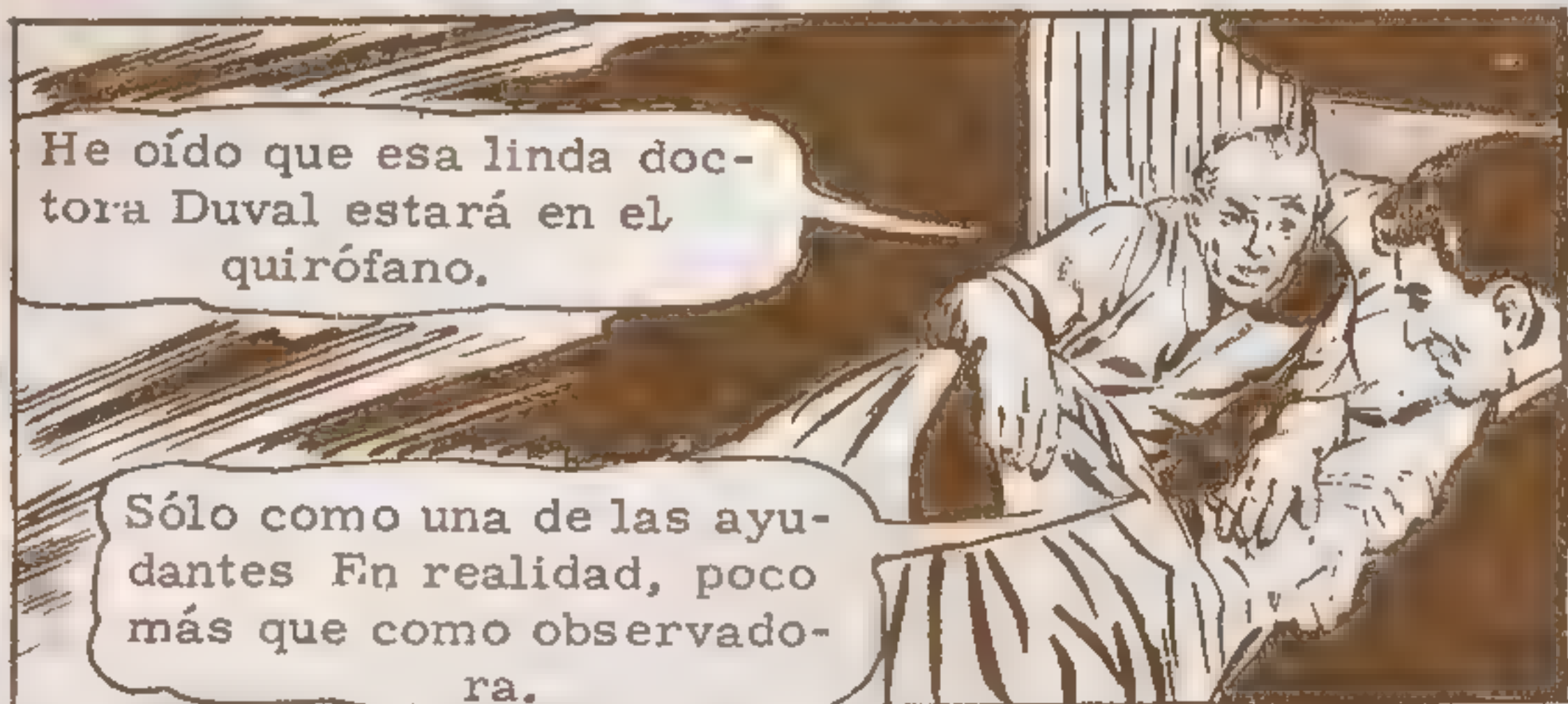
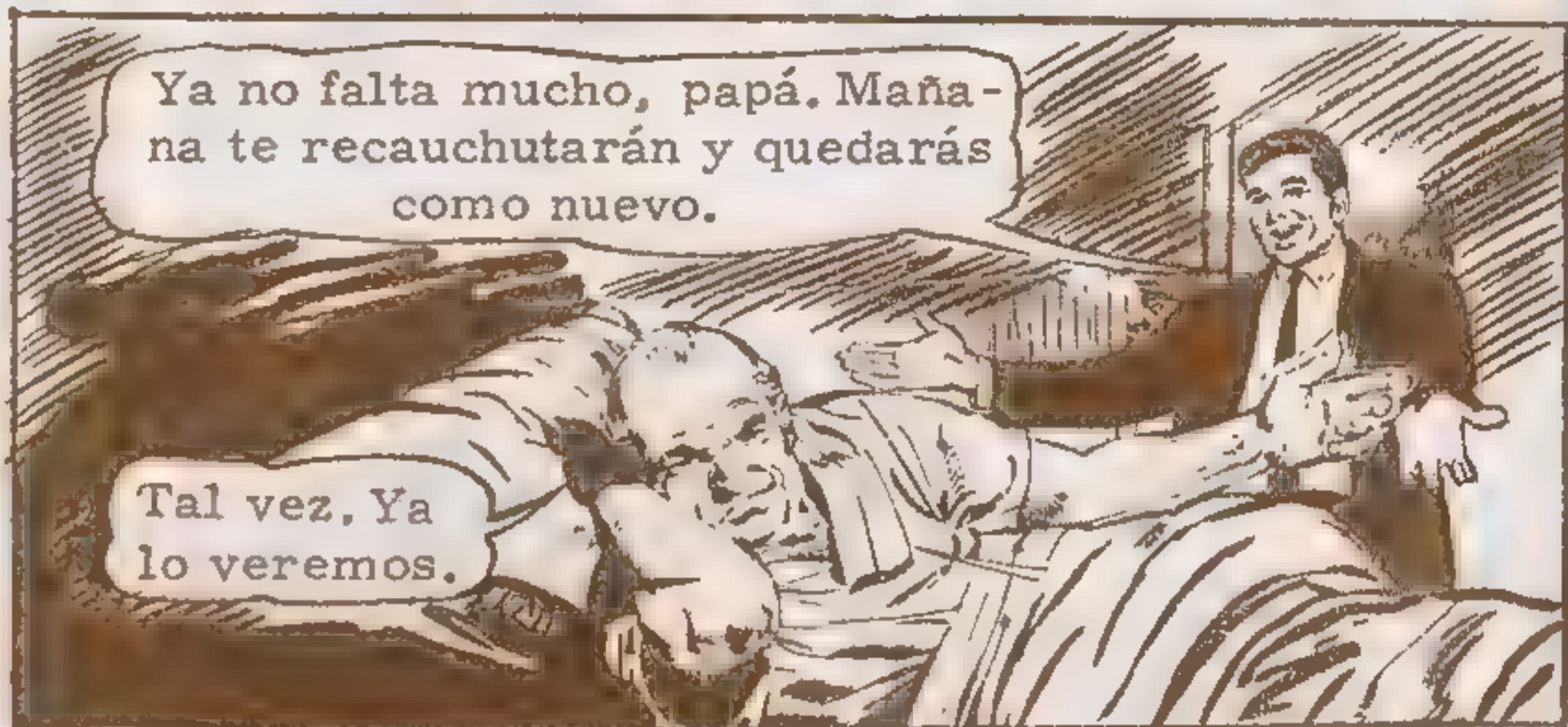
Academia
TACUARI

PRIMERA Y ÚNICA
ESPECIALIZADA
EN CAMISAS

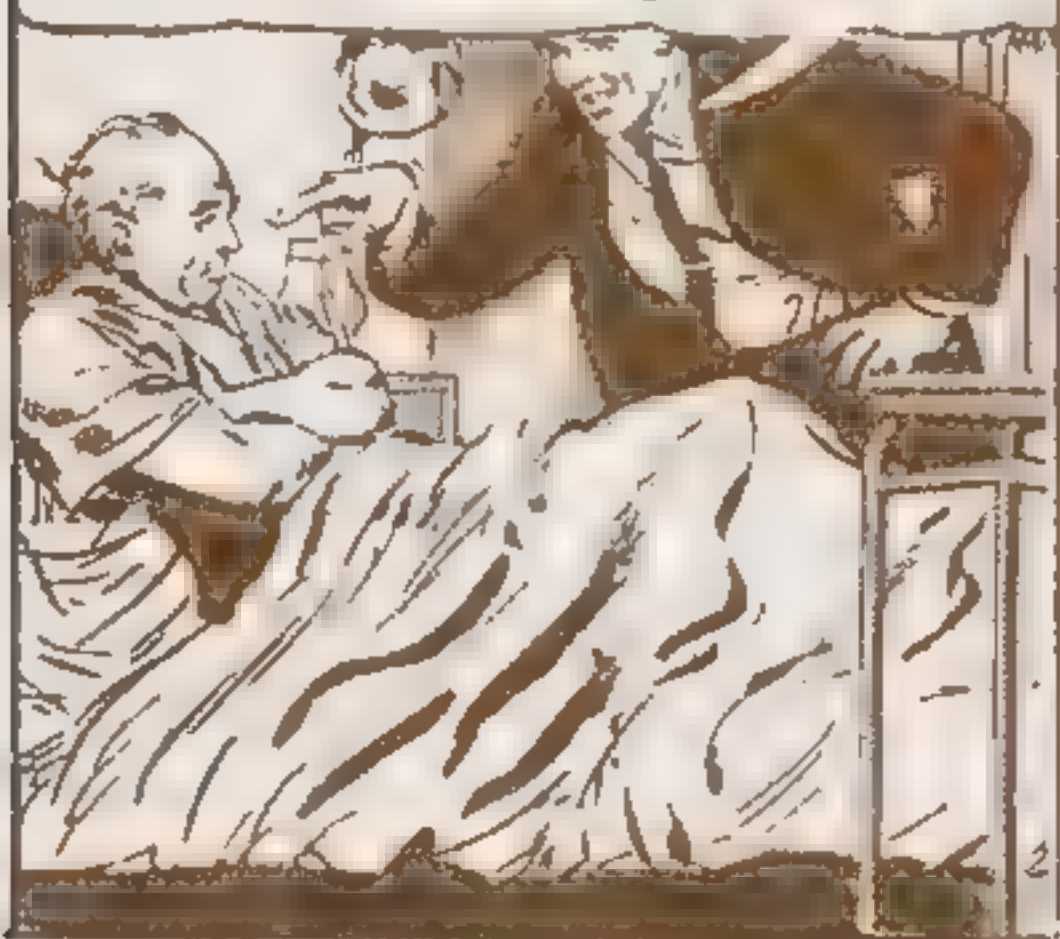
GRATIS sírvase enviarme informes del curso para aprender a hacer CAMISAS

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD
PROVINCIA

M O R E N O 8 7 6 Bs.As.



Yo me encargaré de que lo sean. Además tú estarás por mucho tiempo aún.



(Papá está equivocado, por cierto. No debí insistir en el tema de Suzanne, pero...)



¿A cenar, David? No lo sé... Trataré, pero antes tengo que hacer varias cosas.



Señor Pell, ¿puede obsequiarme con unas gotas de sangre?

Cómo no, pero sin duda podrá obtener otra mejor en cualquier parte.



Yo quiero la suya. Tenemos que saber por anticipado todo lo que se refiere a su sangre, antes de la operación. Es el procedimiento normal.



Está bien, Bombee.

Suzanne, ¿cenamos juntos esta noche?

Gracias, doctora Graham, pero tengo que salir no bien haga un par de cosas.



Señorita Porter, tengo prisa. ¿Me haría el favor de poner los nombres en estos tubos? En el de la derecha, el del señor Oliver Pell...



...y en el de la izquierda, el de la señora Henry Blake. Luego, póngalos al microscopio. Volveré en seguida.



Está bien, doctora.

Buenas noches, señor Pell. ¿Todo en orden?

Lo estaría, sino fuera por todos los ajetreos que uno tiene que soportar antes de una simple operación.



Pero es algo necesario. A todo esto, acabo de ver sus gráficos en la enfermería. Su sangre es de un tipo relativamente raro.



¡No puede ser!

Es del tipo AB-RH negativo. Lo tiene menos de una en cien personas.



¡Pamplinas! Recuerdo, desde mis tiempos de conscripción militar, que tengo el tipo común A.

Señor Pell, nuestro gráfico indica lo contrario. No puede ser el tipo de sangre que usted dice.



Todo lo que le puedo decir es lo que sé desde antes de venir acá.



Tal vez tenga razón. Investigaré. No hay de qué preocuparse, señor Pell.

(¡Nada de que preocuparse! ¡Sólo de algo que puede ser fatal!)



Doctor Casey, yo estaba de servicio cuando la doctora Duval hizo este agrupamiento de sangres.

Algo ha sucedido... y tenemos que averiguar cómo y por qué.



Recibí el mensaje de venir a verlo apenas llegara.



Doctora Duval, la sangre del señor Pell fue anotada como perteneciente al tipo AB. RH negativo, pero es del tipo A.

¡Imposible! ¡Yo misma hice el agrupamiento!

Lo sé, doctora..., y ha cometido un terrible error, que pudo haberle costado la vida al señor Pell.



Su error ha sido inexcusable, doctora. Los rótulos se aplican a los frascos de sangre en la propia habitación del paciente, no en el laboratorio.



Luego, al decirle a la señorita Porter que usted estaba con mucha prisa, señaló dos muestras y le dijo a ella que aplicara los rótulos.



Indicó derecha e izquierda. Pero la señorita Porter estaba en una posición opuesta a la suya.



Ella también se equivocó, desde luego, pero usted fue la responsable del infortunado incidente.



Doctora Duval, estoy seguro de que usted conoce nuestro procedimiento en materia de agrupamiento de sangres. ¿Qué preocupación..., qué prisa pudo haber tenido?



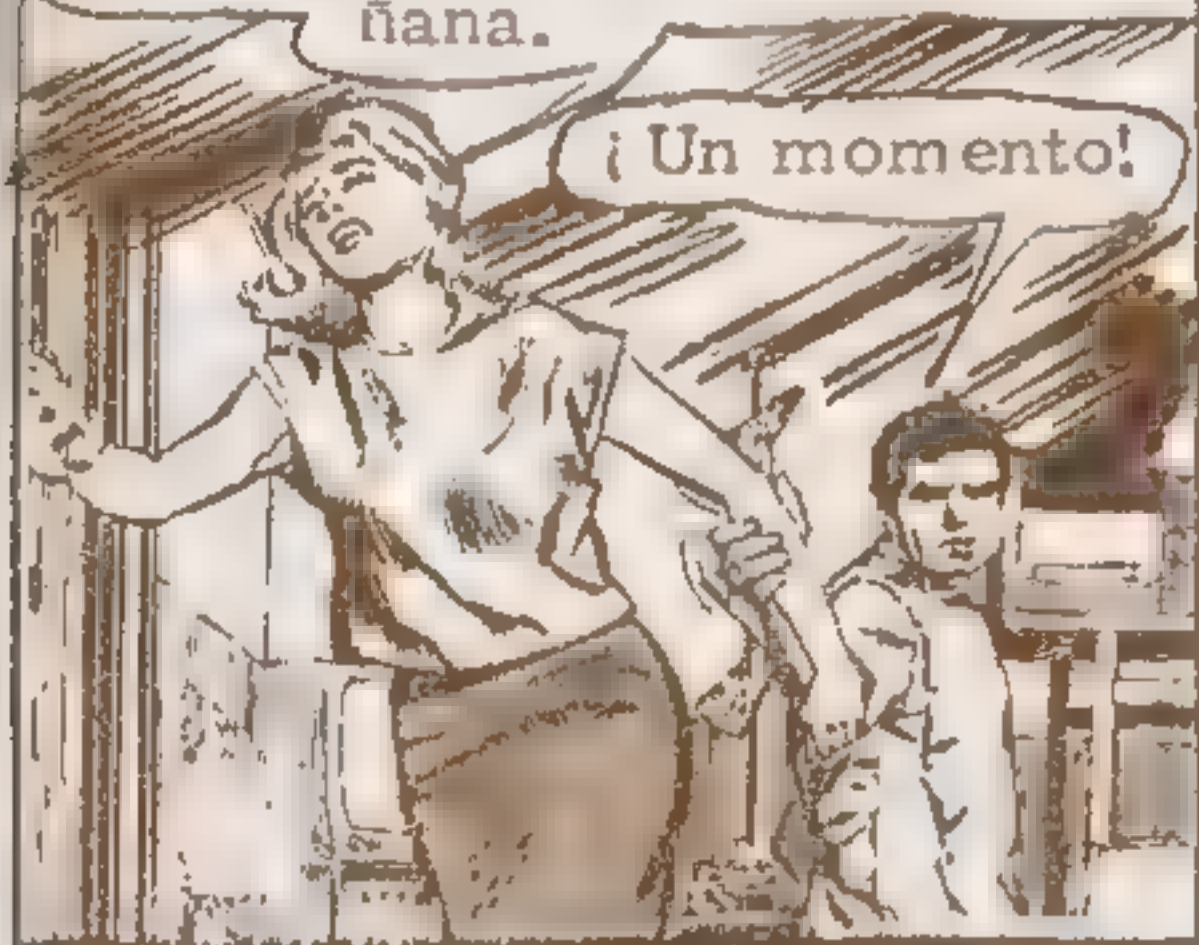
¡Por favor...! Estaba preocupada, pero sé que eso no es excusa.



Tal vez yo pueda ayudarla, si es que hay algo que la mortifica.

No..., creo que no. Y quizá sea mejor que me excuse de asistir a la operación de mañana.

¡Un momento!



¿Aceptar que usted no esté presente en la operación? No, doctora Duval. Es precisamente eso lo que usted necesitará.



Dramatizar la continuada atención y dedicación que, según se supone, son inherentes a nuestra profesión.



Además, creo que esa imagen del profesional médico lo sentará bien. Ahora vaya a descansar y a relajar sus nervios.



Ben tiene dificultad en conciliar el sueño. Entonces...



¡Pase!

Doctora Duval, creo que le ordené ir a descansar.

Olvidé decirle lo agradecida que le estoy por su escrupulosidad. Me salvó a mí tanto como al señor Pell, y usted lo sabe.



Sólo cumplía con mi deber, doctora...

¡Su deber! Sí, ya lo sé. Pero es lamentable que el cumplimiento de su deber haya podido costarle caro a usted mismo.



Escúcheme, Ben Casey. ¿Cuándo comprenderá lo maravilloso que es ser humano?



¿Por qué tendría que ser como una máquina movida por botones? Es mucho lo que usted se pierde, doctor Casey.



Se me ocurre algo...: ¿cuánto tiempo hace que no besa a una linda chica?

¿Cómo...?



Le he hecho una pregunta, doctor. ¿Cuánto hace que no besa a una linda chica?

En este momento no tengo presente la estadística, doctora Duval.



Entonces ayudemos a su frágil memoria, doctor.



A la mañana siguiente, mientras Oliver Pell entra en el quirófano...

Hasta luego, papá. Todo saldrá a pedir de boca.



Buena suerte, y esté alerta ahí dentro. El doctor Moss irá dando una explicación de los sucesivos pasos de la operación.



Y una cosa más: olvide lo sucedido anoche. No hay que atormentarse por los errores que cometemos.

¡Sí, doctor Casey! (Pero no todo lo sucedido anoche fue error, doctor.)



¡Caramba! No creí que encontraríamos esto. Pero así son de insidiosas estas cosas.



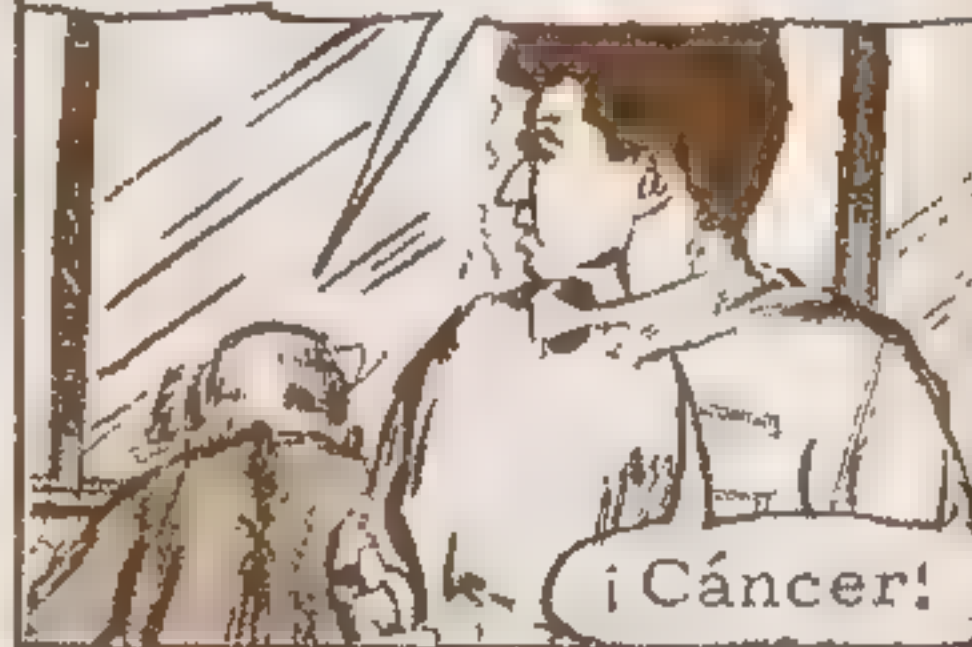
Tres horas más tarde...

¿Qué tal salió?
¿Donde está el doctor Moss?



Hablando con David Pell...

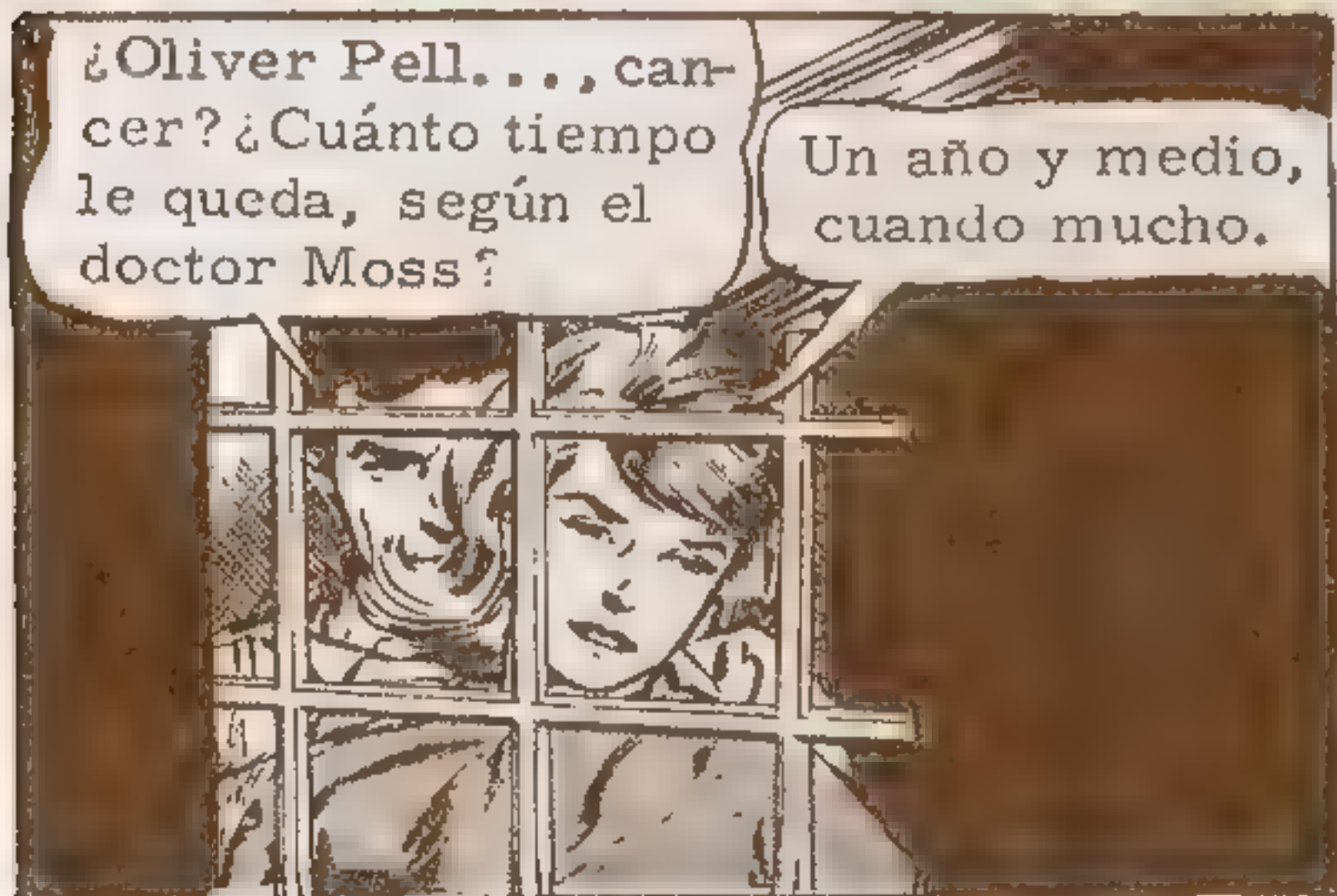
Diciéndole que la úlcera de su padre era una cosa..., pero... que un carcinoma gástrico inoperable es otra cosa.



¡Cáncer!

¿Oliver Pell..., cáncer? ¿Cuánto tiempo le queda, según el doctor Moss?

Un año y medio, cuando mucho.



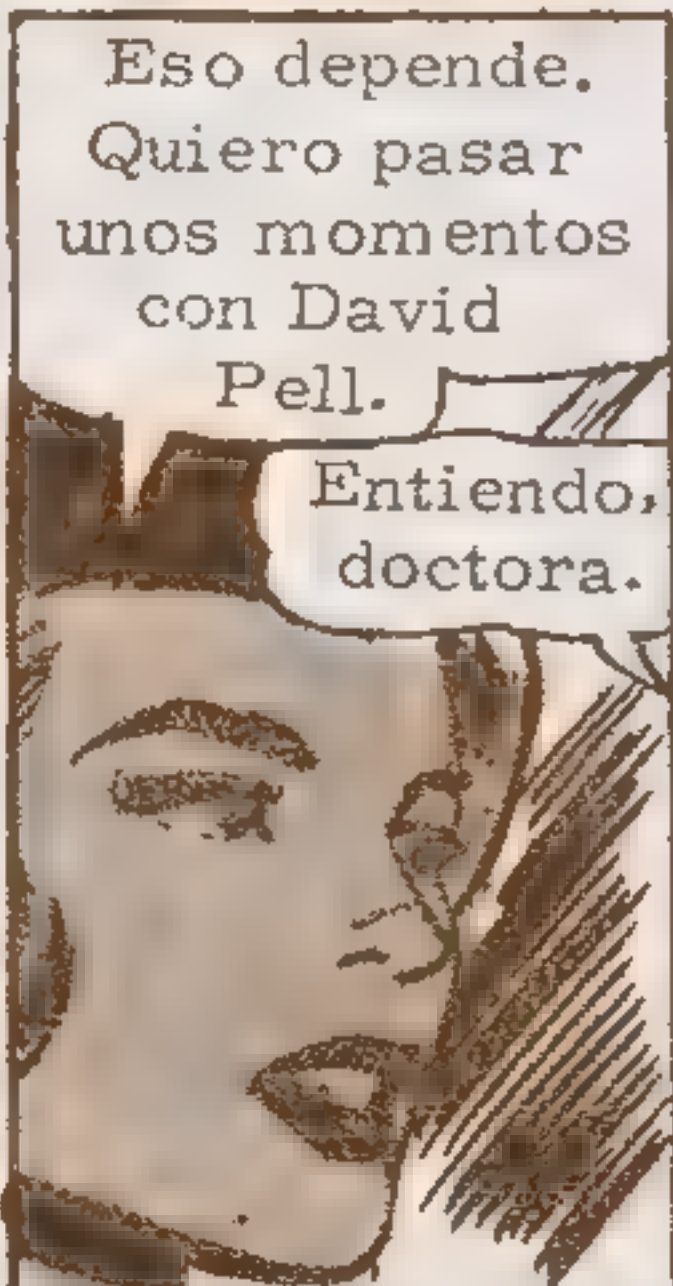
Doctor Casey..., ¿podría hacer un cambio en mi horario de esta noche?

Si es algo importante...



Eso depende. Quiero pasar unos momentos con David Pell.

Entiendo, doctora.



SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION



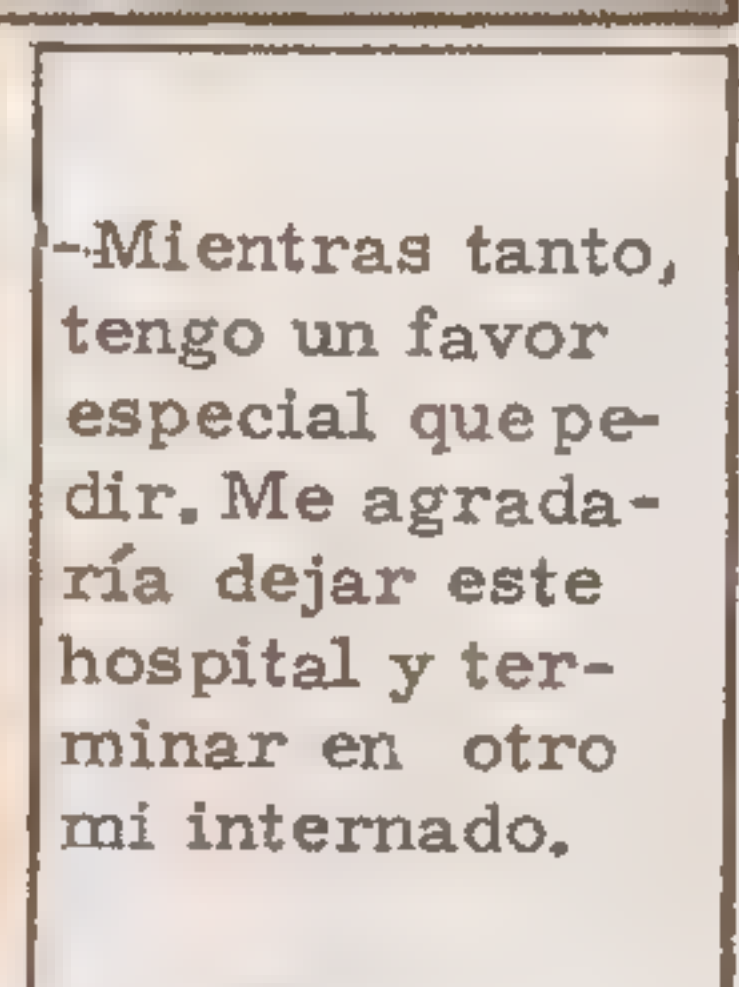
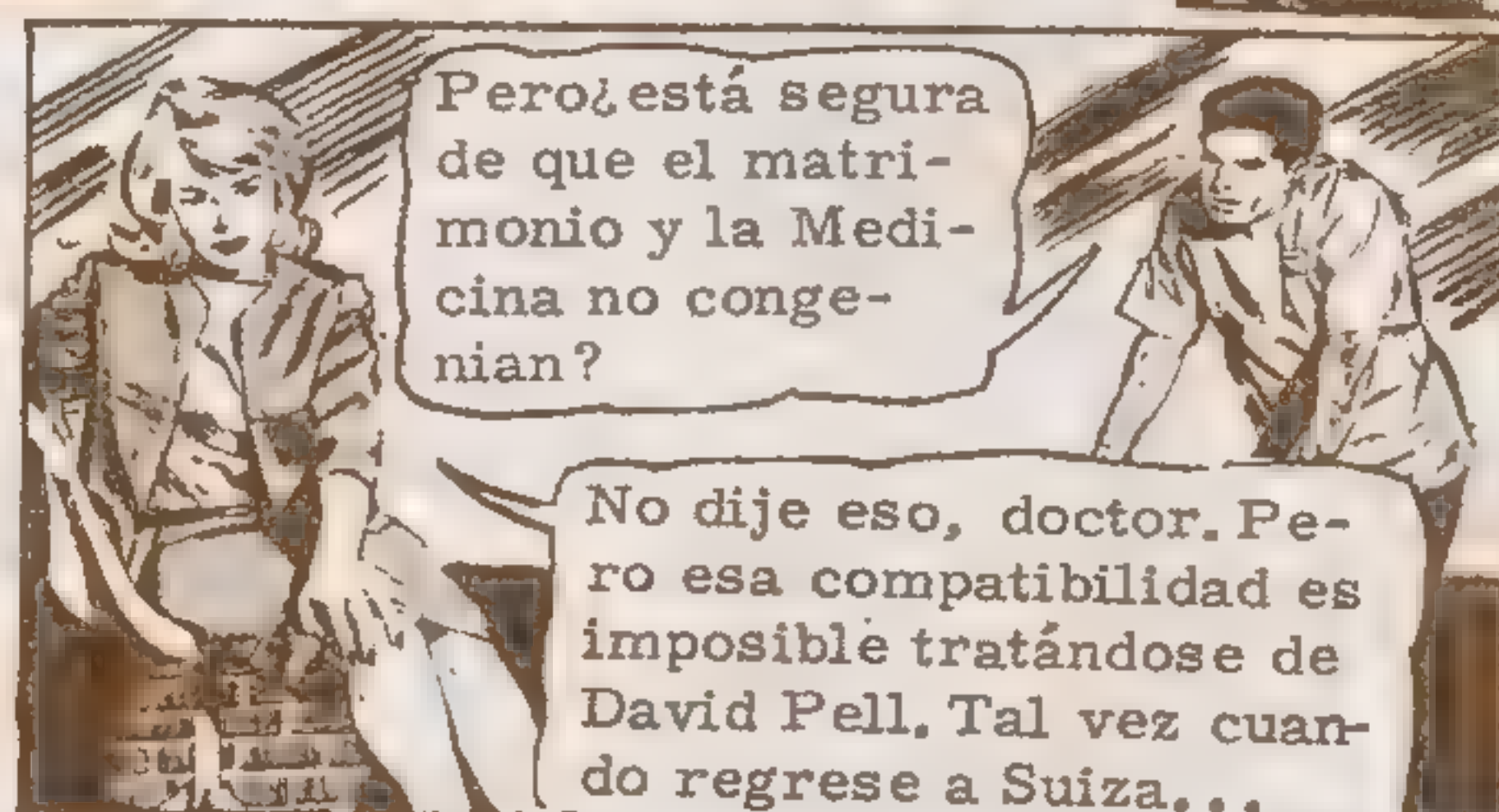
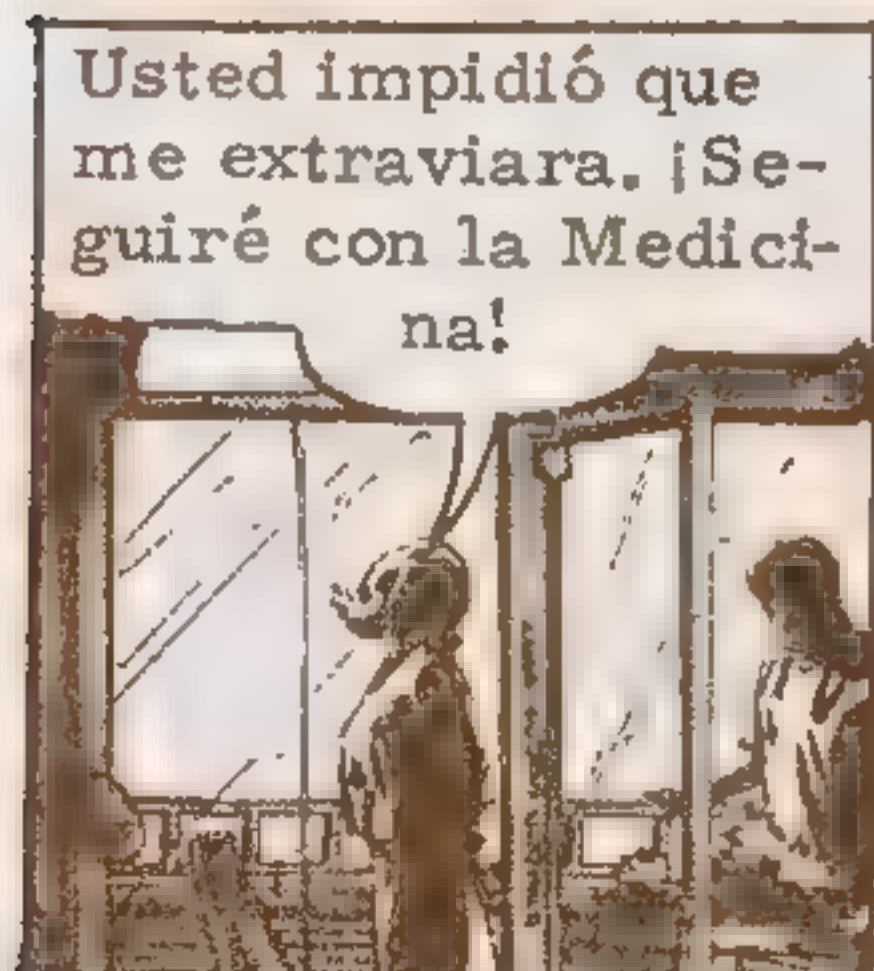
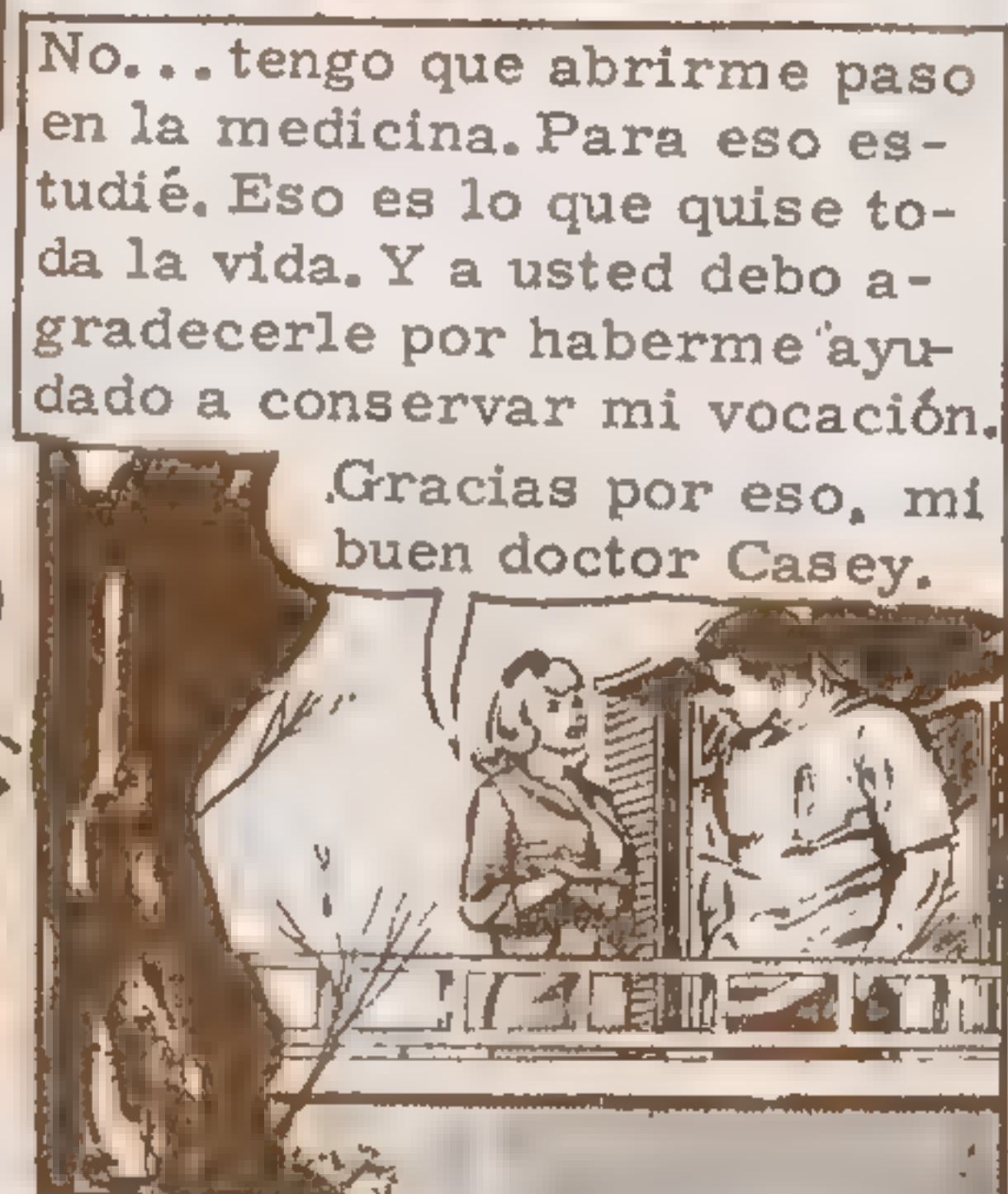
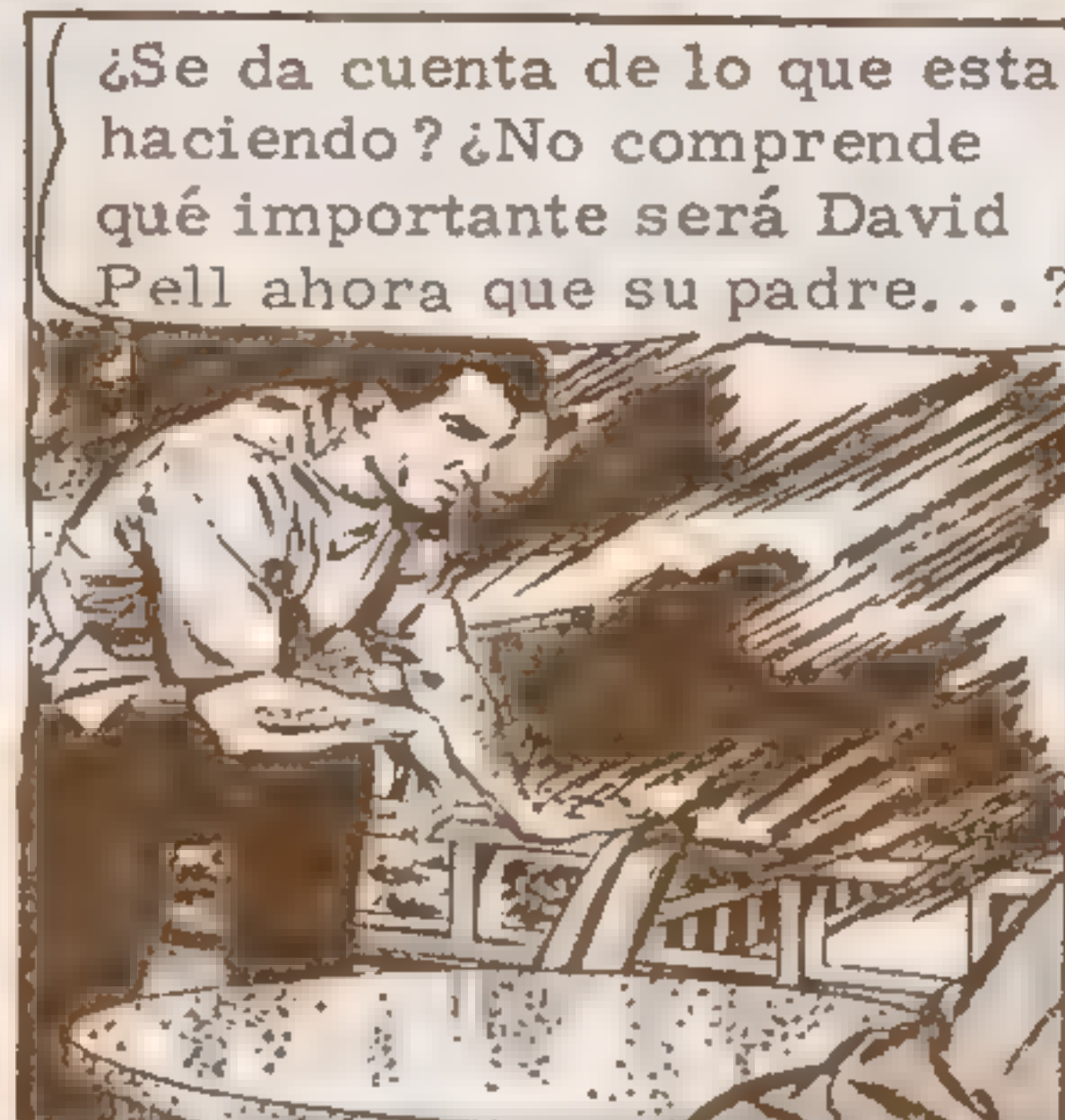
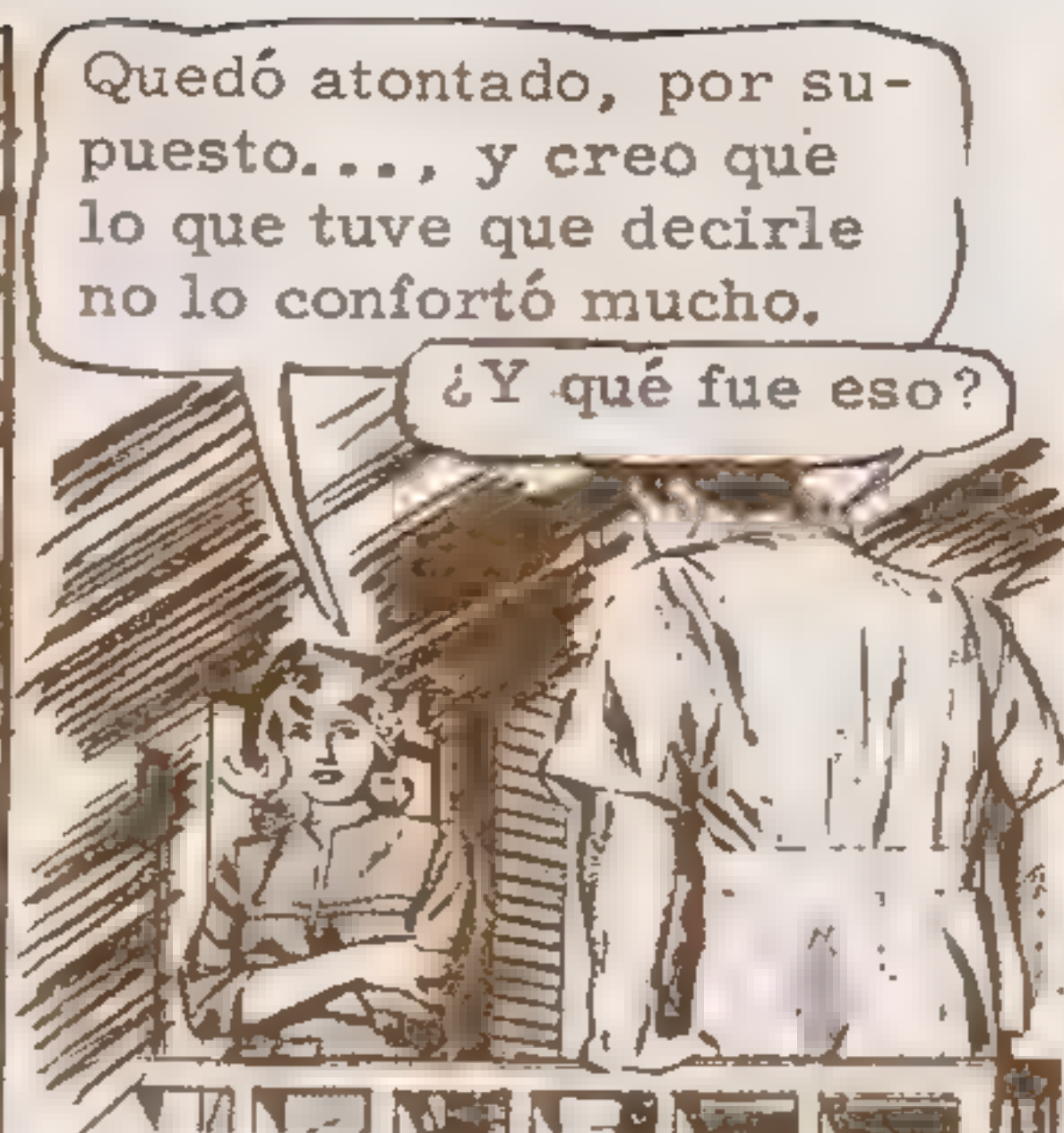
ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO

A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO EN SU DOMICILIO
INSCRIPCIONES LIMITADAS

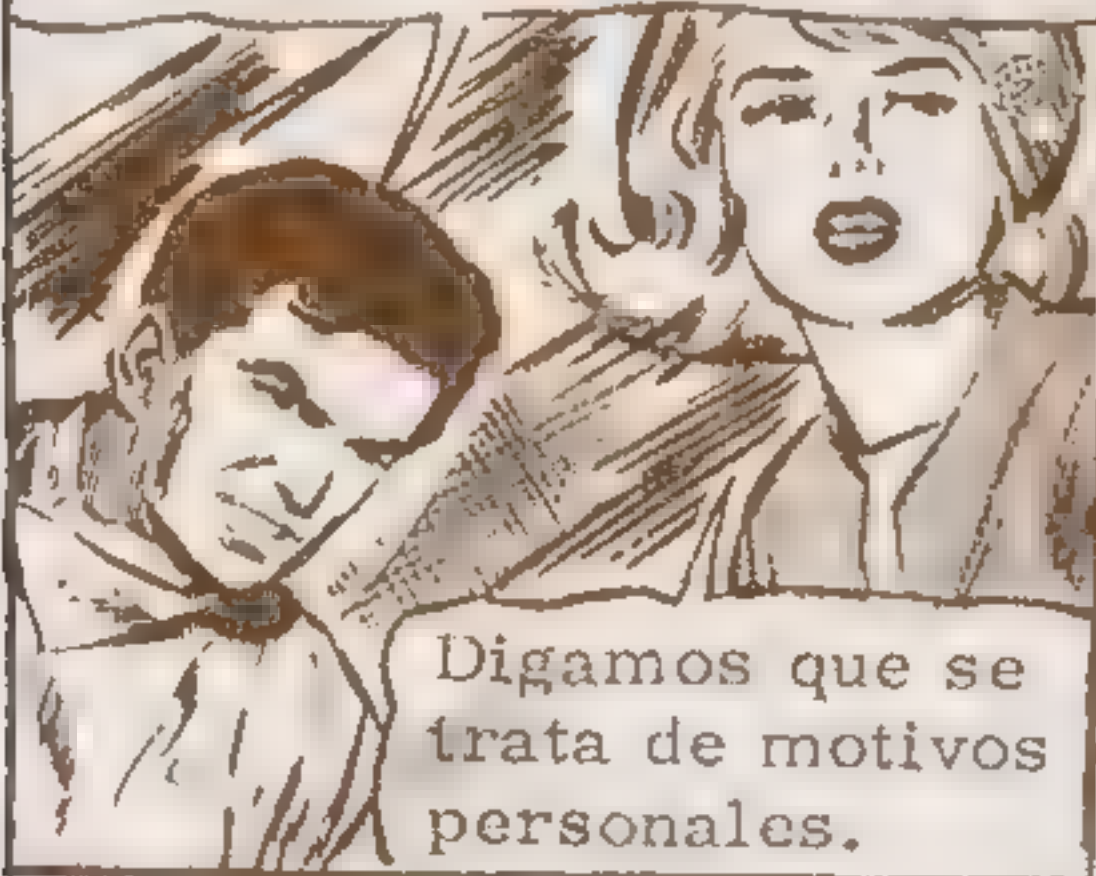
CURSOS de DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO N° 1790
BUENOS AIRES



¿Terminar su internado en otro hospital? Eso es sumamente irregular, pero además ¿hay alguna razón?



Si esa es su decisión, estoy seguro de que el doctor Zorba no se opondrá.



Y espero que alguna vez vaya a Suiza, a visitar la clínica de mi padre.



Tal vez Suzanne no deje este hospital por el motivo que tú dices.



Será un placer.



Suzanne nos deja, Maggie. Pero creo que ahora David Pell ya no es un obstáculo en su carrera; ella está cometiendo un error.



Quizá se trate de algo o alguien que para ella representaba una complicación sentimental que no podía superar.



Algunas mujeres no saben a dónde las conducen sus sentimientos..., mientras que otras... están seguras



Lamentamos perderla, doctora Duval, pero nuestra pérdida será una ganancia para el hospital Mercy.



Ben, tenemos que hacer una recorrida.



Sólo un minuto... más...



UNA LUZ EN LA PLAZA

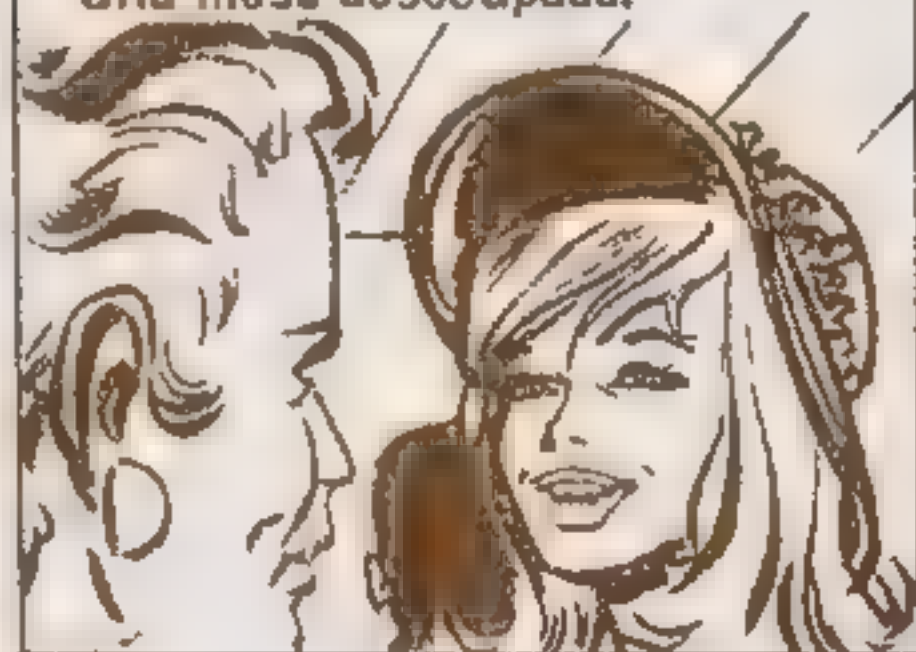
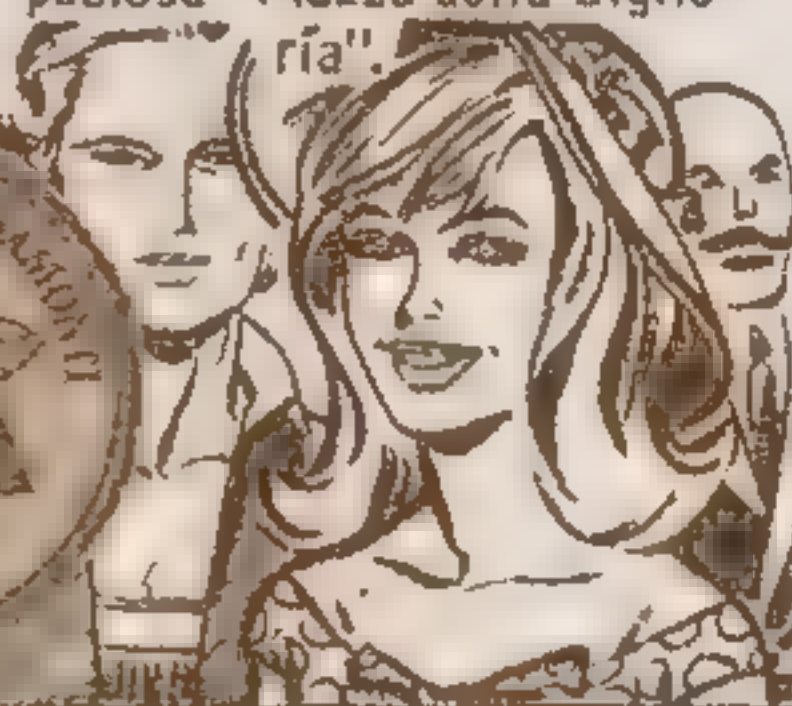
Por ELIZABETH SPENCER

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE MARTHA BARNES

Cierta tarde de junio, al caer el sol, una norteamericana y su hija se abrían paso por una calle florentina atestada de viandantes y entraban por fin, con alivio, en la espaciosa "Piazza della Signoria".

Después de un día sin tregua, caminando sin cesar, guía en mano y al sol, estaban exhaustas. Aquél café frontero al "Palacio Vecchio", era uno de sus lugares predilectos. Se dejaron caer en las sillas que rodeaban una mesa desocupada.



La señora Margarita Johnson miraba el paisaje, bajo la clara luz vespertina, en la que no quedaba una sola sombra. La masa, densamente apretada de la ciudad, ocultaba el sol.

(Aquí es posible olvidar la tristeza de tantos años de toda mi vida.)



Fijó los ojos en el espléndido palacio antiguo y trató de no recordar. En torno del alto campanario almenado revoloteaban unas cuantas golondrinas. Clara, la hija de la señora Johnson, bebía despreocupadamente una naranjada.



La voz cantarina de Clara la sacó de sus cavilaciones. Cualquier relato despertaba su interés.

¿Qué ha sucedido en esta plaza, mamá?

El recuerdo no es muy feliz, pero, si te interesa tanto... Mira aquella estatua de Miguel Angel. ¿La ves?



Clara siguió la mirada hacia donde indicaba su madre.

Pues era un predicador, y como decía la verdad, y eso molestaba a la gente, lo quemaron vivo.

¡Quiero verlo!



Saltó Clara antes que su madre pudiera detenerla. Corría con la cabeza gacha buscando la loza recordatoria. La joven parecía una niña; la señora Johnson la miraba tristemente.

¡Cuidado, Clara!



La advertencia llegó demasiado tarde. Al correr sin mirar donde ponía los pies, Clara se encontró de pronto en los brazos de un joven. Allí salió volando el sombrero de paja que había comprado en "Fiésole", revoloteando graciosamente. El muchacho italiano corrió tras de él y logró alejarlo aún más, una y otra vez.



Corra usted. No quiero perder mi sombrero nuevo. Allí está. Vamos ahora, atrápelo.

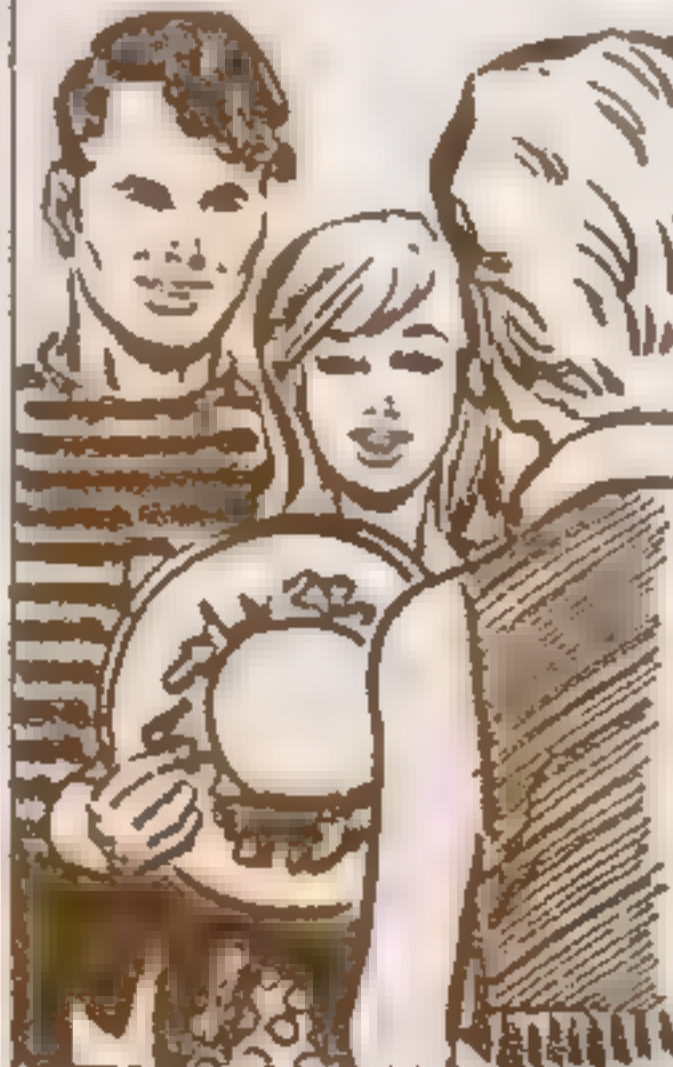


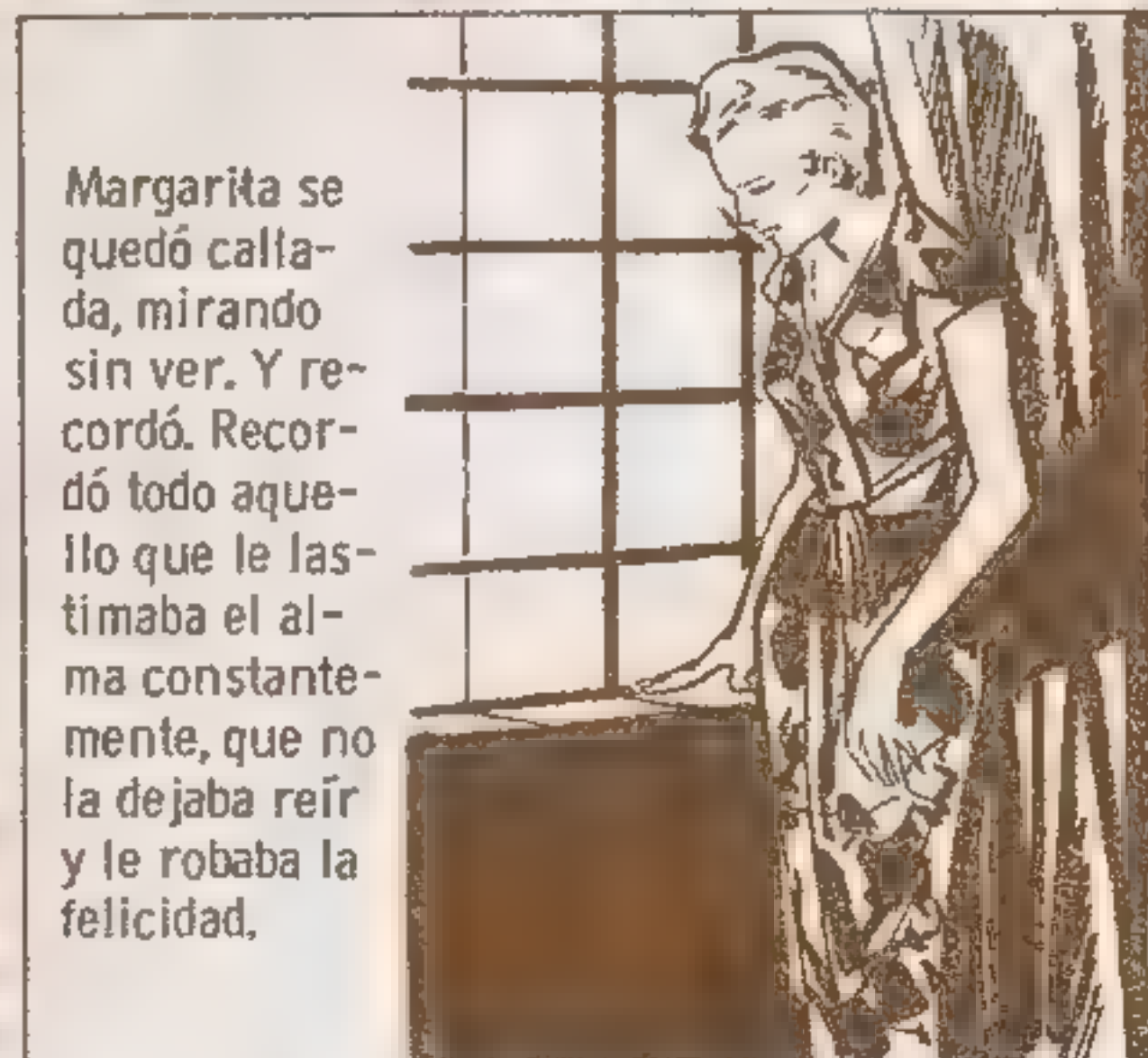
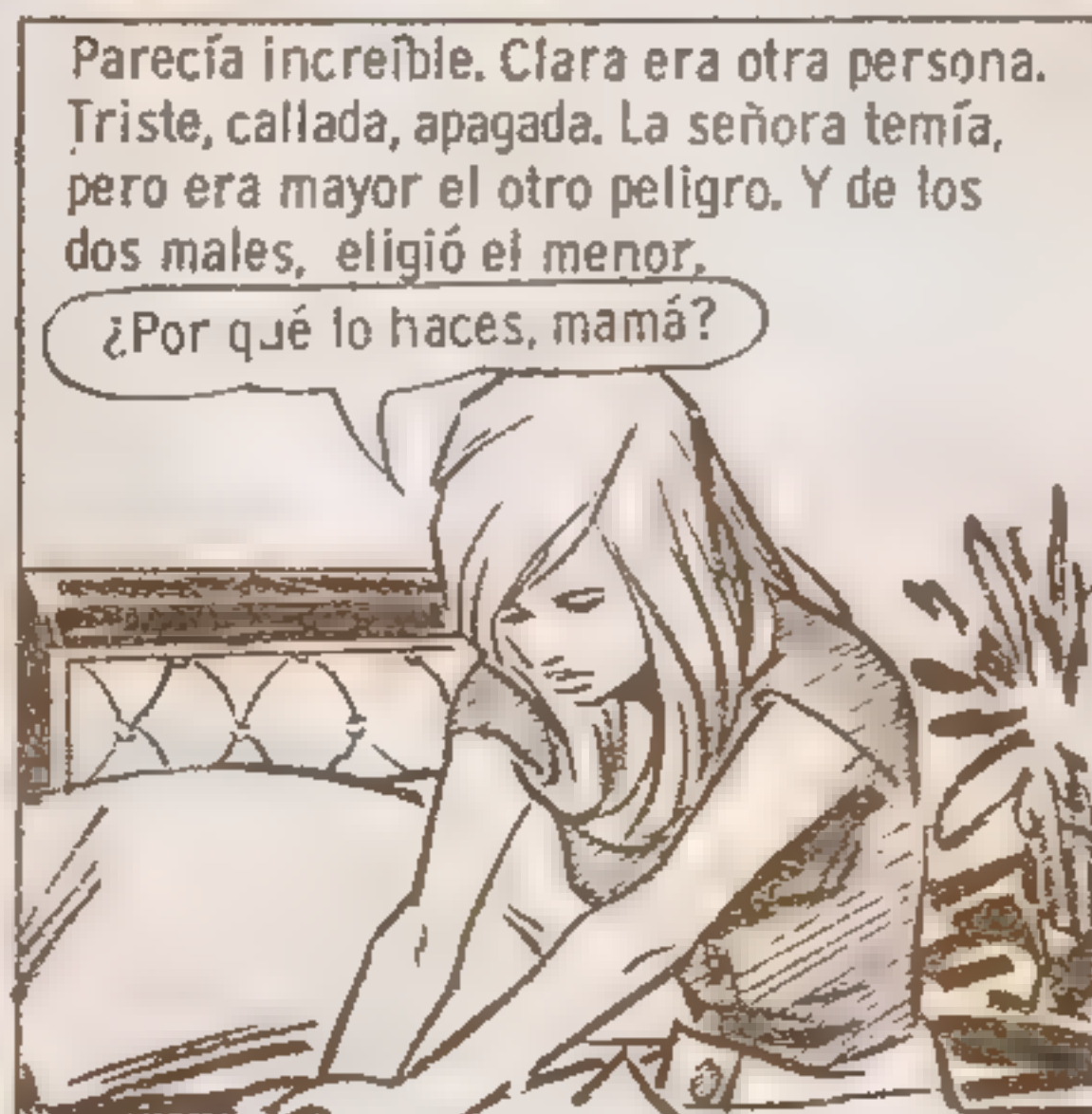
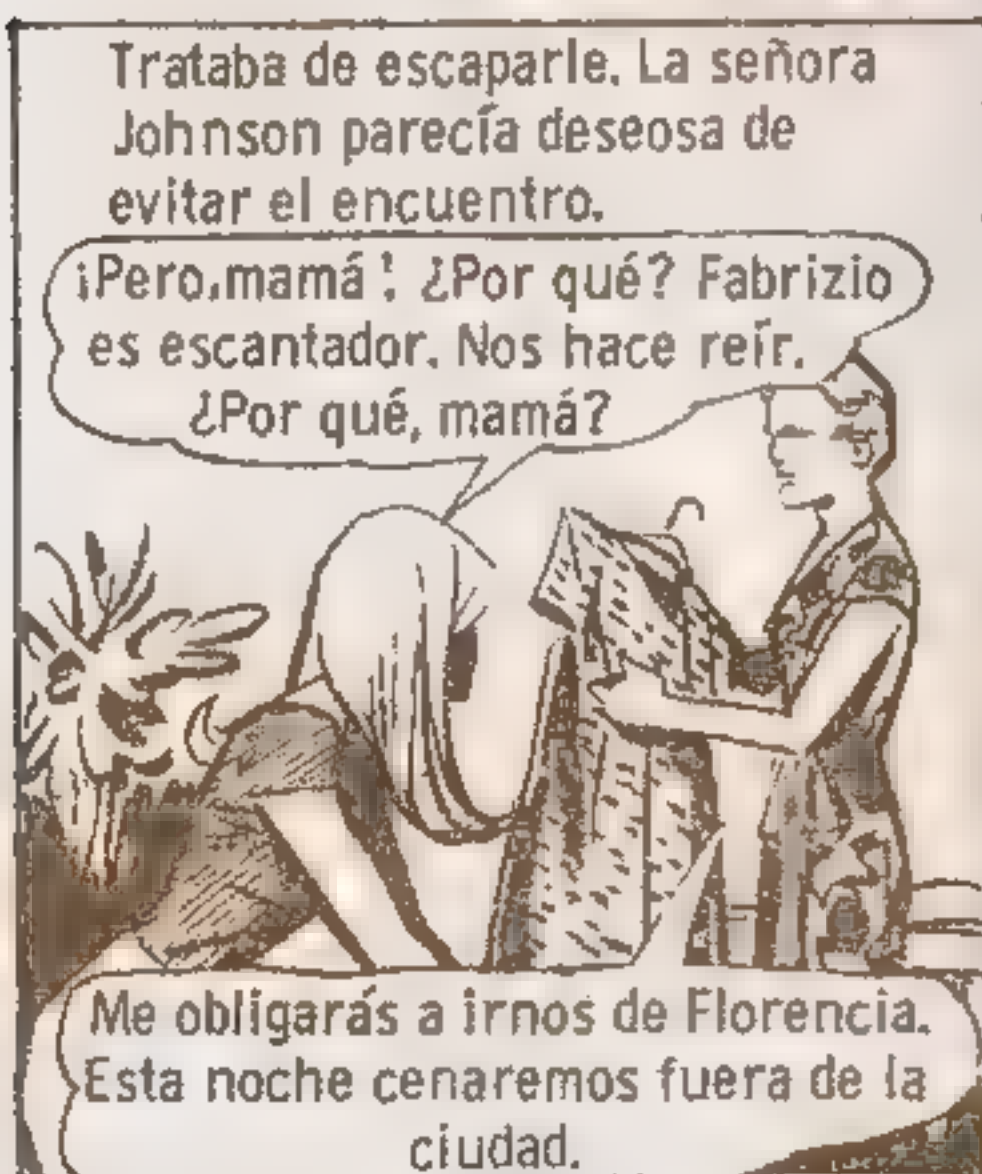
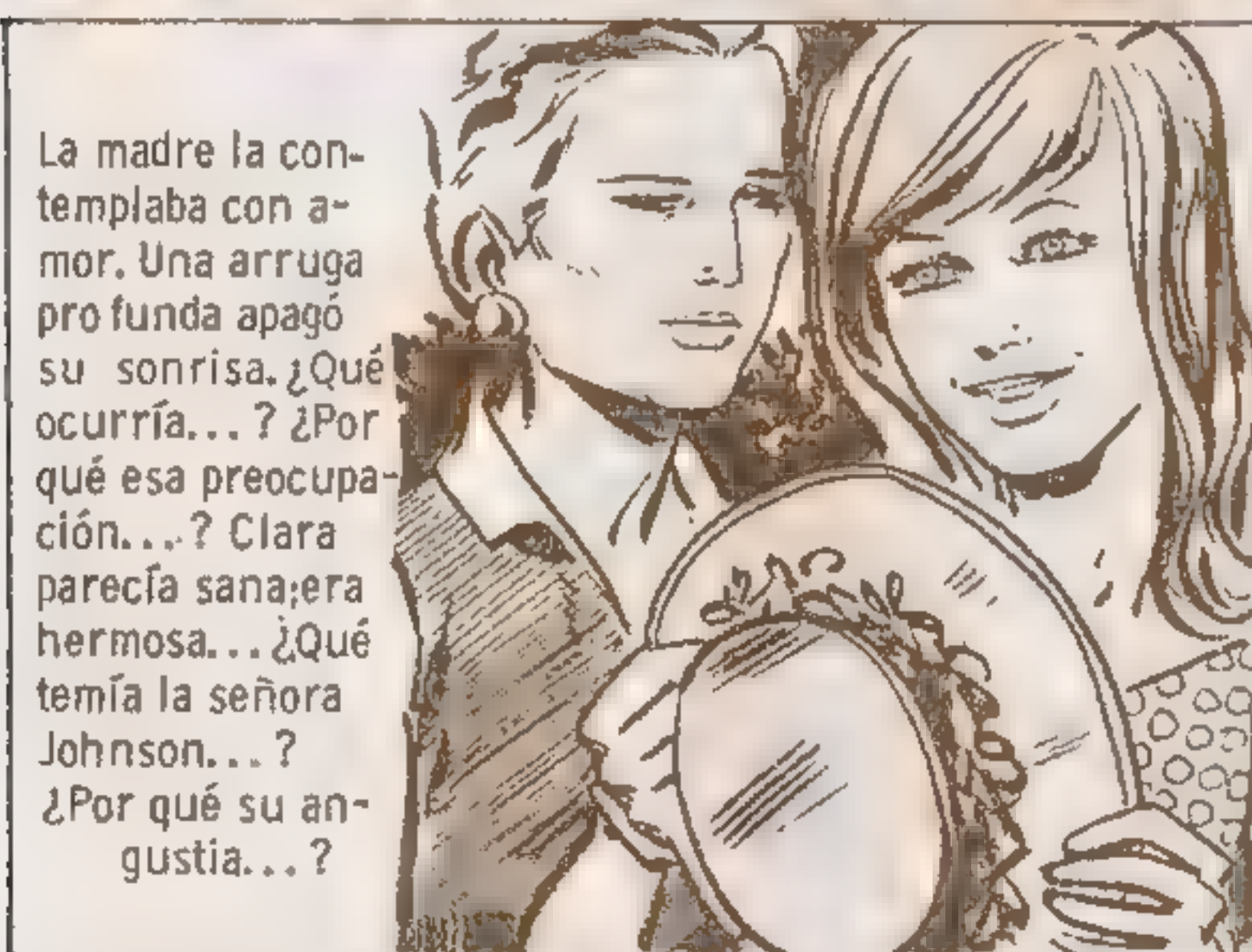
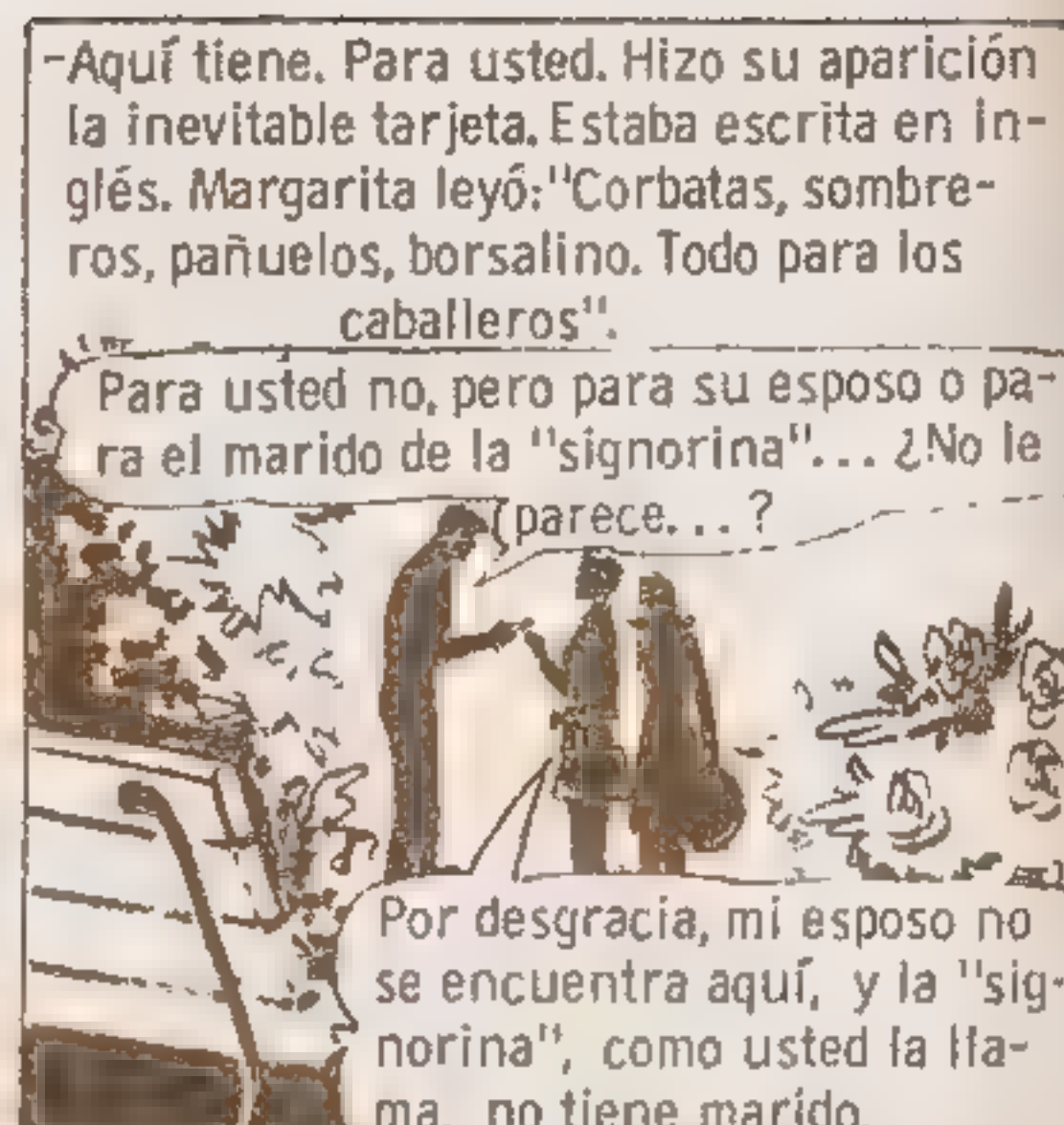
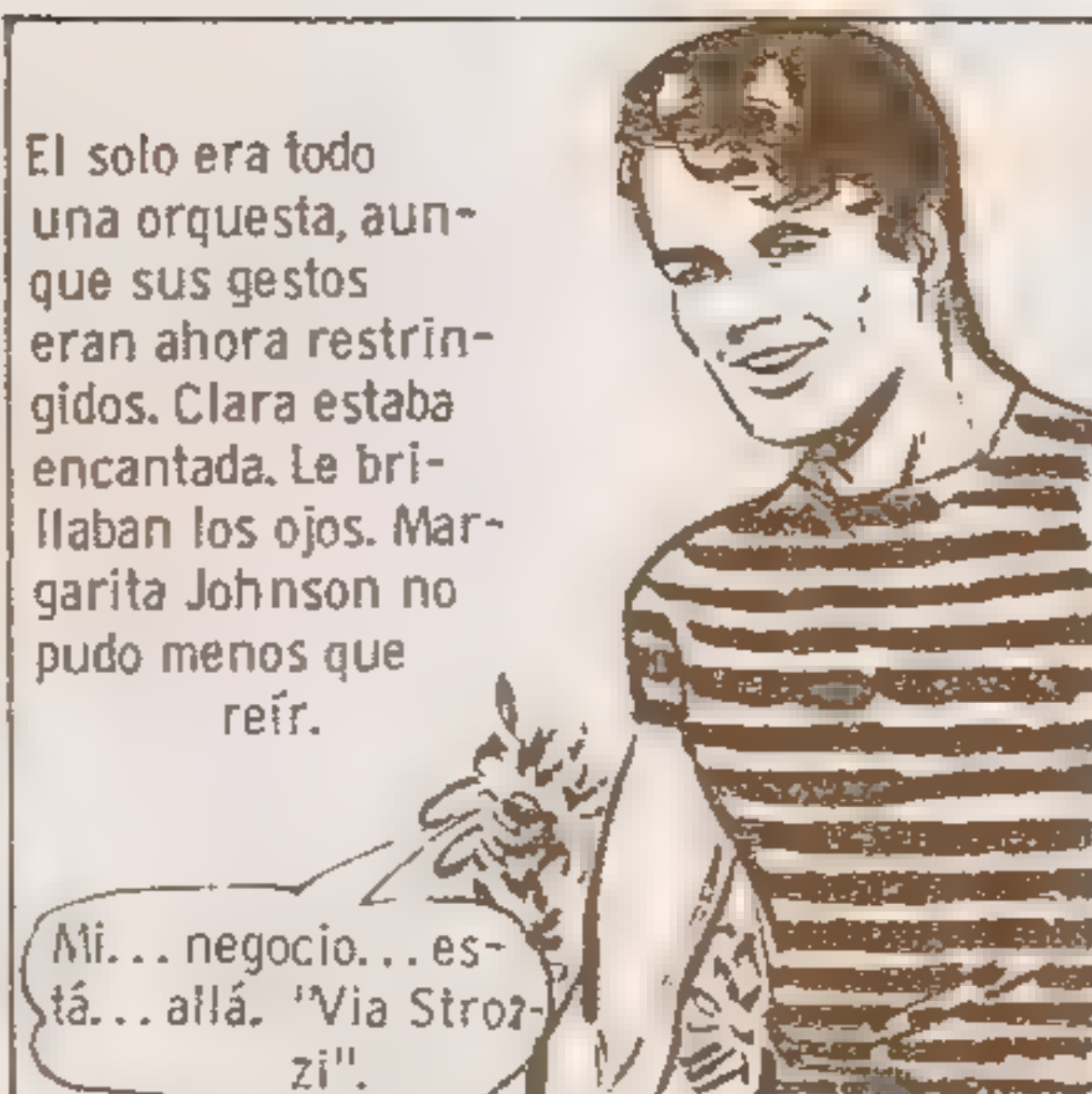
El triunfo del muchacho italiano fue heroico. Ahora regresaba sonriente, demasiado airoso para ser verdad. No corría una sola brisa, ni un soplo de aire. Entonces...

"Signorina..."



La señora Johnson miraba cómo hablaban animadamente. Reían y se encaminaban hasta el lugar donde ella estaba quieta, sin poder moverse. Frente a aquellas dos caras juveniles y radiantes tan próximas a ella, tuvo buen cuidado de no hacer demasiado cordial su sonrisa.





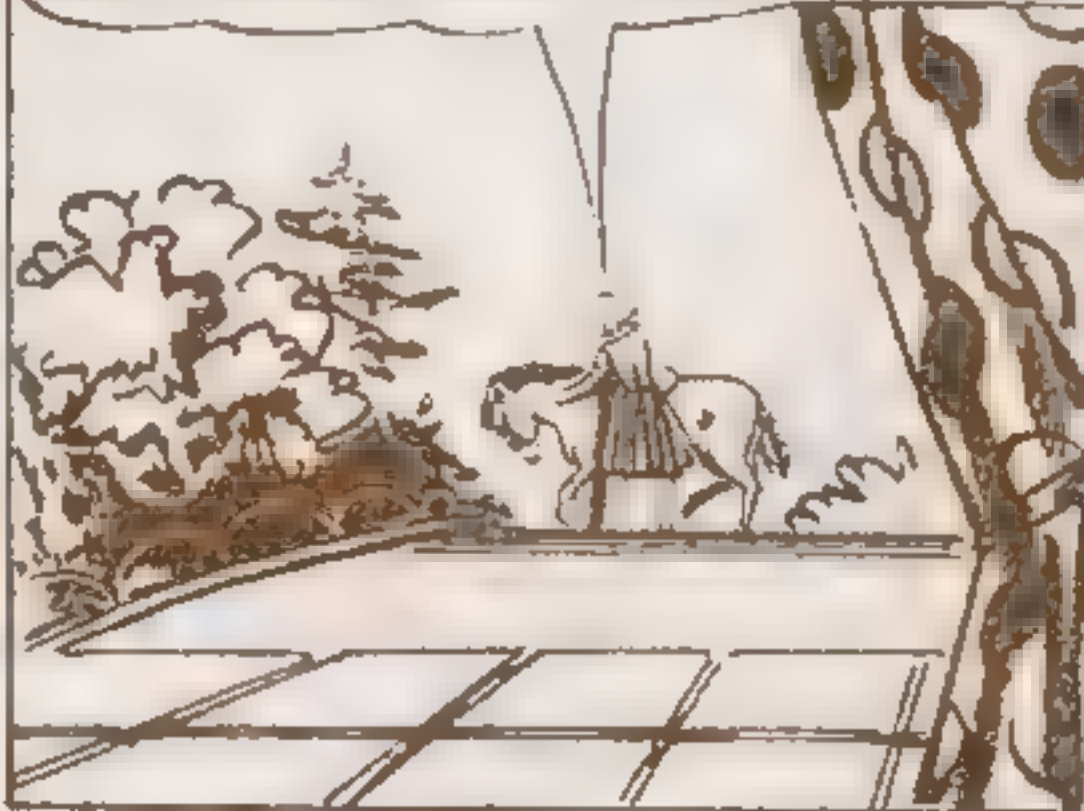
La señora Johnson estaba en la ventana de su dormitorio mirando hacia el parque. La mañana era radiante. Todo invitaba a cantar y a vivir. Clara tenía entonces diez años.

¡Cuidado, Clarita, con ese petiso!
¡Es terrible cuando se impacienta...!
No lo molestes.



Clarita jugaba con "Shetland", un petiso de muy mal "genio".

Déjame subir. No seas egoísta. No te lastimaré. ¡Mira qué linda está la colina! Nos haremos una carrerita... ¿quieres?



La niña insistía. Sólo deseaba subir. El petiso pastaba. Fue un instante apenas. El petiso arremetió contra la niña. Cayó sin un sólo quejido. Quedó tirada en la alfombra verde de la pradera.



Lo que ocurrió luego fue terrible. Los mejores médicos de la ciudad atendieron a Clara. Una enorme herida en forma de media luna en el lado derecho de la cabeza. Noches en vela junto al lecho de la niña que parecía muerta. Días enteros rogando a Dios para que le devolviera la salud.



Sólo diez años tenía Clara. Aquella tremenda herida, abierta ahora como una flor siniestra, cicatrizaría pronto. Los médicos lo habían asegurado. Dios siempre escucha los ruegos de las madres.



Todo ha pasado ya... La niña es sana, y pronto volverá a correr por la pradera.

No se vio en el primer momento lo que en verdad era el drama sin solución, sin remedio. Clara se repuso con facilidad. La cabeza perfecta de la niña, totalmente rapada fue en un principio motivo de juego y de risas.

¡Parezco un "muchachito"! ¿Verdad que estoy linda, mamá?

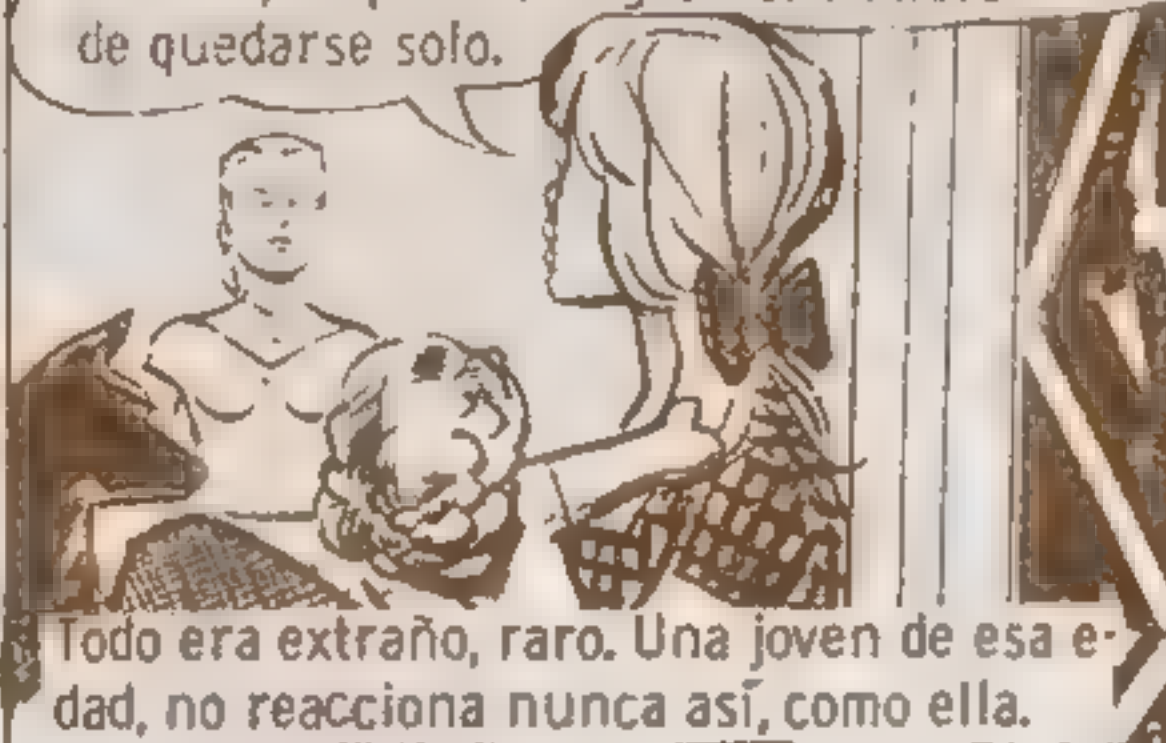


Pero a medida que Clara crecía, que dejaba atrás su niñez, se comenzó a comprobar lo que los médicos habían temido en silencio, desde el primer momento. Clara tenía una mirada extraña, perdida, ausente. La madre, preguntaba: ¿Qué te ocurre, hija...? ¿Qué miras...? ¿Qué tienes, por Dios...?



Clarita tenía ya dieciseis años. No era una señorita como las otras; no le gustaba salir con ellas...

¡No quiero ir, mamá! ¡No me obligues...! Prefiero quedarme con mis muñecas. Además, mi perrito negro tiene miedo de quedarse solo.



Todo era extraño, raro. Una joven de esa edad, no reacciona nunca así, como ella.

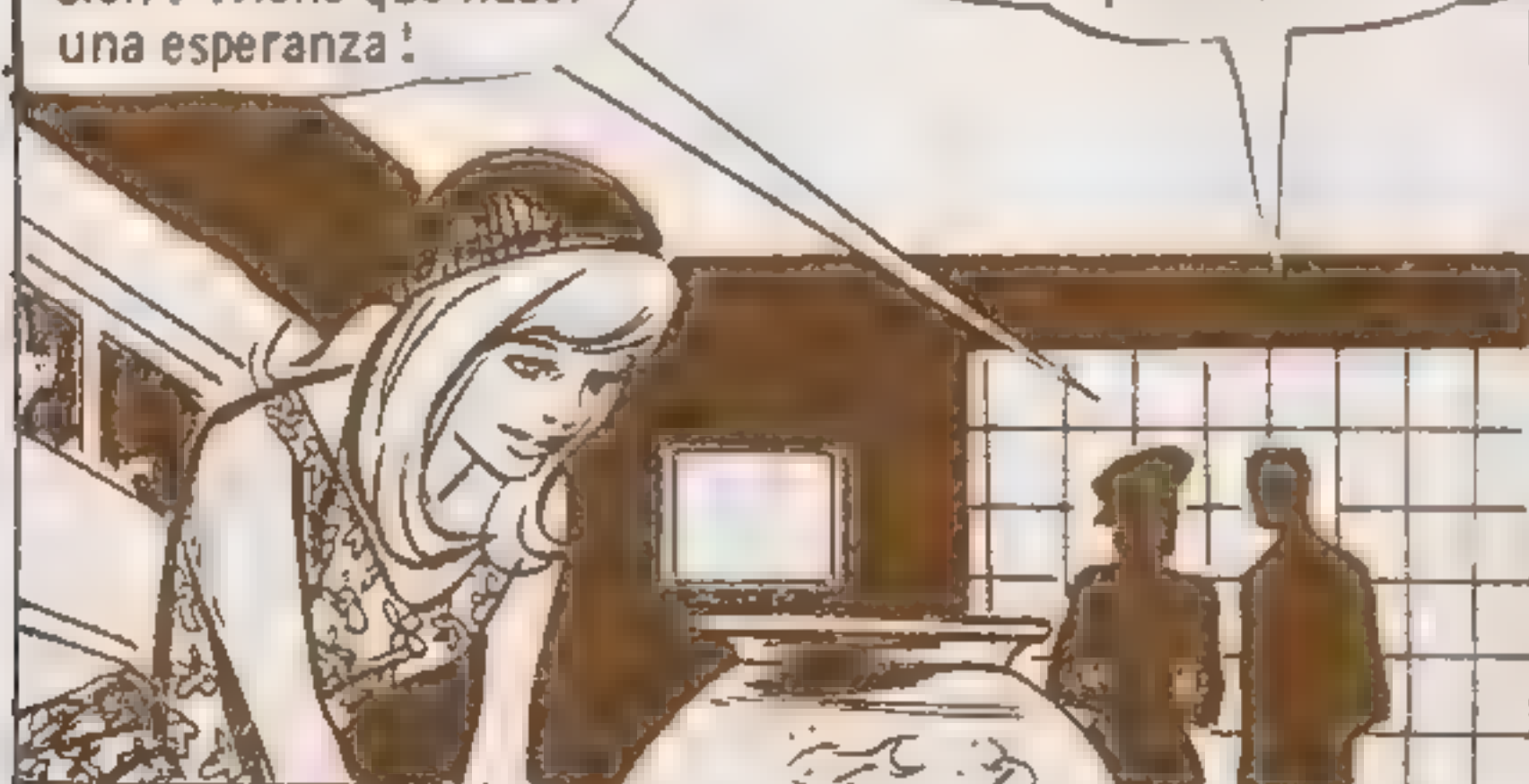
La señora Johnson consultó a los mejores médicos. Los profesores más destacados la atendieron.

Debido al accidente que sufriera años atrás, tiene la edad mental de una niña de diez años.



No, doctor. ¡Es terrible lo que usted me dice! ¡Tiene que haber una solución! ¡Tiene que haber una esperanza!

Siempre hay una esperanza, señora Johnson. Dios no nos cierra todas las puertas.



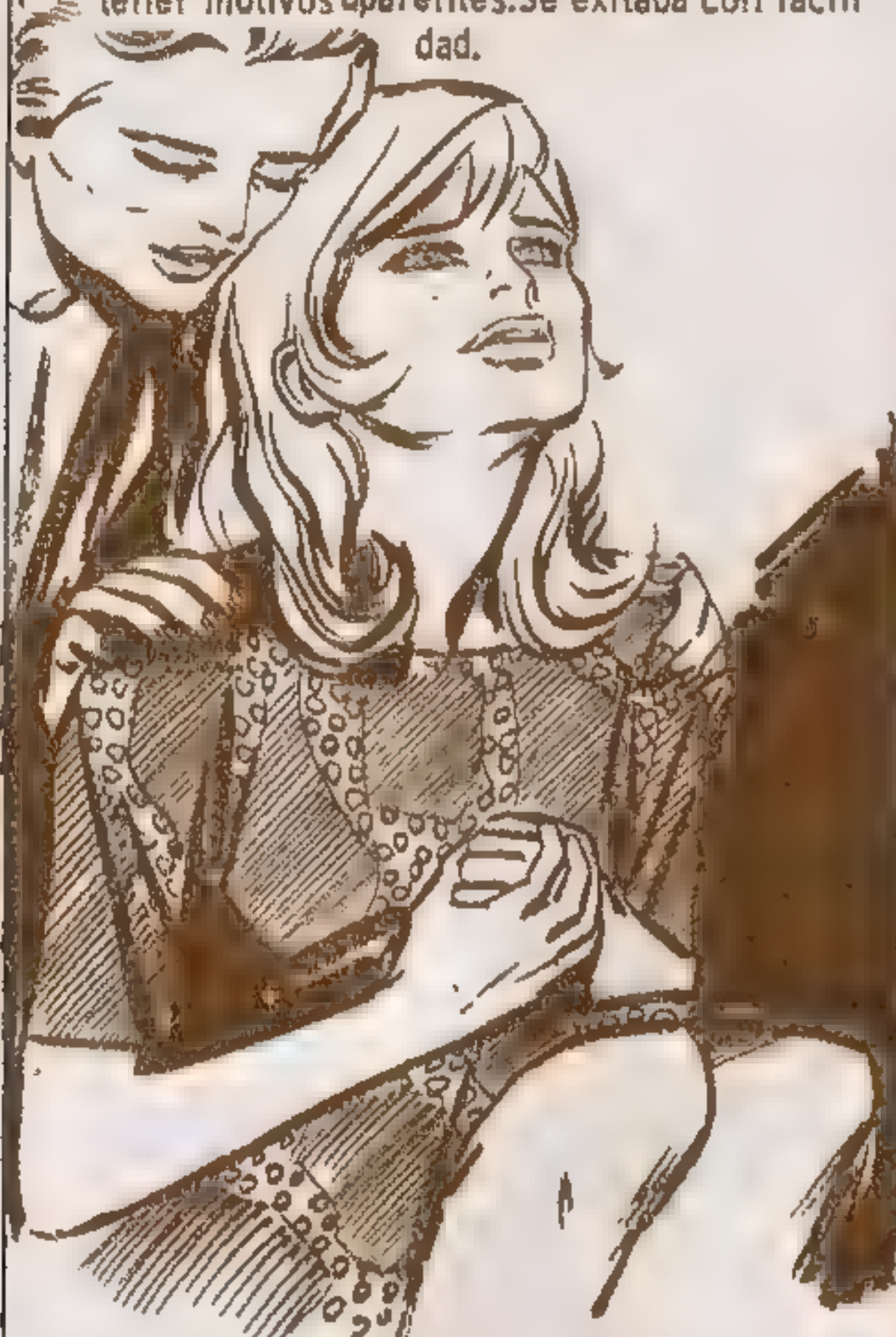
"Había que acostumbrarse a la idea. Yo lo logré. Era la niña buena, perfecta, obediente, cariñosa, ideal."

No te alejes de la puerta.

Como tú digas, mamá... Ronnie, mi perrito, es mi amigo, y no quiere salir ahora.



Decidimos el viaje de un día para el otro. Casi escapamos. Clara tenía también crisis nerviosas en donde lloraba hasta enloquecer, sin tener motivos aparentes. Se exitaba con facilidad.



— Serenate, hija. Ronnie se asustará al escucharte. Se pondrá triste si te ve llorar así.

Clara era hermosa. Su larga cabellera disimulaba la enorme cicatriz. Aquella mañana en el jardín...

Usted es Charli, ¿no?



¡Caracoles! No sabía que en la casa hubiera una chica tan "requetebien". Te tenían guardadita, ¿no?

Clara no comprendió la intención del muchacho y sólo atinó a sonreír, como ella sabía hacerlo.

¿Puedo verte esta noche en el parque, después de las diez?



¿Por qué no vienes a casa? Mamá ha preparado un enorme pastel de cerezas.

El muchacho la miró con los ojos muy abiertos, y se echó a reír estrepitosamente.

¿Hablas en serio...? ¡Mira que habías sido cómica!



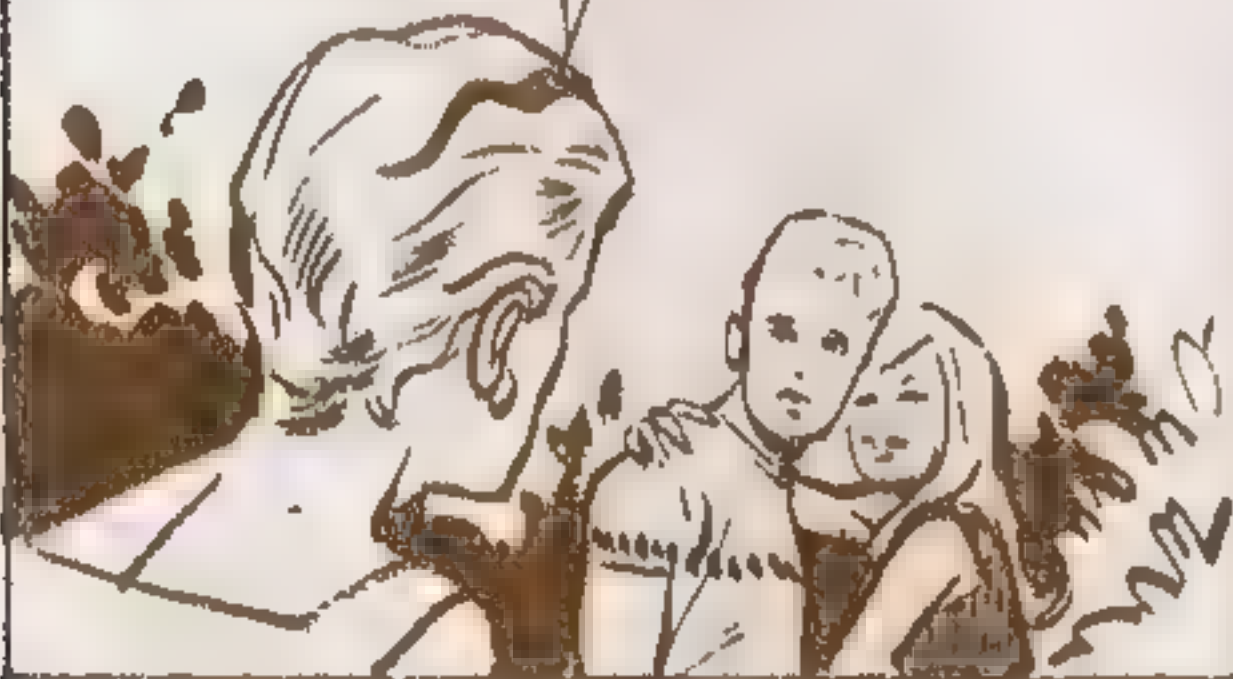
No entiendo. ¿Es que no te gusta el pastel? No quiero que dejes de venir. Me gusta mucho estar contigo. Te ríes siempre.

Se puso muy serio y se acercó a Clarita. Ella le tendió los brazos y lo abrazó cariñosamente. Las manos pequeñas y finas acariciaban la cabeza del muchacho. Charli estaba confuso. No podía hablar y ya no reía. Era tan hermosa y transparente como el agua de una fuente.

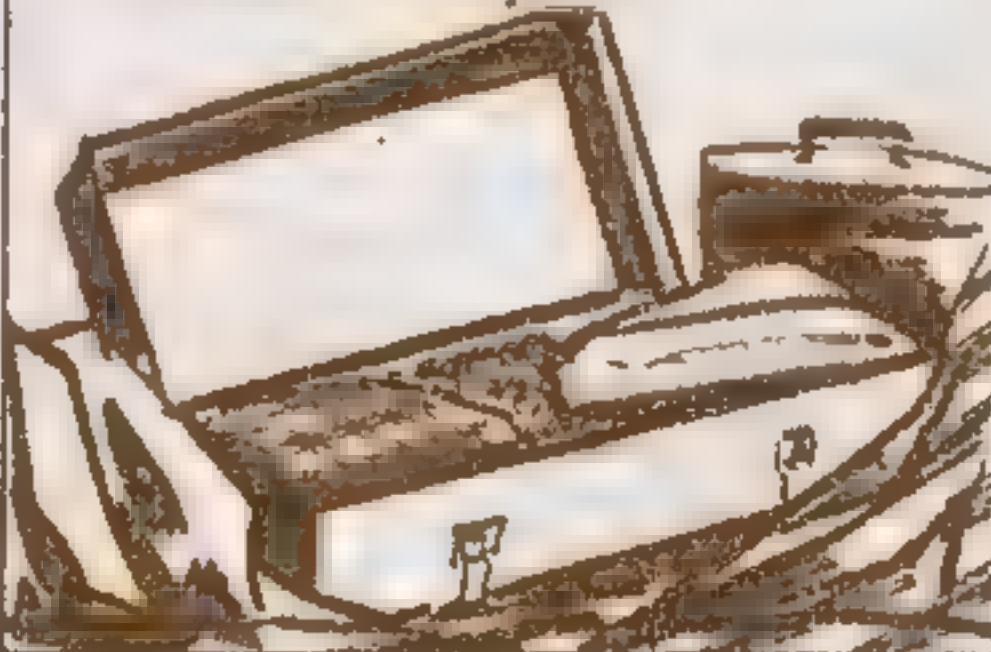


La señora Johnson los sorprendió. Estaban abrazados. Charli, temeroso, no se había atrevido a devolver la caricia.

¡Clara, ven aquí...! ¿Qué haces...? ¿Cómo entró aquí ese joven?



El viaje se preparó en tres días. Había que irse lejos. La señora Johnson no pudo explicar a Clarita la razón verdadera del viaje. Viajes, maletas, ropa, un torbellino y por fin un enorme avión que los llevaría hasta la vieja Italia.



Y ahora estaban en Florencia y otra vez delante de un joven apuesto y decidido, a quien Clarita sonreía con cariño y felicidad. Habían hecho frente a esos problemas, razonándolos, explicándolos con toda paciencia; estaban comprendiendo lo que debía hacerse y lo que debía evitarse, para ser buena.



La señora Johnson temía. Clara la miraba tristemente. Llovía y los enormes ventanales se cubrían de gotas brillantes. La joven miraba un libro sin prestarle atención alguna.

No me has contestado, mamá. ¿Por qué no puedo salir con Fabrizio? Nos ha invitado a cenar.



¡Mira, ya no llueve!

Es verdad y pienso que si a la tarde vuelve a hacer calor, deberíamos ir a nadar al parque grande. A ti te gusta nadar. ¿No te parece que sería divertido?



Clara comprendió que la madre no quería dar más clase de explicaciones. Hubo dificultades, pero cuando hubieran recorrido algunas calles, entre las brumas de la lluvia que se evaporaba y almorzando en un pequeño restaurante sin la menor señal de "una cara conocida", Clara se dejó convencer.

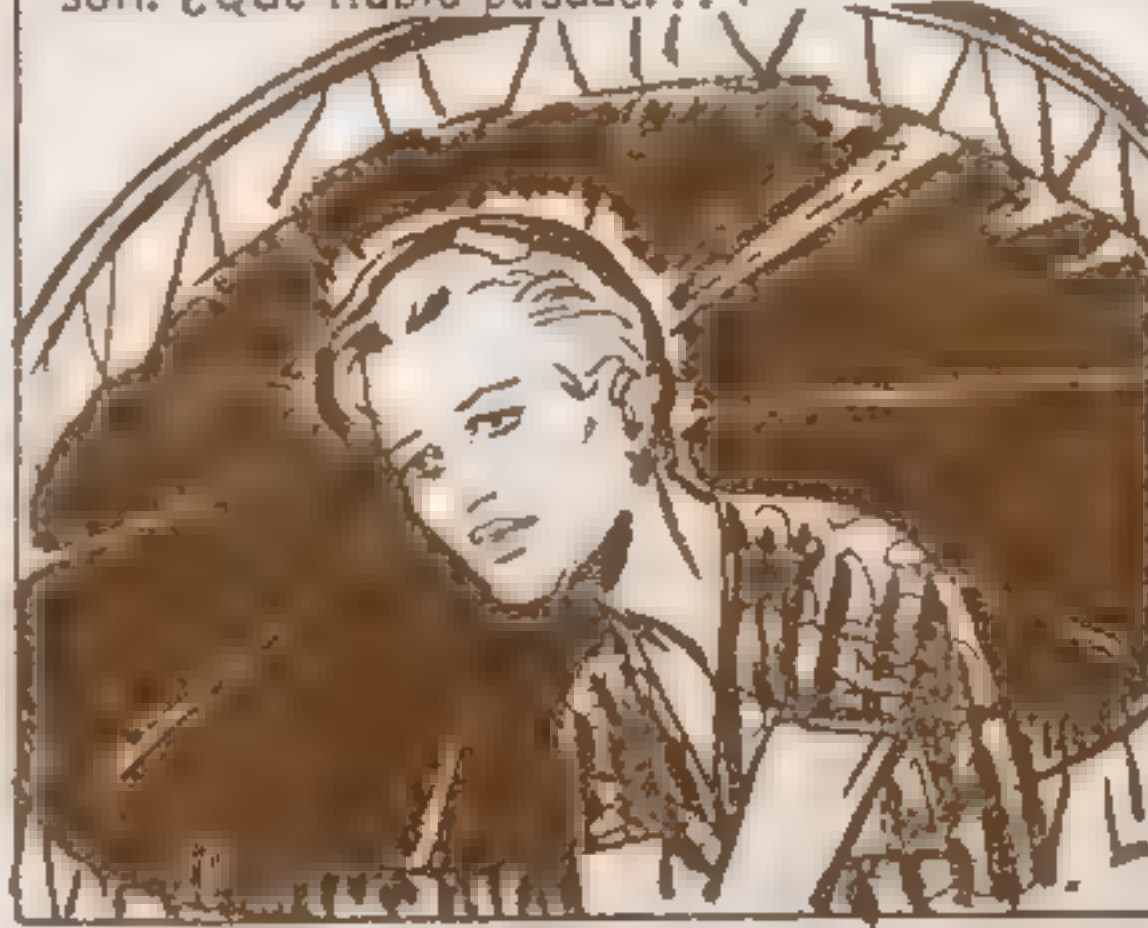


La señora de Johnson disfrutó de aquella tarde. La lluvia había refrescado el parque y el sol resplandecía vivo y cálido sobre la piscina. Nadaron. Me siento mejor, mamá. Menos triste. No había razón para tu tristeza. -¿Otra zambullida, mamá?



Ve tú sola. Yo te miro desde aquí.

Clarita nadaba como un pez, apareciendo y desapareciendo en las aguas. De pronto cambió la expresión de la señora de Johnson. ¿Qué había pasado...?



Entonces vio surgir en la superficie debajo del trampolín, la cabeza y los hombros de Fabrizio, como si hubiese estado nadando bajo el agua todo el tiempo, desde que ellas llegaron.



¡Hola!

Como la mayoría de los Italianos, estaba orgulloso de su físico. Después de presentarse, no perdió un minuto en salir del agua.



¡Esto es ya demasiado!

No comprendo, señora. Clara me está llamando; siento tener que dejarla.

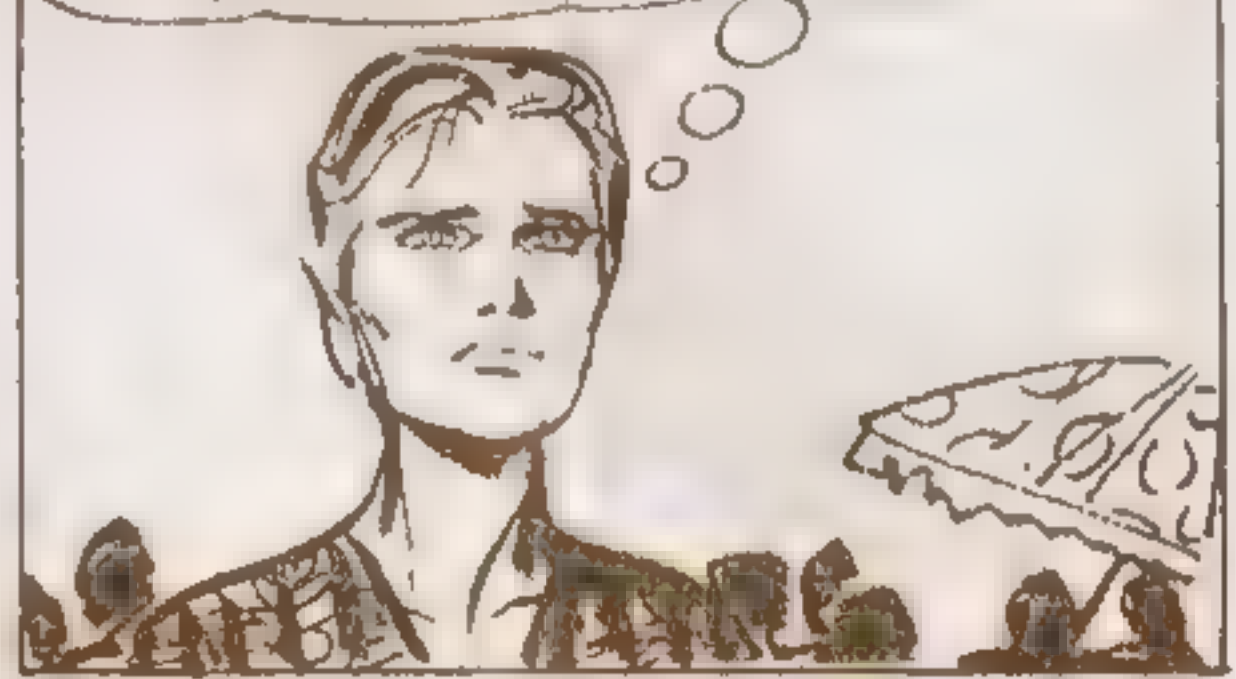


Jugaban como dos niños. Se echaban agua en la cara. Clara empujó a Fabrizio hasta hacerlo caer al agua. Reían, nadaban... La señora Johnson contemplaba la escena, angustiada.

(¿Qué debo hacer ahora, Dios mío...?)

Salieron del agua y echaron a correr entre los arbustos hasta llegar a la hondonada vecina. Con interminable energía revoloteaban al sol, como las mariposas. Clara no podía jugar largo rato sin ponerse histérica.

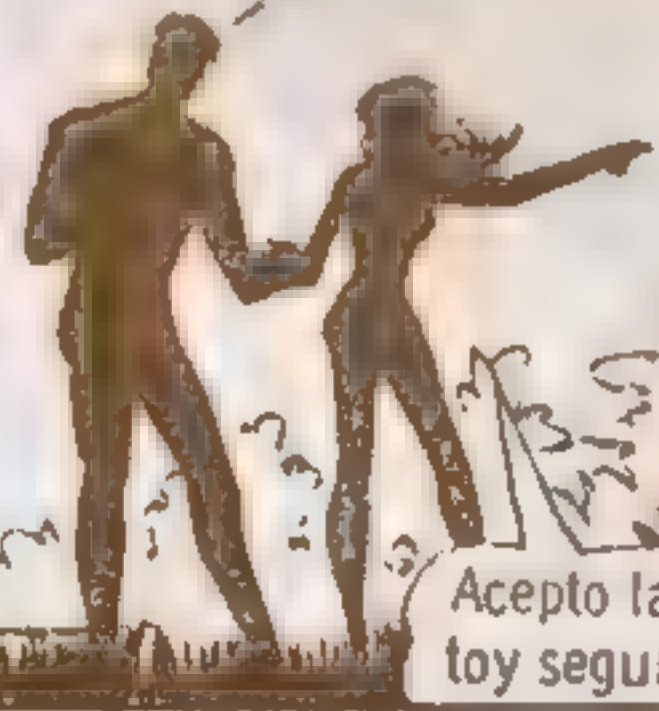
(¡Debí de hablar con Fabrizio! Debí haberle contado todo, todo.)



La señora Johnson esperó que Clara comenzara a lanzar alaridos angustiados. Eso hacía cuando estaba muy exaltada. Pero...



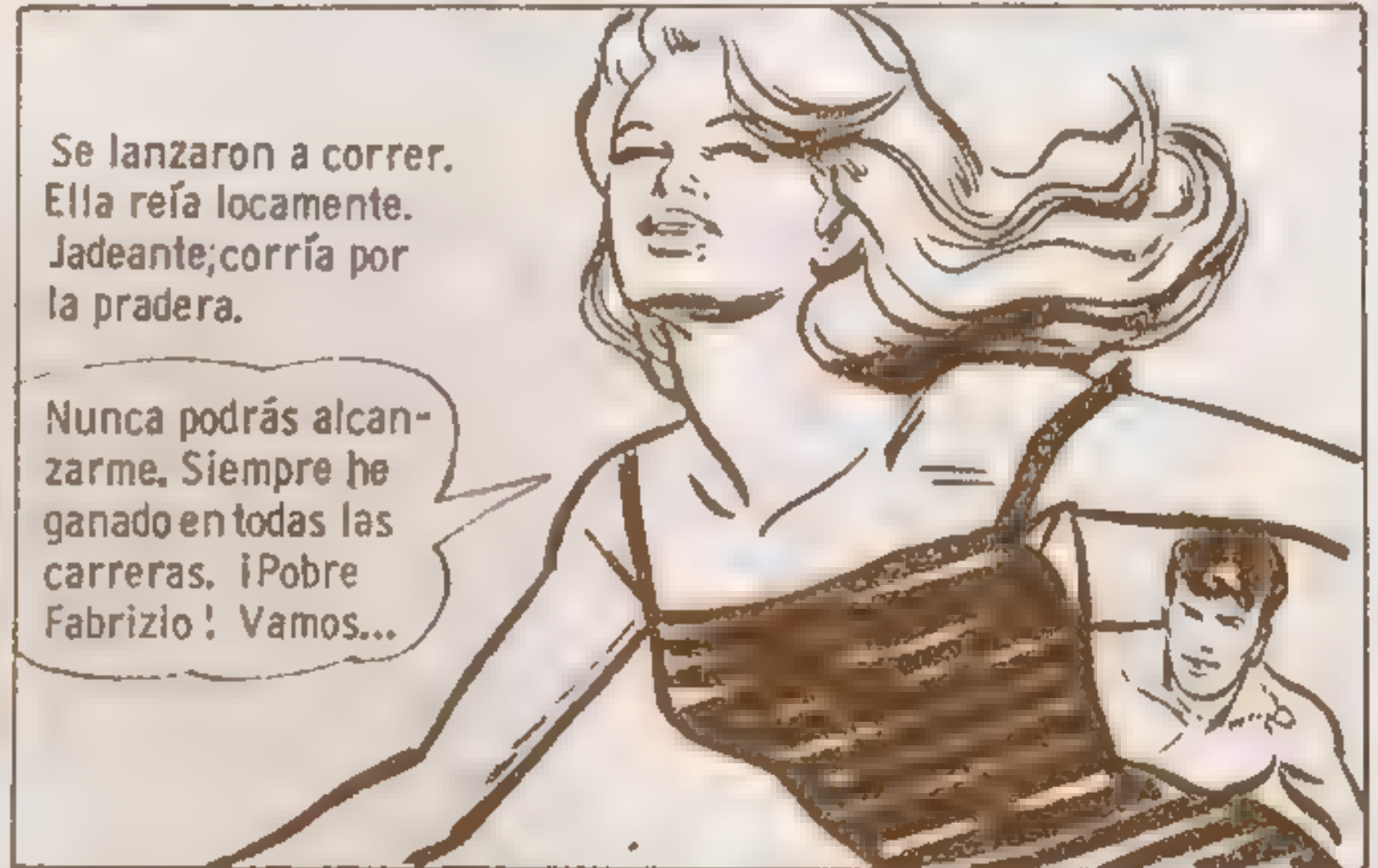
Te apuesto a que llego antes hasta aquel pino.



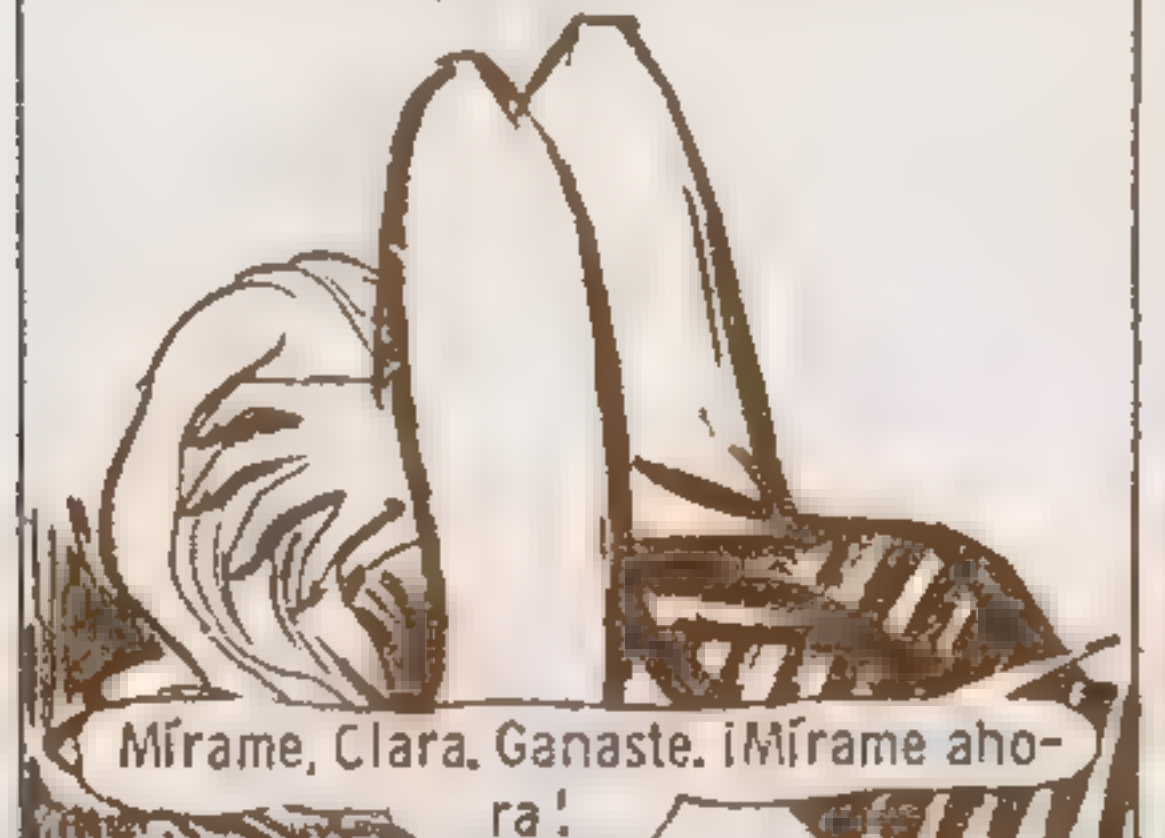
Acepto la apuesta. Estoy segura de ganar.

Se lanzaron a correr. Ella reía locamente. Jadeante; corría por la pradera.

Nunca podrás alcanzarme. Siempre he ganado en todas las carreras. ¡Pobre Fabrizio! Vamos...



Se dejó caer con las manos apretadas contra la cara, en gesto espasmódico. Lloraba y reía alternativamente. Fabrizio, parado a su lado, la miraba con ternura.



Mírame, Clara. Ganaste. ¡Mírame ahora!

Ella comenzó a llorar. No separaba las manos de su rostro. No hablaba. El muchacho la contemplaba extrañado. Por fin se inclinó sobre ella, y...

¿He dicho algo que te molestara? ¿Por qué no me miras, Clara? ¿Qué te he hecho yo...?



Fabrizio la obligó a bajar las manos y le arregló los cabellos. La miraba con dulzura. Sonreía. Por fin, Clara habló entre sollozos: -Mira. Tengo una cicatriz sobre la oreja. Mamá no quiere que se la muestre a nadie, pero...



El muchacho no miraba la cicatriz; la acariciaba la cara con ternura.

"Ma sono belli". Tu pelo... es hermoso. Nunca he visto otro igual, Clara.



La señora Johnson contemplaba la escena sin poderse mover de su lugar. Temblaba...

(Mañana mismo tendremos que irnos a Roma. En necesario que Fabrizio conozca hoy toda la verdad.)



Los días se sucedieron vertiginosamente. Fabrizio estaba siempre junto a ellas. La señora Johnson no permitía que se vieran solos nunca.

(Es una locura lo que estoy haciendo. Tendré que poner fin de una vez a esta carrera.)



La verdad fue otra. Al tenerlos frente a ella no pudo hablar. No dijo una sola palabra. Clara estaba radiante y aparentemente tranquila.

Ponte este abrigo. Hace frío y es hora ya de regresar al hotel.



Una noche, después de cenar, fueron a tomar café a la "Gran Piazza". Allí conocieron al padre de Fabrizio, un caballero italiano bastante corpulento, de aguileña nariz florentina y ojos muy juntos, penetrantes y fríos.



El señor Naccarelli hablaba muy bien el inglés.

¡Hijo! ¡Fabrizio!

¡Ah! ¡Papá! ¡Fortunà! Signora, signorina, permette. Mi padre. Estas son las personas de quien tanto te hablé.



Se intercambiaron los saludos de rigor. El señor Naccarelli era agradable y simpático como su hijo. - Mañana es la fiesta grande del pueblo; el día de nuestro santo, "SAN GIOVANNI". Las invitamos a nuestro palco en la plaza. Es una maravillosa fiesta. No pudo decir que no. Ya Clarita había aceptado entusiasmadísima.

Claro que iremos. ¡Me gustan tanto las fiestas! Fabrizio pasará a buscarnos por el hotel. ¿Verdad, mamá, que sí...?



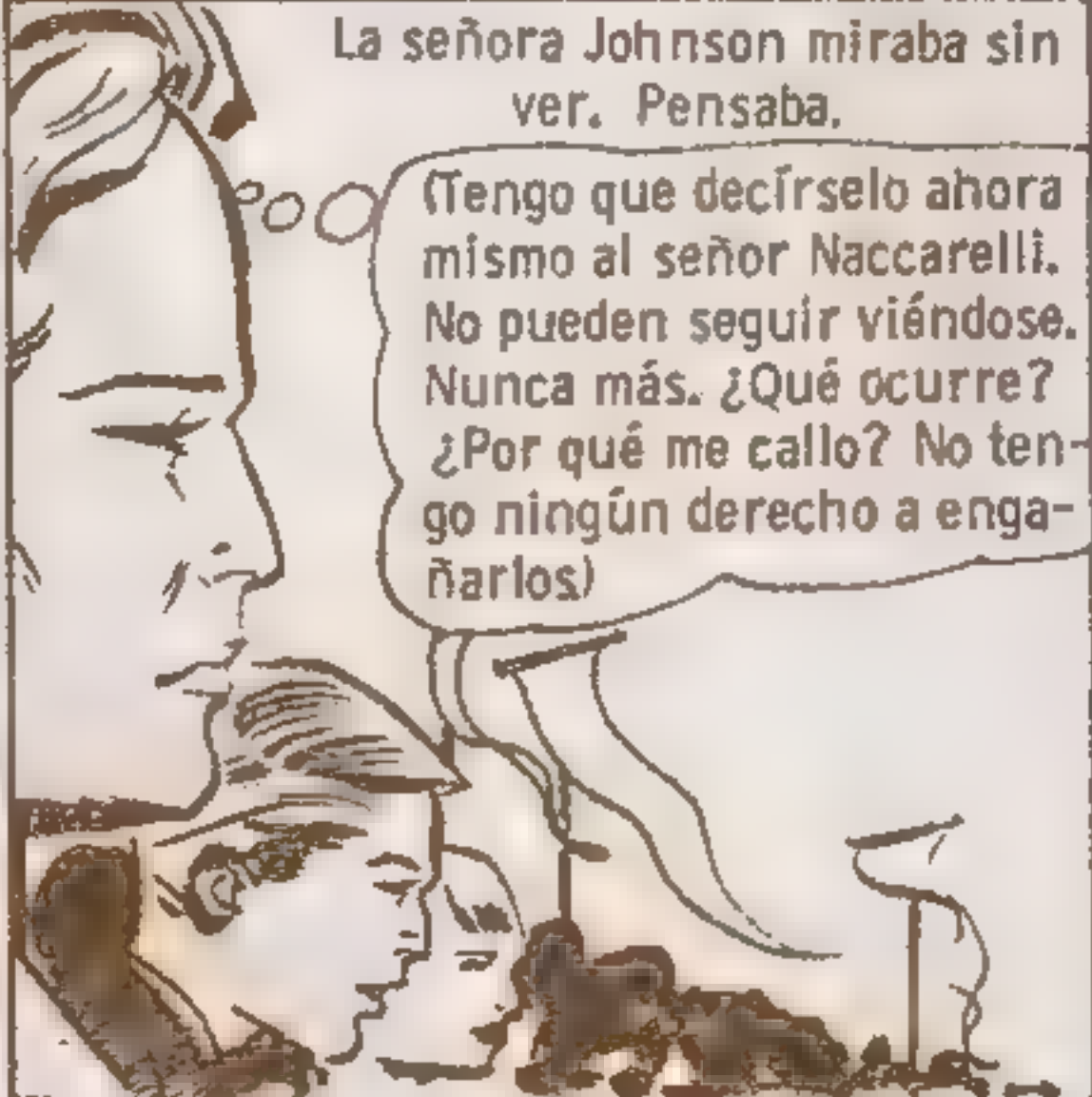
La fiesta era imponente. Los caballeros de la nobleza desfilaban con sus trajes típicos y sus armaduras. Estaban muy bien ubicadas en un palco de preferencia.

¡Mira, mamá! ¡Es maravilloso! Y estamos con Fabrizio. Creo que todo es mejor cuando él está a mi lado.



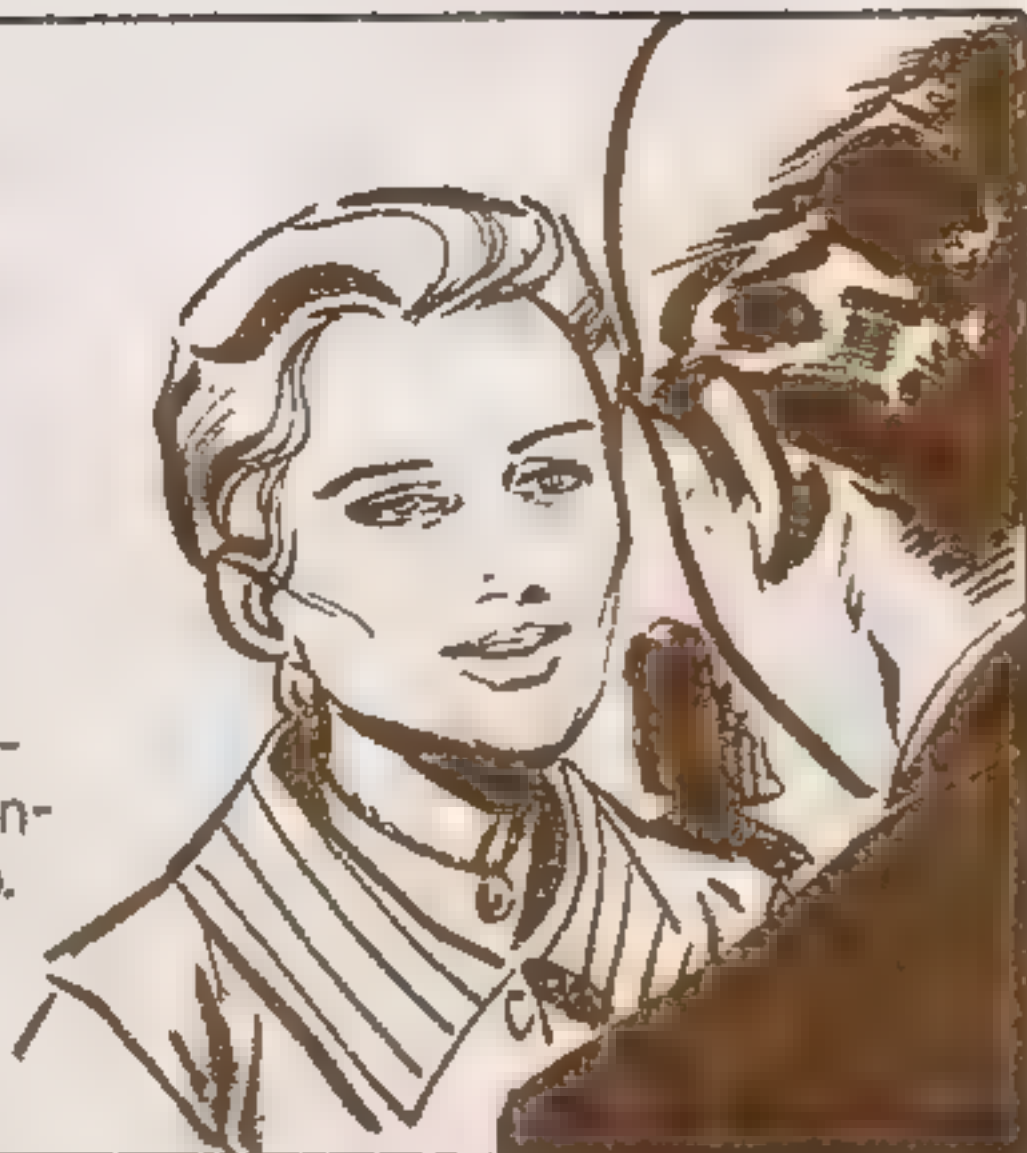
La señora Johnson miraba sin ver. Pensaba.

(Tengo que decirselo ahora mismo al señor Naccarelli. No pueden seguir viéndose. Nunca más. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me callo? No tengo ningún derecho a engañarlos)



La gente comenzó a gritar. Había ocurrido algo imprevisto. Seguramente un accidente. El señor Naccarelli pidió permiso y salió casi corriendo. "Es inútil... no podré decirle nada... ahora creo que es mejor callar. Clarita ha cambiado tanto junto a Fabrizio que..."

Recordó las palabras del médico, después del accidente: "Dios no nos cierra todas las puertas..." Clara había cambiado. Era otra persona. Había "crecido". Por eso cuando el señor Naccarelli las invitó a tomar el té y a conocer a su esposa, aceptó encantada. Estaremos esperándolos mañana a las cuatro. Será un placer conocer a su señora esposa.



Aquella reunión fue memorable. La "rancia" familia veneciana y florentina miraban a las invitadas con verdadero espíritu de estudio y crítica.

Es hermosa su hija, señora Johnson. Sobre todo me gusta tantísimo su forma de proceder. No ha salido nunca sola, ¿verdad?



Somos grandes amigas. Es por eso que estamos siempre juntas.

Eso es lo que nos gusta a nosotros. Pensábamos que ustedes eran mucho más liberales. No es una crítica.



En la enorme habitación se habían hecho grupos. Las señoras conversaban amistosamente. Margarita no sacaba los ojos de su hija.

En Florencia tenemos demasiada historia. En América están ustedes libres... tan libres. ¡Oh! ¡Es maravilloso!



La reunión fue amena. Cuando se retiraron, Clara había robado la simpatía de toda la familia. Le habían regalado un cuadro de "la madona" que ella ponderara tanto.

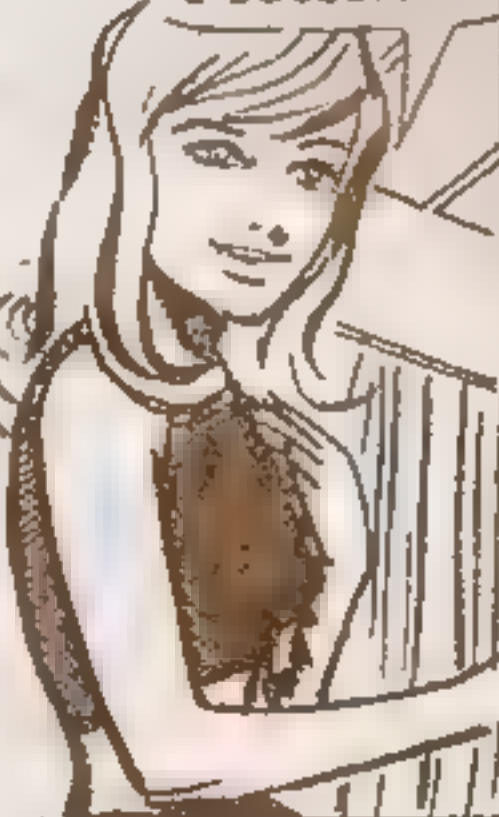
¡He pasado una tarde hermosa!



Es usted una "niña" maravillosa. Desde hoy, una hija más.

La situación era falsa. Margarita no había comunicado nada a su esposo. La decisión de callar había sido firme y segura. Clara había cambiado. Había "crecido". No atendía más que a Fabrizio.

¡No voy al museo, mamá! Fabrizio vendrá a buscarme.



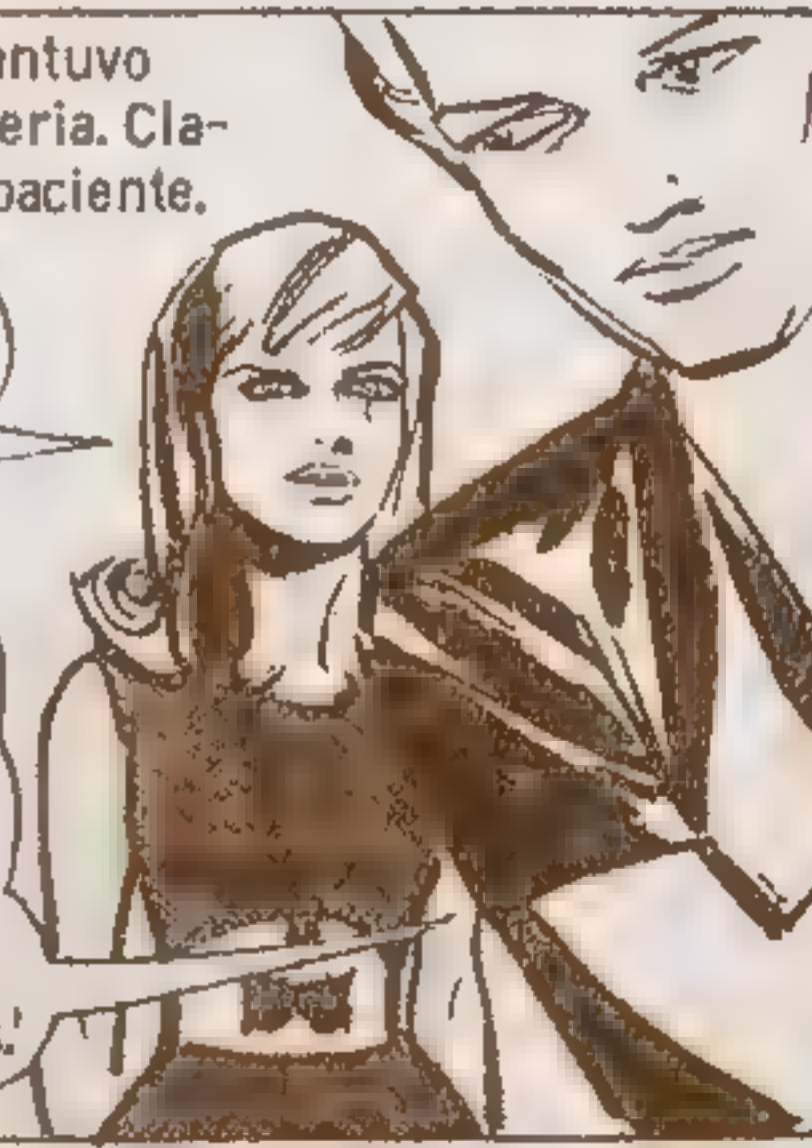
No podía contestar así a su madre y mucho menos querer salir sola con ese muchacho. -Iremos los tres, y siempre que a mí se me pase este dolor espantoso de cabeza. -¡Pero, mamá! Yo puedo ir sola con él. ¿No te parece?



La madre se mantuvo firme. Rígida. Seria. Clara esperaba impaciente.

Mamá, quiero salir. No me quedaré contigo.

¡Saldremos si se me pasa el dolor de cabeza, y vuelve a obedecer o mañana mismo hago las valijas!

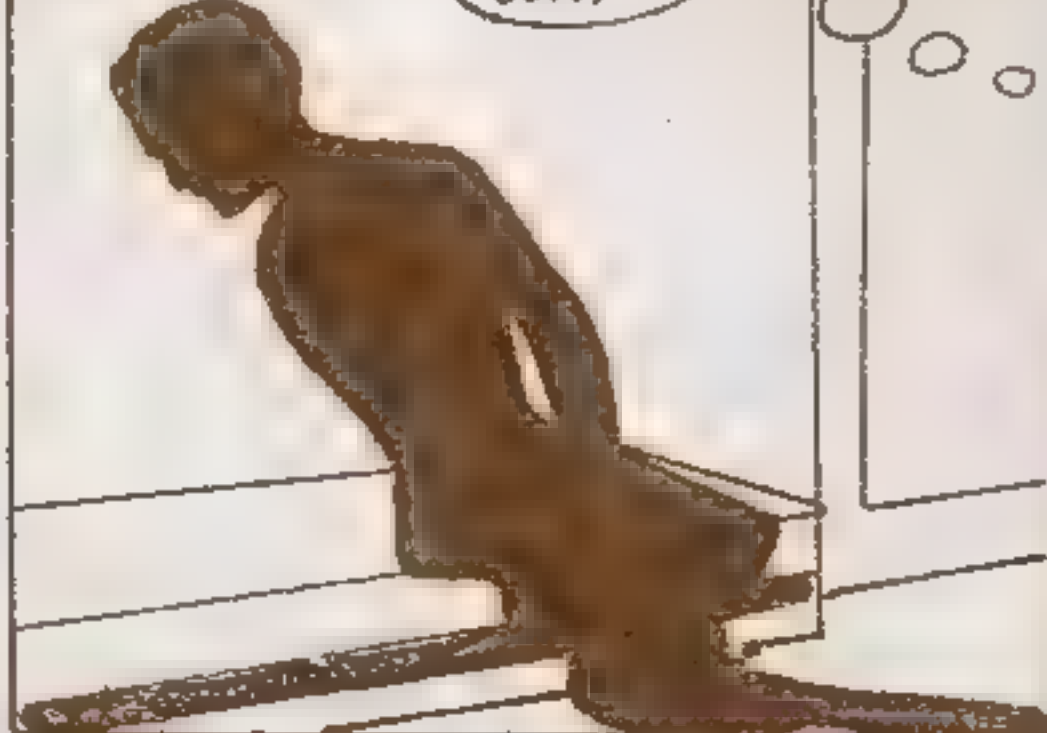


Tenía que ser cruel. No podía permitir que su hija hiciera una tontería. No estaba segura de su cura, ni mucho menos de su mejoría. Clara lloraba. Margarita preparó un calmante. Déjame sola. No quiero estar a tu lado.



La dejó en su habitación. Parecía tranquila. Cerró la puerta y comenzó a pasearse por la alfombra.

(No saldremos hoy, y mucho menos saldremos sola. Tendrá que aprender a obedecer.)

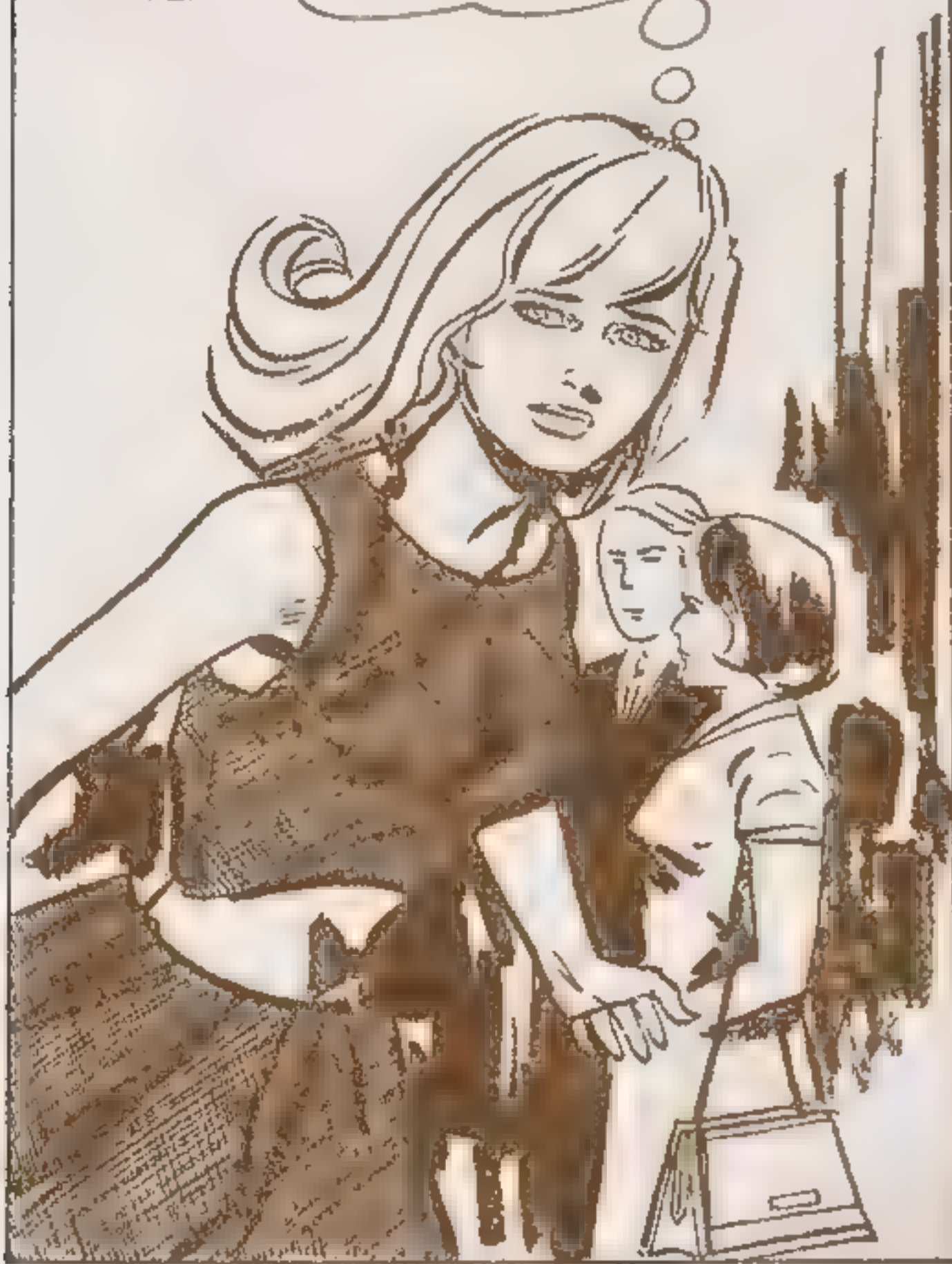


Clara esperó que su madre apagara la luz. Estaba en acecho, nerviosa, inquieta. Cuando todo hubo pasado y comprobó que su madre dormía... 'Tengo que salir ahora mismo, sin que ella se dé cuenta de nada. Tengo que verlo. Tengo que estar con él.'



Agazapada, tensa, dejó el hotel. Era media noche. La gente en la calle caminaba distraída. Los florentinos nunca están apurados. Nadie reparó en ella. Era la primera vez que se atrevía a salir sin su madre.

(¡Dios mío, ayúdame! ¡Sólo quiero estar con Fabrizio!)



Corrió hasta el primer teléfono. Buscó en su bolso el número. Le temblaban las manos y tenía miedo, pero esperó a que contestaran.

¿Habla Fabrizio? Soy Clara y quiero verte ahora mismo. Estoy en el café de la "Piazza Grande". No me dejes sola aquí. Ven en seguida.



Se sentó en una mesa y pidió una limonada. Ansiosamente aguardó la llegada de Fabrizio.



(No tardes, Fabrizio. ¡Tengo mucho miedo! Todos parecen mirarme. Todos parecen saber lo que he hecho. No quiero pensar en mamá.)

Fabrizio apareció a la media hora. Clara salió corriendo en su busca. Se le echó al cuello, sollozando.

Fue terrible tener que esperarte tanto tiempo. Me escape, salí del hotel sin que me viera mamá. Ella no quería salir esta noche... y yo... quería verte.



Entraron al pequeño coche. Ella se juntó a él mimosamente. Fabrizio parecía preocupado.

Vámonos lejos. Quiero que me beses.

Clara, tu madre estará preocupada. ¿No crees que debemos hablarle por teléfono?



Fabrizio la besó en las mejillas con infinita ternura. Ella, con los ojos cerrados, sólo esperaba...

Te quiero, Clara. Te quiero para mí y para toda la vida. Por eso es que vamos a ir ahora mismo a tu hotel. Estás exaltada; no quiero que te ocurra nada desagradable.



El coche corría velozmente por la angosta carretera. Clara, agotada, se había quedado dormida en el pecho de Fabrizio. Cuando llegaron...

¿Quieres que suba contigo y que hable con tu madre, Clara...?

Acompáñame. ¡Estoy tan cansada!



La señora Johnson había llamado a varios sitios preguntando por Clara. Era la primera vez que se atrevía a irse así, a escaparse como lo haría "una mujer".

("Una mujer". Clara ha hecho lo que hubiera hecho una muchacha de su edad.)



Fabrizio golpeó la puerta; decidido; Clara estaba apoyada en él. Cuando salió la señora Margarita...

¿Qué han hecho...?

Yo quería irme con él, mamá. Fabrizio fue el que decidió que deberíamos venir aquí. Agradécelo a él.



Casi no hablaron. Margarita se ocupó de Clara que parecía agotada. Cuando volvió a la sala, Fabrizio se había marchado ya.

Saldremos para Roma mañana mismo. No podemos quedarnos aquí un sólo día más.



Clara durmió hasta el medio día. Su madre apareció en el cuarto con una bandeja con el desayuno.

¡Arriba, remolona! Es hora casi de almorzar. Beberás un jugo de pomelo.

¿No estás enojada, mamá? Yo pensé que...



La señora Johnson sonrió sin darle importancia a lo ocurrido la noche anterior.

-No debiste salir anoche desabrigada. En Florencia refresca mucho durante la noche.



Se sentó en el borde de la cama y sin querer darle demasiada importancia al tema, comenzó diciendo:

-Ayer el médico me dijo que el aire de Florencia es húmedo y no me siento bien. Decidí salir mañana para Roma. No creo que tengas ningún inconveniente...



No dijo nada. Se arrellenó en su cama y comenzó a llorar. Margarita no le dio ninguna importancia. Su hija no era ya la niña de diez años y ella no lo comprendía.

Tus maletas están ya armadas. El coche saldrá a la diez de la Estación Central.

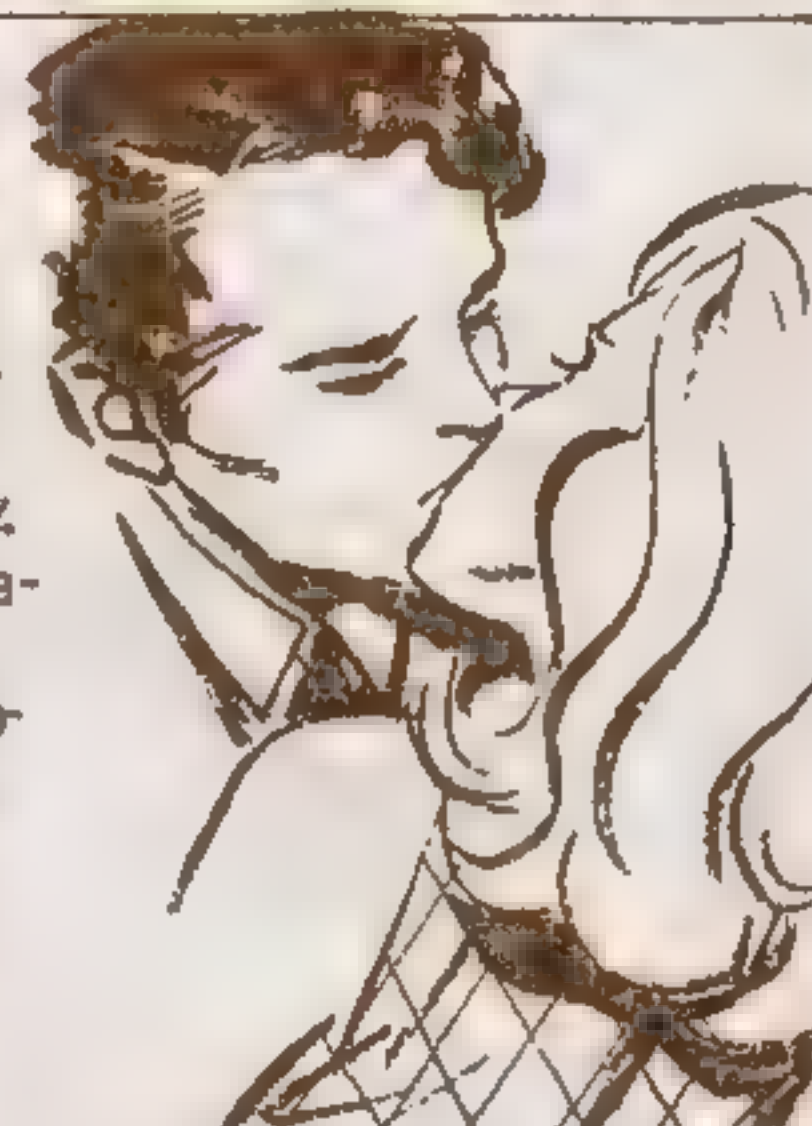


La estación estaba repleta de gente. Clara había podido mandar un recado a Fabrizio, pero éste no había llegado aún y el tren estaba casi listo para partir. De pronto...



¡Clara! ¡Clara! ¡Espera, no subas todavía al tren, quiero hablarte!

La arrancó de junto a su madre y la llevó detrás de una columna. La besó en la boca por primera vez. El milagro se había producido. Cuando la señora Johnson los viera así, no dudaría que su hija se había curado.



La estación había desaparecido para ellos, que ajenos al mundo vivían su maravilloso amor. Margarita interrumpió la escena.

-Vamos ahora, Clara. Te prometo que volveremos a vernos.

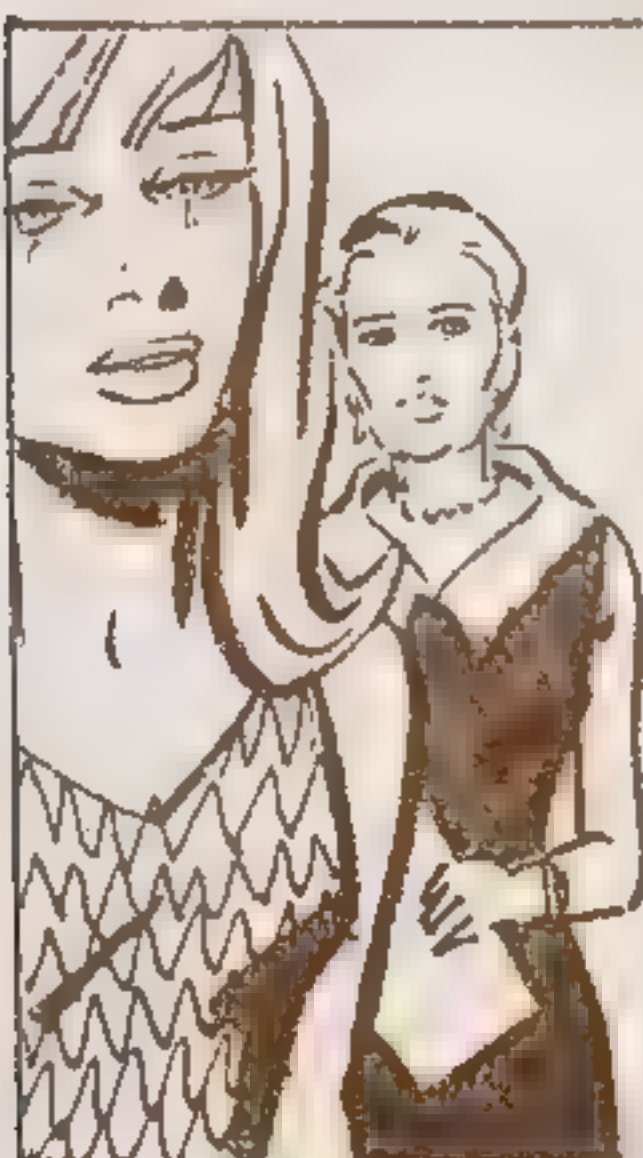


Tuvo que arrancarla de los brazos de Fabrizio. El tren comenzaba a deslizarse cuando Clara subió al coche. Las manos unidas hasta que Fabrizio no pudo seguir corriendo.

¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Volveré! ¡Volveré!



La señora Johnson estaba asombrada. No se atrevía a hablar con su hija. Esa misma noche, al llegar a Roma, mandó un cable a su esposo pidiéndole ayuda. Tenía que verlo; estaba en un aprieto.



Los días en Roma fueron espantosos. Clara, ausente, en nada participaba. Ya no era la "niña" que todo preguntaba y que reía siempre. Había cambiado. Triste y apagada, casi no hablaba con nadie. -Saqué un palco para la ópera. ¿Te gusta? -Cómo tú digas, mamá...

La situación era cada día más imposible. Nada atrapaba la atención de Clara que no hacía sino llorar. Por fin una noche, mientras escuchaban un concierto...

Has ganado, Clara. Mañana saldremos para Florencia.



"Valor" pensaba mientras el tren avanzaba hacia Florencia. Clara hubiera deseado viajar en avión. Había mandado una nota a Fabrizio. La estaría esperando en la estación.

(¡Es una locura! Estoy en un callejón sin salida.)



Toda la familia Naccarelli estaba en la estación, esperando. Fabrizio corrió hasta Clara en cuanto el tren se detuvo. Ella estaba en la puerta del coche. Reían... Lloraban...

¡Clara querida! ¡Por fin! ¡No dejaré que nadie te separe más de mí!



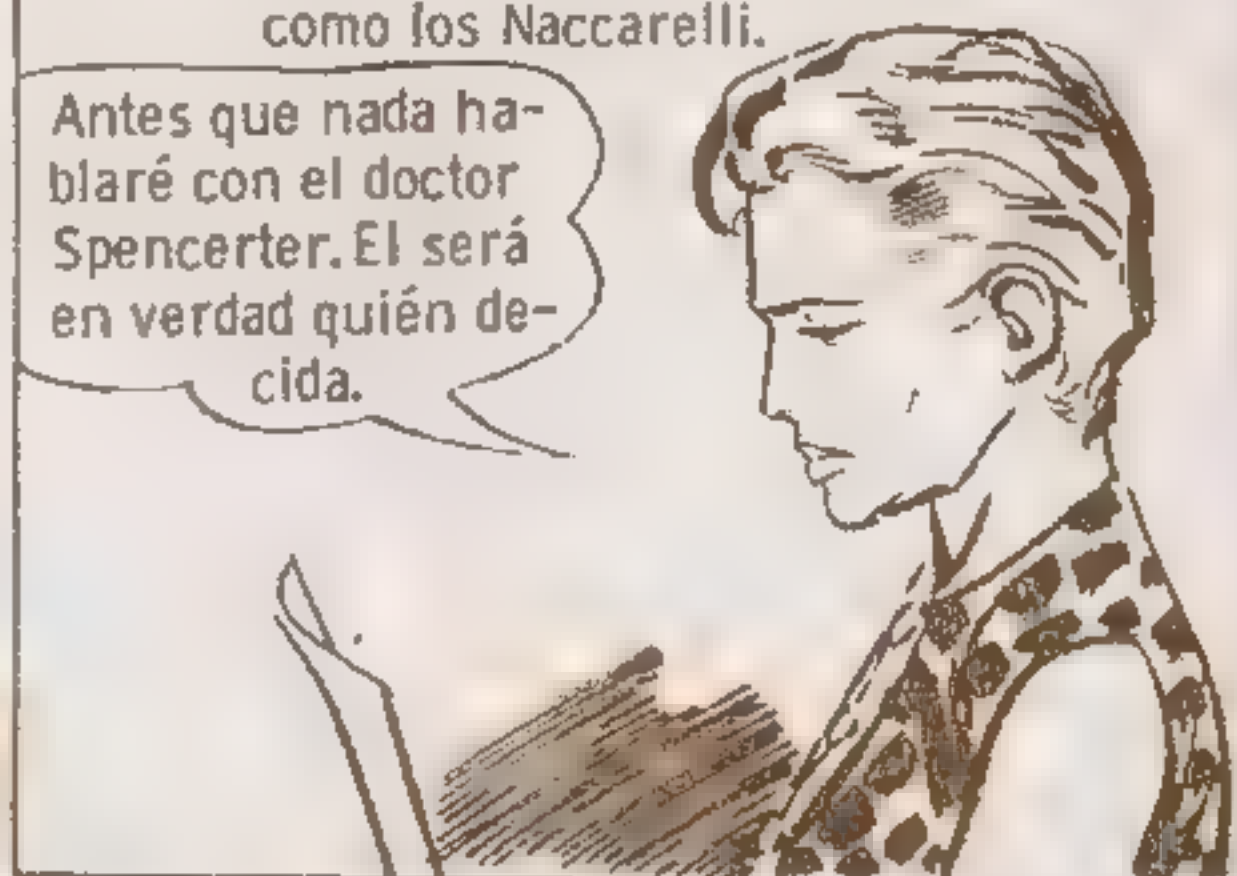
La señora Naccarelli hablaba con Margarita un poco seria.

Fabrizio intentó quitarse la vida. Dijo que usted lo despreciaba porque él era italiano. No había otra razón para que la niña hermosa se fuera así.



El señor Noel Johnson, padre de Clara, dejó todo en manos de su esposa. Ella lo había puesto al tanto de todo lo ocurrido. Clara ya no les pertenecía ahora. Era tan italiana como los Naccarelli.

Antes que nada hablaré con el doctor Spencerter. El será en verdad quién decida.

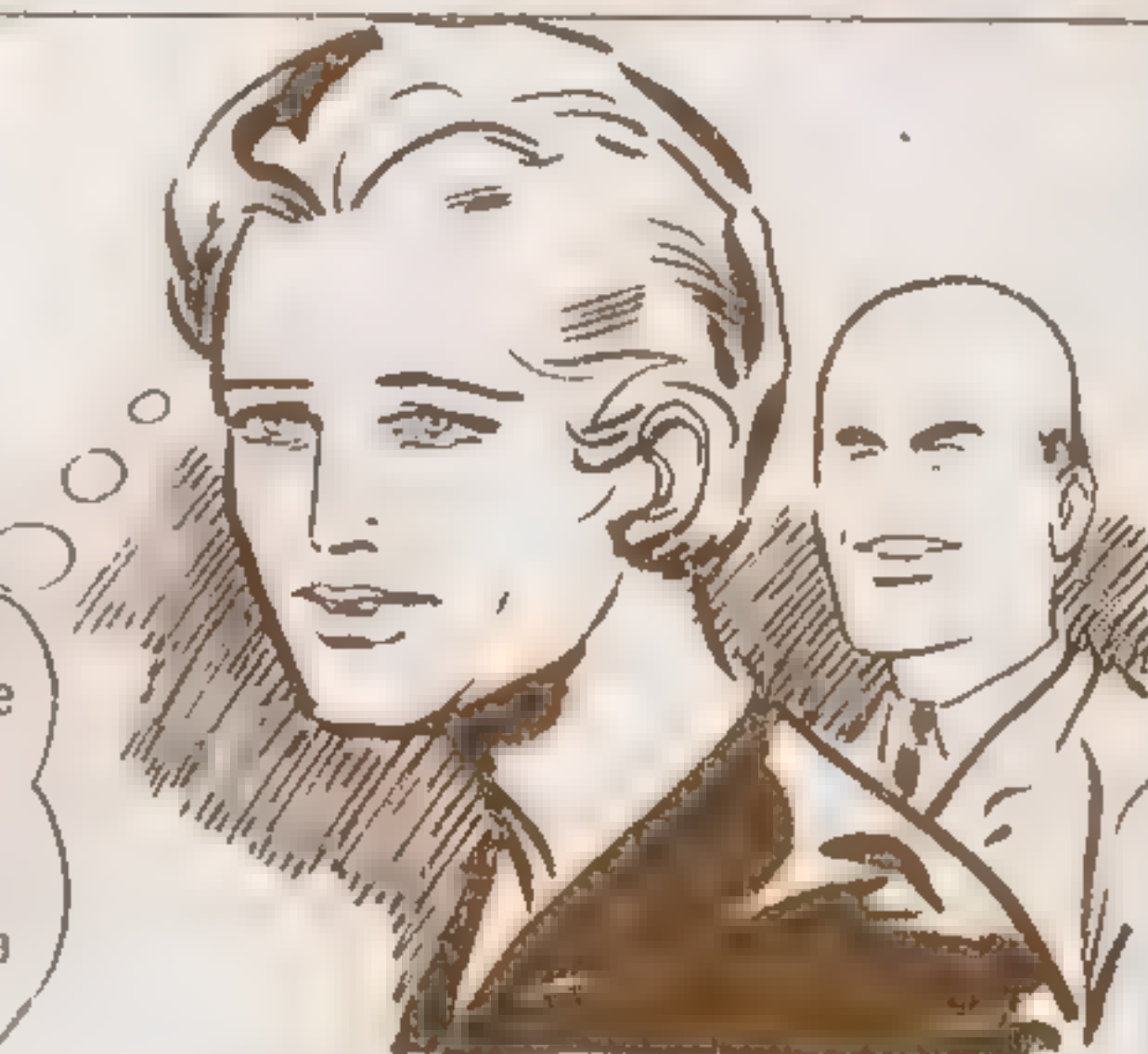


Después de diez días de investigación en que el doctor trató a Clara en Florencia, éste dijo la última palabra: -Clara se puede casar. Será una buena madre, una buena esposa. El accidente ha quedado muy atrás. Las consecuencias no han desaparecido totalmente, pero Clara será una buena ama de casa florentina. Tendrá quien la ayude, y además, mientras no le falte Fabrizio...



La señora Johnson parecía más serena, mucho más tranquila, después de hablar con el médico.

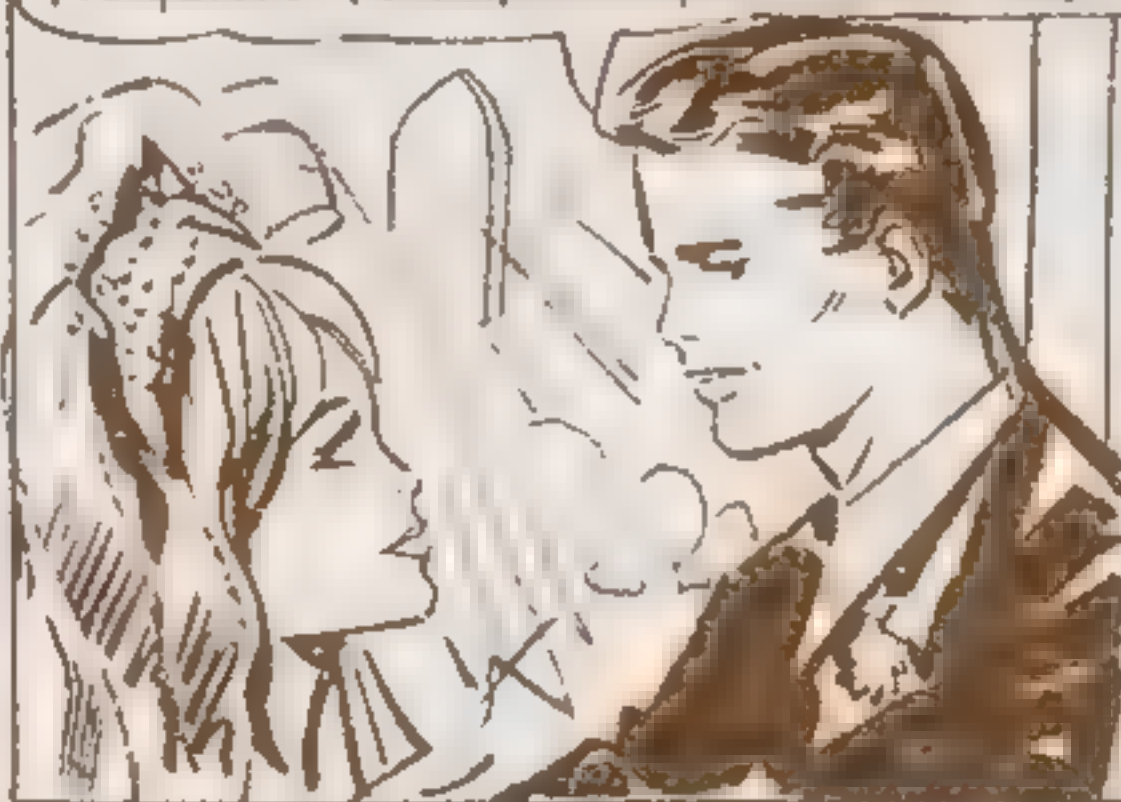
(¡Florencia, cuánto te debo! No creo que pueda devolverte nunca toda la felicidad que me has regalado a mí, a una extranjera... !)



La ceremonia fue realmente maravillosa. Margarita Johnson permaneció sentada, en silencio, mientras un sueño se desarrollaba ante sus ojos. Lo observaba todo, sin perder detalle. Vio surgir a Clara como una hermosa flor, llena de frescura, entre el arcaico aroma de humo de cirios.

Parecía un cuadro de Botticelli, Clara levantó su velo en el instante que le fuera indicado. Fabrizio la miró y su cara se iluminó de amor.

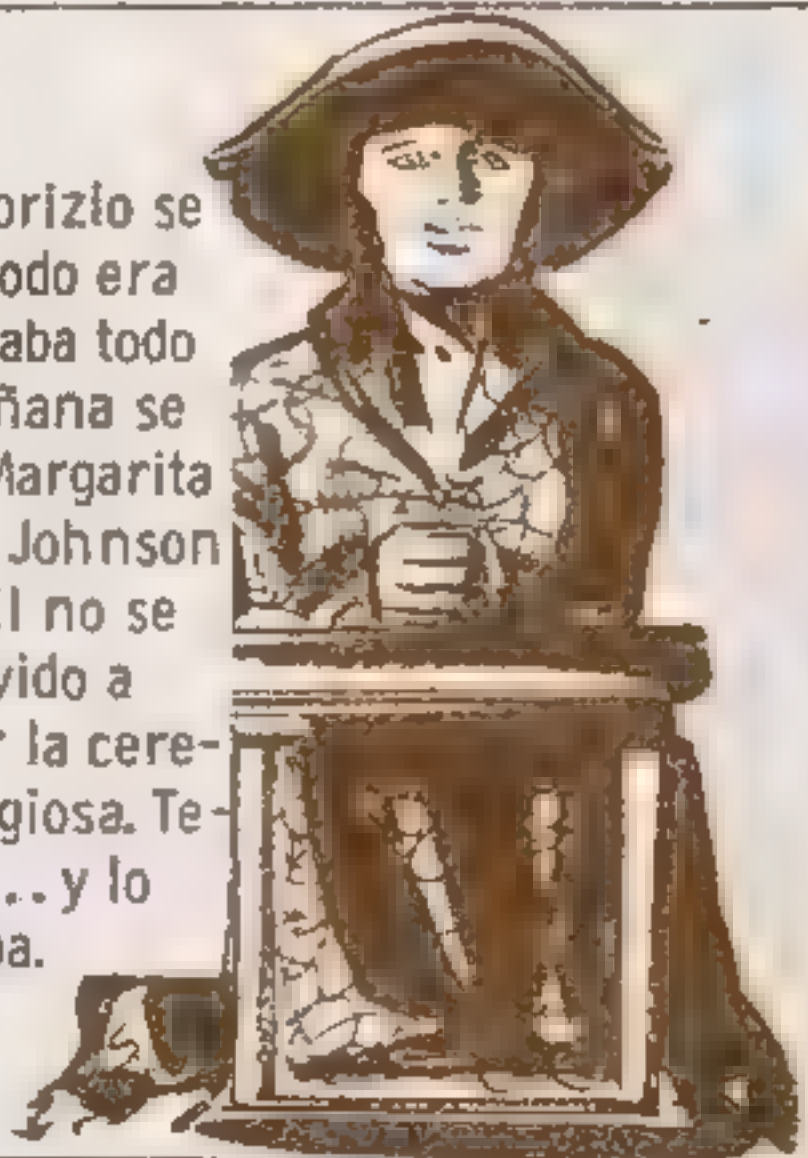
¡Te quiero! ¡Siempre te querré como hoy!



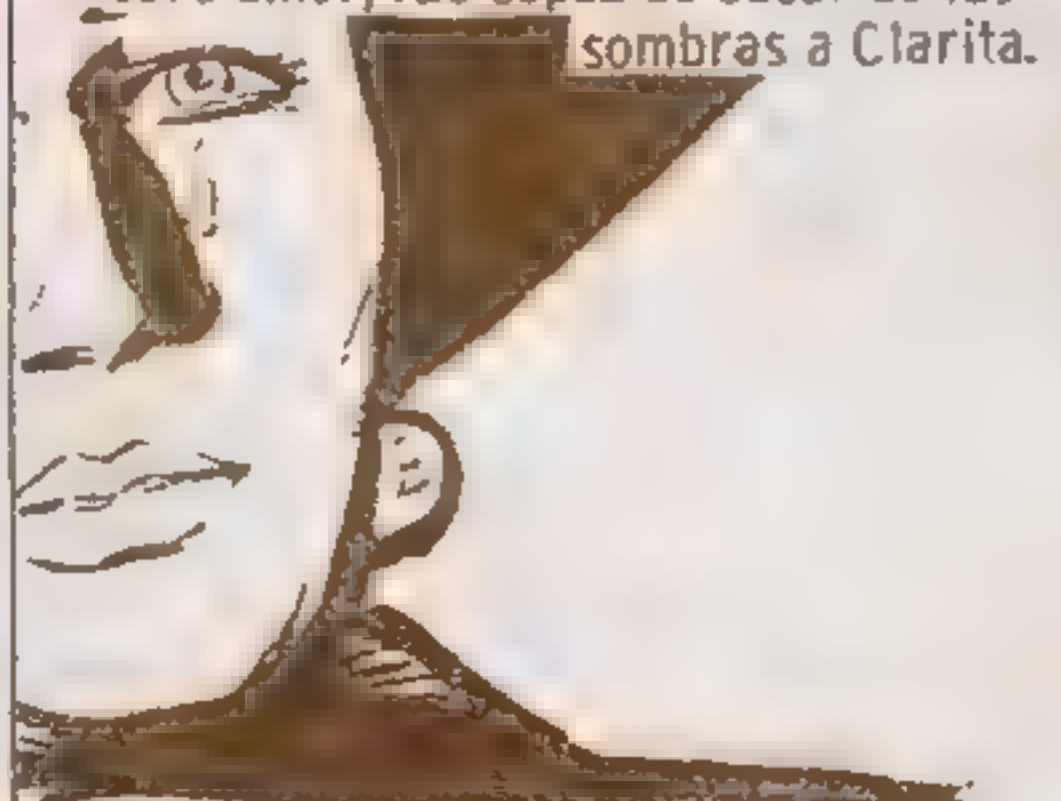
"He terminado mi misión. Ya tiene Clara quien cuide de ella, quien la defiende del mundo entero. Fabrizio la quiere de verdad. ¡Gracias, Dios mío!" Se había producido un milagro. Y la señora Johnson, de rodillas, agradecía a Dios.



Clara y Fabrizio se alejaban. Todo era verdad. Estaba todo hecho. Mañana se reuniría Margarita y el señor Johnson en Roma. El no se había atrevido a presenciar la ceremonia religiosa. Tenía miedo... y lo manifestaba.



Recordaba cierta tarde de junio, al caer el sol en la "Piazza della Signoria". Allí habían visto por primera vez a Fabrizio, aquel mago maravilloso que, usando la varita mágica de un verdadero amor, fue capaz de sacar de las sombras a Clarita.



Una luz en la plaza... Una luz extraña que los uniera para siempre; una luz nacida del alma; una luz que es esperanza para el mundo... Una luz en la plaza. ¡Un verdadero amor!

FIN

AUSENCIA

Por HORACIO FEANS

DIBUJOS DE A. BORISOFF

La ausencia lo transforma todo. Orestes Belloso así lo entendía mientras caminaba por las callejuelas de su pueblo, Cambados, en su amada Galicia.



Las mismas cosas de antes, que antes no apreciara, se le antojaban ahora con un atractivo desconocido. La plazoleta de la fuente con el ángel vertiendo agua desde un caracol. Más allá la escuelita, lindando con la capilla en la que el padre Candela daba Misa.



Orestes rió para sus adentros; lo de Candela venía al buen cura por tener la cara siempre muy colorada.

(¡La casa de las rosas blancas!)



Belloso detuvo su andar frente a una finca modesta, en cuyo jardín lucían primorosas y níveas las flores de media docena de rosales. Un nombre le ha comenzado a zumbear en los oídos. Sus ojos miran al suelo.



Buscan, quizá, las huellas del pasado. Entonces, muy despacio, como temiendo que el eco de la voz pueda quebrar el sortilegio del recuerdo...

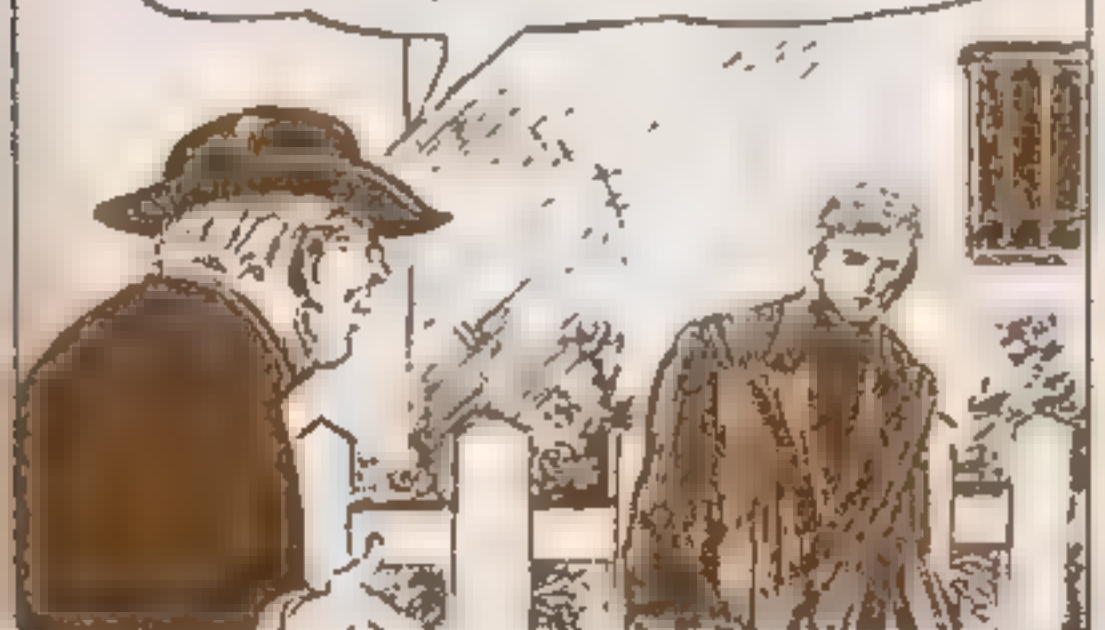


...deja que sus labios pronuncien aquél nombre.



Sus pensamientos se suman en un torbellino. Quiere olvidar y recuerda. Levanta la mirada en el preciso momento en que hacia él se acerca un sacerdote que el verlo, dice con asombro:

¡Válgame Dios, hijo! Te le pareces demasiado para no serlo.



¡De modo que tú eres el mismísimo Orestes!

Padre Cand. ...

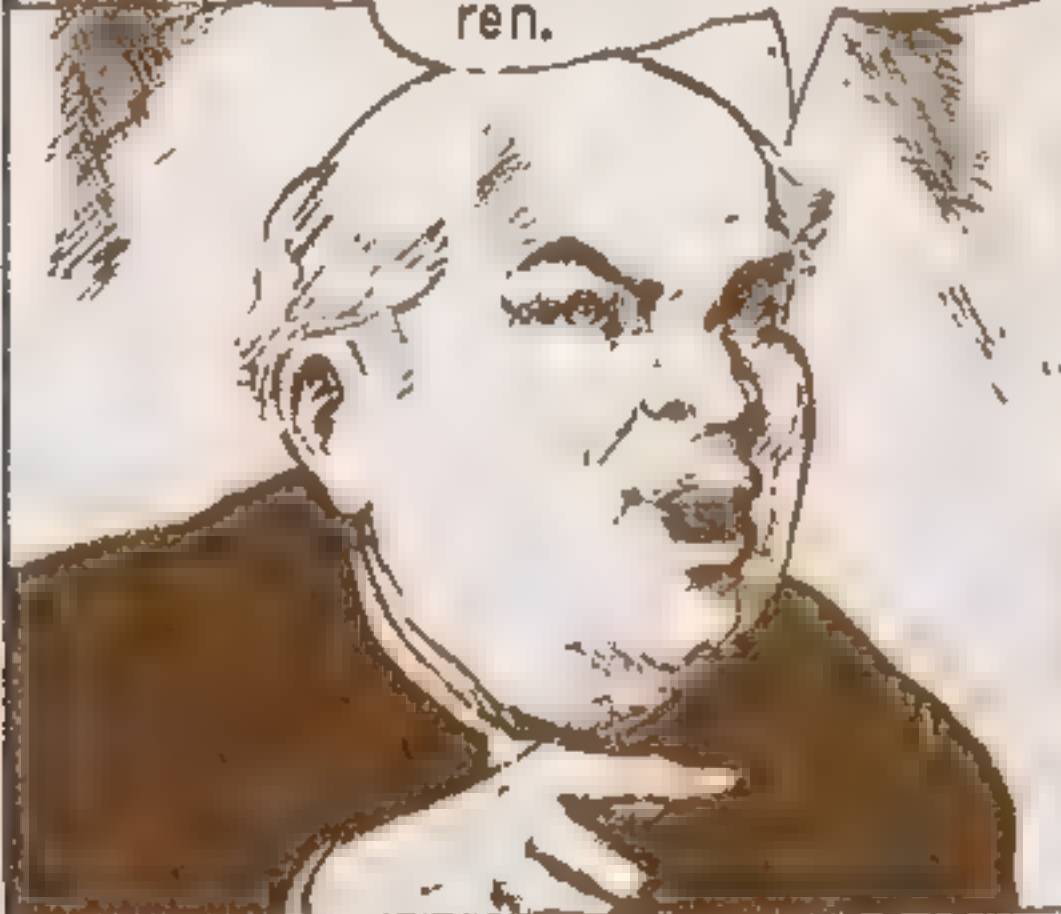


Orestes calla lo que estima una falta de respeto.

Sí, hombre, dílo: padre Candela, ¿no es eso?



Llevo quince años en Cambados, y si me llamaran de otro modo, se me daría por creer que en la parroquia ya no me quieren.



Perdóneme usted, padre.

Lo haría si hubiera falta. Venga un abrazo y cuéntame que es de ti.



Comenzaron a caminar. Orestes miró furtivamente hacia las rosas blancas. Amagó decir algo pero el sacerdote, que advirtiera esa mirada, lo interrumpió:



Aguarda. Iremos a nuestra capilla; allí estaremos más tranquilos y además, con el permiso del Señor, tomaremos un chatillo de anísado valenciano.



Llegaron a la capilla. El cura franqueó la entrada. Orestes vaciló:

¿Por qué te detienes?

Padre, es que no sé si debo...



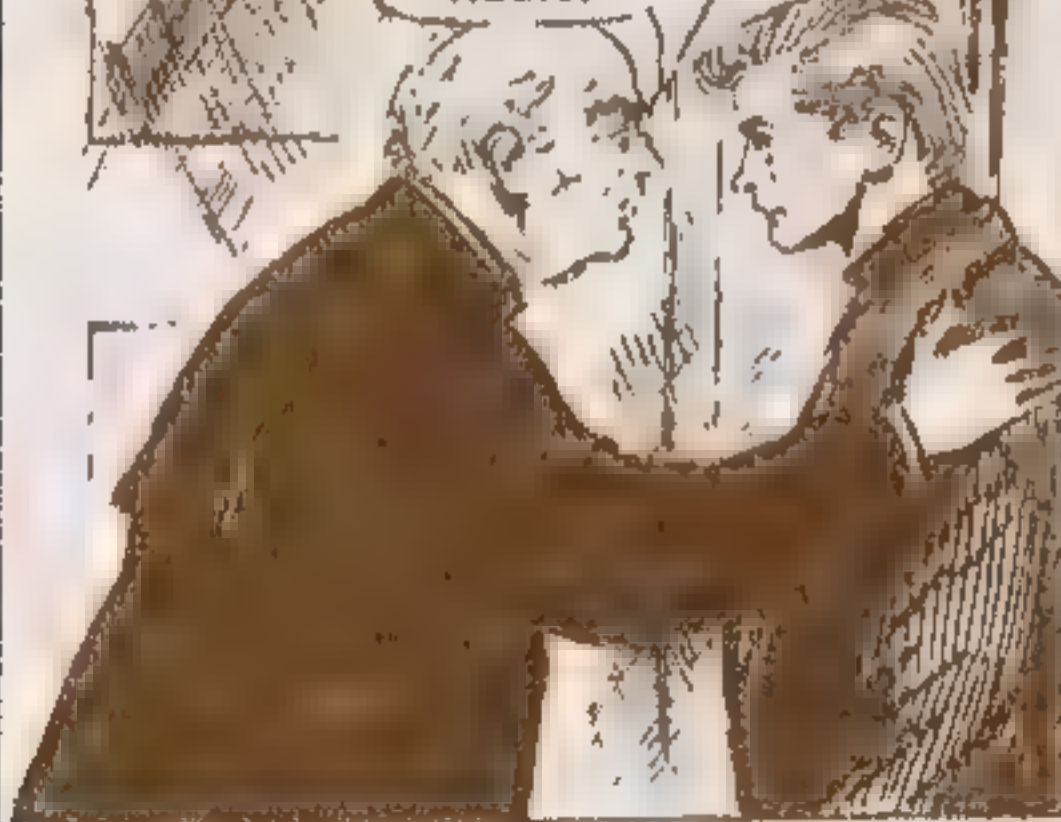
No te comprendo.

Es que aún, pese a todo, algo guardo de conciencia, y...



... ¡se me ocurre que con lo que pesa en mi pasado...

¡Calla la barbaridad que estás por decir! En la casa de Dios, jamás se pregunta por nadie.



Todos llevamos algo a cuestas. Claro que si tú has perdido la fe, por lo que pudo haber-te pasado...



... y careces de hombría para reconocer tus propias culpas y humillarte ante Dios, no puedo ni quiero obligar tu voluntad. ¿Me comprendes, Orestes?



Orestes Belloso comprendió. Un instante después, luego de haberse santiguado, seguido del padre Candela avanzó despacio por el centro de la capilla, fija la mirada en el Altar Mayor.



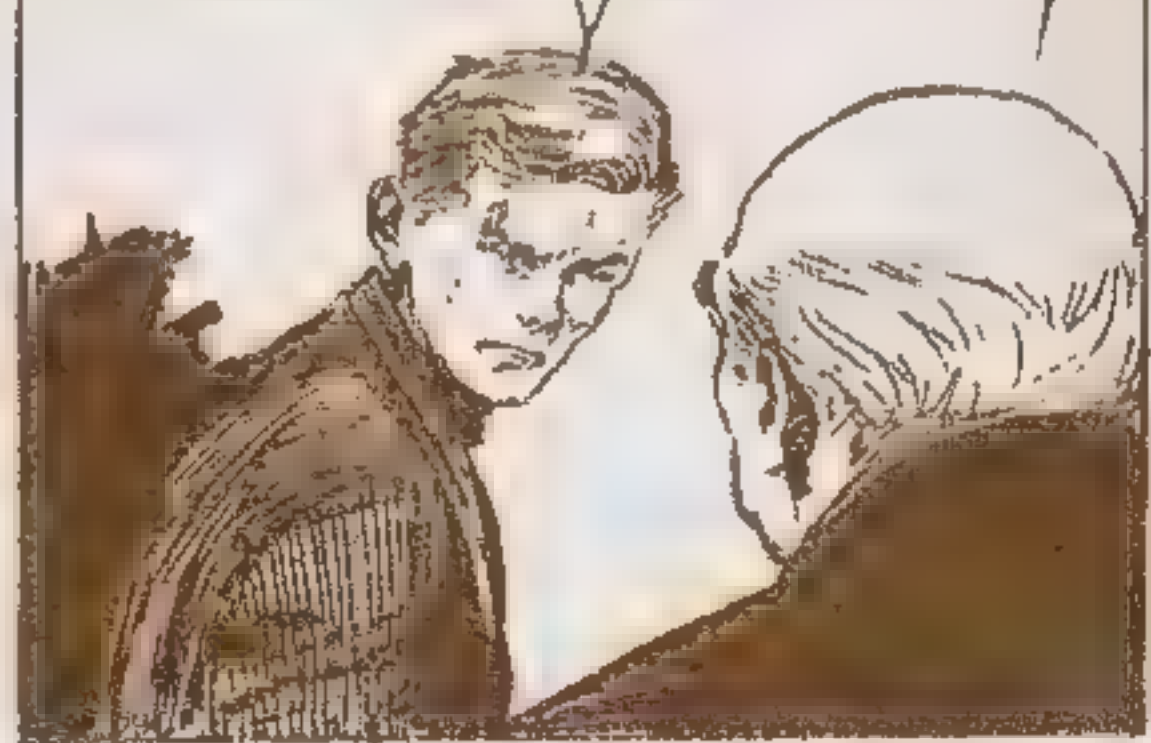
Orestes sabía que lo hacía temblando. El sacerdote lo tomó de un brazo con fraternal afecto. Frente al altar se detuvieron ambos.

¿Recuerdas? En este mismo lugar, aunque ha pasado...



... el tiempo, lo tengo presente como si hubiera ocurrido ayer, consagré las bodas de...

¡No siga usted, padre, por lo que más quiera!



Intervino Orestes, suplicante, para hincarse en seguida de rodillas, y juntando las manos en mística actitud, implorar a modo de oración:

¡Qué puedo hacer de mi vida, Dios de los Cielos!

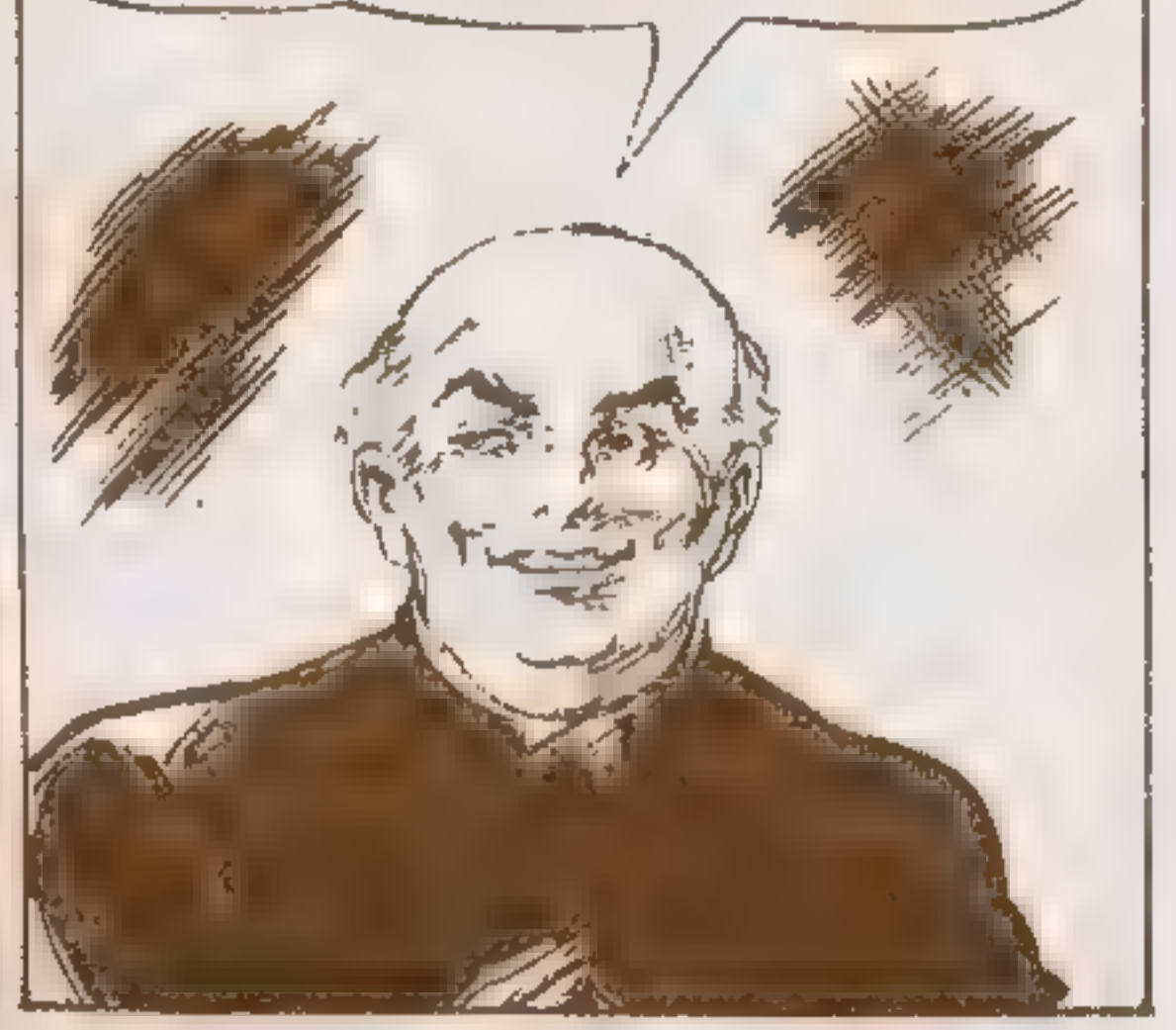


El acento bondadoso y sereno del padre Candela, por alguna razón que bien sabía, repuso:

Dices que aún te queda conciencia; pues haz lo que ella y...



...tu corazón te digan. Dios hará el resto.



Trinidad, con sus 20 años plétóricos de cuanto de hermoso puede engalanar a una mujer, tenía sin sueño a la varonil mocedad, no sólo de Cambados, sino también de pueblos vecinos. La puja por merecer...



...sus preferencias era evidente para todos; y congregaba en su torno, enjambre de melosos y atildados pretendientes. Ella se asemejaba a un bastión irreducible.



Y lo fue hasta el día en que Orestes Belloso, valiéndose no de florido galanteo sino de palabras tan simples como sinceras, conquistó su cariño. Tiempo después el padre Candela ofició los esponsales, y el matrimonio, transcurrido año y algo...



...alcanzó el apogeo de su dicha con el advenimiento de una hija a la que dieron el nombre de Alba Inés. No había para Orestes mayor felicidad que sostenerla entre sus brazos.



Aviado estaré con una esposa tan guapa y una hija que por lo que ya se aprecia, será codicia de Cambados, mejor dicho, de España entera.

¡Qué bobo eres!



-Es tan pequeñita que no puedes decir si será rubia o morena...

¡Tonterías! ¡Será morena! Mírale esos ojos como ascuas y ese pelo renegrido y esa...

Lo que miro es que tiene hambre, con que venga esa niña, que las galanuras no alimentan.

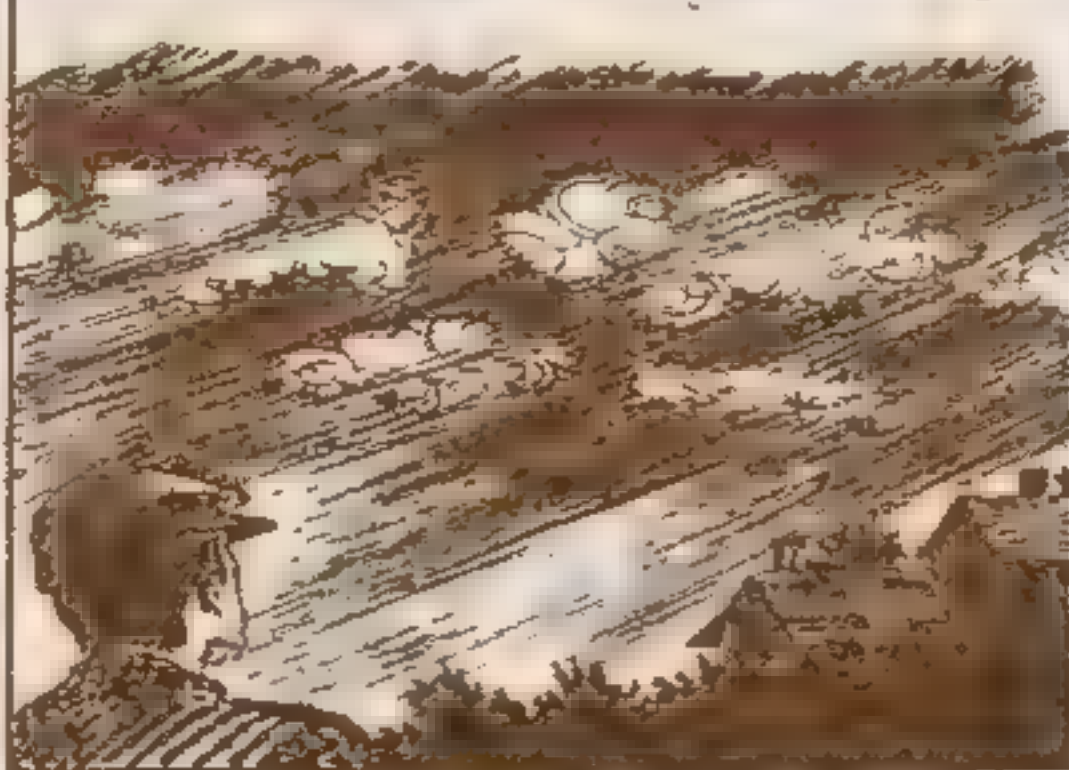


Orestes se equivocó. Alba Inés resultó rubia. Empero, su amor de padre, se hizo sentir con cariñoso descaro:

¡Lo dicho! Rubia como el mismísimo sol.



Hay veces en que el sol ve enturbiado su resplandor y hasta se extingue, impotente ante ligeras nubes que pasan, o bien oculta su faz por otras que se estacionan en el cielo.



Como aconteció en el hogar de los Bellos, por obra y gracia de un tal Ramón Cruceño, individuo al que se le pusiera entre ceja y ceja que Orestes no merecía a Trinidad con la misma firmeza con que pregonaba que ella lo amaba a él, a Cruceño, desde siempre y por vida.



Cierto era que en alguna oportunidad a punto estuvieran de concretar noviazgo, de no ser porque ella, a bien tiempo, llegó a conocer unas cósillas de Cruceño que la obligaron a poner coto.

¡Es inútil, no puede ser!



Hasta ayer pensabas de otro modo. ¿A qué viene este cambio?

A que lo he meditado y no quiero ligarme a una aventura.



— ¿No será que quieres liberarte de mí por otro que te ha venido con música que suena mejor a tus oídos?

Puedes pensar y creer lo que desees; me tiene sin cuidado.



Aguardaré. El tiempo te hará variar de idea.

Lo harás en vano, te lo aseguro desde ya.



No lo creo así, Trinidad. No has tenido tiempo de conocerme bien.

Por eso pude reparar en ti. Y por que acabo de saber quién y cómo eres...



...entiéndelo de una buena vez, he decidido que lo nuestro, si algo hubo, terminó.

¡Cuidate; no sabes qué enemigo puedes ponerte a cuestras!



Orestes comenzó a reparar en que su esposa, desde tiempo atrás, venía incurriendo en ciertas actitudes, que si bien es cierto no llegaron a preocuparle, acicatearon su intriga. Enemigo de andarse por las ramas, le dijo:



Estás algo rara últimamente.

¿Puedo saber qué es lo que te ocurre?

¿Qué quieres que sea? Van para dos años que estamos casados, tenemos una hija...



...y estamos sepultados aquí, en este maldito pueblo, por el que siento hartazgo.

Muchas veces tú misma has dicho que nunca dejarías Cambados.



Nada has hecho por demostrarme que fuera de él hay algo de eso que llaman mundo.

¡Haberlo dicho, mujer! ¿Dónde quieres que levantemos la finca?



Ella pareció titubear. Nerviosa, entrelazaba con fuerza los dedos de las manos.

Estoy aguardando tu respuesta.



Trinidad caminó hacia una silla dejándose caer pesadamente en ella. Luego, con vehemencia implorante, exclamó:

¡Llévame lejos, cuanto más, mejor!



Una promesa de Ramón Cruceño, solía tener para éste la misma importancia de un juramento. Y en tratándose de lo que estuviera reñido con la moral y la decencia, ese juramento de hacer algo, equivalía a cosa que, quien conociera su temperamento, dábala por hecha.



Su asedio a Trinidad fue pertinaz. Orestes acostumbraba a menudo a salir de Cambados en razón de su trabajo. En una ocasión, Cruceño, sabiendo a solas a Trinidad, y haciendo...



...gala de inaudito desparpajo, se presentó en la casa. Ella atendió el llamado. Al verle, pretendió cerrarle la puerta en las narices. Ramón no sólo lo impidió, sino que, haciéndola a un lado, penetró en la finca...



¿Qué pretendes aquí?
¡Vete ya mismo!

Mejor para ti si no te exaltas.



Trinidad no atinó a hacer nada. Orestes tanto podía demorar como estar de regreso en cualquier momento.

¡Dime a qué has venido; sabes a lo que te expones si Orestes te encuentra aquí!



Cruceño lanzó una carcajada burlona y respondió: «Sólo los bobos se arriesgan sin motivo. Yo lo tengo, y por cierto que bien vale el albur que corro.

¡No sé por qué te soporto en lugar de salir y gritar este atropello!



La mirada de los ojos de Cruceño y su cínica sonrisa no presagiaban nada bueno. Tomó a Trinidad por los brazos. Ella se resistía inútilmente.

¡Yo sí que lo sé, Trinidad: porque tú me quieres!



Forcejeó por besarla sin lograrlo. En esa lucha entre el bien y el mal, Trinidad pudo zafarse del tenebroso abrazo. Enardecida, sintiendo asco por esa alimaña, cerró la diestra sobre un pesado cenicero...



Cuando Ramón Cruceño hizo amago de reiterar su intento, lo golpeó con furia en la frente. Un gesto de dolor paralizó al hombre. La herida producida por el impacto manaba abundante sangre.



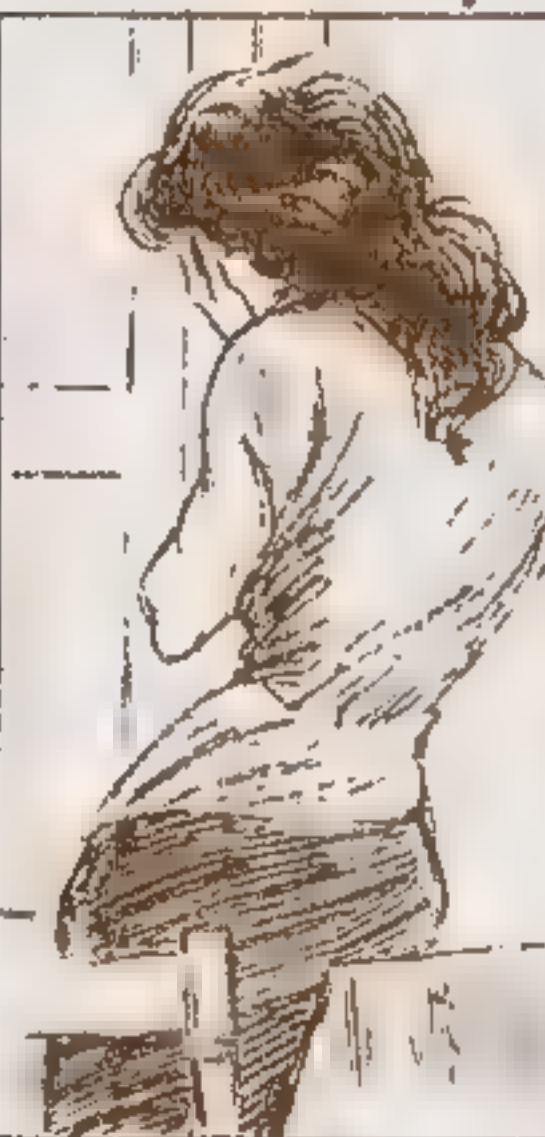
Sangre que al resbalarle por el rostro, dábale un aspecto aún más diabólico, goteando luego sobre el piso.

¡He de volver por ti, y si te niegas, entonces sí que verás correr sangre! ¡Y no será de la mía!



Tratando de restañar la herida con un pañuelo, salió de la finca no sin antes volverse desde la puerta.

Sé que tienes una niña. Olvidé congratularte...



Rubricando estas palabras, dejó oír nuevamente su risa brutal que en los oídos de ella tuvo tétrico eco. Luego que él salió, Trinidad corrió hasta la puerta y la cerró.

¡Alba Inés. Dios mío, vela por ella!



Anocheecía cuando llegó Orestes Belloso. Al entrar, lo primero que vieron sus ojos fueron unas gotas de sangre sobre el piso, descuido imperdonable de su esposa.

¿Y esa sangre? ¿Qué ha pasado aquí?



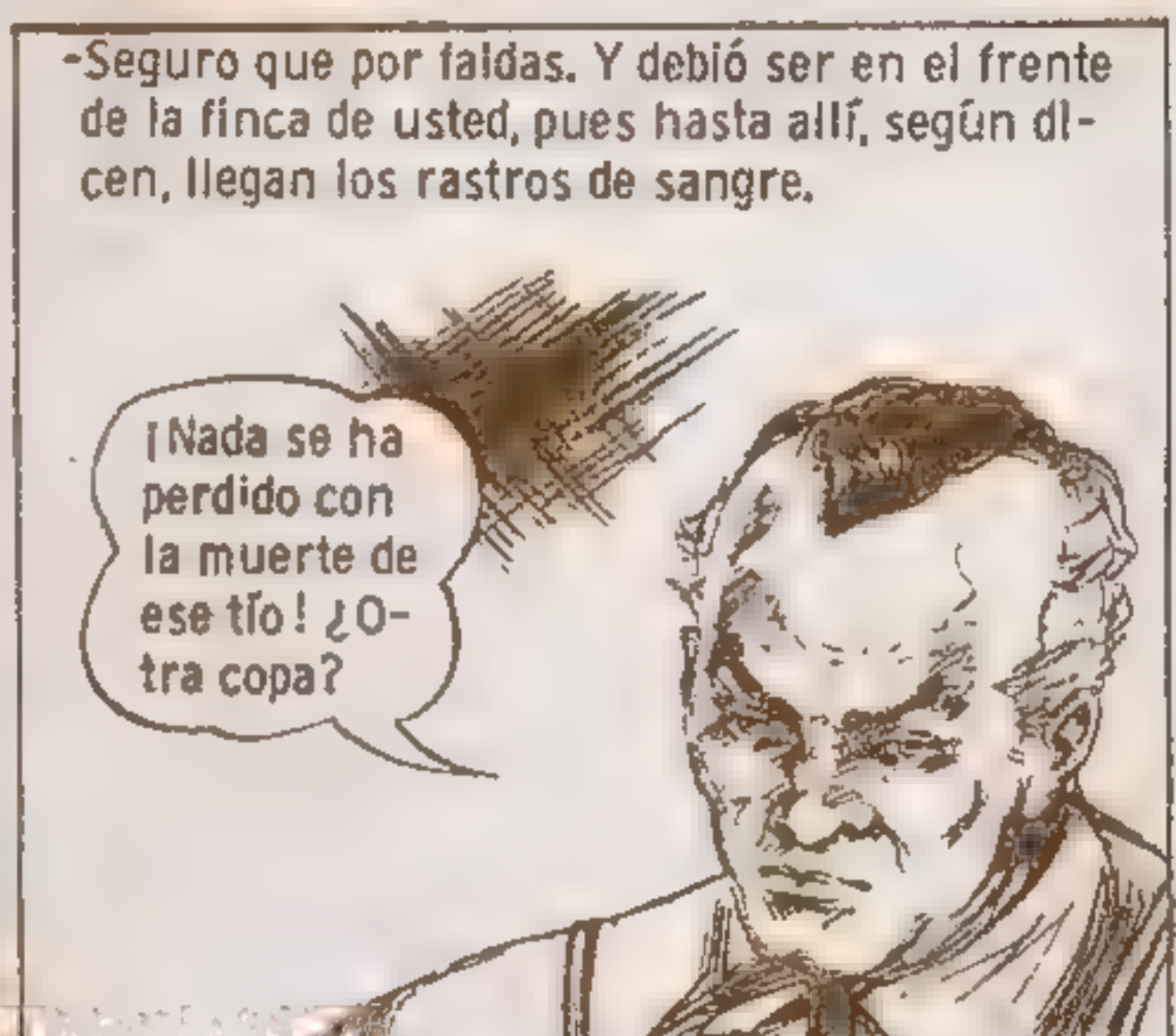
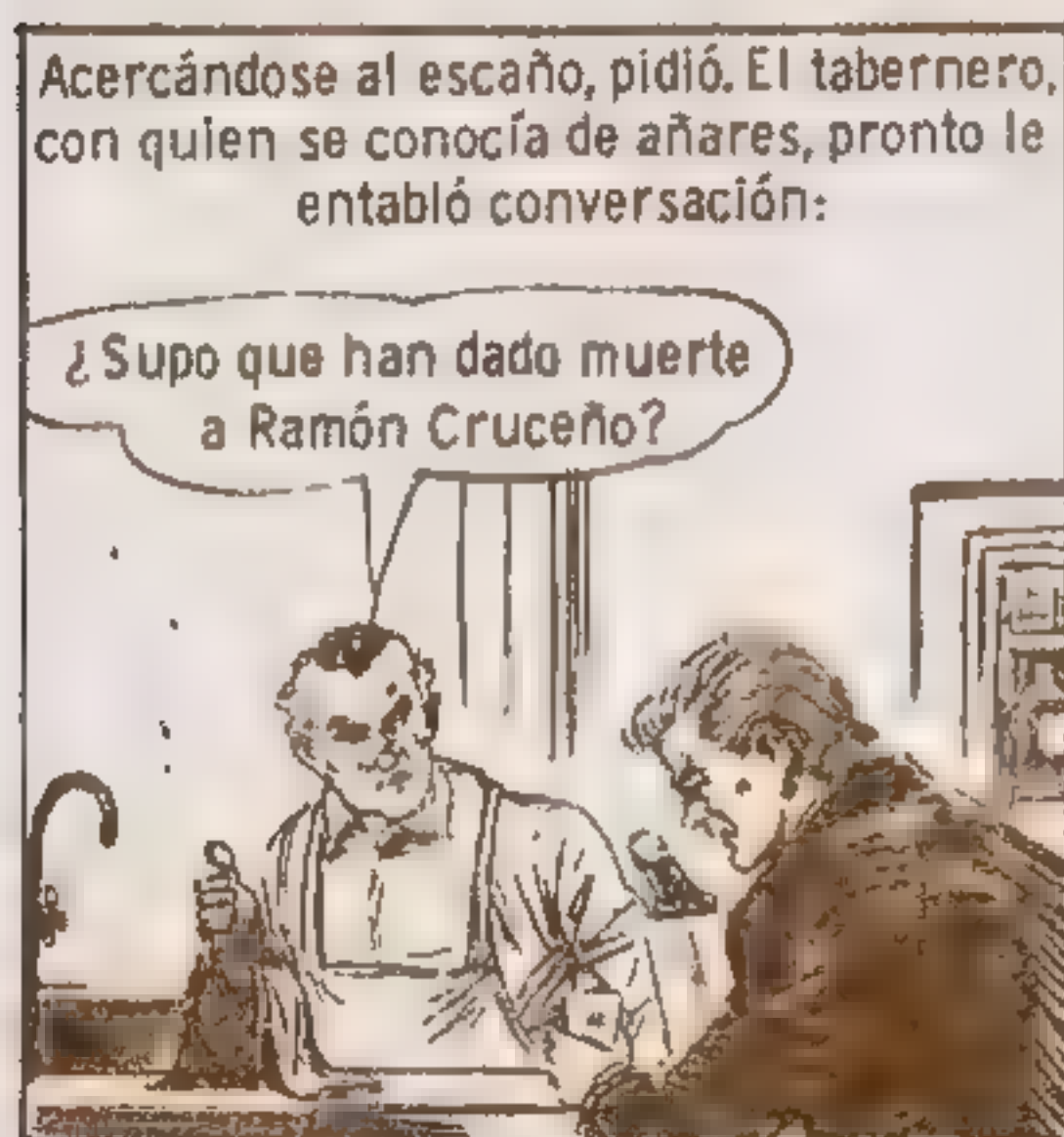
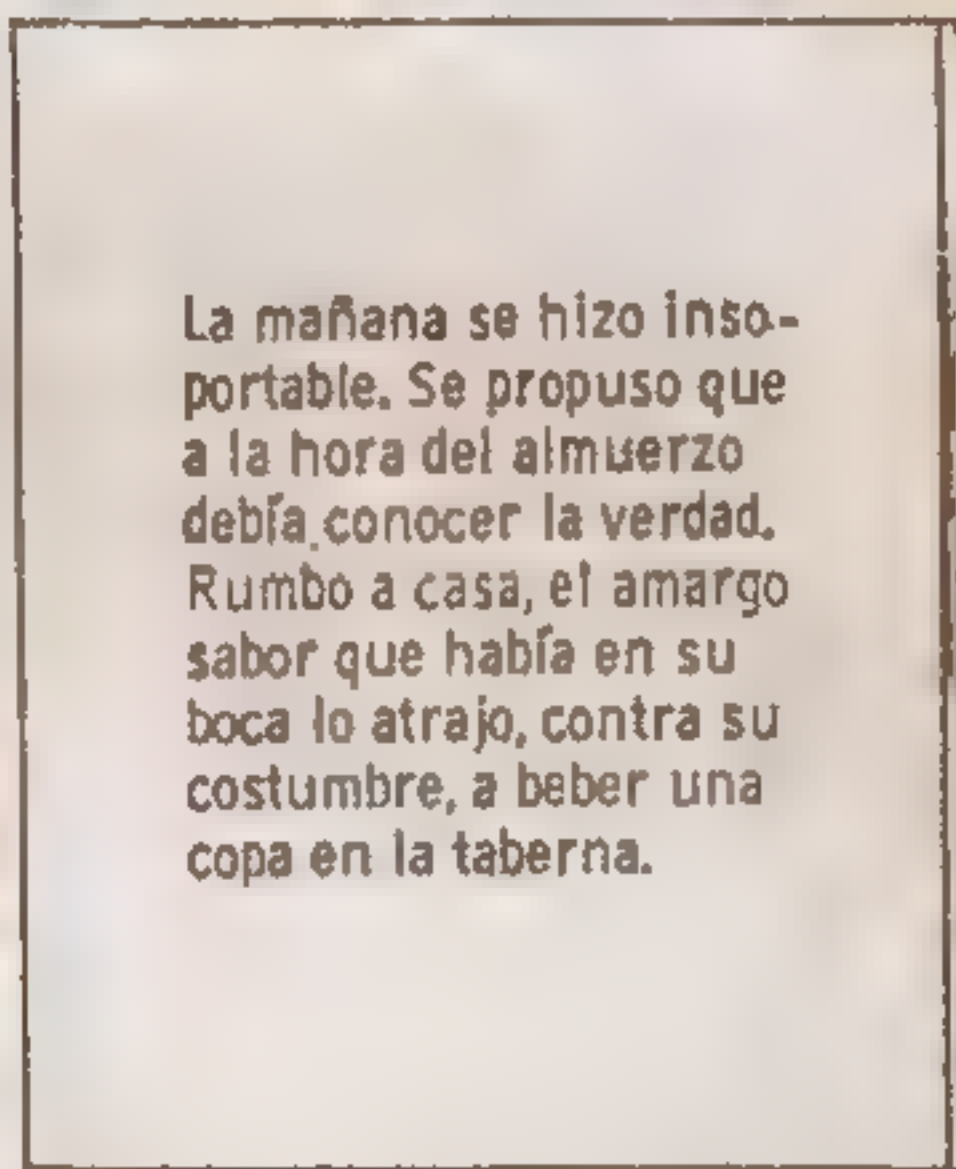
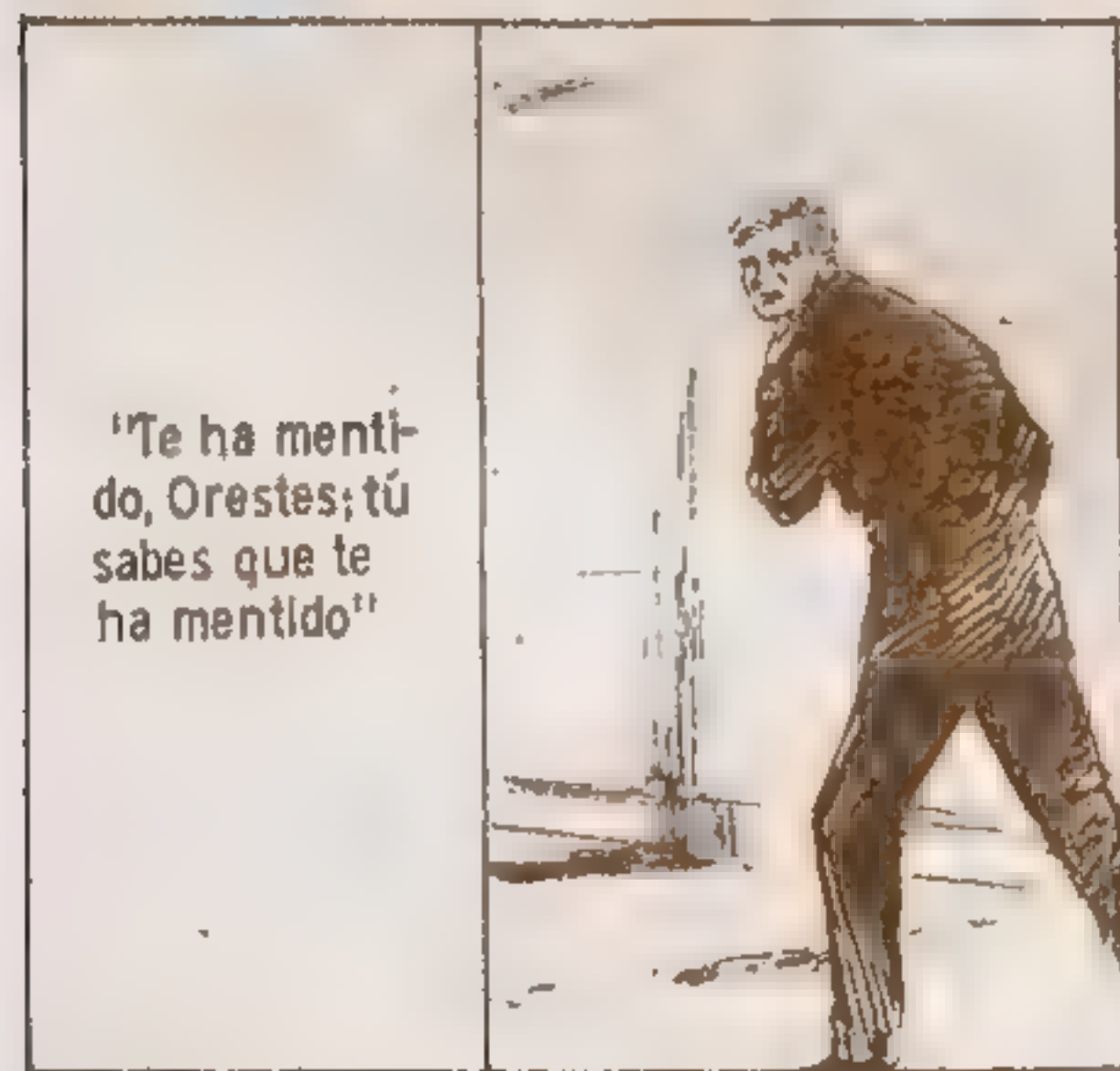
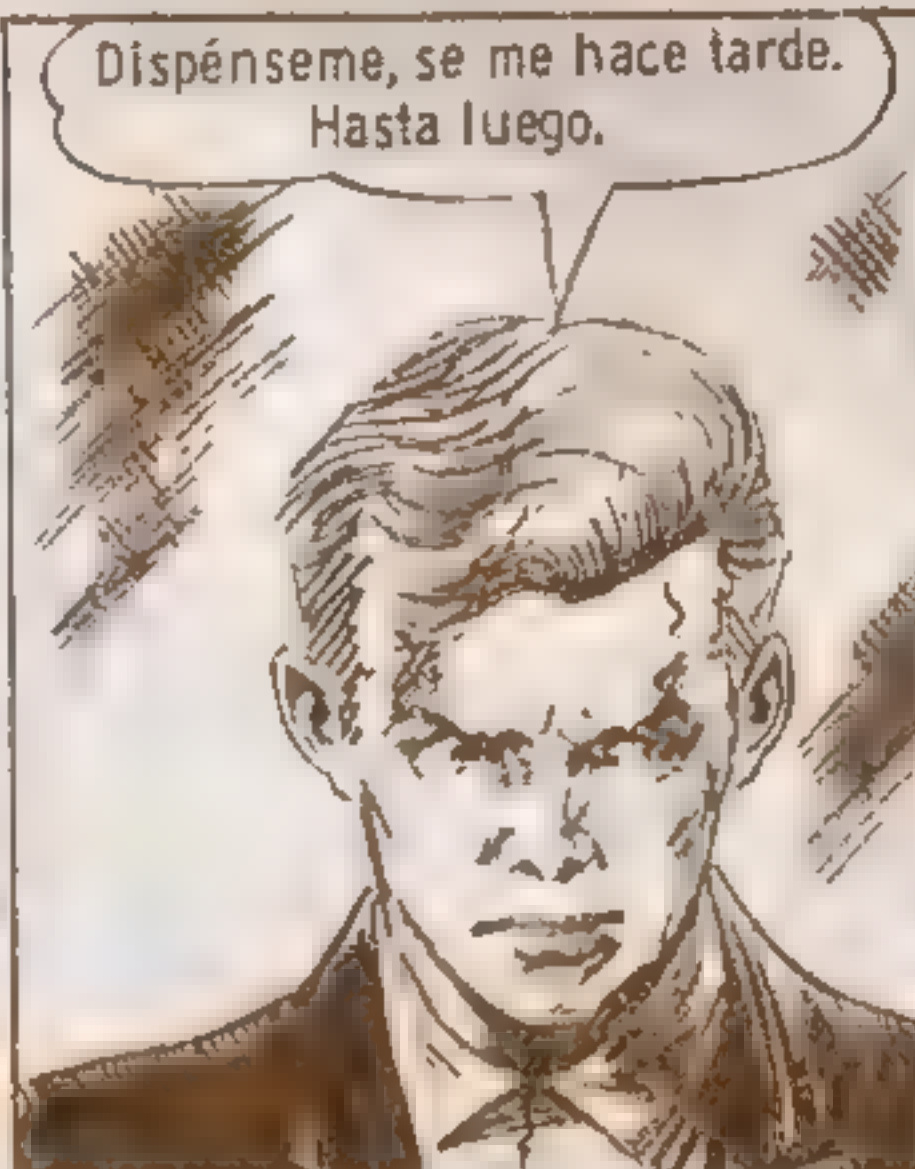
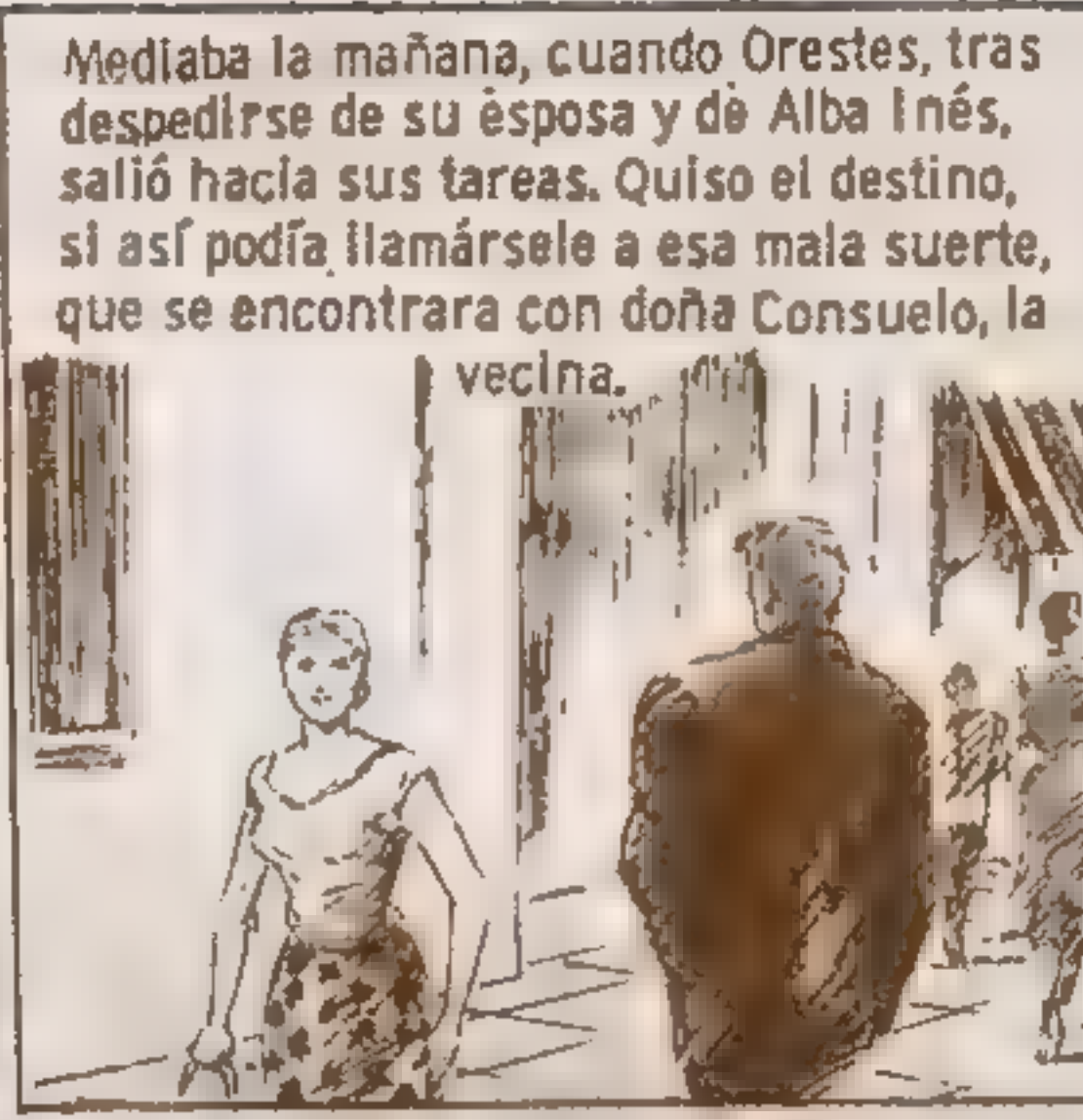
Era preciso urdir y rápido una mentira salvadora. Trinidad, dolida en el alma por tener que hacerlo, repuso:

No te preocupes.



Al hijo de la vecina, como mañana es su día, le regalaron un juego de esos con herramientas para carpinteros. Vino ufano a que lo viera, y empeñado en demostrarme sus habilidades, acabó por lastimarse seriamente un dedo.





Orestes, sin responder, pagó y salió de la taberna. Un impulso que no atinaba a explicarse, aceleró sus pasos. Llegó. El tabernero estaba en lo cierto, ya que a las puertas mismas de la casa, sobre las lajas de la acera, se veían unas manchas negruzcas...



Pensó en Trinidad. Pensó en Alba Inés. En el regalo de cumpleaños de Marito. En la sangre que viera sobre piso. Entró resueltamente.

¡Trinidad! ¡Trinidad!

¡No grites así que duerme Alba Inés!



Sin el menor gesto que denotara su tragedia interior que por otra parte no sabía si era o no justificada, el hombre exclamó:

¡Tendrás que despertarla! ¡Anda, vamos!

¿A qué tanta prisa? Explícate...



No hay tiempo. Toma una maleta con ropas tuyas y de ella. En quince minutos pasará el autobús para Santigao.



Irás a casa de mis padres. He vendido la finca, y de aquí a unos días iré por ti y la niña. ¿No querías dejar Cambados?



Se le hizo añicos el alma cuando partió el autobús llevándose a la esposa y a la chiquilla. Quedó mirando hasta perderlo de vista. Con paso lento, las manos enfundadas en los bolsillos, Orestes Belloso, al rato, entraba a guarnición policial.



Soy Orestes Belloso.

¿Qué se le ofrece?



Antes de responder, Belloso observó a través de una ventana, tal vez a la manera de simbólica despedida, hacia el mundo de sus sueños y de la libertad. El policía insistió:

¡Le he preguntado qué se le ofrece!



Orestes volvió hacia él la mirada, y simplemente dijo:

¡Yo fui quien dio muerte a Ramón Cruceño!

¡Vaya con la sorpresa! Estábamos en el supuesto que hubiera sido una mujer.



Las marchas de sangre dentro y fuera de la finca obraron como pruebas suficientes para condenarlo. La Corte, teniendo en cuenta los antecedentes de la víctima y los de Beloso, éstos intachables, le impuso la mínima pena: cinco años de cárcel.

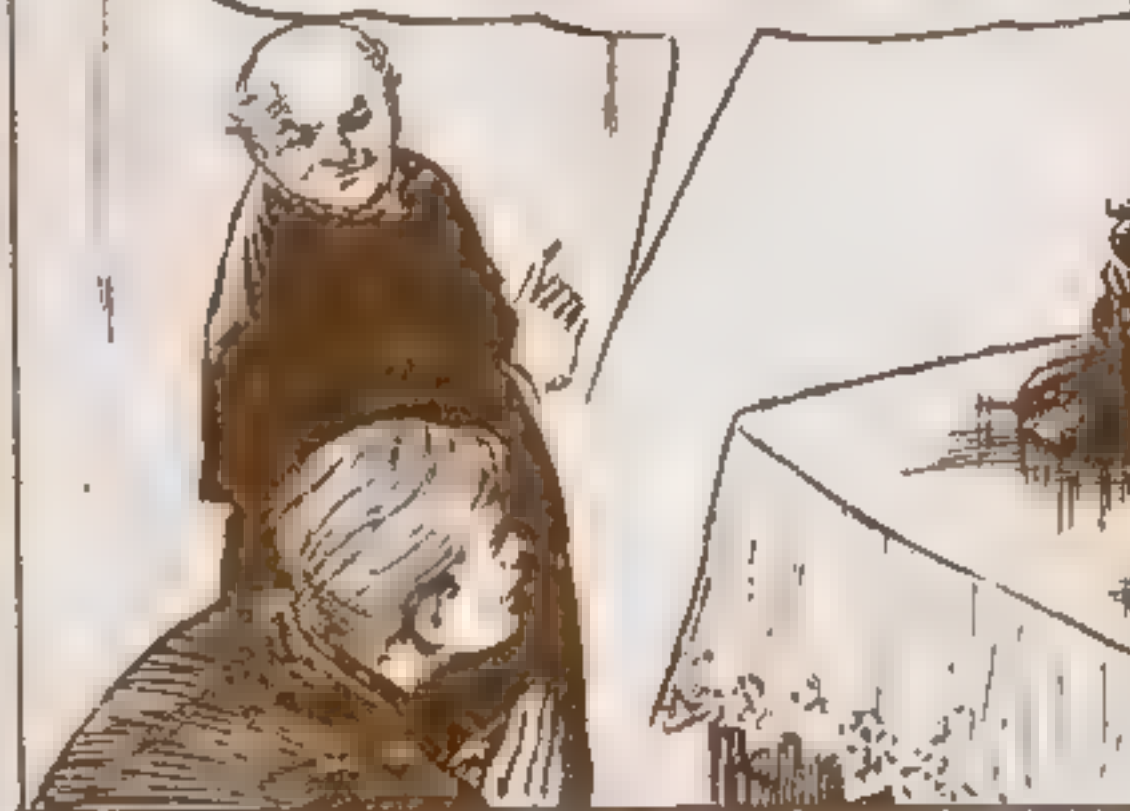


Trinidad, al conocer la noticia y superado el primer dolor, supuso que Orestes, conocedor de las andanzas de Cruceño, había dado su merecido a costa de su propia libertad.



Las palabras bondadosas con las que el padre Candela trataba de ayudarlo, fueron como un sedante para su tribulación:

¡Siempre he creído en Dios, padre!



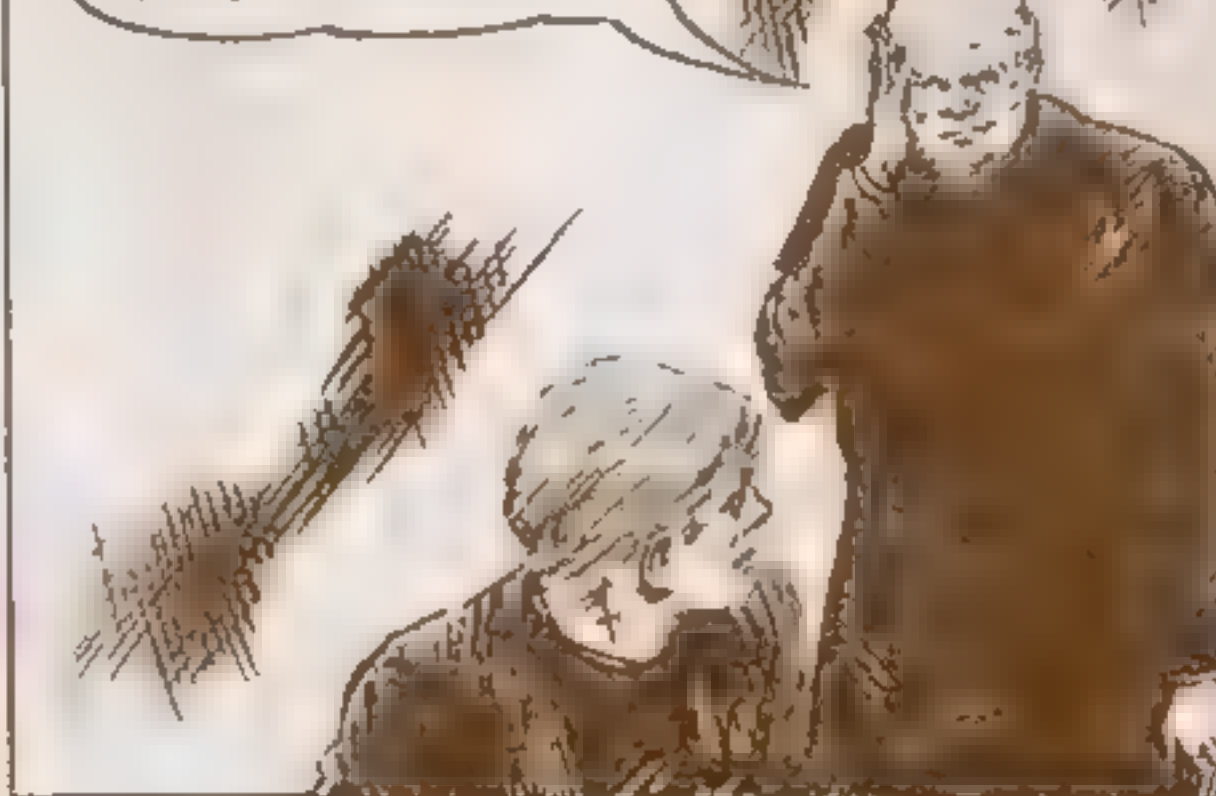
Lo sé, Orestes, no me cabe duda.

Pero mi vida sin ella y sin mi niña no vale de nada. Si tuviera el coraje de quitármela.



El padre Candela, al escuchar la exclamación de Orestes, elevó los ojos y se santiguó.

¡Levántate, hombre, que ya es bastante!

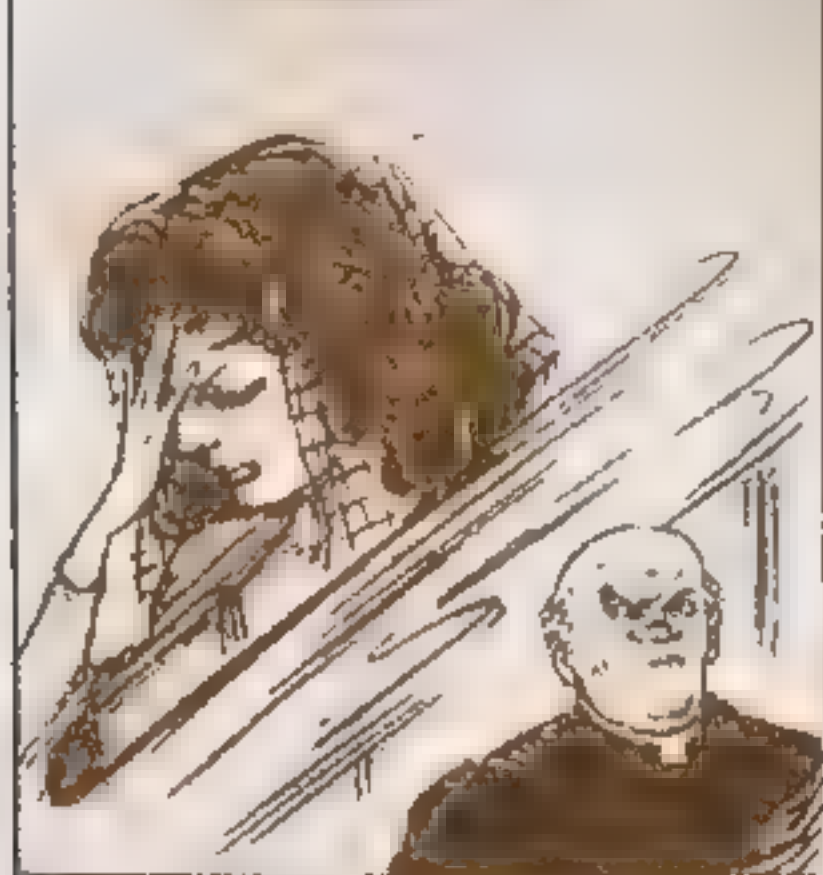


Orestes se incorporó. Junto con el sacerdote fue la a habitación de éste.

A propósito del anisado, creo que ambos lo necesitamos.



El padre Candela, por relato que Trinidad le hiciera, sabía la verdad. La pura y única verdad.



El relato de los acontecimientos, hecho con profusión de detalles, hizo mayor la desesperación de Orestes. Recién ahora comprendía. Sintió que aquella duda que desde hacía cinco años le punzaba el pecho, había cesado.



Pensó que liberarse de tal tormento y ver la realidad ante la que estuviera ciego tanto tiempo, bien valían la pena del suplicio que implicaban las rejas de la cárcel.



Sin poder contenerse, con humilde y devota gratitud, quiso besar las manos del padre Candela.

Déjalo para otra ocasión, y toma de una buena vez el anisado.



Si quieres, puedes acompañarme. Me tienen a mal traer los achaques y camino mejor apoyándome en alguien. ¿Vamos?



Salieron de la capilla. Sin cambiar palabra echaron a caminar por la pequeña plazuela. La casa de las rosas blancas concitó la atención de Orestes. Se detuvieron a su frente.

Bonitas rosas, ¿verdad? Bien se nota...



...que las manos que las cuidan lo hacen con verdadero amor.



Orestes se atrevió a decir:

¡Tan bonitas como cuando las cuidaba Trinidad!



El cura sonrió. Orestes, reconociéndose sin derecho a preguntarle al clérigo por el actual paradero de Trinidad y de Alba Inés, evitó hacerlo. En la cárcel, el resabio del pasado lo habían impulsado a rechazar las cartas de la esposa.



(Y ella dejó de escribirle, sin atreverse a visitarle.)

Me gustaría guardar un par de esas rosas que tanto significan para mí.



¿Estás seguro de que lo sientes así?

Sí, padre Candela. Será como tener conmigo los dos amores más grandes de mi vida.



Una esposa que no merezco, y mi niña, que ya me habrá olvidado.



Ven conmigo; quienes viven allí, son gente bondadosa.



¡Pero es cosa de chiquillos ir a molestarlos!

¡Pues seamos por una vez chiquillos!

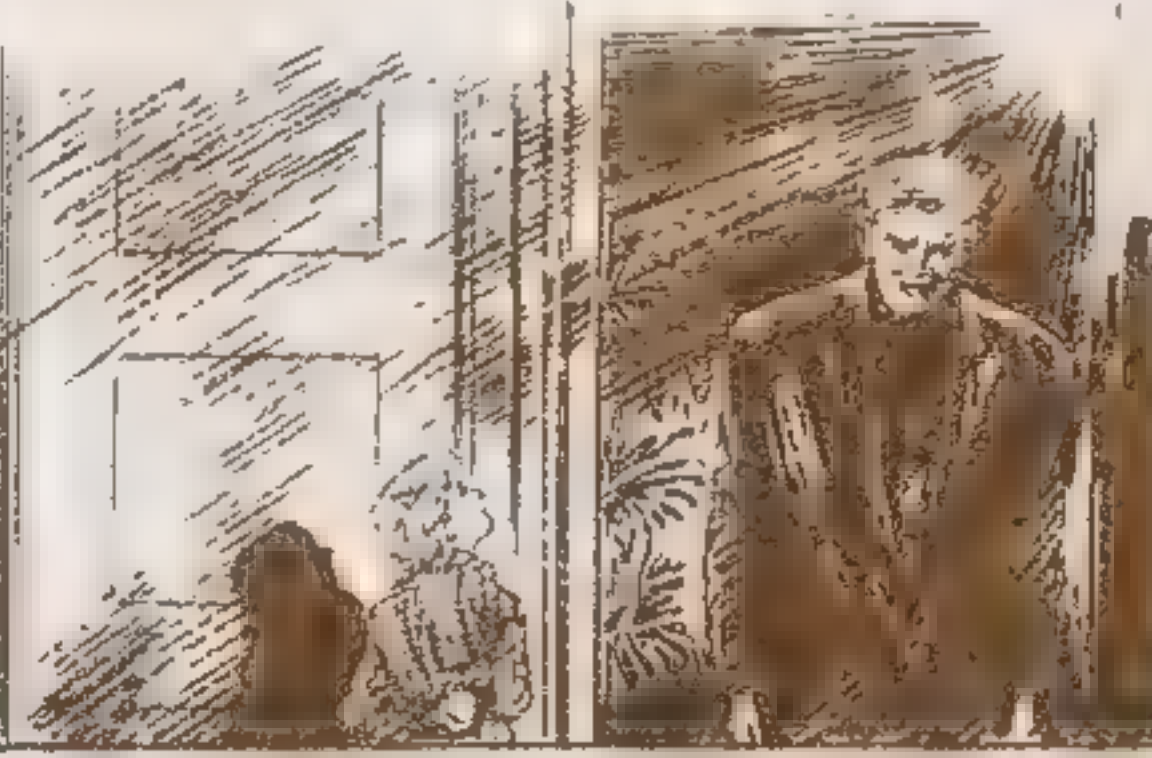


El padre Candela, que parecía haberse curado súbitamente de sus males, se adelantó a Orestes y accionó el llamador; apresuradamente volvió sobre sus pasos y dijo a Orestes:



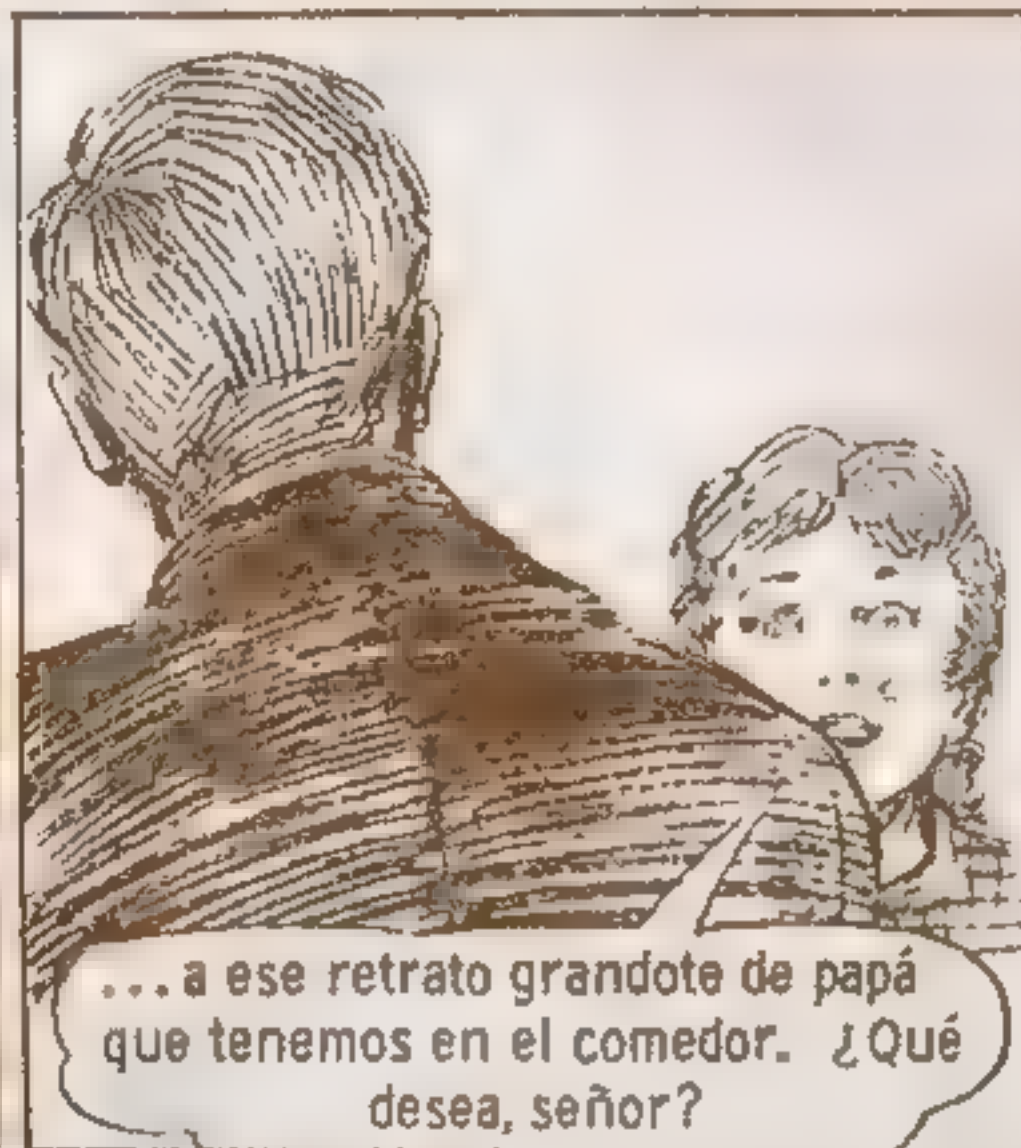
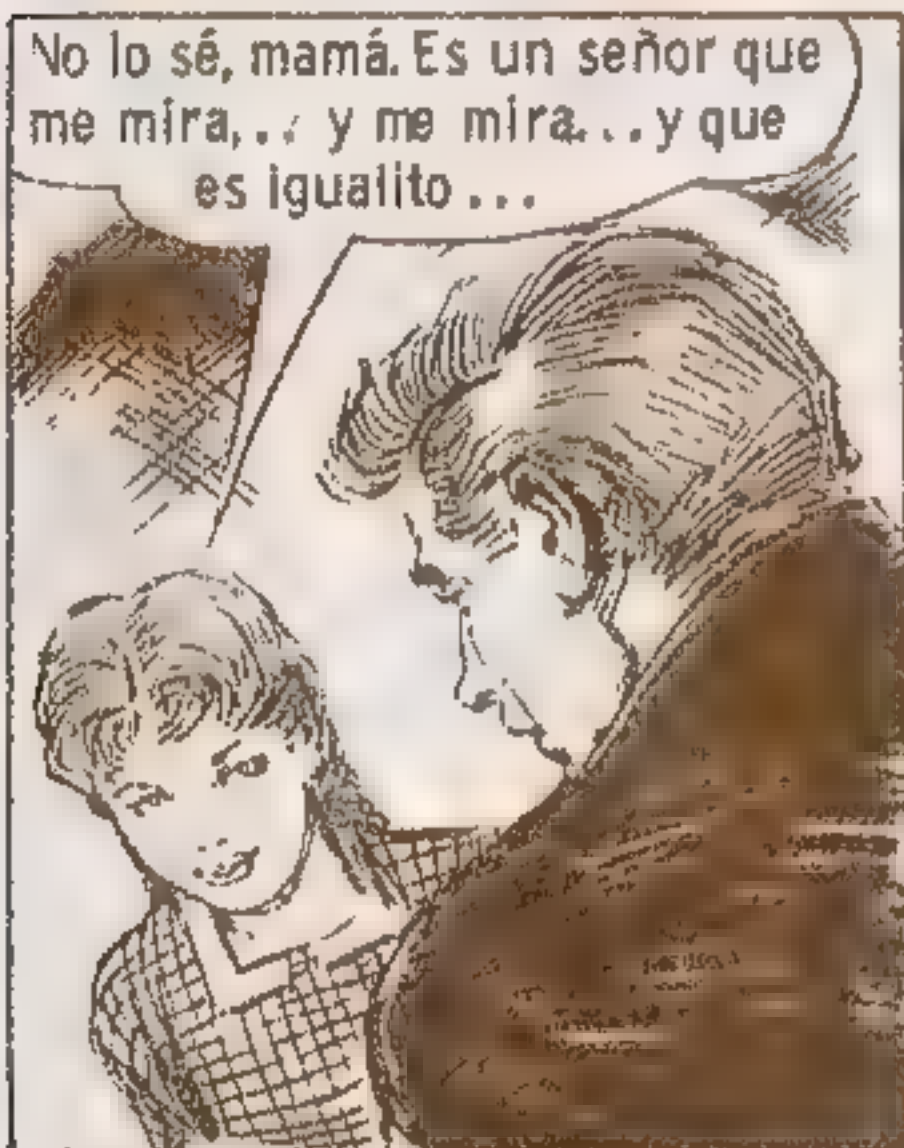
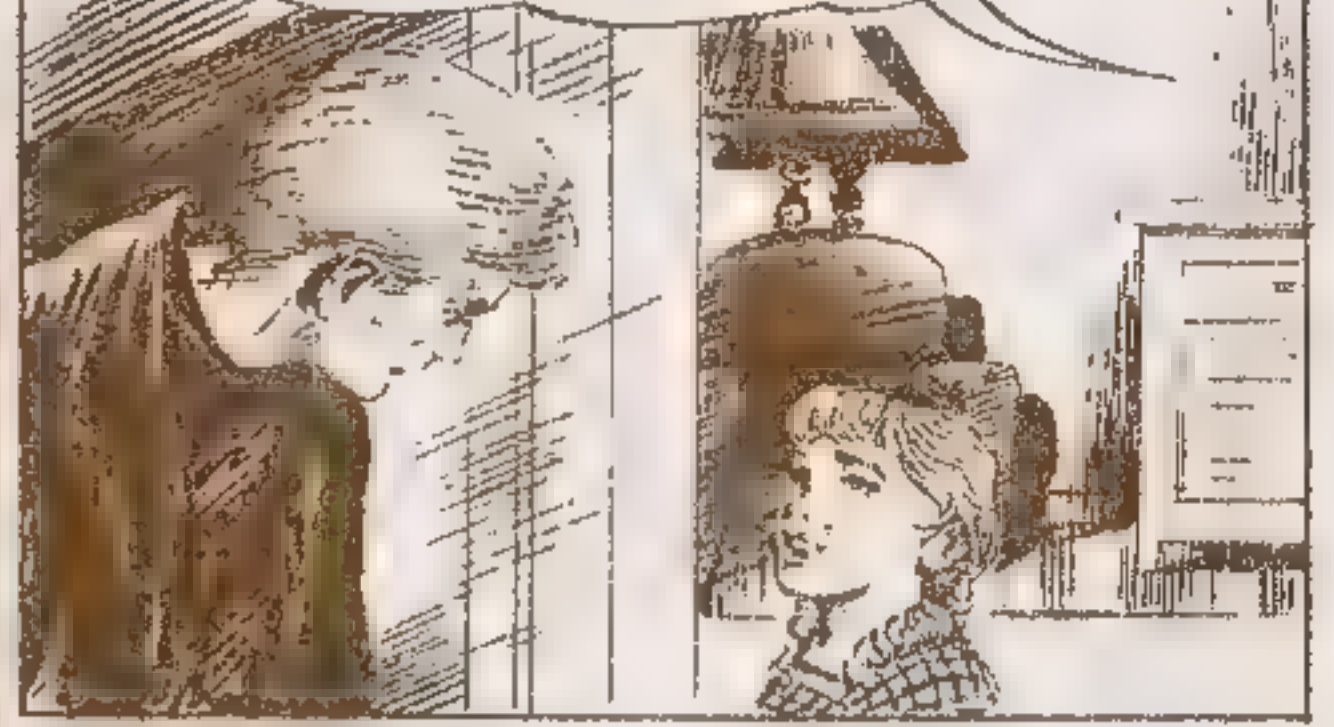


Se interrumpió al encenderse la luz que había bajo el alero de la entrada. La puerta se abrió, y en ella una chiquilla que no tendría más de seis años, apareció sonriente. Era rubia, como el mismísimo sol.



Orestes miró a la niña, atolondrado, sin saber qué decir. Desde adentro, la voz de una mujer le hizo sentir escalofrío al preguntar a la pequeña:

Bueno, ¿quién es, hija?



Trinidad hizo su aparición por detrás de Alba Inés. Ella y Orestes movieron los labios queriendo decir de esa felicidad que renacía, sin lograr articular palabra. Por fin ella pudo balbucear.



Luego la luz se apagó. Reinó el silencio en Cambados, interrumpido únicamente por un terceto de risas dichas que ganaban la calle desde el interior de la casa de las rosas blancas. Algo como un murmullo trajo la brisa, cuando el padre Candela, antes de cerrar la puerta de la capilla, exclamó:



¡Válgame Dios, cómo me enturbia la vista ese anísado!



FIN

SANTOS VEGA VUELVE

Por L. TORRES RÍOS

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE GUTIERREZ

Film argentino con interpretación central de Juan José Míguez.

La vida pasaba rauda, indiferente, por sobre la existencia de Luis María Vega. Aún disponía de mucho dinero, herencia de sus padres, estancieros de la Provincia de Buenos Aires, y fallecidos.

De acuerdo, Inés. A las diez en el "Aguila".



La noche de Buenos Aires sabía de su presencia elegante, un tanto frívola.



Hoy quisiera cenar y hablar de cosas "importantes", amigos míos.

Le fastidiaba ya esa cadena de días y noches "arrojados al fuego de la diversión vacía".

Termina de hacerte el filósofo y canta, Luis María.



Tenía buena voz y sabía gratas canciones de la tierra criolla.

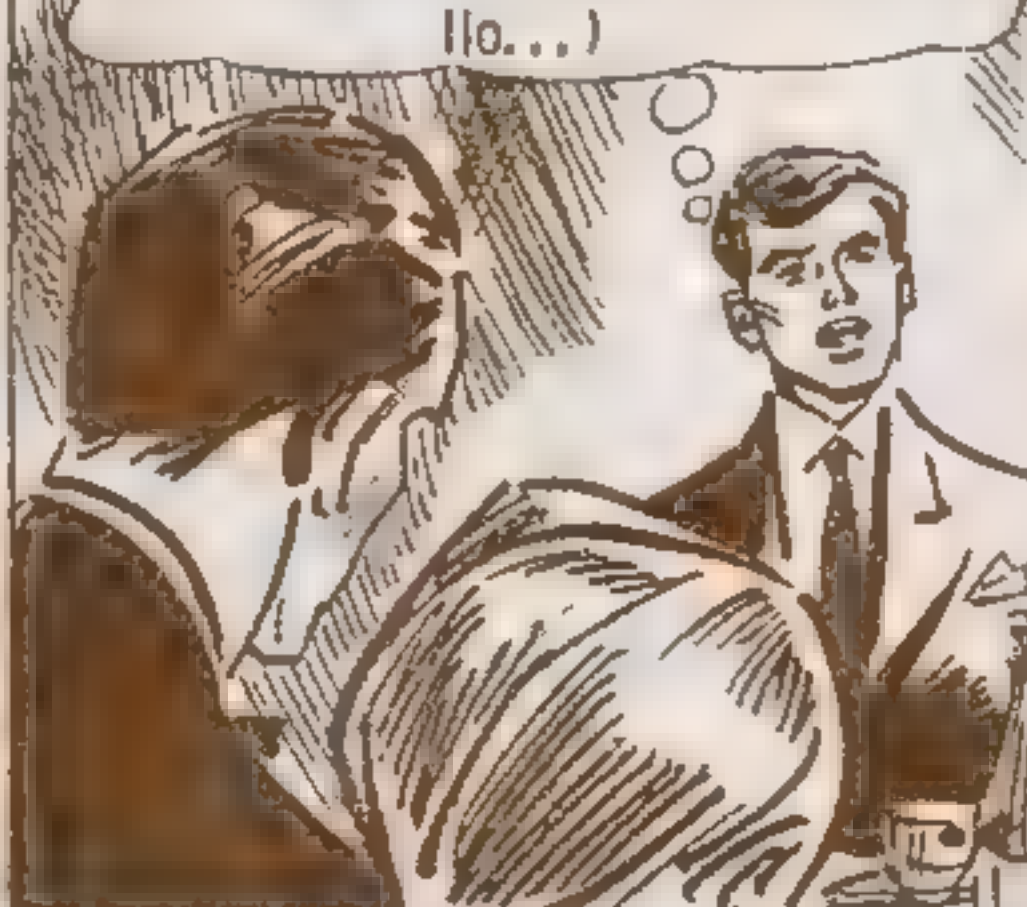
Cantaré una que me enseñó el tío Braulio.



¿El tío millonario de Madarlagá?

Mientras cantaba, Luis María recordaba su niñez...

(Los campos del taciturno tío Braulio...)



... "cuando correteando entre campo y mar, veía pasar a caballo al -muchas veces- triste y extraño tío Braulio."



Como de costumbre volvió Luis María, muy tarde a su casa.

Telegrama para el señor Luis María.



La pequeña hoja de papel le traía recuerdos del tío Braulio, ya fallecido. "Leeré testamento en 'El Ñandú', día quince. Concurra". Era el aviso del escribano. Luis María telefoneó a la prima Marta.

¿Me llevas en tu coche? ¡O. K., Luis! ¡Hasta mañana!



Marta Vega invitó a sus amigos Inés y Andrés Larzábal.

¡Marta! ¡No vamos de "romería", mi estimada prima!

Son buenos amigos míos. No te enojés, primo.



El auto anduvo cientos de kilómetros, luego dobló por un sendero de tierra; al fondo de un bosque.

Pasando el bosque está El Ñandú, y más al fondo, el mar.



La noticia produjo alegría a los "excursionistas".

¡Esta misma tarde estrenaremos nuestras mallas, Inés!



Mientras se acercaba a la estancia del tío fallecido, Luis María Vega se puso taciturno.

¿Sucede algo, primo?



"No. Nada", contestó él, apretando el acelerador de su auto. A poco...

Buenas, paisano. ¿Falta mucho para la estancia El Ñandú?



El paisano miró fijamente a Luis María.

No... no sé, señor".



Y ante la sorpresa de los ocupantes del coche, el paisano echó a correr, alejándose del lugar.

¿Se habrá vuelto loco?



Luis María Vega nada comentó, reanudando la marcha de su automóvil.

(Este es el camino, pero no estoy muy seguro...)



Un hombre ataviado de negro y a caballo venía hacia ellos por la polvorienta senda.

¡Amigo! Voy bien para El Ñandú, ¿verdad?



"¿El Ñandú?", dijo el jinete con un asomo de sorpresa en la voz. Y agregó: "¿Está seguro que va a esa estancia?"

¿Por qué tanto misterio?



El hombre sonrió a la mujer de Buenos Aires.

¿Misterio? No sé si llamarle así, señorita, pero el caso es que...



Señaló bruscamente hacia el bosque de eucaliptus.

De ahí, a la derecha, una media legua más. ¡Buenas tardes!

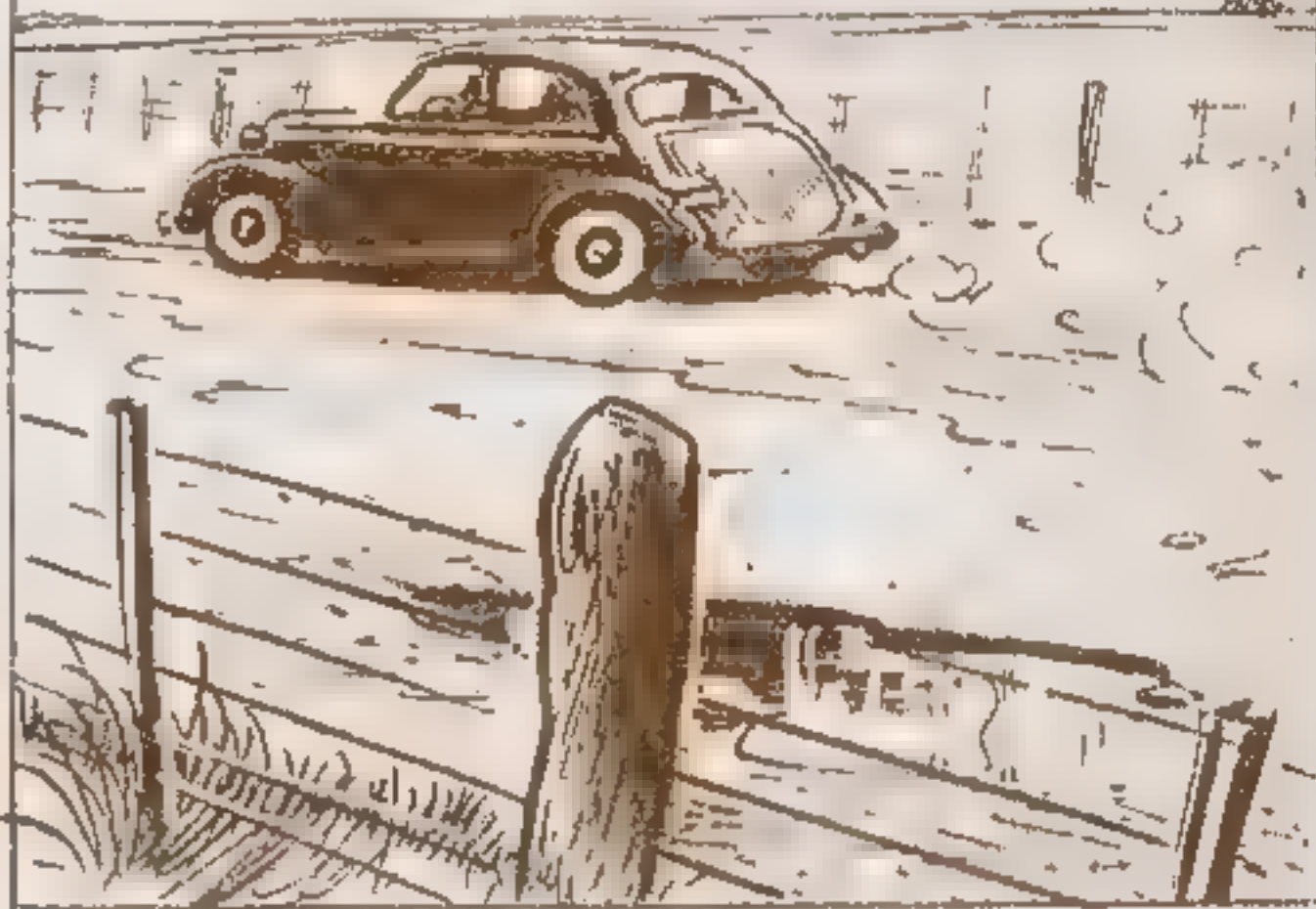


Y como apareció, desapareció, espoleando a su animal.

Bien, ya han oído. Media legua más y llegamos.

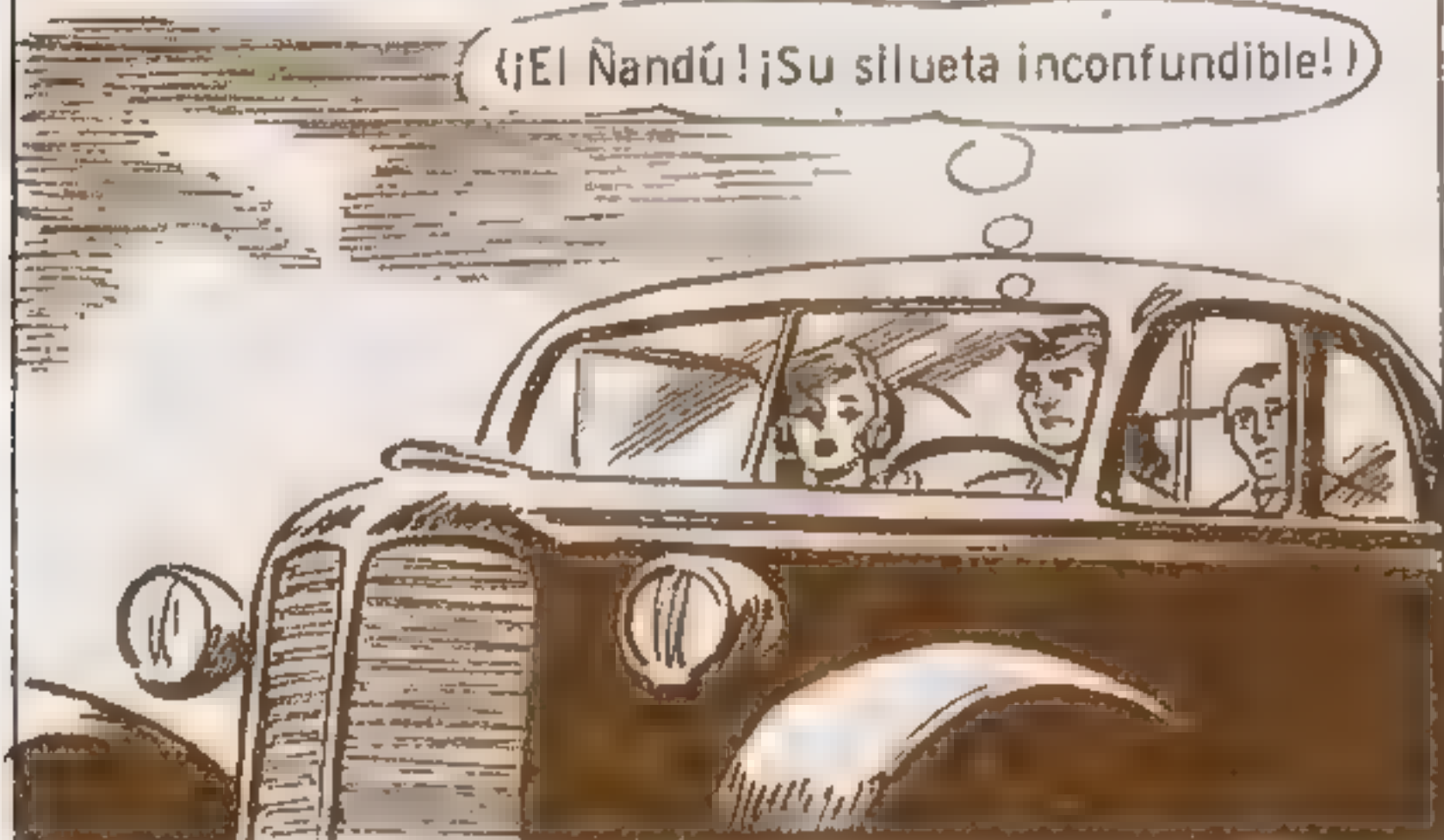


Una extraña sensación los dominaba. Pero Marta y sus amigos terminaron por tomar la cosa a risa. Luis María manejaba, muy serio



Pasado el tupido bosque de eucaliptus...

(¡El Ñandú! ¡Su silueta inconfundible!)



De lejos, la estancia parecía un enorme toro negro, fabuloso, dispuesto a lanzarse contra los que se animaran a entrar en ella.

¡Que color siniestro! ¿No podrían haberla blanqueado un poco?



Luis María corrió la tranquera.

Alguien viene hacia aquí.



Un jinete totalmente vestido de negro se acercaba a los visitantes.

(No es Jerónimo. No, no lo conozco.)



"¡Buenas tardes! ¿El señor Luis María?", dijo el hombre quitándose el sombrero. Tendría unos cincuenta años, era fuerte, alto.

El mismo. ¿Con quién tengo el gusto?



El recién llegado miró de reojo a los otros ocupantes del auto.

Leoncio Cabral, el capataz.



Desde hace poco tiempo, ¿no?

Un año, señor Vega.

¡Ah! ¿Usted se hallaba con mi tío cuando...?



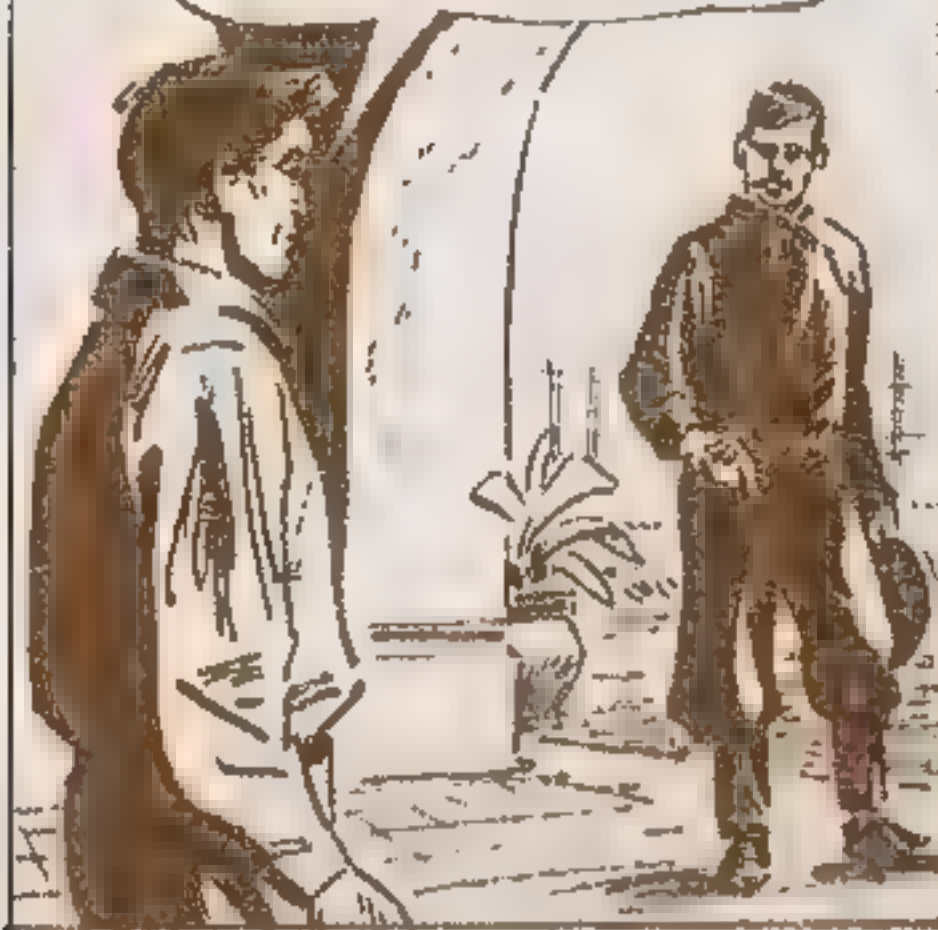
"No, señor Vega. No vi el accidente ocurrido a don Braulio Aníbal. El solito salió a caballo y con su guitarra. Se despeñó y su cuerpo fue encontrado sobre la arena, unas horas después", dijo Leoncio Cabral, ante la triste mirada de Luis María.

Bien. Hablaremos luego. Ahora estamos muy cansados.



Media hora después, y ya instalados en la espaciosa estancia...

Leoncio, escúcheme...



El capataz jamás sonreía, y su andar era silencioso, como si no pisara con sus botas enormes e impecables.

Cuénteme del tío Braulio, por favor.



¡Qué quiere que le cuente, patrón!
¡Era un hombre raro!

El capataz hizo su relato.

Y yo no sé si sería por su enfermedad, pero don Braulio Aníbal insistía en lo mismo: "Que Santos Vega..."



... penaba desde la pérdida de su querida guitarra, y él, Braulio, su biznieto, iba a ayudarlo".



Luis María guardó respetuoso silencio.

(¡Pobre tío Braulio!)



Trató de olvidarse de la fantástica historia que le contara el capataz, pero su alma, al contacto con la vida del campo, erró placenteramente "por los caminos que fueran de Santos Vega".

(¡Quién sabe si el pobre tío no tenía razón!)



¿Qué historia era esa "de la guitarra perdida de Santos Vega"?

(¡Posiblemente alucinaciones de Braulio Aníbal Vega!)



Se detuvo a contemplar el bosque de eucaliptus. En uno de los árboles había una vieja marca hecha a cuchillo: "LM-D". Y una fecha.

(¡Delfina! ¡Delfina!)

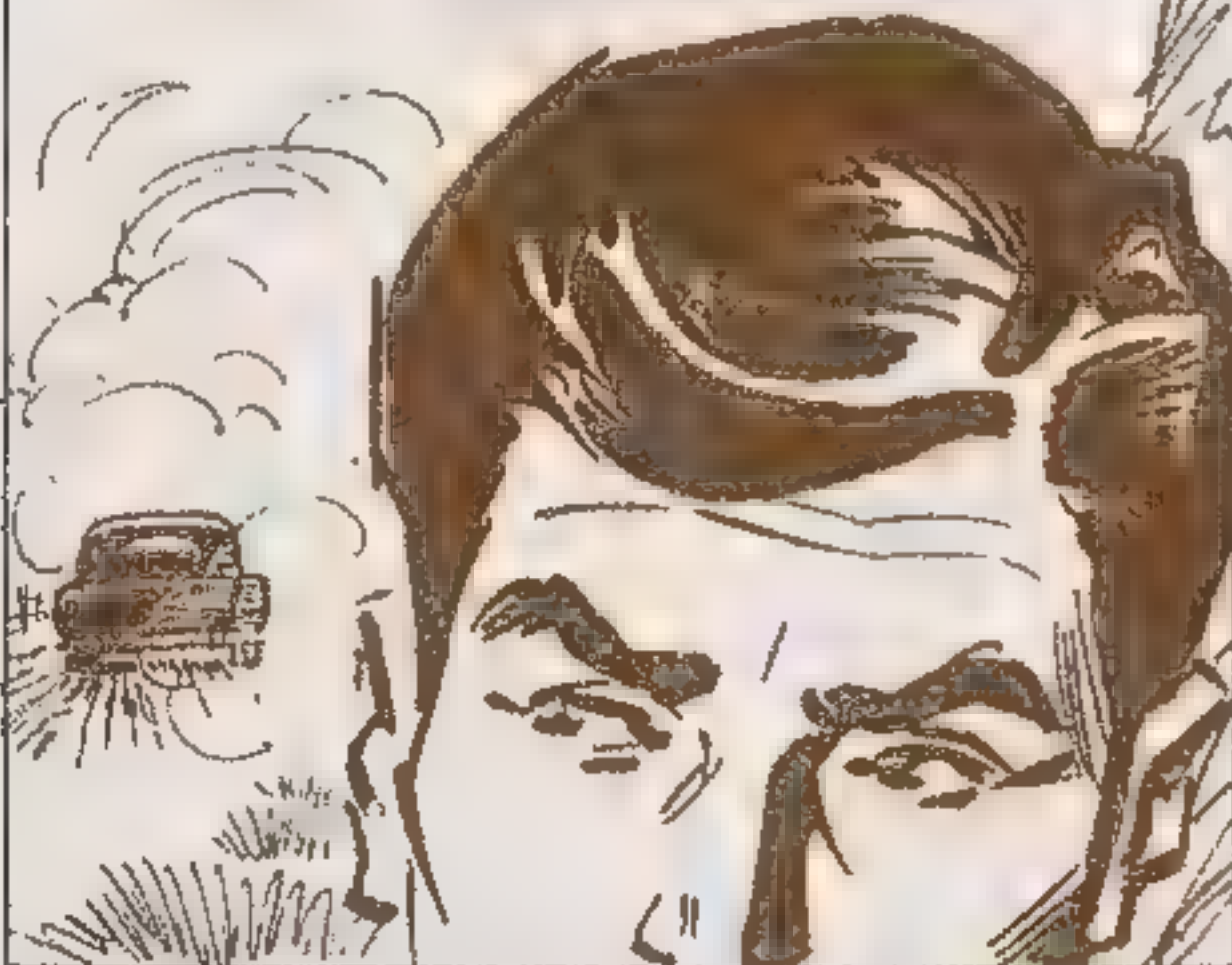


Era muy antiguo eso. Pertenecía a su infancia. También Delfina era un suave recuerdo de la niñez. Delfina, la vecinita con trenzas. Un auto pasó cerca suyo, a gran velocidad. Le echó sin piedad una tonelada de polvo encima.

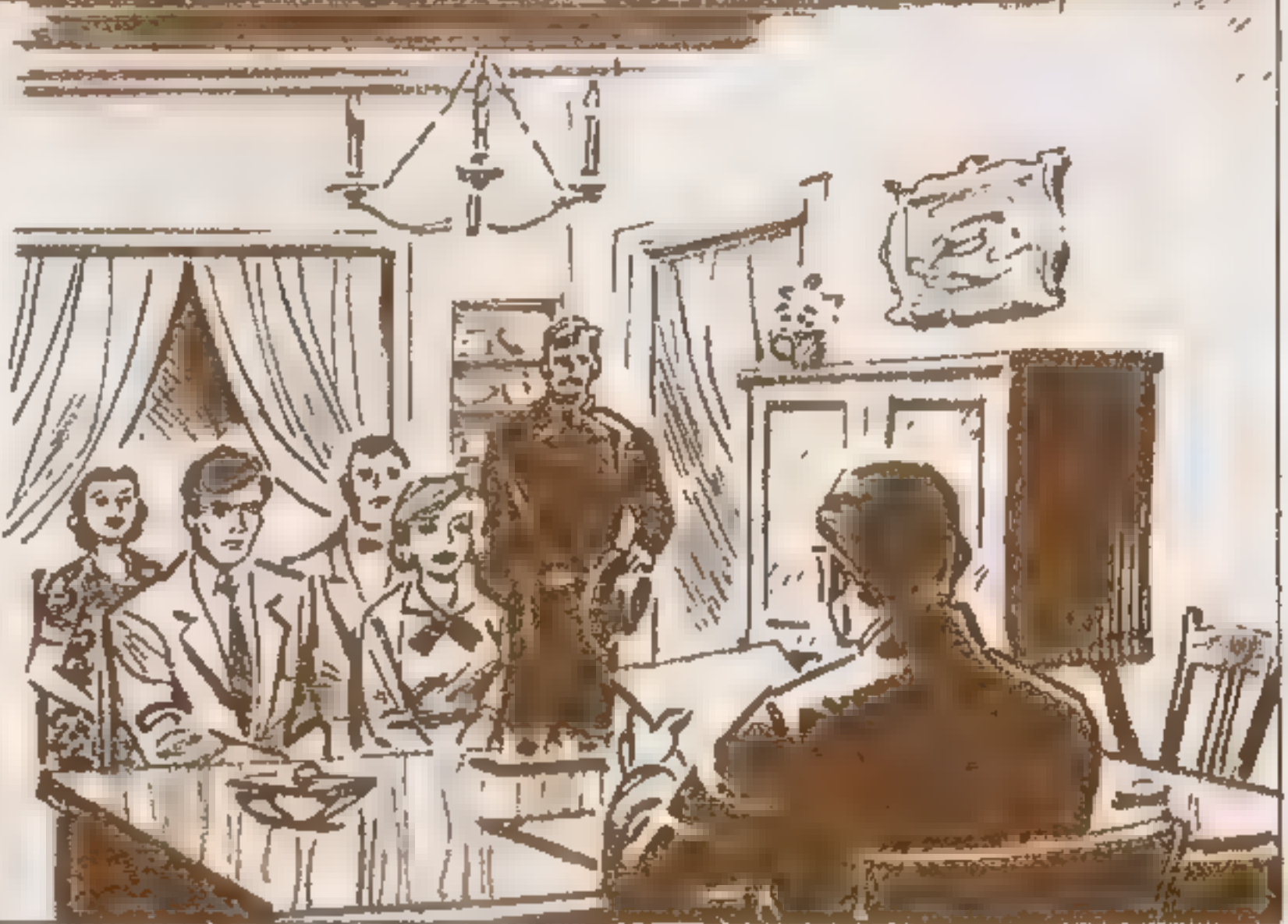


(No solo los de la ciudad somos mandrias!)

No le molestó por la tierra que "había comido", sino porque el paso de ese vehículo había destruido el recuerdo de Delfina...

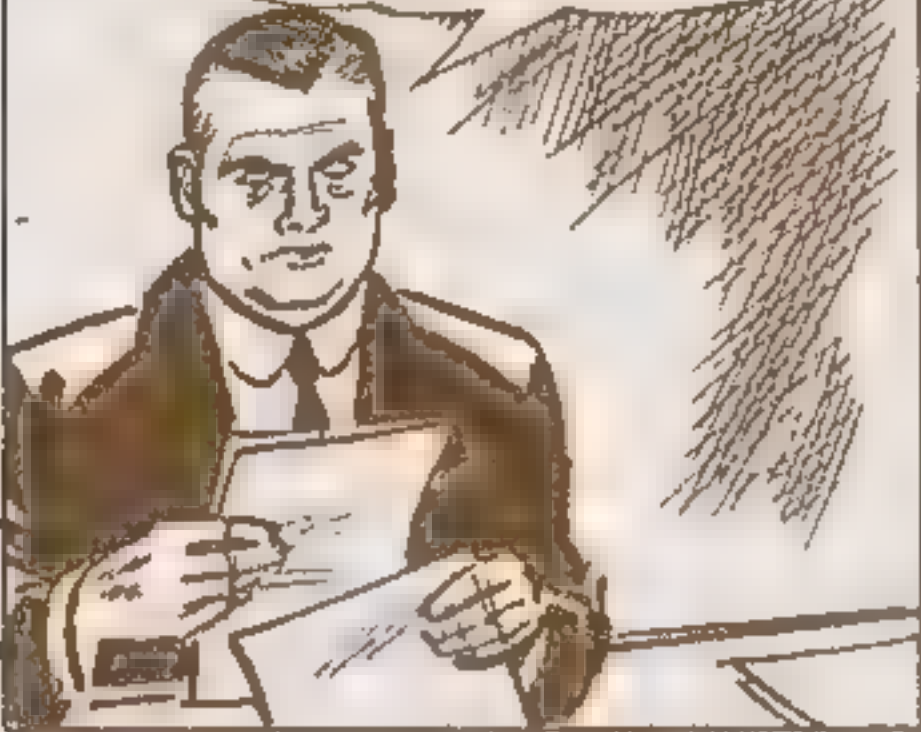


Al atardecer llegó el escribano, íntimo amigo del finado Braulio Aníbal Vega. Luis María y Marta Vega se aprestaron a escucharlo. En un rincón de la sala, el silencioso y pulcro Leoncio Cabral. Cuando el escribano nombró al muerto, el capataz se quitó el amplio sombrero negro, y agachó la cabeza.



Total, que dejaba a Marta Vega tres mil vacunos, y ciento setenta y cinco mil pesos colocados en el banco de Madariaga.

A Luis María Vega, la estancia "El Ñandú ..."



Marta sonrió, en dirección de su primo.

¡A ti que tanto te agrada el campo, Luis María...!



"... con una única condición previa a la toma de posesión de la estancia. Luis María Vega debe recuperar la guitarra de Santos, para lo cual le informo que se encuentra dentro del partido de Madariaga", agregó el escribano, ante el estupor de todos.

¡No diga que todo eso es serio, señor escribano!



"Para mí es absolutamente serio, señor Luis María Vega", contestó el señor Pardo Hernández.

Y haré cumplir la última voluntad del muerto.

¡Es una locura! ¡Locura! ¿Cómo es posible...?



Miró angustiosamente a su prima, a sus amigos.

Lo siento por ti, Luis María. ¡Es un caso extraordinario!



¡La guitarra de Santos Vega! ¡Y está en Madariaga!

Se retiró el escribano, y mientras Marta y sus amigos festejaban la fortuna recibida por la joven, Luis María salió hacia el exterior, procurando aliviar su cabeza de tamaños pensamientos.

¡Estaba muy raro don Braulio en los últimos tiempos! ¡Y esto lo confirma, señor!



El capataz llevó el cigarro a los labios y se acercó a Luis María.

¡Mi pobre tío no estaba en su sano juicio! ¿Y ahora? ¡Perderé la estancia que tanto quise!



¡Quién sabe, señor! ¡En el campo suceden cosas muy curiosas y a lo mejor...!

¿Usted también, hombre?



"Haber aceptado esas condiciones del legado demuestra que yo tampoco tengo la cabeza en su sitio", exclamó Luis María. El capataz soltó una nueva bocanada de humo y dijo: "¡Pobre alma del viejo Santos! La leyenda habla de que anda penando desde hace cerca de un siglo, señor".



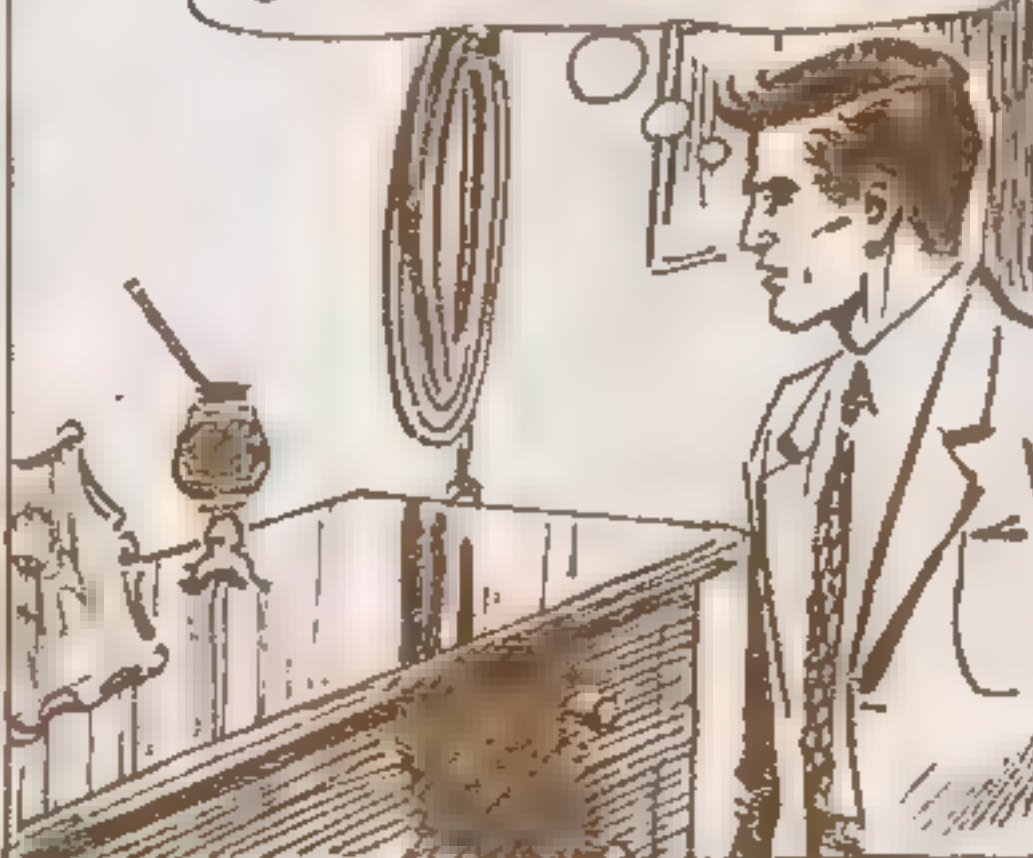
Luis María se retiró a su cuarto. Era el del finado tío Braulio.

(De cualquier manera me quedará un tiempo. ¡Mis pobres nervios precisan un sedante!)



Observó detenidamente los objetos que adornaban el cuarto. El tío era un gran tradicionalista.

(¿Y ésto? ¡Ah, me imagino!)



En un rincón del cuarto, unas cintas, y un clavo "que esperaban la guitarra de Santos Vega".

(¡Qué ilusión, pobre tío!)

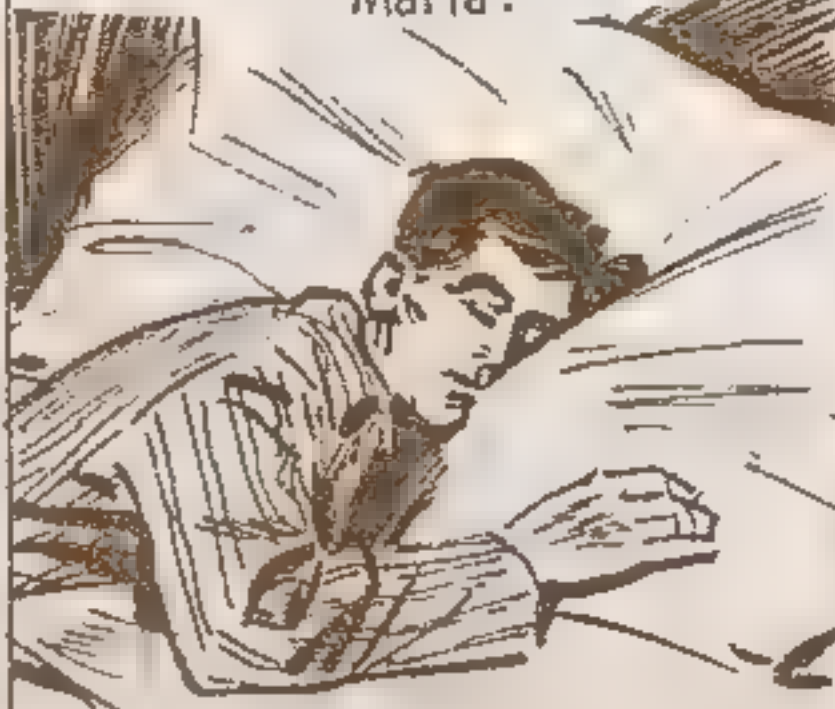


Todo lo de ese cuarto había pertenecido a Santos Vega. Su facón, sus rebenques, sus lazos; hasta un cuadro pintado por una mujer, y a muchas décadas de distancia de esa noche del verano de 1935.

(Prometo ocuparme de lo que querías, tío Braulio.)



Se durmió mirando las cintas con los colores argentinos, y el clavo "sin su guitarra". En sueños, la voz del legendario payador le habló, dándole confianza. "Lo conseguirás, Luis María!"



Se despertó con un rayito de sol dándole en el rostro. Minutos más tarde caminaba hacia un buen pingo que acababan de ensillarle. Recorrería lo que "más tarde o más temprano sería suyo".



(El despeñadero donde se mató el tío Braulio.)

Todo indicaba que había sido un accidente, y el asunto se había archivado. Braulio Aníbal Vega estaba enfermo de la columna vertebral y el médico le prohibió repetidas veces "que montara", pero el último dueño Del Nandú salía, a escondidas, en su brioso alazán.

(Ese es el despeñadero de Santos Vega...)

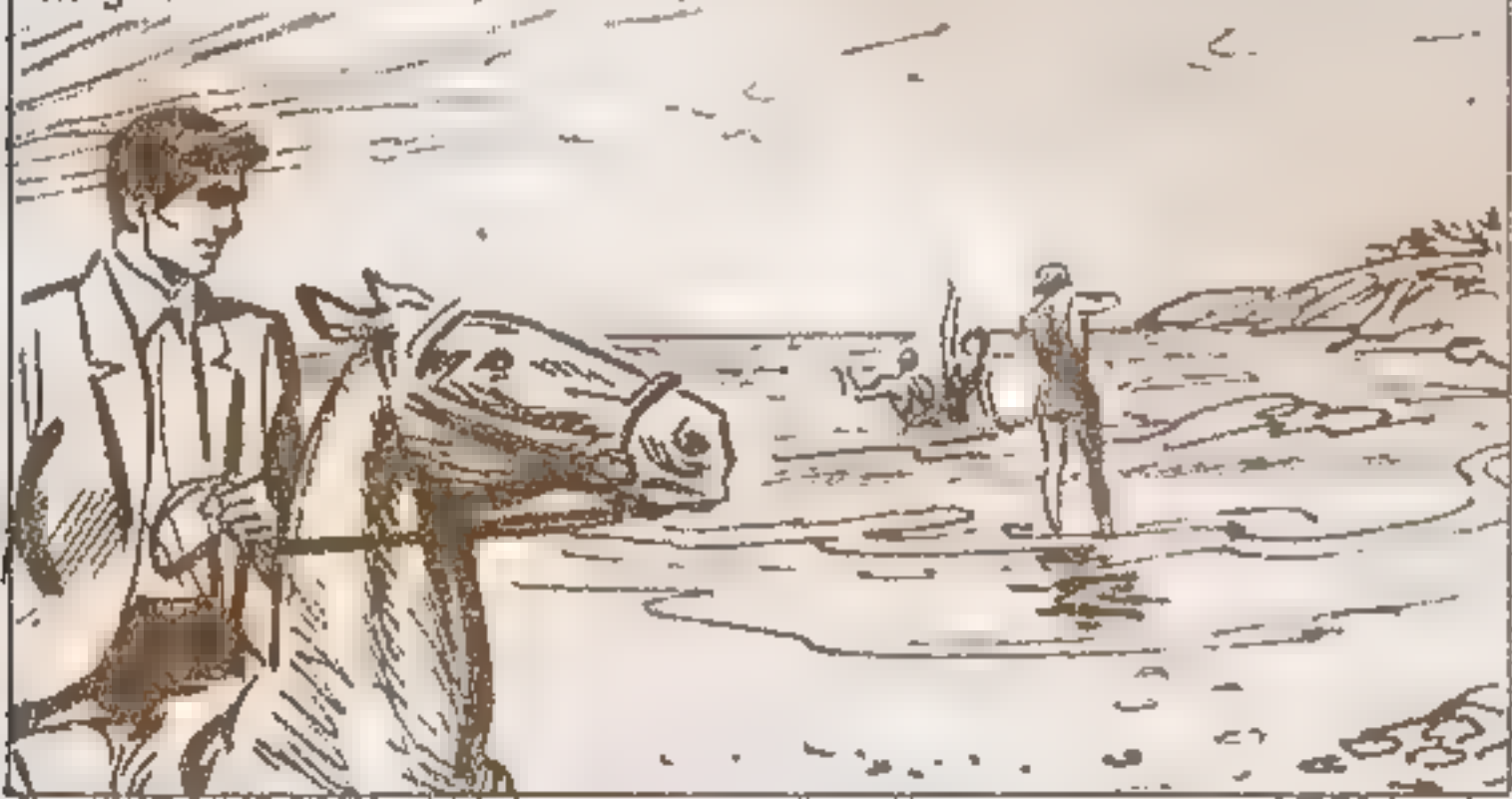


Un anciano miraba a Luis María. Montaba un caballo muy viejo y huesudo. "Usted parece forastero, mijo".



Soy de Buenos Aires. Me llamo Luis María Vega.

El anciano se persignó, agachó la cabeza, y se alejó del lugar. Luis ya se estaba acostumbrando a esas rarezas, y no dio importancia a la actitud del viejo criollo. Regresó a la estancia. En la playa abierta, su prima y sus amigos se bañaban, felices, contentos.



Vio pasar un caballo a excesiva velocidad. No se había desbocado, pero el tordillo corría como el viento.



¡Delfina!

Allí estaba la dueña de 'El Quebracho'. Sí, la misma Delfina Méndez Castro de años atrás.

(¡Sus mismas trenzas negras!
¡Sus mismos ojos color cielo!)



La guapa moza no había reparado en la presencia de Luis María. Probaba a su tordillo, desafiado por el dueño de 'El Carpincho', la estancia que lindaba con la suya, camino a Mar Chiquita.

¡Bien, tordillo! ¡Bajarás el copete a ese tonto de Pedro!



Sin embargo, había un caballo tan veloz como el tordillo de la bonita propietaria de 'El Quebracho'. Lo jineteaba Luis María.

¡Delfina! ¡Delfina!



Ella se frenó a su tordillo, y se quedó mirando al hombre.

No lo recuerdo...

¡Los malos vientos me han perjudicado, Delfina! Soy Luis María.



¡Luis María Vega, Dios mío!
¡Luis María!

Así es, Delfina. Luego de "una gran parva de años", ¿eh?



No; el tiempo se había detenido en la corteza del eucaliptus. Para Delfina Méndez Castro, era como saltar hacia atrás, y tener entre sus manos, una de las manos del muchachito rubio, sobrino de Braulio Aníbal, el dueño de El Nandú.



¡Es mi primera alegría en muchas horas, ¿sabes?

Le contó todo; la extraña exigencia del tío muerto. Delfina murmuró con respeto: "No creo en aparecidos, pero sí en el venerado recuerdo del poeta cantor. Estas fueron las tierras de Santos Vega. Aquí fue escuchada su guitarra. Todo el mundo lo sabe".

¿Su guitarra? ¿Dónde está su guitarra? ¡Esa es mi angustia!



Mirándose a los ojos de la reencontrada Delfina, pronto olvidó lo que le martirizaba desde la tarde anterior. Hablarón de mil cosas gratas. Quedaron en encontrarse esa tarde.

Me verás aplastarle el copete al orgulloso Pedro Alenni.



Se trataba de una carrera cuadrera entre Delfina y el dueño de la estancia El Carpincho algo más que simple diversión. Para ella significaba una victoria de su "pura sangre"; para Pedro Alenni "estar un poco más cerca de la mujer que pretendía".

¡Largarooooon! ¡En punta el tordillo!



Luis María había reconocido a Pedro Alenni. Se trataba del hombre "que le inundara de tierra" la tarde anterior. Pedro Alenni tendría cuarenta años; era alto, musculoso, seguro de sí mismo.



¡Ja, ja, ja! ¡La vencí, Delfina! ¿Está conforme?

Brillaron los ojos claros de la joven derrotada en la cuadrera.

¡Le correré otra! Mi tordillo estuvo a punto de mancarse.

¡Cuando guste! ¡Usted sabe que yo...!



Luis María vio llegar al dueño de El Carpincho, y le fastidió la mirada insolente del estanciero. Sin embargo, en ese momento...

(¡El viejo que estaba en el barranco junto al mar!)



Corrió hasta alcanzar al anciano. "Tengo que hablarle", dijo Vega. El viejo pretendió escabullirse.

Es sobre Vega. Usted tal vez pueda ayudarme. ¡Se lo ruego!

¿Qué quiere, mozo?



¿Cuántos años tenía ese viejo todo huesos y pellejo? Tal vez más de un centenar, pero su memoria era prodigiosa, y sus palabras como cuentas de un valioso collar de excelente oro antiguo.

Santos iba por estos caminos "como envuelto en música", hasta que le ocurrió lo peor...



... que le puede suceder a un gaucho. Perdió la guitarra. Esa guitarra ha dau muchas vueltas...



... ¡pero nunca salió del pago, felizmente!

¿Usted también lo cree así, viejo?



Mis ojos son viejos, pero ven bien; y mi olfato es como el del zorro: olisquea a muchas leguas.

¿Qué puede decirme de esa guitarra? ¡Usted sabe algo!



"Tal vez sepa algo", dijo el viejo ladidamente, y agregó: "A veces es mejor morderse la lengua. Pregúntele a Cardoso, el capataz de El Quebracho. El lo sabe".

(El Quebracho, es la estancia de Delfina...)



Recién reparó en que se había apartado bruscamente de Delfina. "Tome, para unas cañas, viejo". Dejó diez pesos en las manos sarmentosas del criollo. El último de los Vega iba a alejarse, cuando...

No quiero engañarlo, mozo. Esa guitarra...



... "con sus dos cruces chiquitas junto a la boca", está muy cerca de aquí; ¡en manos de gringos!

¡Siga, siga...!



El viejo temblaba. Era muy anciano el pobre, y se justificaba hasta que sintiera miedo. Se apartó de Luis María y echó a correr hacia su jamelgo, gritando: "¡Cardoso lo sabe! ¡Vaya, pregúntele!"



Luis María regresó a la reunión campesina y ya no vio a Delfina. Le preocupaba únicamente ver al capataz de El Quebracho. Montó en su animal, y minutos más tarde hallaba al hombre. Este lo escuchó atentamente, pero se notaba cierta vacilación en sus labios.

Martín Lovera, creo que... ¡véalo en Empalme! ¡Adiós!



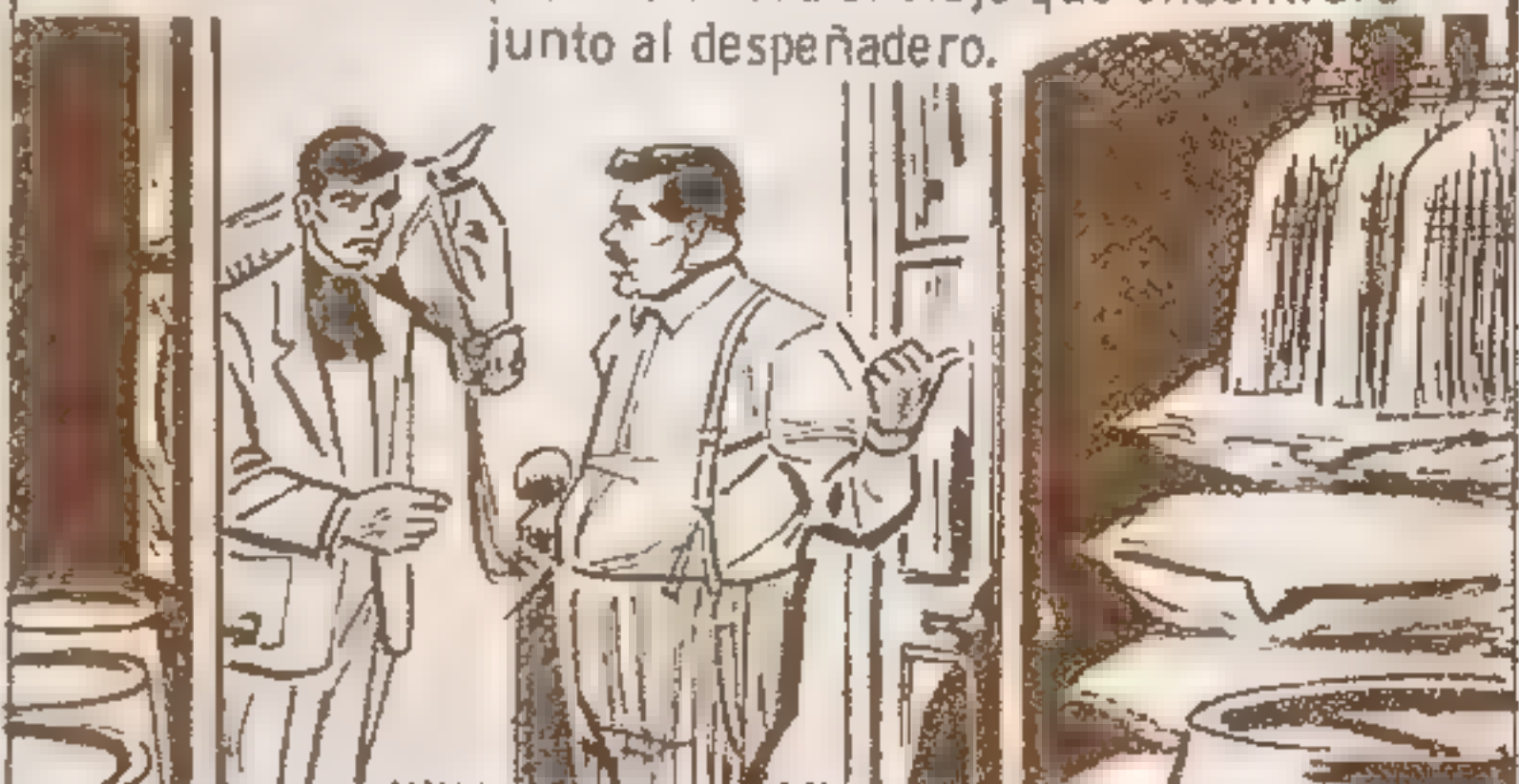
Lanzado a una búsqueda tan necesaria como extraña, Luis María trotó cerca de cuarenta kilómetros hasta hallar el negocio de Martín Lovera. Era un almacén de ramos generales. El dueño escuchó a Luis María Vega, y contestó: "Recuerdo esa guitarra. La tenía Julio Puente".

¿Dónde puedo hallarlo?

Julio Puente murió hace como diez años, señor.



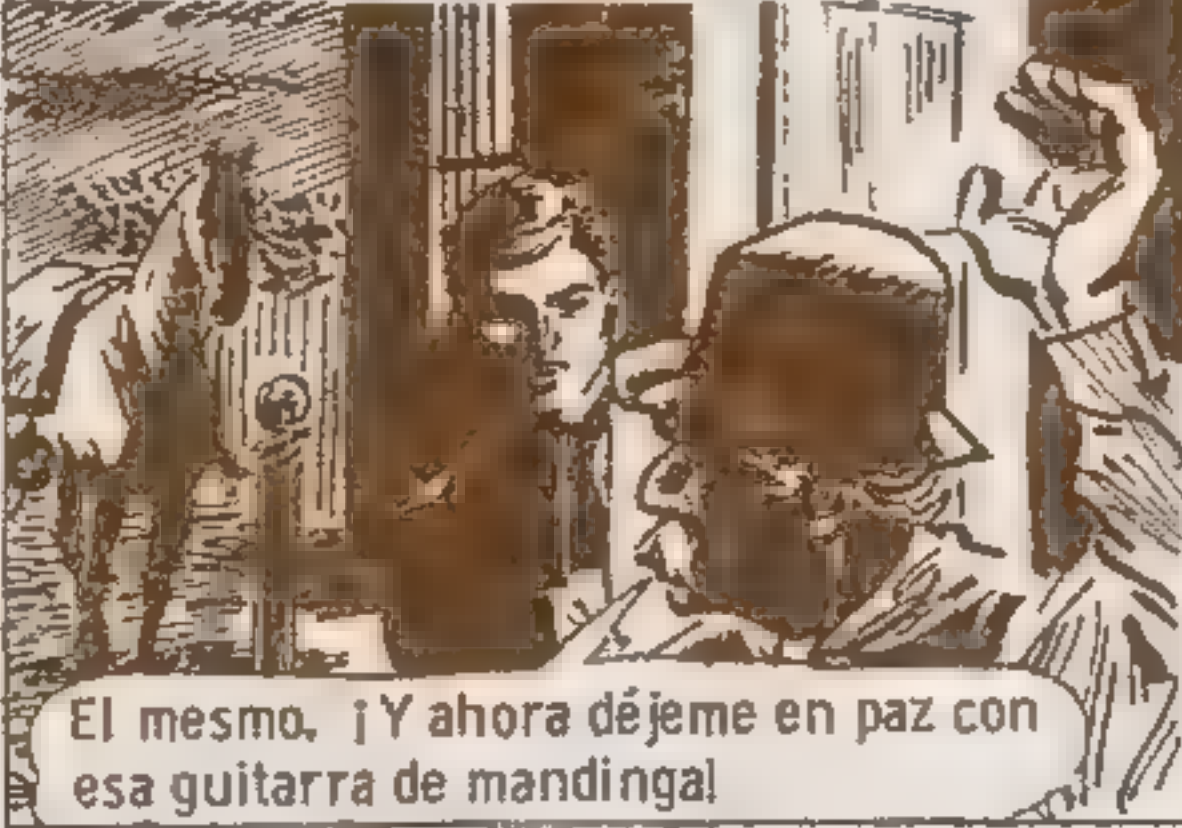
Luis se marchaba, muy abatido, cuando el comerciante le gritó: "¡Por ahí debe andar 'el hurón'; el tío de Julio Puente, que es un viejo ladino! ¡Hace mucho que no lo veo! El debe saber algo sobre esa guitarra". Luis María volvió al comercio. El "hurón" era el viejo que encontrara junto al despeñadero.



La noche ya estaba encima de Luis María cuando encontró al "hurón" tomándose sus cañas en un boliche de las afueras del pueblo. Ganas tenía el mozo de sacudir al viejo, pero se contuvo. Echó veinte pesos junto a la copa de caña y exclamó: "¿dónde está esa guitarra?"



El viejo se apartó bruscamente de Luis, y abandonó el boliche. Ya en el exterior dijo: "Un día me la compró el dueño de 'El Carpincho', don Pedro". Luis agregó rápidamente: "¿Pedro Alenni?"



El mismo. ¡Y ahora déjeme en paz con esa guitarra de mandinga!

Luis María no se decidió a ir de inmediato a ver a Pedro Alenni. Tal vez Delfina pudiera brindarle alguna ayuda. Los paisanos continuaban la fiesta. Luis encontró a la "amada de la infancia":



Luis María, ¿dónde te habías metido?

El hombre elegante que estaba junto a Delfina, miró con sorpresa y frialdad a Luis María.

(¿Tutea a este individuo?)



Te presento a mi rival y vencedor: Pedro Alenni.

Muy nervioso estaba Luis María, "con el poseedor de la guitarra que buscaba" a su lado. ¿Cómo hallar la ocasión para hablar a ese desconocido? Pedro Alenni miraba de reojo a Luis María, cuando éste sacó a bailar a Delfina. La pareja repitió el baile, y cuando terminó, ya Pedro Alenni se había ido.

Ese hombre te mira con buenos ojos, Delfina.



Ella procuró que no se hablara del dueño de 'El Carpincho', y sí del pasado que tanto les pertenecía. Luis María y Delfina volverían a encontrarse en la mañana siguiente. Se despidieron.



Fue muy agitada esa noche para Luis María, y con las primeras luces del alba montó en su caballo y lo dirigió al Carpincho.



¿Lo ha citado el patrón? Si no lo citó, no podrá verlo.

Luis María no perdió tiempo y lanzó su alazán hacia el casco de la estancia. Pocos instantes después, era recibido por Alenni.

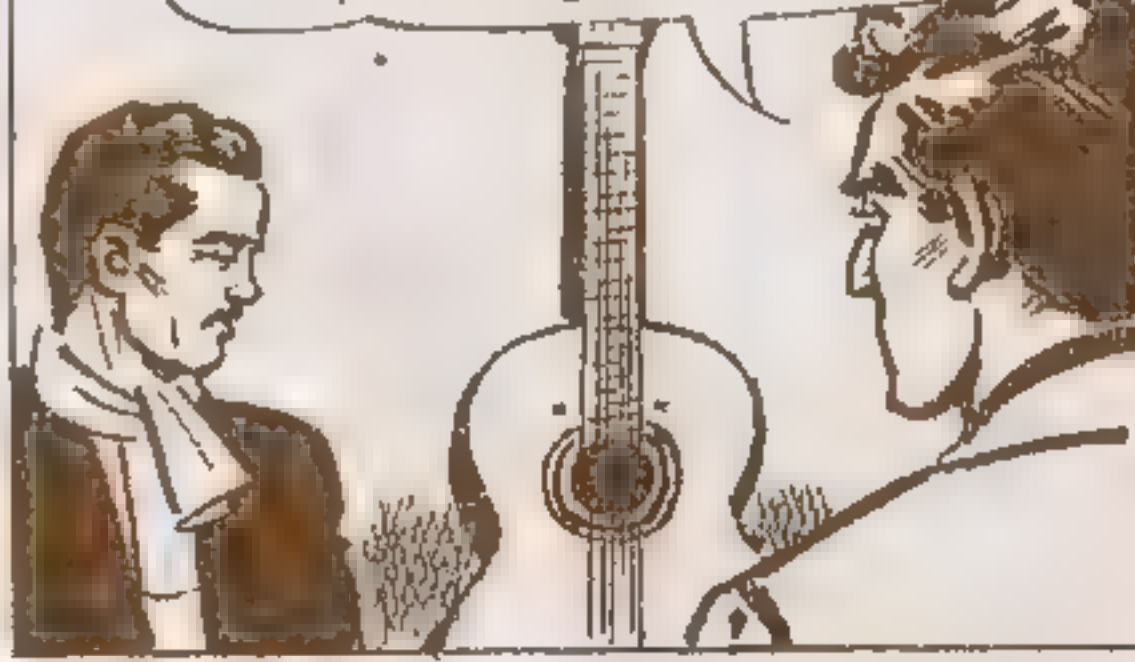
¡Muy importante debe ser la cuestión, "para tanto atrevimiento".



(¡La guitarra! ¡Dios mío! ¡La guitarra de Santos!)

Nítidas se veían las cruces talladas en la boca de la guitarra. Sí, no podía ser otra que la del payador desaparecido. Luis María se estremeció, azotado por queridos atavismos.

Usted disculpe, señor Alenni. ¡Necesito comprar esa guitarra!



El dueño de 'El Carpincho' miró a Vega como si se tratara de un demente. Y de pronto recordó "las palabras dichas por Delfina Méndez Castro, sobre el recién llegado de Buenos Aires".

(¡Vino a cruzarse en mi camino!) ¡Esa guitarra no se vende!



Alenni sonrió, entrecerrando los ojos y dijo con burla: "¿Tan adinerado es el caballero? Pues, 'no vendo la guitarra'. ¿Conforme?"

¡Préstemela, entonces!



¡Pagaré lo que usted me pida!

Las aceradas pupilas de Pedro Alenni estaban fijas en las de ese hombre desesperado.

(¡Estas en mis manos, "galán"!)

¿Qué dice? ¿Puede prestármela por unos pocos días?



No comprendo su, diría, desesperado interés, señor Vega.

¡Ni llegaría a comprenderlo! ¿Qué resuelve, señor Alenni?



-Que no le facilitaré esa guitarra, salvo que usted aceptara "cierto precio que yo le pondría", dijo Alenni con contenida suavidad.

No comprendo.

Mi precio es éste: ¡váyase hoy mismo del pueblo!



Luis María era ahora el sorprendido. Alenni agregó: "Por ser usted, ese es mi precio por la guitarra que anhela". Vega comprendió que Pedro Alenni era el enemigo; el rival ante el corazón de Delfina. Dio media vuelta y abandonó el lugar.



Ya en su casa, encerrado en el cuarto que fuera de Braulio Aníbal, "el último de los Vega" sentía la voz de Santos, como un amargo reproche: "¡Cobarde! ¡Cobarde!" ¡Y todo por una mujer! ¡Cobarde!"



Corrió hacia su automóvil y arrancó en dirección de la ruta polvorienta que llevaba a Buenos Aires. Había perdido todo control, y lo más probable sería que se llevara por delante algún otro vehículo, un animal, un poste del teléfono.



Allí estaba ella, como puesta por la mano siempre oportuna de Dios. El automóvil se detuvo bruscamente a pocos pasos de la bonita amazona. Delfina Méndez Castro corrió a los brazos del hombre que quería, y a quien adivinaba pasando por un grave momento.



¡Me iba como un cobarde! ¿Por qué? No lo sé.

"Gracias a Dios tú estás aquí, Delfina. ¡Ya no podría irme! Pelearé, sí, pelearé", exclamó el hombre besando a quien amaba desde la infancia. Luego, fue el largo relato de sus angustias. Delfina comprendió su papel en esa emergencia. Al atardecer, ella visitó a Pedro Alenni en El Carpincho.



Alenni escuchó la proposición de Delfina. Se trataba de lograr para el derrotado tordillo de Delfina, "una revancha". El hombre accedió, sonriendo.

¿Tengo derecho a pedir un "verdadero premio", si gano?

Por supuesto. Que sea "un premio a voluntad". Eso anhelo.



"Desde ya le adelanto que pediré fecha a la capillita de Madariaga", exclamó él, mientras Delfina palidecía.

Delfina, mi caballo es muy superior. Lo sabe, ¿verdad?



Con un marco de gran fiesta, la gente de Madariaga esperó la confrontación que días antes concluyera con un leve triunfo a favor del dueño de El Carpincho. Una figura escurridiza seguía de lejos los movimientos de Delfina, y de Luis María.

No entiendo por qué vas a arriesgarte así, Delfina.



¡No entiendes a la gente de campo, entonces!

"¿Y tú eres 'el último de los Vega'?", dijo ella acariciándolo, mientras iniciaba el camino hacia la largada. Minutos después, los dos magníficos caballos corrían "hocico a hocico"...



...y en la línea de llegada... "¡Ganador el de la señorita Méndez Castro!" Delfina se mostraba exhausta, pero muy feliz.

Bien, "haga su pedido". Que no sea mi estancia, ¿eh?

Es mucho menos, Pedro. La guitarra "con las dos cruces".



Tuvo un fulgor asesino la mirada de Pedro Alenni, al escuchar lo dicho por Delfina. Tomó aire y contestó: "Es suya, aunque sea para felicidad de 'mi rival'. Se la haré traer en seguida". Y cumplió su palabra. Y esa noche, Luis María marchó, solitario, hacia el mar, hacia el barranco.

¡Aquí está tu guitarra querida, Santos!



Una sombra, rápida como fiera, salió al encuentro del hombre. La sombra tenía un cuchillo, pero el hombre iba a defenderse solo con sus ganas de vivir. Y la sombra mordería el polvo...

¡Usted, traidor! ¡Usted, Leoncio Cabral!

Me va a perdonar... ¡Me pagaron pa' esta canallada!



En el plan del vengativo Pedro entraba "la muerte de Luis María Vega, y la desaparición de la guitarra, y el agresor". Luis María en persona fue a decirle cómo había fracasado.

Como soy hombre de la ciudad, "con honor", nada haré en su contra, "amigo".



"¿Le satisface saber que Luis María Vega olvidará completamente lo ocurrido esta noche junto al despeñadero?", dijo el porteño, abandonando 'El Carpincho' sin esperar una respuesta que, por otra parte, no le interesaba.



En 'El Nandú', la guitarra de Santos Vega estaba en el sitio que le destinara Braulio Aníbal, abrazada por las cintas criollas, y por la cariñosa mirada de Luis María.



Había una fiesta en el anteriormente sórdido Nandú. Estaban los jóvenes de Buenos Aires, agasajando a una novia que -por el momento- no vestía de blanco, sino sencillas ropas de montar. Alrededor del asado criollo, Delfina Méndez Castro, y "los Vega".

¡Un brindis por tan encantadora "paisana"!



Y las copas se alzaron, cruzaron y entrecucharon, en la mejor tradición "pueblera". Muy dichoso, Luis María alzó su copa, y acariciando la sonrisa de Delfina pensó en el alma de Santos Vega, vagando en paz y con Dios, por las dilatadas llanuras de sus pagos.



Lea, en el próximo **Intervalo** **ALBUM**

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por Cristóbal M. Paz

LA FUENTE DE LA DONCELLA, por Ingmar Bergman

NUNCA ES DEMASIADO TARDE, por Horacio Feans

MARIA VIDALITA, por J. G. Castillo y J. Mazzanti

A UN PASO DE LA MUERTE, por Alfredo J. Grassi

EL BOLSILLO, por Honorato de Balzac

ADVERSIDAD, por C. y A. Brontë

ESTER Y EL REY, por Raoul Walsh

RIVERITA, por A. Palacio Valdés

SAN FRANCISCO, por T. Garner

Intervalo **ALBUM**

AÑO XIV

Nro. 78



Editor responsable

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 763.408 de la
Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 272

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

el ánimo "por el suelo..."



AQUEL DÍA EN EL CAFE ME CONVENCI DE QUE MI TRABAJO ME TENIA EN UN CALLEJON SIN SALIDA. SABIA QUE AL ERA EL REMEDIO Y DECIDI PONERLO EN PRACTICA.



NO AGUANTO UN DÍA MÁS. HOY MISMO ENVIO LA MATRICULA.



ESTOY SEGURO DE LO QUE HICE. ME INSCRIBI EN EL CURSO QUE MÁS ÉXITO TIENE EN LA ACTUALIDAD.



NO ESTABA EQUIVOCADO. ¡LAS LECCIONES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS SON ESTUPENDAS! Y QUÉ FÁCIL ES APRENDER A DIBUJAR CON ESTE MÉTODO. ¡AHORA SÍ QUE SALDRÉ ADELANTE!

CUANDO TERMINÉ EL CURSO ME PRESENTÉ EN UNA EDITORIAL.



SUS TRABAJOS TIENEN TODAVÍA CIERTOS DEFECTOS. VUELVA DENTRO DE ALGUNOS MESES.

CON LA AYUDA DE MIS PROFESORES ME PERFECCIONÉ AÚN MÁS, REPASÉ EL CURSO Y PRACTIQUE DEL NATURAL. VOLVI ENTONCES Y...



LO FELICITO, JOVEN. SUS DIBUJOS SON MUY BUENOS. TENDRÁ UN GRAN PORVENIR EN NUESTRA EMPRESA.



C1



¡JOVEN AFICIONADO! ESTUDIE USTED TAMBIÉN POR CORREO ESTA MAGNÍFICA PROFESIÓN EN SU TIEMPO LIBRE. EL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS ES EL CAMINO MÁS CORTO Y SEGURO PARA SER DIBUJANTE. ENVIE AHORA MISMO ESTE CUPON. GRATIS LE ENVIARÁN FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO.

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUP
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE
SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-3

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: _____
Calle y N°: _____
Localidad: _____
Provincia: _____
Ocupación: _____ Edad: _____